3 1761 08714005 9

V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID

LS
B644 5po

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

¡POR LA PATRIA!

(ROMEU EL GUERRILLERO)

TOMO PRIMERO

298682
4 34
9

EDITORIAL COSMÓPOLIS
APARTADO 3.030
MADRID

Imp. Zoila Ascasíbar. Martín de los Heros, 65.—MADRID

A D. José Roméu, conde de Sagunto, y sus hermanos D. Luis y D.ª María Roméu.

A nadie mejor que a ustedes, que tienen la honra de ser nietos de aquel heroico patriota que por España alcanzó la palma del martirio, puedo dedicar la presente obra.

Admítanla como una muestra del respeto y veneración que me infunde el recuerdo de su ilustre ascendiente, el invencible guerrillero, cuyo nombre será venerado por todos cuantos hojeen la gloriosa epopeya de la Independencia Española.

El Autor.

I

Los patriotas de 1812

El 9 de enero de 1812 se apoderó de Valencia, por capitulación, el ejército francés que mandaba el mariscal Suchet.

Cuando los sitiadores entraron en la ciudad y recorrieron detenidamente sus calles, se presentó a sus ojos el mismo espectáculo que en todas cuantas conquistas habían hecho en España.

Valencia no era la misma ciudad de antes.

Las señales de un sitio terrible se habían marcado en ella de una manera indeleble, y por todas partes no se veía más que desolación y ruina.

El puro cielo y el claro espacio lleno de luz que antes cubría a la ciudad, estaba ahora empañado por el negruzco humo del incendio.

Muchas casas derribadas por las bombas francesas ardían todavía, y en algunas calles un montón gigantesco e informe de cascote, vigas y puertas, aquél casi pulverizado y éstas carbonizadas y humeantes, denotaban una vivienda.

Alguna vez, entre los incendiados escombros, se veía algo diferente a restos de construcción, y bien era un brazo crispado y negro, cuya continuación se perdía entre las ruinas, bien un rostro carbonizado y con el cráneo roto. Fueron bastantes los que durante aquel sitio perecieron entre las ruinas de sus viviendas derribadas por los cañones enemigos.

La atmósfera estaba impregnada de un olor ex-

traño y pestilente que participaba del humo de la pólvora y de las exhalaciones de los cadáveres de caballos y perros totalmente corrompidos que se veían en medio de las calles.

Las casas que habían quedado en pie, tenían—en algunos puntos de la ciudad, que por su posición sufrieron más los fuegos enemigos—el aspecto de inválidos llenos de heridas.

Aquí una puerta destrozada por el estallido de una bomba; allá un profundo agujero circundado de grandes grietas, y más arriba, ventanas rotas y pendientes sólo de un gozne; aleros derruídos, balcones hechos trizas y vidrieras pulverizadas.

El pavimento de las calles estaba obstruído por montones de tejas, vidrios, piedras y maderos.

Cuando la división española que defendía la ciudad, a las órdenes del general Blake, después de rendirse, salió prisionera por el puente de San José, Valencia quedó, aparentemente, casi despoblada.

Poca gente transitaba por sus calles.

Los soldados franceses que estaban de centinela en los puntos más estratégicos de la ciudad sólo de vez en cuando escuchaban pasos y veían aparecer un transeúnte, que las más de las veces era un compatriota.

Los españoles no querían salir de sus casas. Les ahogaba la rabia y la indignación, y no podían resistir el espectáculo de ver Valencia en poder de aquellos soldados, a los que habían jurado guerra a muerte.

Los pocos valencianos que por necesidad tenían que salir, marchaban por las calles tristes, macilentos, con la cabeza baja, y llevando todavía en su rostro las señales de las privaciones que habían sufrido.

Fuera de éstos, sólo se veían grupos de franceses que, embriagados, marchaban cogidos del brazo entonando canciones de cuartel, o alguno que otro edecán del Estado Mayor que corría al galope de su caballo.

Por la noche, el espectáculo que Valencia presentaba era muy distinto.

La obscuridad más absoluta reinaba en sus calles, lo mismo que el más completo silencio.

Los pasos de alguna que otra patrulla francesa, que velaba paseando por la ciudad, retumbaban como en una cripta sepulcral.

Parecía Valencia a aquellas horas un inmenso panteón subterráneo, que tenía por urnas funerarias las casas, y por bóveda, la negra inmensidad.

Los míseros farolillos del alumbrado público y los que pendían frente a los retablos, estaban apagados.

Ni una luz se distinguía a través de las puertas y ventanas, ni el más leve sonido venía a turbar el silencio de la noche.

Algunos días después de aquel en que el mariscal Suchet hizo su entrada en Valencia, todavía presentaba ésta igual aspecto.

La noche del 16 fué tempestuosa y propia de invierno.

El cielo estaba negro y cubierto de grandes nubes que avanzaban y se desvanecían como olas, dando a aquél el aspecto de un inmenso mar de tinta.

De vez en cuando la roja claridad de los relámpagos rasgaba las sombras y las desvanecía iluminándolo todo; pero su triunfo era transitorio, y pronto la negra obscuridad absorbía aquella viva pincelada con que la Naturaleza quería animar el sombrío cuadro.

Los truenos se sucedían sin cesar, y con su estampido contestaban al estridente chillido del viento. La noche entablaba un diálogo semejante al del gigante Atlas con una bruja de Macbeth.

Aquella tempestad fragorosa y seca, que llenaba el espacio de rudas vibraciones y no derramaba la menor gota de agua, aumentaba el reposo casi funeral a que estaba entregada Valencia.

Ningún ser humano se veía en sus calles y muros.

Las rondas francesas se habían retirado a los cuarteles y los centinelas de las murallas estaban encerrados en las garitas.

Eran las nueve, y bien podía asegurarse que casi

toda Valencia estaba entregada al sueño, deseando dormir para evitarse el escuchar la estrepitosa cantinela que entonaba el cielo.

A aquella hora sólo en dos casas velaban.

En el palacio de los condes de Cervellón, Suchet, rodeado de algunos oficiales de su Estado Mayor, con la diestra colocada sobre el mapa de la región valenciana, designaba a aquéllos los puntos que todavía no estaban en poder de las armas francesas.

En una pequeña botillería de la plaza del Mercado, algunos hombres estaban sentados junto a una mesa, departiendo calurosamente.

Dicho establecimiento era muy conocido por todos los valencianos de aquel entonces, y tenía su poquito de historia.

En los años anteriores, había sido el punto de reunión de todos los patriotas más exaltados, y de allí partieron todos los movimientos hechos en defensa de la independencia nacional.

Su dueño estaba muy significado por participar en todo de las ideas y temperamento de los parroquianos, y esto era la causa por qué estuvo en peligro de ser deportado a Francia cuando el ejército invasor penetró en la ciudad, y por lo que después sufrió una continua vigilancia de los espías franceses.

La estancia en que estaban reunidos aquellos hombres era un cuarto de mezquinas proporciones, situado detrás del gran estante cargado de frascos que cubría el fondo de la sala pública de la botillería.

Sobre la mesa veíase un velón monumental, que derramaba en el cuarto la menguada luz de dos de sus mecheros.

Las paredes estaban desnudas de otro adorno que un retrato de Fernando VII, "el Deseado", que en aquellos tiempos, merced al ardiente patriotismo español, había ascendido de rey a semidiós.

Sin duda, el lector extrañará la audacia del botillero al tener en sitio tan visible un retrato cuya propiedad era un motivo más que suficiente para acarrear la deportación.

El botillero no ignoraba esto último, y para remediar el peligro que continuamente se atraía sobre su suerte y cumplir al mismo tiempo su deseo de contemplar a todas horas la real fisonomía del sagrado monarca, había colocado el retrato de éste en un cuadro que tenía dos caras, y por el lado inverso se veía una reproducción de José Bonaparte I.

Por el día, los parroquianos a la botillería que, desde que terminó el sitio eran en su mayor parte oficiales franceses, veían el retrato del rey intruso allá en el fondo de la trastienda.

Pero por la noche, así que se cerraba el establecimiento, lo primero que hacía el botillero era dirigirse al retrato, y después de dar al rostro del Bonaparte español un solemne puñetazo, acompañado de algunas frases de indignación imposibles de trasladar al papel, descolgaba el cuadro y le volvía, para que la cara de Fernando apareciese en todo su esplendor.

Con esta treta inocente el buen patriota deshogaba el mal humor que le producía el ver Valencia en poder de los franceses.

Los hombres que estaban reunidos en torno de la mesa eran patriotas más exaltados si cabe que el botillero.

Como él, se habían batido con los invasores en los dos sitios de Valencia; y habían sido siempre los primeros en desechar todas las proposiciones de rendición.

La luz rojiza del velón daba de lleno en sus rostros, haciendo destacar sus enérgicas líneas.

La mayor parte de los allí congregados eran hombres del pueblo, honrados menestrales, y sólo se destacaba uno que, por su traje y porte distinguido, denotaba ser letrado o tener profesión análoga.

Era joven; mas a pesar de esto, su cabello rubio clareaba un tanto en la base del cráneo, y sus ojos azules, grandes y límpidos, tenían esa fijeza acompañada de contracción de pestañas que indica la miopía.

Todo su rostro demostraba bondad, y tenía un cierto aire especial que le hacía simpático.

Conforme a la moda de entonces, llevaba totalmente afeitado el rostro y vestía un traje negro, como era moda entre los hombres de letras.

Estaba con los codos sobre la mesa escuchando a sus compañeros, que muchas veces se dirigían a él para consultarle respecto a alguna duda.

Allí se hablaba del estado de Valencia y de los intereses generales de la nación.

El botillero, de pie y apoyado en el respaldo de una silla, escuchaba con atención lo que sus amigos decían.

Se comentaban las noticias recibidas de Cádiz, último baluarte de la Independencia; se hablaba de lo que podían hacer la Regencia y las Cortes, y se forjaban esperanzas para el porvenir.

En el momento que presentamos en escena a los patriotas que ocupaban la trastienda de la botillería, uno de ellos, que era, a juzgar por su traje, un hijo del pueblo, decía así:

—Esto no va tan bien como quisiéramos. Los franceses son dueños de Valencia y no hay nadie, por ahora, que pueda expulsarles. Las tropas españolas que la guarnecían, con el general Blake a la cabeza, marchan prisioneras camino de Francia. Estamos vencidos y no se levanta nadie para venir en nuestro auxilio, pero no importa. El día del triunfo volverá.

Todos asintieron con un movimiento de cabeza a estas últimas palabras.

—Por fortuna—dijo otro de los presentes—, aún quedan algunos valientes en las montañas, que están dispuestos a dar su vida por la patria. Además, existe el ejército que manda don Carlos O'Donnell. ¿Quién sabe si el mejor día le veremos marchar victorioso sobre Valecncia?

—Hemos sido vencidos, pero de esto sólo tienen la culpa nuestros jefes.

—Blake ha sido un traidor.

—Un cobarde.

—Un general español jamás debe rendirse.

—Y esto, si Dios no lo remedia, se lo lleva el dia-

blo. Los batallones de milicia honrada de la provincia se disuelven.

—Hay españoles cuyo ánimo empieza a flaquear.

—Muchos entregan las armas y prefieren marchar a sus casas.

—¿A dónde iremos a parar?

Todo esto lo habían dicho los patriotas en muy pocos instantes.

Las palabras de unos y otros se tropezaban en el espacio.

Aquellos hombres hablaban con la fogosidad y la viveza propia de los que se sienten indignados.

Uno de ellos dijo, de repente, dirigiéndose al joven, que hasta entonces les había escuchado en silencio:

—¿Y cuál es la opinión de usted, don Luis?

—Yo—dijo el aludido, con acento firme y tranquilo—creo que no debemos desesperar. España es una nación que jamás ha sido domeñada por gentes extranjeras. ¿Qué es lo que sucede? ¿Que los débiles y los tibios se retiran, que la consternación y el temor se ve en algunos semblantes?, pues por esto no hay que desesperar. Atravesamos una época de transición, pero dejad que ésta pase y veréis cómo otra vez somos lo que hace poco fuimos: un pueblo dispuesto a morir por su patria.

Hay algo superior que vela por los pueblos que luchan por su independencia. Descuidad, pues, que al fin, nuestra será la victoria.

El llamado don Luis fué escuchado por sus compañeros con absoluta atención.

Cuando terminó de hablar, el joven apoyó otra vez la cabeza sobre las manos, y en esta actitud quedó inmóvil.

Hubo un corto espacio de silencio.

Todos los patriotas quedaron como reflexionando aquellas palabras.

La calma dentro de la botillería era completa.

Sólo allá fuera se escuchaba el estampido del trueno y el silbido del viento.

De pronto, en la puerta de la calle sonaron tres golpes.

Todos los circunstantes se miraron entonces con extrañeza.

El botillero frunció el ceño y murmuró:

—¿Quién podrá ser a estas horas?

—Debe ser de los nuestros—dijo don Luis—. Ha llamado del modo como hace ya mucho tiempo tenemos convenido.

—Es verdad; pero piense usted que no hay en Valencia, en la actualidad, otros patriotas que nosotros. ¿No será alguna ronda francesa?

—Imposible; la noche es demasiado tempestuosa para que los franceses patrullen por las calles.

—¿Quién será, pues?

—No lo sé. Pero abra usted, y que suceda lo que quiera. De todos modos, aquí no hay otra salida que la puerta, y nos es imposible el evadirnos.

El botillero se decidió al escuchar estas palabras.

Sin tomar ninguna luz salió a la sala de la botillería, y a tientas dirigióse a la puerta de la calle.

Escuchóse primero el chirrido de los cerrojos al descorrerse, después el crujido de la puerta al abrirse, y últimamente el cuchicheo de dos personas que hablan con voz muy queda.

La puerta volvió a cerrarse, y el botillero entró otra vez en la trastienda, diciendo a los patriotas:

—¡Señores! Es un amigo a quien alguno de ustedes conoce.

Y al hablar así señalaba a un hombre embozado que había entrado en la trastienda detrás de él.

El recién llegado deshizo el embozo de su capa, y dejó su rostro y persona al descubierto.

Apenas tal hizo, en los circunstantes se notó un movimiento de sorpresa.

—¡Roméu!—dijo don Luis levantándose de su asiento.

—¡Don José!—gritaron algunos de los patriotas, e inmediatamente se agruparon en derredor del recién llegado, para abrazarle.

Aquel hombre era todavía joven, pues a lo sumo podía contar unos treinta años.

Su aspecto era el del hombre que está fuera de la clase vulgar.

Tenía una cabeza hermosísima, hasta ser escultural.

Su frente era espaciosa, y de ella arrancaba una nariz aguileña de correctísimo dibujo; su boca era de regulares dimensiones, tenía el labio inferior algo caído, y su barba, por su graciosa redondez, podía ser la envidia de la más hermosa dama.

La tez era fresca, tersa y sonrosada; y sus ojos, negros y rasgados, reflejaban una mirada dulce y apacible, que delataba una tranquilidad de ánimo y, aun si se quiere, una frialdad a toda prueba.

Llevaba el rostro cuidadosamente afeitado, y sólo como adorno conservaba unas pequellas patillas que no bajaban más allá de los lóbulos de sus orejas.

Su cabello era espeso y sedoso, y lo llevaba conforme al gusto de la época, peinado hacia delante y formando sobre la frente un pequeño tupé.

Su cuerpo era bien proporcionado, y bajo el traje se adivinaba una potente musculatura en continua tensión.

Era semejante en todo a un héroe de la antigua Grecia, con cara de Apolo y cuerpo de atleta.

Parecía la estatua de Alcibíades animada por el fuego de la vida. Esto, haciendo excepción del peinado de a principios de siglo, que creemos no usó nunca el célebre griego.

Vestía un traje semimilitar. Llevaba pantalón de ante con botas de montar y espuelas, casaca verde con alamares negros, y cubría su cabeza con un tricornio adornado con la escarapela nacional.

Además, pendía de su cintura un sable de montar, junto con un par de pistolas de regular tamaño.

Aquel hombre, al recibir las muestras de afecto de los patriotas, se sonrió sin afectación y como agradecido. Cuando todos le hubieron abrazado, don Luis le dijo:

—Siéntate, Roméu, y dinos qué es lo que te trae por aquí.

Apenas pronunció estas palabras, volvióse a los pocos patriotas que habían permanecido inmóviles a la llegada de aquél, y les dijo:

—Os presento a don José Roméu, noble hijo de Sagunto, que ha sufrido y batallado como un héroe por la causa de la Patria.

Todos los aludidos se descubrieron respetuosamente. Después se sentaron los que hasta entonces habían permanecido en pie, incluso el mismo Roméu.

—¿De dónde vienes? ¿Desde cuándo estás en Valencia?—le preguntó don Luis.

—Vengo de Cheste y he entrado en la ciudad al caer de la tarde, por la puerta de Cuarte.

—¿No te ha conocido la guardia francesa?

—El fuerte viento y los remolinos de polvo apenas si permitían al centinela sacar la cabeza fuera de la garita, y como yo, además, iba a caballo y cubierto por mi capa, sin duda me habrán creído un oficial del ejército francés. Nuestros enemigos vigilan muy poco, y su descuido es razonable, pues hoy no tienen cerca españoles que les amenacen.

Roméu dijo estas palabras con melancólico acento.

—¿Qué te sucede?—dijo don Luis—. Noto en ti algo que me extraña. ¿Por qué vuelves a Valencia cuando está en poder de los franceses?

—¿Sabes lo que yo hacía en Cheste?

—Sí; mandabas dos batallones de milicia que formaban el quinto cuerpo de la división saguntina.

—Pues bien; esta mañana ha abandonado a su comandante el último voluntario de los dos batallones.

—¡Miserables! ¿Y se llaman españoles?

—¿Qué quieres? La noticia de la rendición de Valencia ha causado el mismo efecto que un jarro de agua fría sobre el fuego que sentían algunos patriotas. Los milicianos de los campos abandonan los fusiles que les dieron las Juntas, y, creyendo que la causa de la Patria ha muerto para siempre, piensan ya en reconocer al rey intruso y al ejército invasor.

—Algo de eso sucede por aquí—dijo entonces uno de los patriotas.

—Decidme qué ha sucedido en esta ciudad desde que se rindió a los franceses. Yo supe la fatal noticia hace cuatro días, y desde entonces sólo he podido pensar en mis dos batallones, que disminuían por momentos.

—Blake ha salido prisionero para Francia con su ejército—dijo don Luis.

—Lo sé.

—Pero indudablemente no tendrás noticia de la bárbara tropelía que ayer se verificó en tu patria, en Sagunto, por orden de Suchet.

—Habla, que efectivamente lo ignoro.

—El padre provincial de la Merced y cuatro frailes más han sido fusilados por los franceses.

—¿Por qué causa?

—Por la misma de que tú y yo podríamos ser acusados: por amar a nuestra patria y por haberla defendido exponiendo la vida.

—Eso es una miserable vileza de Suchet, indigna de un militar que ciñe espada.

—Pues aún hay españoles que le glorifican y le llaman ilustre general, generoso vencedor y amado padre.

—¿Quiénes son esos viles aduladores?

—Cuando entró en la ciudad Suchet, el municipio le dirigió tales palabras como salutación, acompañándolas de otras que demostraban una bajeza y una cobardía incalculables.

—Jamás creí que hubiera españoles que pudieran llegar a tal grado de depravación.

—Pues como ellos hay muchos en Valencia. Los buenos patriotas han huído a otros puntos, y sólo quedamos nosotros, que tal vez no tardaremos mucho en abandonar la ciudad. Aquí sólo hay indiferentes o traidores. El desaliento cunde entre los españoles, y no parece sino que la causa santa de la patria va a morir.

—No; eso no sucederá mientras yo viva.

Y Roméu, al decir esto, casi se levantó de su asiento.

—Atravesamos una época de prueba. El pueblo está como desvanecido por las últimas derrotas que ha sufrido. Pero descuidad, que ya pasará el aturdimiento, y entonces volveremos a ser lo que no hace mucho éramos, y a miles se levantarán los brazos en toda la provincia para exterminar al vil invasor.

Y Roméu, al mismo tiempo que esto decía, accionaba con ambos brazos de una manera animada y tenía el rostro totalmente transfigurado.

Aquella mirada dulce, apacible y tranquila había desaparecido; ahora sus ojos centelleaban y parecían reflejar el fuego de un carácter apasionado y enérgico.

—¿Qué es lo que piensas hacer ahora por la Patria?—le preguntó don Luis.

—Quiero lanzarme al campo, como guerrillero, al frente de un puñado de valientes. Las milicias honradas se han disuelto; pues bien, yo formaré las guerrillas, y ¡juro a Dios y a mi Patria que no cesaré de hacer mal a los franceses hasta que abandonen España!

Aquel hombre dijo estas palabras con un acento tal de firmeza y entusiasmo, que todos los patriotas le contemplaron con respeto.

Don Luis le designó a sus compañeros con un gesto que oralmente podía traducirse en estas palabras: "Es un héroe."

Roméu permaneció algunos instantes silencioso y con la mirada abstraída, hasta que por fin, fijando la vista en los que le rodeaban, dijo así:

—Amigos: yo me he propuesto trabajar tanto como el primer español en defensa de la Patria, y no cejaré hasta morir o verla libre. Muchos de vosotros no me conocéis, y yo sólo puedo deciros, para que creáis en mis palabras, que he estado en todas partes donde era necesario el esfuerzo de los patriotas. Cuando en Sagunto recibimos, hace tres años, la noticia de que Valencia había declarado la guerra al usurpador Bonaparte, yo fuí el primero en arengar a mis paisa-

nos e incitarles a que formaran batallones. Desde entonces hasta hoy no he cesado de trabajar por la Patria. Al frente de la división saguntina vine aquí cuando Valencia fué sitiada por Moncey; combatí después en Madrid cuando fué conquistado por el mismo Napoleón, y he estado en el sitio de Morella, en las operaciones de Albentosa, en la batalla del Puig y en todas cuantas acciones de guerra se han dado en esta provincia. He sorprendido convoyes; he desbaratado la retaguardia del enemigo; al frente de mis valientes he deshecho batallones enteros, y en las treguas de la guerra he adiestrado a mis paisanos en el manejo de las armas, procurando hacer de ellos soldados de la Patria. Esta ha sido hasta hoy mi vida, y así seguiré hasta que Dios quiera salvar a la Patria, o una bala me tienda sobre el campo de combate.

Roméu, al decir esto se había levantado y hablaba irguiendo la noble cabeza y extendiendo solemnemente la diestra.

Su voz grave resonaba de un modo majestuoso en la estancia, hiriendo hasta en lo más profundo del alma a aquellos hombres conmovidos de entusiasmo ante tanta decisión.

El botillero le contemplaba con una veneración semejante a la que siente un labriego ante la imagen del patrón de su lugar.

Don Luis permanecía silencioso, y cuando Roméu terminó de hablar, dijo, dirigiéndose a sus compañeros:

—Todavía no os ha dicho este héroe lo más importante. Por la Patria ha perdido casi toda su fortuna; y su esposa, con los pequeños hijos, vive escondida en los montes sufriendo mil penalidades, pues es seguro que si los franceses la encontraran la fusilarían.

—¡Bah!—dijo Roméu con sencillez—. ¿Qué importa que yo pierda mis bienes cuando la Patria ha perdido su independencia? Mi esposa sufre con gusto las penas propias de una fugitiva, porque más impor-

tante que ella es la nación española, y ésta gime sin cesar bajo el pie de un opresor.

Y después, en un rapto de entusiasmo, dijo sin elevar mucho el tono de su voz:

—Amigos, ¡viva España!

—¡Viva!—contestaron con voz baja, pero enérgica, aquellos hombres.

Tras esto todos callaron. Parecía que los patriotas reflexionaban sobre las palabras que acababan de escuchar.

Por un buen rato en la estancia reinó el más completo silencio. El mugido del viento en la calle y el estruendo de los truenos llegaban, algo amortiguados por las paredes, a los oídos de aquellos hombres silenciosos.

Don Luis dijo, por fin, dirigiéndose a su amigo:

—¿Y adónde piensas ir ahora?

—Adonde encuentre elementos para mi empresa. Voy en busca de hombres que me sigan al campo y que sean hábiles para esa guerra de la montaña, que es la que nuestros enemigos más temen.

—En Valencia no encontrarás ninguno, y a nosotros nos es imposible abandonar la ciudad, pues nuestro deber es estar aquí para que no decaigan más los espíritus.

—Dentro de algunas horas, así que amanezca, saldré para Sagunto. Allí encontraré todavía amigos de los que se batieron hace poco tiempo a mi lado.

Roméu, al decir esto, consultó uno de los dos relojes cuyos colgantes asomaban por más abajo del blanco chaleco.

—Son ya las once de la noche y necesito descansar para resarcirme de las fatigas de algunos días.

—¿Te marchas?

—Sí, voy a descansar a casa de mi amigo el oidor. Allí tengo el caballo.

—Yo te acompañaré.

—Pues en marcha.

Y los dos amigos se levantaron

Don José Roméu estrechó las manos de todos aquellos patriotas, y, como despedida, les dijo:

—Amigos, no hay que cejar. Ante las derrotas, permanezcamos tan firmes como ante el triunfo. ¿Qué importa que seamos vencidos hoy si mañana seremos vencedores?

Después de esto, los dos amigos salieron de la estancia, precedidos del botillero, que abrió la puerta de la calle.

La tempestad había cesado.

Solamente quedaban como restos de ella un cielo obscuro y un vientecillo glacial.

Los dos patriotas se embozaron en sus capas.

—La tormenta se ha alejado—dijo Roméu—e indudablemente las rondas francesas irán por las calles. No me acompañes, Luis; un hombre solo evita mejor un encuentro que acompañado.

—Es verdad. Adiós, José; que logres lo que deseas, y no tardes mucho en capitanear una hueste que sea el terror de los franceses.

—Adiós. Si alguna vez crees que tu presencia no es necesaria en la ciudad, ya sabes que te guardo un puesto en mi guerrilla.

—Gracias, Roméu.

Y los dos, después de estrecharse afectuosamente las manos se separaron, partiendo en diferentes direcciones y perdiéndose en la sombra.

II

Entre ruinas.

La noche era tan hermosa y tranquila como desapacible y fría había sido la anterior.

El cielo estaba azul, como si transparentase una llama remota, y la luna ribeteaba de plata los contornos de algunas pequeñas nubecillas, que permanecían inmóviles en el espacio como buques anclados en un mar inmenso y apacible.

La atmósfera estaba cargada de este polvo luminoso y tenue propio de las noches claras, que disuelve un tanto los contornos de los objetos lejanos y da al paisaje un tinte fantástico y original.

En el cielo brillaban las estrellas, y en la tierra, heridos por la luz de la luna, las hojas de los árboles, las anchas acequias, el tranquilo mar y los tejados de las casas.

Eran las nueve de la noche, y, a pesar de esto, la villa de Sagunto o Murviedro yacía en el sueño tendida a la falda de la pedregrosa montaña y como protegida por el gran castillo que en la cumbre extendía su decrépito cuerpo formado de muros que en sus entrañas guardaban la historia de muchos siglos.

El silencio de la noche sólo era interrumpido por el ladrido de algún perro o los gritos de vigilancia que daban los centinelas desde lo alto del castillo o en las calles de Sagunto.

En la población se alojaban desde hacía algunos días dos regimientos que habían conducido al castillo gran parte de los prisioneros hechos en Valencia.

Entre las últimas casas y el castillo, o sea a la mitad de la falda de la montaña, álzanse hoy todavía las ruinas del teatro romano.

Desde lejos, aquellos venerables restos de una civilización muerta semejan un montón de escombros caído en la vertiente de la montaña desde la espuerta de un gigante; pero cuando se les contempla de cerca, a pesar de los rasguños y heridas que han hecho en el antiguo edificio el tiempo y los hombres, se adivina su remota configuración.

Las gigantescas pilastras que formaban el armazón de la obra se alzan robustas y rectas; el ancho graderío de piedra está casi intacto con sus vomitorios, por los cuales parece que va a desbordarse de un momento a otro el público bullicioso que entra a ocupar sus asientos, y sólo en el fondo del teatro, donde en otros tiempos se levantaba la escena, se ven a nivel de tierra cimientos de muros y profundas cavidades que fueron tornavoces, y en las cuales resona-

ron, para después herir los oídos de una muchedumbre silenciosa, los armoniosos versos de Terencio y Plauto.

Hoy el grandioso edificio tiene todas las dolencias propias de la ancianidad. Excrecencias en los muros y grietas en todas partes; lo que antes era una línea recta, ahora lo es dentada, y las galerías interiores, obscuras y estrechas, semejan negros cubiles.

La noche a que nos referíamos al dar principio a este capítulo las ruinas tenían un aspecto fantástico.

Las pilastras y todos los altos contornos del edificio estaban bañados por la nocturna luz, mientras el resto permanecía envuelto en la sombra.

El silencio y la calma en derredor de las ruinas eran completos. Ni la más pequeña de las plantas silvestres que crecían entre las negruzcas piedras se movía a impulsos del viento.

De pronto, sin que se oyeran pasos ni rumores de palabras, saltando por encima de los muros destrozados del fondo, entraron en el semicírculo de las ruinas dos hombres.

Un rayo de luna que momentáneamente les envolvió, cuando saltaron el derruído muro, permitió ver que eran dos labriegos envueltos en sus mantas.

Así que estuvieron en el centro del teatro, uno de los dos dió un grito, imitando perfectamente el canto del mochuelo.

Apenas hizo esto, apareció otro hombre.

Pero éste no saltó los muros, sino que salió de bajo tierra, como ciertos personajes en las comedias de magia.

Sin duda estaba escondido en el fondo de los tornavoces.

Los tres hombres se confundieron en un grupo en el sitio de las ruinas, donde mayor era la sombra.

—Buenas noches, don José—dijeron en lengua valenciana los dos hombres que habían llegado primero.

—Buenas noches — contestó el otro hombre, que iba envuelto en una capa, y que, como ya habrá comprendido el lector, no era otro que don José Roméu,

—Os doy las gracias—continuó éste—porque habéis acudido puntualmente a la cita.

—Don José—dijo uno de los dos labriegos—. Ya sabe usted que nosotros, siempre que usted nos llame y se trate además de trabajar por la patria, estamos prontos a acudir.

—Para eso último os he llamado.

—Diga usted, pues.

—He llegado de Valencia esta mañana, e inmediatamente os he hecho avisar por un muchacho, escondiéndome después aquí. Esto va muy mal, amigos míos. Los franceses alcanzan cada vez más victorias, y nosotros, en cambio, nos atemorizamos y no hacemos ningún esfuerzo para vencerlos.

—Es verdad.

—El entusiasmo de muchos españoles se enfría por momentos, y hay quien ha llegado a reconocer al rey intruso.

—¡Traidores! — exclamaron con indignación los dos hombres.

—La patria no encuentra un hombre en Valencia que salga a su defensa. Es preciso que los hombres de valor que amen a su patria salgan otra vez al campo. Por eso os he mandado llamar. Vosotros sois los que más prestigio tenéis sobre vuestros paisanos y, por lo tanto, podríais hacer mucho en beneficio de la causa española.

Los dos hombres, al escuchar esto, permanecieron silenciosos e inmóviles.

—¡Qué! ¿No contestáis?—dijo Roméu—. El plan que yo tengo lo debéis secundar todos vosotros. Quiero formar una guerrilla compuesta de gente montañesa que pueda trasladarse en pocas horas de un punto a otro y ser el aguijón que moleste de continuo al ejército francés. ¿Estáis conformes en seguirme?

—Don José—dijo entonces uno de los dos labriegos—, es inútil que hablemos más; lo que usted propone es imposible.

Roméu quedóse sorprendido, y después de algunos momentos de reflexión, dijo:

—Pues ¿qué sucede?

—En Sagunto no hay gente para levantar una guerrilla, aunque sea pequeña. Como usted, ocupado en los asuntos de la patria, hace mucho tiempo que no ha venido por aquí, ignora cómo se encuentra esto. Los hombres están en el ejército y van con Villacampa o en la guerrilla del Fraile. Aquí no quedan más que ancianos, muchachos y mujeres, o algunos de esos miserables que se llaman españoles y no quieren hacer nada en defensa de la patria.

—¿Y vosotros?

—Nosotros somos muy pocos. Apenas si en Sagunto quedaron cinco o seis patriotas, porque nos impiden nuestros asuntos salir al monte con el trabuco al hombro. Además, estamos vigilados por los franceses y los afrancesados. ¡Si usted supiera lo que nos ha costado venir esta noche aquí sin que nadie lo notara!

Don José Roméu, al escuchar estas palabras, quedóse pensativo.

Los dos labriegos le contemplaban, en tanto, con interés.

Así pasó mucho tiempo, hasta que por fin Roméu levantó la cabeza y dijo:

—No parece sino que una maldición me persigue. Necesito soldados de la patria que me sigan, y en ninguna parte los encuentro. Esto causa desesperación. Donde esos franceses ponen su planta no vuelve a renacer el patriotismo. Voy a Valencia, y allí no encuentro a nadie que me ayude, y vengo a Sagunto, a mi querida patria, y sufro igual suerte. ¡Oh! ¡Y pensar que hace apenas tres años bastaba que mi voz sonase allá abajo para que al momento aparecieran miles de combatientes!

—Las circunstancias han cambiado, don José—dijo el labriego de antes, con tono filosófico—. La gente de estos contornos está amedrentada por la pérdida de Valencia.

—¿Y qué importa esto?—contestó Roméu, con su fogosa entonación—. Si Valencia se ha perdido, otra

vez volveremos a recobrarla. Dios no nos puede faltar con su auxilio, pues defendemos una causa tan santa como es la de la patria.

—¿Y qué piensa hacer usted ahora?

—Anoche, en vista del estado de los de Valencia, me forjé el plan de levantar una guerrilla en Sagunto; pero supuesto que no hay aquí hombres, he adoptado otro propósito que seguramente me dará buenos resultados. Venir a levantar guerrillas en esta parte del reino valenciano que se encuentra en poder de los franceses era un proyecto audaz y descabellado. Jamás en el centro de un incendio se encuentra el agua que ha de apagarlo. La parte de Alicante está todavía en poder de los españoles. Allí hay una Junta de Salvación; allí iré, pues, a presentar mi espada, y de seguro que encontraré hombres y armas para mi empresa. De Alicante saldrá mi guerrilla, y ¡juro a Dios que los franceses sentirán pronto el poder de mi espada!

Después de estas palabras reinó un largo intervalo de silencio.

Por fin, uno de los labriegos dijo así:

—Don José, no conviene permanecer por mucho tiempo en este sitio. Tal vez alguien se haya apercibido de que estamos aquí y no tarden en recibir el aviso los franceses.

—¿Queréis retiraros?

—Es una medida prudente.

—Id, pues, con Dios, y no olvidéis que la patria necesita de todos vuestros esfuerzos. Vosotros podéis trabajar mucho desde Sagunto. Ya sabréis de mí, y entonces procurad enviarme a la guerrilla todos los hombres que podáis.

—Descuidad, que cumpliremos vuestras órdenes.

Y los dos hombres, después de decir esto, estrecharon afectuosamente las manos de Roméu.

Luego sacaron de bajo las mantas dos trabucos que hasta entonces habían tenido ocultos, y momentos después salieron de las ruinas.

Roméu los vió alejarse montaña abajo, caminando

siempre por los puntos donde era mayor la obscuridad.

Después púsose a reflexionar sobre lo que debía de hacer.

En el primer instante pensó en bajar al arrabal de Sagunto para coger su caballo y partir inmediatamente.

Pero luego le pareció mejor aguardar en aquel sitio a que la noche estuviera más avanzada para realizar dicho plan, pues a aquella hora era muy fácil tropezar en los alrededores de la población con una patrulla francesa.

Ya se disponía a bajar al fondo del agujero, del que momentos antes había salido, cuando a corta distancia de las ruinas estalló una tempestad de gritos y tiros.

—¡Ira de Dios! — murmuró Roméu —. Esos han sido sorprendidos por una ronda francesa. Este sitio ya no ofrece ninguna seguridad. ¡Huyamos!

Y diciendo esto el patriota sacó del cinturón una de sus dos pistolas y la amartilló, saliendo después de las ruinas.

En aquel instante sobre los viejos muros estrelláronse algunas balas.

III
Planta exótica.

Luis Roca (a quien ya ha conocido el lector en el capítulo primero) era un hombre verdaderamente raro entre los que albergaba Valencia a principios de siglo, una planta exótica entre las muchas que, a pesar de ser jóvenes, crecían débiles y tortuosas en el ambiente algo enrarecido de aquella época.

A los veinte años sabía más que muchos hombres de su tiempo, que pasaban por sabios y sólo con llevar grandes gafas, los dedos manchados de tinta y saber cuatro frases en latín; a los veinticinco causaba miedo a muchos, si es que no procuraba contenerse en la conversación y expresaba en sus palabras lo mucho que había leído.

En aquellos tiempos en que los libros sólo eran patrimonio, en opinión del vulgo, de determinadas clases sociales, Roca leía sin cesar e iba adquiriendo un buen caudal de conocimientos que influían en su inteligencia, haciéndole adoptar ideas productoras, las más de las veces, de escándalo público.

El joven era, en opinión de todos cuantos le conocían, a los principios de su edad viril, un muchacho inexperto, trastornado por los pestilentes aires que venían de Francia.

Su misma familia, a pesar del gran cariño que le profesaba, no podía menos de considerarle con cierta prevención, semejante a la que se observa con el hombre que presenta los signos de la peste.

Roca era hijo de un honrado comerciante que se había retirado de la vida activa después de adquirir una regular fortuna.

El bueno del comerciante reunía todas las noches en su casa algunos antiguos amigos, con sus correspondientes familias, y de este modo se organizaba la tertulia propia de los últimos años del pasado siglo, en la que no faltaba el clásico velón de cuatro mecheros, la mesa con tapete rameado, el juego de prendas para la gente joven y la conversación de las personas graves sobre el estado de Francia y aquellas pícaras gentes que estaban dejadas de la mano de Dios, hasta el punto de guillotinar a su rey.

En esta tertulia, Roca, cuando apenas contaba diez y siete años, tuvo el atrevimiento de decir, con gran escándalo y terror de los contertulios de su padre, que todos los hombres eran iguales, y que él no consideraba que un noble potentado pudiera tener más derechos ante la sociedad que el último ciudadano.

Aquellos honrados ex comerciantes (algunos de los cuales tenían anotados en su antiguo libro de cuentas fuertes débitos de condes y marqueses) se estremecieron al escuchar tales palabras. El estallido de una bomba no hubiera causado tanta conmoción en la tertulia.

Al día siguiente las palabras del muchacho, convenientemente aumentadas hasta lo inconcebible por los

narradores, eran conocidas por mucha gente, y entonces nació la fama de exaltado que Roca comenzó a gozar.

A esto hay que añadir que fué el primero que en Valencia usó el sombrero de copa de anchas alas (maldita invención de Robespierre) y el chaleco ombliguero; que de vez en cuando recibía diarios y "Gacetas" de Madrid y otras capitales, y que en más de una ocasión (después de la muerte de su padre) tuvo el atrevimiento de salir fumando por las calles, se tendrá en completo las firmes bases sobre que descansaba la mala reputación del joven.

Roca tenía unas opiniones verdaderamente endemoniadas.

Cuando María Luisa, la esposa de Carlos IV, favorecía y elevaba a su favorito Godoy, con grande escándalo de todos los españoles, que atacaban al antiguo guardia de Corps y hablaban de él las cosas más atroces, el joven aseguraba que la culpable de aquella inmoralidad era la vieja reina con sus liviandades y no Godoy, pues éste al menos no hacía más que seguir el derrotero de su fortuna.

—¿Han visto ustedes qué manera de discurrir tan peligrosa? — se decían los viejos que conocían a Roca —. Por defender a ese nadie, a ese príncipe de la Paz, a ese... "Choricero" (1) que se aprovecha para encumbrarse de las bondades de la reina, escarnece a una ungida del Señor, a una egregia dama, a quien sólo se puede tildar de ser un poco caprichosa.

Además, el joven era criticado, más que por lo que decía, por lo que callaba y tenía encerrado en su interior.

¿Qué pensaría aquella inteligencia perdida en sus ratos de meditación?

¡Oh! Roca tenía en su vida detalles muy horribles.

Cuando se recibían en Valencia (con dos meses de retraso, por cierto) las "Gacetas" que daban cuenta

(1) Ya sabrá el lector que éste era el apodo por que era conocido D. Manuel de Godoy.

de la marcha de la revolución francesa, el joven las leía sin que su rostro se contrajera demostrando indignación ni elevara los ojos al cielo como escandalizado.

Un día (¡horrible detalle!), leyendo los "papeles" de Francia, llegó a sonreírse con complacencia.

En la "Gaceta" que tenía entre las manos se relataba la jornada del 10 de agosto en París, la prisión de Luis XVI y la proclamación de la República.

¡Sonreíase por lo mismo que a muchos hombres de gravedad y seso había hecho espeluznar o llenarse de terror! Aquel joven estaba dejado de la mano de Dios y tenía, indudablemente, la cabeza llena de malos espíritus, salidos, sin duda, de las páginas de aquellos grandes librotes escritos en francés que tenía en casa, y que si no recordaban mal algunos amigos de su padre, se titulaban la "Enciclopedia".

Sin embargo, después de algunos años llegó un día en que Roca cesó de sonreír leyendo las noticias de Francia que publicaban los periódicos. En éstos se daba cuenta del golpe de Estado de 18 de Brumario, y se tributaban elogios al general Bonaparte.

El joven cobró aversión a aquel soldado, y desde entonces siguió con atención el engrandecimiento del hombre que con sus actos demostraba que era un futuro peligro para las naciones.

Cuando el ejército francés entró en España, más con el aspecto de un conquistador que de un amigo, Roca fué de los primeros que vió claramente los fines que perseguía Napoleón.

Comprendió que la Patria estaba en peligro, y se formó el propósito de contribuir al instante a su salvación.

El día en que se recibieron en Valencia las noticias de lo ocurrido el 2 de mayo en Madrid, él fué de los primeros que contestaron al grito patriótico del glorioso Doménech "el Palleter".

Aquel mismo hombre, que muchos calificaban a principios de siglo de amigo de Francia, ahora dejaba oír su voz en todas partes excitando a la gente a to-

mar las armas en defensa de la Patria, y combatía en la muralla durante los dos sitios, y aun después de tomada Valencia por los franceses no cesaba de trabajar por la independencia española.

El lector tal vez encuentre extraño que siendo Roca tan entusiasta patriota permaneciese en Valencia, aun después de estar bajo el poder de Suchet, y no corriera a la montaña, como le propuso don José Roméu, para organizar guerrillas españolas.

El joven tenía afectos que le obligaban a permanecer en la ciudad. Amaba a una joven hija de un escribano bastante conocido entonces en Valencia.

La historia de aquellos amores estaba más llena de aventuras y trabajos que la de Persiles y Sigismunda.

El escribano era un ser enteco de cuerpo y de alma, de rostro antipático, frente rugosa, ojos torcidos, de espaldas cargadas y, más que todo, de conciencia muerta bajo el peso de mil hechos reprobables.

Con el escribano y su hija se había realizado ese incomprensible prodigio que vemos en la Naturaleza, que convierte en mariposa al repugnante gusano y que hace brotar las rosas del barro más inmundo.

A pesar de la repugnante fealdad de don Lesmes el escribano, su hija Amalia era tal vez la joven más bonita de Valencia.

La hermosura de la hija del escribano no era muy conocida, pues apenas si su padre la dejaba asomar a la ventana, y sólo en las grandes solemnidades salía a la calle, acompañada del poco simpático autor de sus días.

Luis la había conocido en su misma casa, siendo muy niña, pues don Lesmes y su padre habían sido muy amigos.

El escribano era uno de los asistentes a la tertulia de casa de Roca, y había sido de los que más pronto se asustaron al conocer las atrevidas teorías del joven.

Luis y Amalia se adoraban desde muy niños. Los padres de ambos parecían favorecer tales amores; pero cuando murió el de Roca, don Lesmes cerró la

puerta de su casa al joven y le hizo saber que jamás consentiría que su hija se casara con un hombre que estaba en poder del diablo y que hablaba mal de los reyes.

A pesar de esta declaración, que hablaba muy alto en favor del sano criterio de don Lesmes y de su amor al Trono, muchos dijeron que el escribano no sentía tales cosas, y que solamente quería impedir que Luis se casara con su hija por parecerle que la fortuna de éste era muy mezquina para ser administrada por él.

El avaro escribano—según la opinión pública—tenía en su casa un cofre atestado de onzas, producto de sus rapiñas y cohechos, a más de un buen número de campos, y con tales bienes deseaba para su hija un marido que le llevara tesoros que de paso él podría administrar.

En el corazón del escribano no había el menor rastro de sentimiento, pues estaba totalmente metalizado.

Pero para el amor no existen rejas, como dijo no sé quién, y de aquí que, a pesar de todas las oposiciones de don Lesmes, Amalia y Luis se amaban, y aun en más de una ocasión lograron verse a través de una reja de la casa del escribano, que daba a un callejón poco transitado.

Don Lesmes profesaba cada vez mayor odio al joven Roca.

Primeramente lo fundó en las ideas exageradas que el joven profesaba, y después, en su ardiente patriotismo.

El escribano pertenecía al número de aquellos españoles timoratos que, odiando al pueblo y sus entusiastas manifestaciones, abandonaban la causa de la Patria y preferían acoger con la sonrisa del degradado siervo a los vencedores franceses.

Cuando Suchet entró en Valencia, don Lesmes fué uno de los españoles que salieron en Comisión a recibir al ejército vencedor y tributarle un elogio modelo, propio de espíritus débiles y mezquinos.

Sin duda el padre de Amalia no tenía otra patria ni amor que las contantes onzas que guardaba en un

arcón; y para velar por su seguridad, no quería enemistarse con los españoles ni con los invasores, ni acordarse de que su nación estaba próxima a sucumcumbir.

De seguro que algún lector se estará diciendo que la conducta de don Lesmes ha tenido muchos imitadores hasta en nuestros días.

* * *

Cuando los primeros rayos del sol llegaron a través de los cristales del balcón hasta la misma cama de Roca, éste se levantó de un salto y se puso a vestir precipitadamente.

La habitación del joven era un fiel trasunto de su carácter y modo de ser.

En grandes estantes, con cortinillas verdes, veíanse muchos libros; sobre una mesa que ocupaba uno de los extremos de la habitación estaban amontonados grandes legajos de papel cuyo contenido estaba relacionado con la profesión de letrado que ejercía Luis, y de las paredes colgaban grandes retratos de los hombres más eminentes en la ciencia y la literatura.

Pero en todos los objetos de la estancia se notaba el desorden y el descuido, pues se veían piezas de vestir sobre la mesa de estudio, y los muebles cubiertos de espesa capa de polvo. Aquello era la habitación propia de un hombre que, a más de soltero, es de costumbres desarregladas.

En un rincón veíase un largo y pesado fusil, de cuyo cañón pendía una colosal cartuchera.

Con aquella arma Luis había hecho fuego al lado de su amigo Roméu durante el primer sitio en la puerta de Cuarte, y en el segundo en la batalla del Puig.

El joven se vistió, y momentos después salía a la calle.

La ciudad ofrecía, lo mismo de día que de noche, un espectáculo tétrico.

Por las calles transitaban pocas personas, y en cada esquina se veían grupos de franceses.

Luis, con el rostro ceñudo y el continente arrogante, atravesó varias veces por medio de aquellos grupos, y de este modo llegó cerca de la plaza de las Escuelas Pías, parándose a la entrada de un callejoncito que se extendía al lado de un gran caserón.

En éste habitaba don Lesmes, el escribano.

Roca se detuvo junto a la gran puerta, como si esperase la salida de alguien.

Todos los días acostumbraba a hacer lo mismo, y es que, como todos los amantes que no pueden entrar en la casa de su adorada, había conquistado a una vieja sirvienta del escribano, la cual le daba noticias de su señorita.

No tardó mucho en aparecer en el patio la vieja confidente.

Luis, al verla, experimentó mucha alegría.

Desde el día en que entraron en Valencia los franceses, el joven no había podido avistarse con la criada, y había tenido que rondar la casa día y noche sin lograr ver a ninguno de sus habitantes.

La criada atravesó el portal por frente a Luis, y sin mirarle ni cesar en su paso, le dijo:

—Sígame usted, señorito.

El joven dejó que la sirvienta se alejara algunos pasos, y después púsose en su seguimiento.

De este modo los dos atravesaron algunas calles, hasta que por fin la vieja se detuvo, uniéndosele al instante Luis.

—Aquí no pueden vernos—dijo la criada—y le podré decir sin cuidado muchas cosas.

—Hable usted, que estoy impaciente por saberlas. ¿Cómo está la señorita?

—Pensando en usted continuamente; pero no es de ella de quien quiero hablarle.

—¿Qué sucede, pues?—preguntó con alguna alarma Roca.

—Tenemos alojado en casa, desde que terminó el sitio, a un capitán francés que se llama... ¡qué sé yo!, son tan atravesados esos nombres, una cosa así como Jacobet o Jacomet.

La criada, al decir esto, se quedó como dudando, y, por fin, dijo con resolución:

—Eso es, Jacomet; ése es su nombre.

—¿Y qué me importa a mí eso? ¿Qué tengo yo que ver con él?

—Espere usted y se convencerá de que le interesa el tal francesito, que, por lo pequeño y movible, parece una ardilla. El tal Jacomet se ha enamorado de la señorita, y por lo que veo no la deja a sol ni a sombra.

—¿Estás segura de lo que dices?—preguntó Roca con interés.

—Y tan segura, señorito. Amalia misma me ha confesado la terquedad con que ese francés la enamora.

—¿Y qué dice don Lesmes?

—El señor calla. Como tiene mucho miedo a los franceses y teme que éstos se apoderen del dinero que conserva escondido, consiente todas las insolencias del capitán, y aun las celebra con su risita de conejo.

—¡Oh! Es preciso que yo evite el que ese mequetrefe continúe en la casa.

—Así lo desea la señorita. Anoche me rogó que se lo contara todo a usted, para que pusiera el oportuno remedio. Ella comprende que está amenazada de mil peligros al lado de ese francés, que por cierto es bastante desvergonzado. Mire si lo será, que ayer llegó a intentar el besarle una mano a la señorita, diciendo que esto era moda en su país. ¿Se habrá visto jamás mayor atrevido?

Al escuchar esto, Luis palideció y sus puños se crisparon.

Aquellas noticias le ponían fuera de sí, y deseaba tropezar con Jacomet para exterminarle entre sus manos. Su temperamento fogoso estaba excitado y sentía en todo el cuerpo estremecimientos nerviosos.

Amalia era para él algo más que una mujer. La consideraba como un ser divino, hasta el punto de que muchas veces, en sus conferencias con ella a través de la reja del callejón, permanecía mucho tiempo silencioso y extático, como arrobado en la contemplación de aquel rostro y mecido por la armonía de aquella voz.

Su pasión rayaba en los límites del más puro idealismo.

El pensar, pues, en que aquel ser puro y virginal, al que adoraba como a Dios, era insultado con audaces propósitos por un soldadillo extranjero, le producía el mismo efecto que siente el poeta cuando ve trepar un pulgón por entre los pétalos de una flor.

Deseaba aplastar a aquel ser a quien no conocía y al que odiaba con toda su alma.

Con este propósito preguntó a la sirvienta:

—¿Dónde podré yo ver a ese capitán?

—Ayer salió mandando un destacamento para no sé qué pueblo; pero no tardará mucho en volver, pues se ha dejado su equipaje en casa.

—Encárgate de avisarme así que vuelva.

—Así lo haré, señorito.

—¿Cuándo podré ver a Amalia?

—Esta noche le aguarda en la reja.

—¿A qué hora?

—A las diez. Tiene muchos deseos de verle.

—Hace ya ocho días que no nos vemos.

—De todo ha tenido la culpa ese maldito francés. El señor, por miedo a las audacias del capitán, no la perdía de vista, y a causa de la vigilancia no ha podido avistarse con usted. Hoy es otra cosa.

—Acudiré puntualmente a la cita.

—Adiós, pues, señorito. Tengo que hacer algunas compras y es bastante tarde. Cuán poca gente va por las calles. Crea usted que tengo miedo de alejarme mucho de casa. ¡Son tan insolentes esos franceses!

—¡Bah!—dijo sonriendo Roca—. A tu edad no debes tener mucho cuidado. Adiós, Rita.

Y después de estas palabras, el joven y la sirvienta se separaron.

IV

Prófugui vagabúntur

Transcurrieron cinco días, bien felices por cierto para Roca, pues durante ellos pudo ver a su amada todas las noches.

¡Qué idilios de amor escucharon los negros y gastados hierros de la reja!

Todas las mañanas, cuando el día empujaba a la noche con las oleadas de luz blanca y violada, propia de la aurora, Luis, envuelto en su capa, salía del callejón y se dirigía a su casa para acostarse y descansar, soñando las cosas más bellas y contemplando un océano de color rosado.

Después se levantaba a mediodía.

El quinto día que Luis hacía este género de vida, olvidándose de sus amigos, de la patria y de Suchet y su ejército, al levantarse de la cama vió entrar en su habitación, precedido de su vieja criada, a un hombre lleno de polvo que vestía el traje de los campesinos del sur de la provincia.

—¿Es usted don Luis Roca?—preguntó el recién llegado.

—El mismo. ¿Qué quería usted?

El campesino miró a su alrededor para ver si la criada se había marchado, y viendo que estaba solo con el joven, metió la mano en su pecho y sacó una carta algo mugrienta y bastante arrugada.

Miró el sobrecito con la estúpida fijeza del patán que contempla un jeroglífico, y dijo con acento de duda:

—No sé si esta carta será para usted. Llevo muchas más y me sería fácil equivocarme. Mírela usted y vea si es la suya.

Luis miró el sobre y leyó su nombre.

—Mía es—dijo.

—Pues entonces, quédesela, que yo me voy, que aún tengo que correr mucho.

—Pero, ¿de quién viene esto?

—De los amigos; de los que, como usted, trabajan por la Patria. Vaya, ¡salud! y ¡viva España!

El campesino, después de decir esto, levantando su garrote como si se encontrara frente al enemigo, salió de la habitación.

Roca, así que quedó solo, púsose a abrir la carta, y después, la leyó rápidamente.

Era de don José Roméu, y decía así:

"Amigo Roca: Por fin he logrado lo que deseaba. La Comisión militar de Alicante me ha conferido el mando de una guerrilla, y hace dos días que he salido a campaña, seguido de sesenta infantes y cuarenta caballos. Todos parecen gente decidida, por lo que, seguido de ellos, no temo acometer las empresas más arriesgadas y difíciles.

Comunica a todos mis amigos de Valencia esta noticia y procura enviarme hombres. El campo de mis operaciones pienso que será la línea divisoria de las provincias de Valencia y Alicante. Desde aquí hostilizaré de continuo a los franceses.

Si tú piensas algún día abandonar Valencia para batirte por la Patria, acuérdate de que yo te reservo un puesto en mi partida. Serás mi segundo.

Queda con Dios, amigo.

Espero que algún día vendrás a reunirte con tu amigo.

José Roméu."

Luis, después de leer la carta, la guardó diciendo:

¡Qué corazón el de Roméu! Se desvive por la Patria y cifra toda su felicidad en poder esgrimir la espada contra sus enemigos. Tengo en él mucho que aprender.

Después de decir esto el joven salió de su habitación, y bajando la escalera, a los pocos instantes se encontró en la calle.

Se notaba en Valencia una animación mayor a la de los anteriores días.

La gente parecía más familiarizada con los invasores, y no era extraño ver a algún español charlando con un granadero francés que chapurreaba grotescamente la lengua del país.

Las señales del terrible sitio habían desaparecido un tanto.

Se habían limpiado los escombros de las casas derruídas y recompuesto las fachadas de los edificios maltratados por las bombas.

Roca, cuando se encontró en la calle, no supo dónde dirigirse.

Desde mucho antes del sitio no se ocupaba en otra cosa que en las cuestiones de la Patria, olvidando los asuntos de su profesión de letrado.

Por algunos instantes se mostró indeciso, no sabiendo a dónde encaminar sus pasos.

Al fin, optó por el recurso que le ofrecía su espíritu de enamorado, y se dirigió a casa de su adorada con la esperanza de ver su silueta, aunque sólo fuera rápidamente, tras los vidrios de los balcones.

Cuando se encontró frente a la casa del escribano se apoyó en la pared contraria, formándose el propósito de permanecer allí un buen espacio de tiempo.

Tal vez al poco rato saliera Rita, la criada, para comunicarle noticias de tanta importancia, como si la señorita había ya dormido bien, o se encontraba indispuesta.

Roca permaneció mucho tiempo inmóvil, sin que viera bajar por el trozo de escalera de piedra que desembocaba en el patio otro ser viviente que un gatazo negro, que, apoyándose sobre las patas traseras, se pasaba las delanteras por la cara y le miraba con ojos inquietos.

El joven miraba atentamente al animal, y en su interior se decía que era muy simpático.

¡Cuántas veces se habría adormecido en el regazo de su adorada Amalia!

De este modo permaneció Luis más de media hora. Aquel animal absorbía toda su atención, y sólo de vez en cuando levantaba los ojos para mirar a los balcones, tras los cuales no se dibujaba la menor figura.

De pronto, notó que el gato abandonaba su posición y miraba alarmado a lo alto de la escalera.

Alguien bajaba.

El joven percibió un ruido acompasado y metálico, semejante al chocar de un sable sobre los peldaños.

Un recuerdo súbito asaltó la memoria de Luis.

Aquel que bajaba debía de ser el capitán Jacomet.

Ante tal pensamiento, el joven se estremeció, y su sangre pareció agolparse toda en el corazón.

Acordóse de las insolencias del francés y de lo mucho que con ellas mortificaba a Amalia, y al momento pensó en provocar un lance que le permitiera castigar a aquel hombre audaz.

El furor de que se sintió poseído al escuchar las palabras de Rita volvió a apoderarse de él.

Entre tanto, aquel sonido metálico había ido acercándose, y, por fin, apareció en el patio un hombre que vestía el uniforme francés.

Efectivamente era un capitán. Llevaba en los hombros charreteras con canalones de oro, y sobre el pecho la cruz de la Legión de Honor.

Aquel hombre merecía una descripción aparte.

Era uno de esos seres que respiran por todo su cuerpo la audacia al par que el cinismo.

Se notaba en él al valiente (y buena prueba de ello era la cruz que adornaba su pecho), pero al valiente canallesco, semejante al bandido que se bate como un héroe, y que en los momentos de descanso no tiene el menor rasgo de caballerosidad.

No era el león noble y arrojado, sino el lobo valiente, pero artero y sanguinario.

Su cuerpo era pequeño y nervioso, y en su rostro tenía impreso de continuo un gesto insolente y desdeñoso, propio del tiranuelo que basta diga "quiero" para que sea.

En sus ojos, movibles y de un azul semejante al del acero empavonado, aparecía una expresión, mezcla de altanería y bajeza, que le hacía repulsivo.

Se reconocía en él al pilluelo corrompido de París, alistado bajo las banderas del gran Napoleón y ascendido a capitán, gracias a su valor.

Así que llegó al centro del patio, no pudo menos de fijar su atención en aquel hombre que estaba apoyado en la pared de enfrente.

Luis sólo aguardaba este momento para dar principio a la realización de su propósito.

Sonrióse irónicamente y miró con insolencia al capitán.

Jacomet se estremeció y llevó convulsivamente la mano a la empuñadura de su sable.

¿Qué era aquello? ¿Un español, un vencido, tener el atrevimiento de burlarse de un soldado de Bonaparte?

¿Un gusano dirigiendo un reto a un semidiós?

Además, Jacomet, como hombre valeroso, no podía resistir aquello.

¡Pues apenas era nada! ¡Atreverse a mirar de mal modo al capitán Jacomet, al oficial que mejor tiraba a las armas de todo el ejército de Suchet y que gozaba fama de dejar tendidos en el campo del honor a todos sus enemigos!

Aquello merecía una lección dura, y el militar se propuso darla al instante.

Con gentil continente atravesó el portal y fué a pararse junto a Luis.

Allí los dos se miraron fijamente.

—¡Caballero!—dijo por fin Jacomet en castellano no exento de pronunciación francesa—. ¿Podré yo saber a qué debo el que me miréis con tanta intención?

—Yo hago lo que mejor me place—dijo Roca con un tonillo irritante.

—Me parece—repuso el capitán—que no tendréis tanto valor para coger una espada como para sonreíros.

—Caballero, no será la primera vez que he tenido una espada, y me parece que si usted formaba parte del ejército de Moncey, que sitió por primera vez a Valencia, guardará señales en su cuerpo que le habrán permitido apreciar lo que pesa mi brazo.

Jacomet, al escuchar esto, palideció intensamente y se hizo atrás como para desenvainar el sable.

Después se repuso y dijo con calma feroz:

—Basta; no hablemos más. Tenéis, sin duda, ganas de mediros con un oficial francés, y ¡por el diablo que no os he de dejar con el deseo! Hoy al anochecer os aguardaré en este sitio, y después nos iremos donde podamos agujerearnos el pellejo sin que nadie nos vea.

—No me parece mal vuestro plan.

—Pues hasta la noche. ¿Cómo os llamáis?

—Creo inútil deciros el nombre.

—Yo no tengo la costumbre de batirme con quien no conozco.

—Me llamo don Luis Roca. ¿Y usted?

—El capitán Gustavo Jacomet.

Después de esto, los dos se saludaron ceremoniosamente, partiendo en diferentes direcciones.

Roca anduvo al azar atravesando calles.

Miró una vez uno de sus dos relojes y vió que era la una de la tarde.

No había comido, y, sin embargo, siguió alejándose cada vez más de su casa.

En aquellos momentos no experimentaba las apremiantes necesidades del estómago.

El deseo de exterminar a aquel miserable llenaba todo su pensamiento.

Atravesando calles llegó, sin notarlo, a la puerta de Serranos, y salió por ella, llegando hasta la margen del río.

Una vez allí se apoyó en el parapeto de piedra, y por mucho tiempo estuvo contemplando distraídamente la angosta faja de agua que tortuosamente corría por el fondo del cauce, ensanchándose a trechos.

Después se arrancó de tal contemplación y siguió paseando por la orilla izquierda del río, faldeando siempre las murallas de la ciudad.

Tanto se alejó por aquella ribera, que, por fin, dejó a sus espaldas la ciudad y siguió caminando por la vega con dirección al mar.

Luis estaba preocupado.

Dentro de su imaginación saltaban en aquellos instantes en revuelta confusión don Lesmes, Amalia, Rita y Jacomet.

Sobre todo, la imagen de este último estaba de una manera patente en su memoria.

¡Cuántos deseos tenía de atravesar de una estocada a aquel francesito!

Pensando en esto se enardecía y caminaba con paso rápido.

Hubo un instante en que se sentó bajo un árbol y allí permaneció más de una hora.

Dejaba correr sus ojos por la inmensidad y parecía escuchar los mil rumores que producía la vega con sus hierbas y ramas al ser agitadas por el viento.

El cielo estaba cubierto por negras nubes que, con sus desigualdades, formaban imaginarias cordilleras de montañas.

Allá, en lo último del horizonte, la cordillera se rompía y dejaba al descubierto un trozo de cielo de puro azul, semejante a un sereno y transparente lago.

Algunos jirones diminutos de bruma que flotaban en aquel éter cerúleo parecían nevados cisnes que se bañaban mirándose en la tranquila linfa del lago.

Por aquel espacio del cielo que quedaba libre de nubes se filtraba la luz del sol, que caía sobre una parte del paisaje como una tenue lluvia de oro.

Una brisa helada conmovía la Naturaleza.

Luis contemplaba distraídamente todo aquel espectáculo, abismándose cada vez más en sus pensamientos.

Ya comprenderá el lector de qué especie eran los pensamientos del joven.

Se imaginaba lo que haría después de matar a Jacomet, y al mismo tiempo se decía que era preciso convencer a Amalia para que huyera con él y refugiarse después en la parte de la provincia donde estaba Roméu.

Luis comprendía la persecución de que sería objeto después de matar al capitán, y deseaba también perder de vista cuanto antes a don Lesmes, que tal oposición hacía a sus proyectos amorosos.

Pensando en todo esto permaneció inmóvil más de una hora al pie del árbol.

Por fin vió en su reloj la hora que era, y levantándose del suelo, emprendió su marcha hacia Valencia.

El hermoso panorama de la ciudad se extendió ante sus ojos.

Las murallas almenadas, los altos tejados, los nu-

merosos campanarios y la octogonal masa del Miguelete se destacaban sobre el nublado cielo, contrastando su color rojizo, propio de la piedra bañada durante el día por un sol meridional, con el negruzco o plomizo de las apiñadas nubes.

El joven, al contemplar la ciudad, pareció salir del ensimismamiento en que hasta entonces había permanecido.

—No parece sino que haya andado durmiendo —se dijo—. Me he alejado de Valencia y he pasado dos horas en la huerta sin notarlo. Vamos ahora a casa a arreglarlo todo para esta noche. Creo que en un rincón de mi cuarto tengo una espada que está en buen estado. Además, escribiré una carta a Amalia por si el francés me mata, que todo pudiera ser.

Al poco rato Luis entró en Valencia por la puerta del Mar.

Inmediatamente se dirigió a su casa, que estaba situada en una calle cercana a la plaza de la Virgen.

Ya iba a entrar en su calle, cuando oyó que le llamaban a sus espaldas.

Volvió la cabeza y se encontró con Rita, que tenía aspecto de azorada y le decía con voz suplicante:

—Señorito, no pase usted adelante.

—¿Qué ocurre?—preguntó Luis con extrañeza.

—¡Por Dios! No vaya usted a su casa.

—Pero, ¿qué ocurre?

—Van a prenderle los franceses de un momento a otro.

—¡Bah!... ¿Y por qué?

—Créame, señorito, y no pase adelante.

—Pero explícate.

—Aquí no. Estamos muy cerca de su casa, y de un momento a otro llegarán los franceses. Vamos a otro sitio.

—Donde tú quieras.

Los dos se alejaron de aquel punto, y atravesando la plaza antes citada, entraron en la de la Almoina y fueron a situarse bajo el arco que une la Catedral con el palacio del arzobispo.

Dicho lugar era bastante solitario, pues sólo de tarde en tarde pasaba algún transeunte, cuyo paso retumbaba bajo la bóveda del aéreo pasadizo.

Rita, acompañando sus palabras de los aspavientos propios de una vieja asustada, comenzó a decir así:

—Señorito, usted debe haber tenido esta mañana una cuestión con ese maldito Jacomet.

—Algo de eso ha habido.

—Pues bien; ese francesillo piensa vengarse de usted.

—Ya lo sé, pero algo difícil le será el cumplir su deseo. Al anochecer tenemos que vernos los dos.

—Según eso, ¿se trata de un desafío?

—Sí. Esta noche uno de los dos ha de quedar tendido en el suelo.

—Pues está usted engañado. Gil Jacomet no piensa en batirse con usted.

—¿Cómo sabes eso?

—Aún no hace una hora he escuchado una conversación que el capitán ha tenido con su asistente.

—Cuenta todo lo que sepas.

—Pues he escuchado las palabras que Jacomet dirigía a su asistente. El maldito parece que tiene con su subordinado mucha confianza. ¡Buenos canallas son el tal par!

—Rita, ¡por Dios! Déjate de consideraciones y cuéntame lo que decía Jacomet.

—Pues mandaba a su asistente que sin tardar fuera a ver al comandante de la plaza y le entregara una carta. El asistente le preguntaba si le había sucedido algo notable, y él decía que había tenido unas palabras con un español llamado don Luis Roca; que estaba citado con él para la noche, y que al principio pensaba batirse, pero que después había reflexionado que era estúpido el exponer la vida luchando con un vencido, y creía mejor el mandar que lo condujeran a prisión, fundándose en que el tal Roca tenía fama de patriota exaltado.

—¡Ah, gran cobarde! ¿Y cuándo oíste eso?

—Jacomet volvió al poco rato de salir de casa, y

sin duda después de separarse de usted fué cuando se formó el propósito de prenderlo.

—¿Y qué más dijo a su asistente?

—Que no se olvidara de manifestar al comandante el sitio donde usted vivía, y que él ya había procurado conocer. De modo que ya ve usted que no me falta motivo para que le ruegue que no vaya a casa.

Luis se quedó algunos instantes pensativo y, por fin, dijo:

—Ese hombre es un miserable. Es preciso que yo le busque inmediatamente para afearle por su canallesca conducta.

—¿Qué va usted a hacer, señorito?—dijo Rita asustada—. Va usted a arrojarse en las garras del lobo. Piense que ese Jacomet no es un hombre solo, pues tras él está Suchet, el comandante militar y todo el ejército francés. Yo he oído decir muchas veces a mi señor en estos últimos días que los franceses sólo esperaban una ocasión para echarle la uña a usted y a otros patriotas. Ya comprenderá que ésta es la ocasión que ellos deseaban, y que sencillamente por haber insultado a ese capitán, lo tendrán años enteros en la cárcel.

—¿Qué crees tú, pues, que debo hacer?

—Huír de Valencia; eso es lo mejor por ahora.

—Es imposible. ¿Cómo quieres que me marche inmediatamente sin medios para el viaje? Además, Amalia...

—No se inquiete usted por ella. La señorita le querrá siempre lo mismo, aunque se halle lejos de ella.

Luis permaneció callado, y en vista de esto, la vieja continuó:

—¿Qué es lo que usted necesita? Dígamelo, que yo entraré en su casa y lo llevaré donde usted quiera. Aunque los franceses me sorprendan en ella, nada malo podrá sucederme.

—No me parece despreciable tu idea. Necesito dinero para el viaje y tú podrás ahora sacarlo de donde lo tengo encerrado.

Luis, después de decir esto, sacó un manojo de llavecitas de un bolsillo de su chaleco y lo entregó a la

vieja, dándole al mismo tiempo las instrucciones necesarias para que encontrara lo que él pedía.

—Será usted servido—dijo Rita—. ¿Dónde me esperará usted?

—En la botillería de la plaza del Mercado, donde me has visto otras veces.

—Ya sé dónde es. En casa del señor Nicolás el patriota. Dentro de un instante estaré allí.

Y la vieja se alejó con dirección a la casa de Luis.

Este encaminó sus pasos a la plaza del Mercado.

Cuando al poco rato llegó a la botillería de su amigo, dudó en entrar, viendo que junto al mostrador estaban algunos gendarmes franceses.

Pero no tardó en notar que aquellos soldados no tenían otra intención que la de probar la bondad de los licores del país.

Nicolás aparecía detrás del mostrador rodeado de frascos y botellas y mirando con expresión ambigua a aquellos parroquianos.

Luis se dirigió inmediatamente al mostrador, y haciendo una seña a su amigo penetró en la trastienda.

El botillero no tardó mucho en seguirle, dejando a un muchacho encargado del despacho.

—¿Qué pasa, don Luis?—dijo cuando se encontró al lado del recién llegado—. Me parece notar en su rostro que le ocurre algo grave.

—Dentro de unos instantes voy a salir de Valencia.

—¿Cómo es eso?

Roca relató entonces a su amigo todo lo que le había ocurrido y la persecución de que iba a ser objeto por parte de los franceses.

El botillero le escuchó con mucha atención, y por fin dijo:

—Según eso, ¿sólo espera usted la llegada de Rita con el dinero para marcharse?

—Así es.

—¿Y dónde piensa usted ir?

—A cualquier parte, con tal de que no pueda vivir confundido con los franceses. Afortunadamente

esta mañana he recibido una carta de don José Roméu ofreciéndome un puesto en la guerrilla que ha formado. Allí iré.

Tras esto reinó el silencio entre los dos patriotas, y como los parroquianos que llenaban la botillería eran cada vez mayores en número, Nicolás dijo:

—Don Luis, dispense usted si le dejo solo; pero ahí fuera es necesaria mi presencia.

—Vaya usted, hombre. Yo aquí esperaré la vuelta de Rita.

Y Roca se sentó junto a la gran mesa de la trastienda. Distraídamente recorrió con la mirada toda la estancia.

Allí estaba, como siempre, aquel cuadro patriótico que bien pudiéramos calificar de francoespañol. Como era de día y entraban muchos franceses en el establecimiento, el cuadro estaba vuelto, dejando ver el rostro bondadosote y tranquilo de José I.

El joven permaneció más de media hora solo y dejando vagar su pensamiento por las regiones de lo infinito.

Estaba abstraído y no reparaba en el movimiento de entrada y salida en la botillería.

De pronto volvió a la realidad, escuchando la voz de Nicolás, que en la tienda decía:

—Pasa adelante, Rita; ahí dentro le tienes.

Rita entró en la trastienda y entregó a Luis un cartucho de papel que contenía monedas.

—Tome usted, señorito—le dijo—. Hay veintisiete onzas de oro; no he encontrado más dinero en casa. Con ése ya podrá marcharse usted.

—Creo que sí.

—Bueno; pues márchese usted inmediatamente.

Luis miró fijamente a Rita cuando decía esto, y notó que estaba muy agitada.

—¿Qué te ha sucedido?

—Cuando yo bajaba de la habitación de usted ya subían a ella diez o doce gendarmes mandados por un oficial; a estas horas estarán registrando hasta el último rincón de la casa.

—¿No te han dicho nada?

—No; pasaron por mi lado en la escalera sin decirme la menor palabra. Sin duda creyeron que yo era una vecina de otra habitación. Cuando salí a la calle vi, en el extremo de ella, a ese maldito Jacomet que estaba parado, sin duda aguardando ver cómo le sacaban a usted preso.

—¡Infame!

—Conque ya lo sabe; márchese usted inmediatamente si no quiere que le prendan.

—Aquí estoy seguro.

—¡Seguro! ¿Pues no ha oído lo que le he dicho? ¿No van a venir aquí dentro de unos instantes?

—Rita: tú, hasta ahora, no has dicho nada de eso. Estás muy excitada; serénate y di todo lo que sepas.

La vieja criada calló unos instantes; y luego, más tranquila, dijo:

—Yo no entiendo esa lengua con que hablan los malditos franceses; pero cuando me he tropezado con ellos en la escalera, he oído nombrar la botillería y al Nicolás. No crean ustedes que me he equivocado; tengo la certeza de que decían esto.

El botillero, que había entrado en la trastienda detrás de Rita, al escuchar esto miró con sorpresa a Roca y después le dijo:

—¿Qué os parece de esto?

—Creo que esos malditos piensan reducir a prisión a todos los patriotas declarados, y que por lo tanto hará usted muy bien en ponerse a salvo como yo voy a hacerlo.

—Pues pronto—dijo Rita—, que, a juzgar por el tiempo que ha pasado, los franceses no tardarán un cuarto de hora en presentarse aquí.

—¿Dónde se marcha usted, Nicolás?—preguntó Roca al botillero.

—Voy a esconderme, pero no quiero salir de Valencia. Necesito velar por mis intereses.

—¿Y si le prenden?

—Descuide usted; mi escondrijo es de los más seguros.

—Pues entonces, adiós.

—Adiós, don Luis. No le digo que venga conmigo porque ya me ha dicho usted que su deseo es ir a reunirse con don José Roméu.

—Así es. Además, que cuando uno está escondido solo goza de más seguridad que acompañado.

—Es una verdad. ¡Adiós, don Luis!

—Adiós, amigo, y buena suerte.

Los dos patriotas se abrazaron, y después, mientras el botillero en la tienda daba algunas instrucciones a su dependiente, Roca, seguido de la vieja, salía a la calle.

—Rita—dijo el joven parándose—, ya es hora de separarnos. Voy a salir inmediatamente de Valencia.

—Adiós, señorito—dijo la vieja con voz temblorosa por la emoción—. Que la Virgen le libre de las balas francesas.

—Acuérdate siempre de lo que te encargo. Vela por Amalia.

—¡Señorito! ¿A quién se lo dice usted?

—¡Si supieras con qué zozobra me alejo de Valencia! Amalia me ama, y es pura como un ángel; pero tiene muy cerca al espíritu del mal, a ese perverso Jacomet, a quien algún día le he de meter en el pecho mi sable hasta la empuñadura. Vela por tu señorita y defiéndela.

—Descuide usted, don Luis.

—Ahora queda con Dios, Rita. No me abraces ni hagas ninguna demostración. Esto podría perdernos. Dame la mano... Así... ¡Adiós!

Y Luis, después de esto, procurando ahogar la emoción que sentía, se separó de la vieja, a la cual, por conocerla desde pequeño, amaba como a una segunda madre.

Atravesó toda la plaza del Mercado, y pasando por frente al convento de la Merced, salió a la calle de San Vicente.

Roca se dirigía a la puerta que, como todas las de

la ciudad (excepción hecha de la del Real), se cerraba al ponerse el sol.

La tarde estaba ya expirando, y por esto el joven avivaba el paso, con intención de llegar a la puerta antes de que la cerrasen.

Pero cuando estuvo en el último tercio de la calle vió una cosa que le hizo detenerse.

Entre los soldados que formaban la guardia de la puerta se veía un sargento de gendarmes que miraba con ojos escrutadores a todos los que salían de la ciudad. Además, Luis vió que a dos o tres les exigía que enseñaran su pasaporte e identificaran su persona.

El joven comprendió inmediatamente qué era aquello.

Los franceses habían tomado muy bien todas sus precauciones. El capitán Jacomet le habría sugerido al comandante militar la idea de exigir el pasaporte a todos cuantos saliesen de la ciudad.

Roca estuvo indeciso algunos instantes. Sentía tentaciones de dirigirse a la puerta, abrigando la esperanza de pasar desapercibido al gendarme. Pero al mismo tiempo calculaba que aquello era exponerse, con la seguridad de que inmediatamente sería reducido a prisión, y este pensamiento le hacía retroceder.

Por fin se decidió a volver atrás, y mientras se alejaba de la puerta iba murmurando:

—Prefiero quedarme en la ratonera a exponerme a los peligros de la salida.

El joven siguió andando a lo largo de la calle.

¿Adónde iba? Ni él mismo podía contestar a tal pregunta.

Caminaba a la ventura sin poder detenerse en ninguna parte.

En su casa y en la del botillero le aguardaban los franceses, y tal vez en la de todos sus amigos y en aquellos puntos que él más frecuentaba.

No podía guarecerse en ninguna parte, y además estaba expuesto a que en la calle mismo, al volver una esquina tropezara con Jacomet o con algún miserable que, conociéndolo, lo delatara inmediatamente.

Luis comenzaba a sentir desaliento, y se daba ya por preso.

Afortunadamente el día se iba extinguiendo, y la luz era cada vez menos intensa.

Sólo en las crestas de los tejados se reflejaba la luz amarillenta de la puesta del sol; en el fondo de las estrechas calles comenzaba a extenderse la semiobscuridad del crepúsculo.

El joven, con las manos a la espalda y la cabeza baja para evitar que le reconocieran, caminaba sin cesar y de una manera automática.

Atravesaba calles y más calles sin saber dónde se dirigía ni darse cuenta de dónde estaba.

Una vez levantó la cabeza y vió ante sí, casi envuelta en la sombra, una imponente mole de piedra rasgada por ojivales ventanas y con corona de artísticas almenas.

Era la Lonja; estaba, pues, en la plaza del Mercado.

Miró a la botillería, y a la escasa luz crepuscular distinguió en su puerta un grupo de hombres y el brillar de fusiles.

Aquéllos debían de ser los gendarmes que aguardaban, sin duda, la vuelta de Nicolás para prenderlo.

Luis se alejó prontamente y volvió a emprender su peregrinación por las calles.

Como a consecuencia de su encuentro con Jacomet no había comido, sentía los efectos del hambre, que le atenaceaba el estómago.

Caminando por las calles se hizo totalmente de noche.

Allá arriba, en el menguado trozo de cielo que se extendía como una cinta del alero de un tejado a otro, todavía reinaba alguna claridad.

Luis entró de pronto en un vasto espacio rodeado de grandes edificios.

Entonces salió de su ensimismamiento, y fijando la atención conoció que estaba en la plaza de Santo Domingo.

A un lado veíase el palacio de los condes de Cervellón, en el que residía el general Suchet.

En el fondo de su patio lucía ya un gran farol y bajo de él distinguíanse algunos grupos de soldados.

Junto a la puerta se veían unos pocos caballos ensillados, pertenecientes sin duda a oficiales superiores que conferenciaban con el general.

Hasta los oídos de Luis llegaban las carcajadas y las palabras de los soldados del patio.

El joven miró a los balcones del palacio que reflejaban las luces de las habitaciones interiores.

Allí estaba el centro, o más bien dicho, la cabeza de la colosal araña que oprimía a Valencia entre sus garras.

De vez en cuando salían y entraban en el palacio algunos hombres con el uniforme francés y reinaba ese movimiento y animación propios de los centros directivos.

Luis, comprendiendo que aquella vecindad le podía ser funesta, fué a alejarse; pero en el mismo instante sintió que una mano algo pesada se posaba sobre su hombro.

El joven se estremeció y volvióse rápidamente.

Tenía ante sí a un hombre fornido, aunque de estatura mediana, cuyo rostro no podía distinguirse a causa del embozo de su capa y de la obscuridad reinante.

—Si no me engaño—dijo una voz algo atiplada, que salió por encima del embozo—es usted don Luis Roca.

El aludido no supo qué contestar, pero por fin, con la resolución del hombre desesperado, dijo:

—Sí, señor; yo soy. ¿Qué es lo que usted quiere?

—El comandante militar ha dado orden para que usted sea reducido a prisión.

—Lo sé hace algunas horas; de modo que si no tiene mejor noticia que comunicarme puede usted retirarse.

Aquel hombre quedó bastante desconcertado ante

este rasgo de frialdad, impropio de la situación; pero después se repuso y continuó:

—Yo también tengo orden de prender a don Luis Roca.

—¿Quién es usted?

—Un agente de la Comandancia Militar.

—Un polizonte; comprendo. ¿Pero usted no es francés?

—Efectivamente, no lo soy. Pero cada uno se gana la vida como puede, y yo lo que busco es comer, así se encargue de mantenerme el Gran turco.

—¿Según eso, usted sin ningún escrúpulo me serviría a mí?

—Con ese fin le he detenido. La prisión de usted está decretada, y yo puedo hacer mucho por su salvación.

—Entiendo lo que usted quiere decirme, y por lo tanto dejémonos de palabras vacías. Yo necesito salir de la ciudad ahora mismo. ¿Cuánto dinero necesitas?

—Don Luis, tiene usted una manera tan franca de decir las cosas, que convence a cualquiera.

—He tratado a mucha gente de tu calaña. Conque dí: ¿Cuánto necesitas?

—Señor, lo dejo al arbitrio de la munificencia de usted.

Entonces Luis llevó la mano a un bolsillo de su chaleco, deshizo el paquetito de oro, y sacando tres onzas las entregó al polizonte diciendo:

—¿Tendrás bastante con esto?

—Gracias, don Luis—contestó, inclinándose servilmente.

—Ahora, sácame de Valencia.

—Aguarde usted un momento. La Comandancia Militar ha dado las correspondientes órdenes para que en todas las puertas de Valencia se identifiquen las personas de los que salgan. A estas horas no podemos salir más que por la cercana puerta del Real, y para ello ha de decir usted que también...

—Comprendo—interrumpió con impaciencia Luis—.

He de decir que también soy polizonte de los franceses.

—Eso es.

—Algo me repugna el medio; pero... vamos allá.

Los dos se encaminaron hacia la puerta del Real. Esta era la única de Valencia que después de la puesta del sol permanecía abierta hasta las nueve de la noche.

En torno de una hoguera, que arrojaba más humo que llamas, se veían algunos soldados.

Cuando Luis y su acompañante pasaron por frente a ellos, el que parecía encargado de la guardia se les acercó, y en español chapurrado hasta lo ininteligible, les dijo:

—¿Dónde vais?

—Soy—contestó el polizonte—agente de la Comandancia, y voy de servicio.

Y al decir esto enseñó al soldado un papel, que éste pareció reconocer inmediatamente.

—¿Y éste que te acompaña?—siguió preguntando con desconfianza.

—Es un compañero—contestó el preguntado.

—Pasad adelante.

Los dos hombres atravesaron la puerta, y a los pocos instantes se detenían junto al pretil del río.

—Don Luis—dijo entonces el polizonte—, a mí no me queda nada que hacer, y por lo tanto me retiro. Siga usted a lo largo de la muralla y llegará a la calle de San Vicente, extramuro. En cualquier posada podrá usted encontrar un caballo.

—Está bien; puedes marcharte. Pero antes de separarnos dime tu nombre, pues deseo conocer en todas ocasiones al que, aunque interesadamente, me ha salvado de la prisión.

—¡Bah!, ¿qué le importa a usted mi nombre? Los hombres de mi clase sólo conviene conocerlos en ciertas circunstancias de la vida. Buenas noches, don Luis, y que tenga usted muy buena suerte.

Y el polizonte, después de decir esto, se alejó, perdiéndose a los pocos instantes en la sombra.

Luis permaneció por algún tiempo inmóvil, y después comenzó a andar a lo largo de la muralla.

Al poco rato se apagó el ruido de sus pasos.

V
La guerrilla

¡Cuán hermosos recuerdos despierta en la memoria de todo español esta palabra!

La guerrilla, esto es, nuestra historia, nuestro arte militar, nuestra aureola gloriosa, una brillante epopeya de veinte siglos que canta el valor y la entereza de los guererros españoles.

La historia de nuestra Patria, con la relación de las sangrientas e interminables guerras, es la lira que mejor canta las excelencias de ese sistema militar, innato en todos los españoles.

Hay naciones que pueden ser vencidas y borradas del mapa; que pueden desaparecer como el peñasco bajo las ondas al sentir sobre sí una invasión extranjera; que pueden agonizar bajo una masa de hierro, pero de seguro que España jamás será incluída en el número de esas naciones.

España es indomable e invencible.

Esto lo debe al carácter de sus hijos; y el modo cómo se manifiesta tal carácter es la guerrilla, sistema militar mediante el cual el tranquilo ciudadano se transforma en un instante en aguerrido soldado, y el mozo de mulas o el posadero en victorioso general.

¿Qué importa que la nación se vea invadida por un ejército hasta entonces reputado de invencible? ¿Qué importa que los caminos retumben bajo el peso de los cañones, que en el llano caracoleen las grandes masas de caballería y que coronen las alturas regimientos que brillan al sol como ascuas de fuego?

Reina de pronto en la ciudad y en el campo, en la casa y en la cabaña una inexplicable conmoción; "¡la patria está en peligro!"; los más amigos se encuentran y se saludan con gravedad, unos a otros se

hacen misteriosas señas, palidecen de rabia cuando les mira un soldado invasor; una noche se levantan mucho antes de que amanezca, abrazan a la mujer, dan un beso a los hijuelos que duermen con la tranquilidad de los ángeles, descuelgan la vieja arma, parten veloces, y al otro día nace en el monte un algo misterioso y vago, pero que siembra la destrucción por donde pasa; un algo que tiene lo intangible del espíritu en pena y la elasticidad del fantasma; que corre como el fuego fatuo; que se desvanece como la nube; que se agiganta como la bola de nieve que rueda por la ladera; que tiene la rapidez del vértigo, el ímpetu arrollador de la tromba, la astucia del lobo, la nobleza del león, y que en unas ocasiones, cuando se ve perseguido, se reduce al tamaño de una hormiga para esconderse en las profundidades de la tierra, y que en otras, semejante a un monstruo radiado, se posa en una cumbre, con su vista de águila explora el horizonte y extiende hasta el llano una de sus vellosas garras para destrozar al enemigo descuidado.

Ese algo es la guerrilla.

¿Preguntáis si sus efectos son terribles?

Muchos hechos que aparecen en la historia os lo podrán decir.

Preguntádselo a los romanos, que lucharon con Viriato y Sertorio; a los sarracenos, que fueron cediendo ante los reyecillos cristianos; a los monarcas austríacos, que tuvieron que defenderse de las masas populares amantes de sus privilegios; a Felipe de Anjou, que combatió a los guerrilleros del Mediodía, y sobre todo a los franceses, que dejaron enterrados en el suelo español más de medio millón de combatientes.

La guerrilla es temible porque tiene por madre al pueblo, y éste encierra en su seno todas las fuerzas de la naturaleza, desde el ímpetu de la fiera, hasta la violencia brutal, pero sublime, de la tempestad.

Y, sin embargo, ese organismo que tanto puede, tiene un aspecto miserable y mezquino.

Lo forman grupos de hombres que presentan el conjunto más abigarrado y heterogéneo.

Aquí un hombre andrajoso, más allá un campesino y en medio un señor de la ciudad; el pilluelo al lado del anciano, el traje nuevo junto a los harapos, las fuertes botas y las ligeras alpargatas hollando el suelo al mismo tiempo que los pies desnudos; y sobre los hombros, pronto siempre a hacer fuego al enemigo, el viejo trabuco, cuyo tamaño llega al de un cañón de montaña; la escopeta de llave, siempre descompuesta; el fusil antiguo; la pistola de arzón, tan grande como una carabina, y cuando no, a falta de armas, siempre un garrote duro y nudoso para machacar el cráneo al enemigo en las luchas cuerpo a cuerpo.

Tal es el aspecto que presenta la guerrilla.

Ante esos hombres, semejantes a pordioseros, por lo andrajosos y sucios, retrocedieron, vencidas, aquellas brillantes y gloriosas legiones a quienes coronó la victoria de Austerlitz y Jena.

Lo más hermoso, lo má sublime siempre tiene en el mundo su lado feo, y la guerrilla lo tiene también.

Nuestra historia contemporánea lo acredita con sus sangrientas fechas.

Ese organismo militar es la principal base de nuestras guerras civiles y el que más contribuye a que estas contiendas se conviertan en verdaderas luchas de fieras.

Considerada bajo este aspecto, la guerrilla debe ser odiada.

Aquello que contribuye a la independencia de los pueblos y a la conquista de la libertad, debe merecer la veneración universal; pero lo que impulsa a los hermanos a exterminarse como mortales enemigos y a que la nación se retuerza con las convulsiones de la agonía sólo debe excitar la reprobación.

Mina, el Empecinado, Villacampa, Roméu y todos los guerrilleros de la Independencia, aparecen en la historia como héroes; el Trapense, Cucala, Santés y demás caudillos de montaña de nuestras guerras civi-

les, de seguro que merecerán un concepto poco envidiable de las generaciones venideras.

* * *

Roméu se hallaba en sus glorias al frente de su pequeño ejército.

Nosotros le dejamos en el momento en que, pistola en mano, salía de las ruinas de Sagunto, mientras los franceses hacían fuego sobre sus amigos.

Procurando resguardarse con la sombra que proyectaban algunos peñascos, unas veces corriendo y otras casi arrastrándose para no destacarse del suelo, logró ponerse en salvo y montar a caballo al poco rato, partiendo para Alicante.

Algunos días después salía de esta ciudad al frente de una partida de sesenta infantes y cuarenta jinetes que le concedió la Comisión militar.

Esto era lo que él deseaba.

Desde el primer instante dió a conocer las grandes condiciones de militar que le adornaban.

Al atravesar las montañas de Elche tropezó con un destacamento de franceses que estaba acantonado en una venta, y después de una empeñada lucha lo derrotó, haciéndole huir a la desbandada.

Aquella victoria dió tal prestigio al guerrillero saguntino, y fué tal el entusiasmo que éste supo infundir en todos cuantos pueblos fué recorriendo, que muy pronto se aumentó la guerrilla hasta contar algunos centenares de hombres.

Roméu abrigaba un vasto plan.

No se contentaba con lograr que su partida fuera el terror de los franceses; deseaba levantar guerrillas en todos los pueblos, que éstas fueran como los satélites de la suya y que tuvieran en continua alarma a los franceses.

Con este fin, Roméu se encerró en las alturas de las "Salinetas", y desde tan desierto paraje convocó a los patriotas más caracterizados de los pueblos cercanos a una gran reunión.

Cuando ésta se verificó, Roméu, con aquella elo-

cuencia enérgica y militar que le era característica, expuso a los patriotas sus planes.

Los leales de Caudete, Fuente la Higuera, Ibi, Cocentaina y Bocairente, asintieron a todo cuando dijo el saguntino, y después partieron a sus respectivos pueblos para hacer el levantamiento de guerrillas.

Roméu pasó entonces adelante y se introdujo en el valle de Albaida.

Imposible el citar aquí los sitios que visitó.

Su guerrilla parecía una ráfaga de viento que pasaba veloz por todas partes.

Aparecía en donde menos era esperada, y los destacamentos franceses, que estaban descuidados, creyéndola lejana, la sentían caer sobre ellos con la pesadez destructora del peñasco y los terribles efectos de la bomba.

La guerrilla, en muchas ocasiones, era invisible para los franceses.

Se concentraban las columnas imperiales en un pueblo, creyendo encontrarla allí, y recibían la noticia de que se había alejado el día anterior.

Jamás lograban saber los comandantes franceses el sitio en que se hallaba la guerrilla.

Aquello era un combate entre una avispa y un elefante.

Este jamás lograba encontrar a aquélla; pero cuando más descuidado estaba, recibía la venenosa picadura.

Nuestro amigo Luis Roca se incorporó a la guerrilla de Roméu en un pueblo del valle de Albaida.

Cuando salió de Valencia, del modo que ya conocemos, compró un caballo en el arrabal de la ciudad.

Más adelante, en una venta en que se detuvo, adquirió un gran sable y un par de pistolas, procedentes de un dragón francés que el ventero había encontrado muerto en la carretera; y armado de esta guisa, procurando no topar con los destacamentos imperiales y desviándose para ello muchas veces del ca-

mino, logró reunirse con Roméu al cabo de cinco días que empleó en marchas y contramarchas.

El guerrillero saguntino acogió a su amigo con los brazos abiertos y le nombró su lugarteniente.

Desde entonces aquellos valientes, curtidos por el sol y las fatigas de la guerra, que formaban la guerrilla, vieron marchar al frente de ésta a dos jóvenes que encerraban en su pecho un mundo de patriotismo y de odio a los invasores.

VI

La "Santísima Trinidad".

Desde muy de mañana estaba nevando copiosamente.

La guerrilla se había detenido a mediodía en una gran casa de campo, situada en una de las montañas que rodean el valle de Albaida, pues le fué imposible el pasar adelante.

Una inmensa sábana blanca cubría la tierra, borrando los caminos, los contornos de los campos y hasta la profundidad de los fosos.

Era bastante difícil la marcha a través de aquella superficie igual y monótona, y más difícil todavía el orientarse.

Sólo se destacaban en el paisaje, semejantes a descarnadas manos de esqueleto, los árboles desprovistos de hojas, y sobre cuyo negro varaje pasaba la nieve sin detenerse.

Roméu mandó hacer alto en aquella casa de campo, con el propósito de permanecer en ella hasta que cesase la nevada.

Como en aquellos alrededores no había acantonadas fuerzas francesas, de aquí que la guerrilla permaneciera tranquila.

A pesar de esto, Roméu había colocado los centinelas de costumbre, y a alguna distancia de la masía se veían unos cuantos hombres distribuídos, que, guareciéndose bajo el amparo ficticio de una peña o

un árbol, permanecían inmóviles envueltos en su manta explorando el horizonte y sufriendo la nieve que, poco a poco, se iba posando sobre ellos, hasta darles la apariencia de estatuas de blanco mármol.

La masía había cobrado una animación extraordinaria con la llegada de la guerrilla.

Los graneros y las cuadras estaban atestados de hombres; unos, tendidos en el suelo jugando a los naipes; otros, durmiendo envueltos en sus mantas y apoyados contra el muro, y muchos, formando corrillos y hablando de sus familias o de los asuntos de la guerra.

Bajo un cobertizo del corral estaban los caballos de la guerrilla rumiando pacientemente su pienso, y a sus mismos pies burbujeaban las ollas de la comida, acariciadas por las llamas de la leña.

Roméu y su amigo Roca estaban sentados conversando en la misma habitación de los arrendadores de la masía.

El joven letrado llevaba un traje semimilitar, casi igual al de su amigo.

Con las manos apoyadas en las empuñaduras de sus largos sables permanecían inmóviles, y mientras hablaban, iban viendo, a través de los vidrios de la ventana, cómo se cernía en el espacio aquella bruma de nieve.

—Si dura mucho este tiempo—decía Roméu—tendremos que arrostrarle, pues yo pienso salir pronto a campaña.

—Es verdad. Nosotros no debemos peermanecer inactivos, a pesar de todas las inclemencias de la naturaleza. Los enemigos tienen derecho al descanso; pero nosotros no debemos reposar hasta que España esté libre de franceses.

—Hoy cuento ya con más de quinientos hombres, fuerza suficiente para llevar a cabo grandes proezas. Luis, es preciso que hagamos algo que tenga trascendencia.

—Comprendo lo que quieres decirme; un buen golpe que limpie todos estos alrededores de enemigos.

—Me has comprendido.

—¿Y cuándo piensas hacer eso?

—Tan pronto como cese esta nevada. Así que acabe el temporal, los franceses, que ya estarán noticiosos de nuestra estancia en este punto, se desenvolverán contra nosotros, y es preciso que les ataquemos antes.

—Está muy bien pensado.

Después de estas palabras, los dos callaron; mas, por fin, dijo así Roméu:

—Luis, una cosa me preocupa....

—¿Puedo saberla yo?

—Se trata de mi esposa.

—¿Qué le sucede? ¿Sabes ya dónde se encuentra?

—Según mis últimas noticias, anda vagando o está escondida por los alrededores de Cofrentes y toda aquella parte de la provincia.

El guerrillero permaneció algunos instantes silencioso, y luego continuó:

—Ya ves, Luis; yo soy un mal padre. Lo he dedicado todo a la patria, he concentrado en ella mi pensamiento y no me acuerdo de mi mujer y de mis dos pobres hijos, que tal vez a estas horas andan errantes por los montes buscando una cueva donde guarecerse. Ahora que por causa de la nevada los asuntos de la patria no me preocupan tanto, pienso en mi familia y tengo ya formado un plan que, desgraciadamente, no encuentro quien lo ponga en práctica.

—Di qué es lo que deseas.

—Yo sé de un sitio seguro adonde conducir a mi esposa, sin que pueda temer las tropelías de los franceses.

—¿Qué es, pues, lo que necesitas?

—Personas de mi confianza que tengan valor para buscarla y conducirla a ese sitio.

—Eso puede hacerlo el último hombre de la guerrilla.

—No es tan fácil como tú lo crees. Para acometer esa empresa hay que aprovechar estos días. De aquí a Cofrentes hay bastantes leguas que andar. Estos

días los franceses, huyendo de la nieve, se han concentrado en los pueblos, y los caminos están expeditos. Hay, pues, que arrostrar la furia del temporal y sufrir los mil peligros que presentan las sendas y los desfiladeros cubiertos de nieve, y en donde se puede resbalar tal vez en el borde de un precipicio. A esta expedición sólo pueden ir dos o tres hombres, y ya ves, para eso se necesita mucho valor.

—¿Y adónde piensas que conduzcan a tu esposa?

—A una ermita que existe a tres leguas de Cofrentes, en lo más intrincado del monte. El ermitaño es muy patriota y amigo de un hombre de nuestra guerrilla, y tengo la certeza de que allí estará mi familia más segura que en ninguna parte.

—¿Y cuánto piensas tú que durará esta nevada?

—¡Oh! La nevada será larga. Las gentes del campo, que ya sabes son peritas en predecir las transformaciones atmosféricas, aseguran que ha de durar más de tres días.

—Tiempo suficiente para ir a Cofrentes, volver y encontrarte todavía en la solemne operación de limpiar de franceses estos contornos.

—Si es que antes el que vaya no se queda helado en el camino.

—¡Bah! A mí me hace poco efecto el frío. Lo sé resistir muy bien.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que yo, tu amigo Roca, soy el que voy a ir en busca de tu esposa, para evitar que sufra más tiempo vagando fugitiva por montes y llanos.

—Eso es imposible, Luis; tu buen deseo te impulsa a comprometerte en empresas superiores a tus fuerzas. Esta expedición es para hombres de la montaña, avezados a las rudas marchas y a sufrir las iras de la naturaleza. Tú, hasta ahora, has sido un hombre de la ciudad.

—¡Mejor! Así me acostumbraré a ser de la montaña, como tú dices.

—Es imposible, Luis. Te expones a morir en un

precipicio, sin gloria ni utilidad, cuando aún puedes prestar muchos servicios a la patria.

—Acabemos, José. ¿Tienes en tu partida quien pueda cumplir esa misión?

—Te diré. Hay hombres en la guerrilla que podrían ir a buscar a mi esposa y conducirla a la ermita, pero...

—¡Veo cómo tú mismo te vendes! Comprendo lo que quieres decir con ese silencio. Tú quisieras que fuera alguien que consolara a tu esposa, que la hablara de ti y de la patria y que la infundiera la necesaria resignación para sufrir esa existencia azarosa. ¿Y quién, en la guerrilla, puede ser ese alguien más que yo? Vaya, amigo mío, quedamos en que yo soy el que me encargo de ir en busca de tu esposa.

Roméu, al escuchar esto, no se pudo contener, y levantándose de su asiento abrazó estrechamente a Luis, que dijo después:

—Esta misma tarde pienso partir.

—No irás solo. Yo haré que te acompañen tres hombres que valen tanto como un ejército.

—¿Quiénes son? Yo conozco todavía muy poco a los hombres de la guerrilla.

—Ahora mismo los verás.

Y Roméu, después de decir esto, dió una palmada.

Inmediatamente apareció en la puerta de la estancia un mocetón vestido de labriego, llevando en la cintura una canana repleta de cartuchos y un gran cuchillo de monte.

—¿Qué manda mi comandante?—dijo, cuadrándose militarmente.

—Que venga la "Santísima Trinidad"—contestó Roméu con voz grave.

El guerrillero se retiró de la puerta.

Luis, al escuchar el nombre de los llamados, no pudo contener un gesto de extrañeza, que hizo sonreír a su amigo.

—¿Qué "Trinidad" es ésa?

—Ahora la verás—contestó Roméu—. Es una "Trinidad" que, aunque pertenece a la guerrilla, an-

da siempre suelta, sirviendo, ya de partida exploradora, ya de forrajeadores o de buscadores de víveres. Lo que ellos no encuentren, cuenta tú que es que no existe. Ayer por la tarde, durante la marcha, se incorporaron a nosotros. No tardarás mucho en conocerlos.

Reinó un largo intervalo de silencio, que al fin fué interrumpido por los pasos de algunos hombres a la parte de afuera de la habitación.

—Mi comandante—dijo asomando la cabeza el mismo guerrillero de antes—. Aquí está la "Santísima Trinidad".

—Que pase—contestó Roméu.

El guerrillero se separó de la puerta y entonces se escuchó un ligero cuchicheo.

Primero penetró en la estancia un gigante, después un hombre y últimamente un muchacho.

Para hacer el retrato de aquellos tres seres se necesitaría un pincel tan especial como el de Goya. Eran una mezcla confusa de grandiosidad y miseria, y en la composición de sus tipos entraba tanto lo grotesco como lo sublime.

Los tres tenían mucho del hombre primitivo, despojado todavía de esas mil cualidades perniciosas con que le han ido revistiendo el tiempo y la sociedad.

Pero describámoslos por parte, para que sus figuras resulten más completas y detalladas.

El primero que había entrado (el gigante) era un hombre cuya estatura no bajaría de siete pies.

Su cuerpo estaba en consonancia con su altura.

Adivinábase en él al hombre todo músculo, nacido para la fuerza, y sus manazas podían ser comparadas a grandes palas capaces de remover las cosas más fuertes y compactas.

Todo el antebrazo que dejaba ver la sucia camisa remangada hasta el codo era una aglomeración de músculos angulosos y de tirantes tendones, que oprimidos por la piel, parecían dispuestos a romperla con sus movimientos para sustraerse del continuo trabajo a que los obligaba su dueño.

Aquel gigante tenía una cara la menos en consonancia con su cuerpo.

El lector se habrá imaginado un rostro feroz y unos ojos de mirada extraviada e inyectados de sangre; pues no era así.

Tenía una cara semiinfantil y abobada, propia del hombre que no se ve atormentado por el pensamiento y las pasiones.

Su nariz casi desaparecía entre los dos hemisferios de sus prominentes e hinchados carrillos; sus ojos, que estaban un tanto velados por las cejas abultadas y caídas, tenían, cuando miraban, una expresión de inocencia que él quería trocar en fiereza, y su frente era mezquina y servía de vestíbulo a un enmarañado bosque de cabellos ásperos y cerdosos que estaban oprimidos por la cerca de un mugriento pañuelo.

A poco que se estudiara aquel cráneo pequeño, liso y sin prominencia alguna, adivinábase que allí había doble hueso que materia cerebral.

Aquella cabeza era un órgano de defensa añadido a un cuerpo sólo apto para la lucha. Su dueño la empleaba más para derribar al enemigo de un tremendo golpe en el estómago que para discurrir.

El traje de aquel coloso era verdaderamente extraño.

En la cabeza llevaba, como antes hemos dicho, solamente un mugriento pañuelo.

El cuerpo lo tenía envuelto en un viejo y remendado capote, conquistado a los franceses, y que sin duda pertenecía a un gigantesco granadero, pues se amoldaba sin estrecheces a su cuerpo de camello, y los faldones le llegaban más abajo de las rodillas.

Los pies calzaban unas alpargatas bastante usadas, y las piernas iban cubiertas con unas polainas de tela, sin duda de igual procedencia que el capote, y cuyos extremos superiores se perdían por bajo los bordes de éste.

Un detalle. Algunos maliciosos de la guerrilla aseguraban que el traje de nuestro hombre no se com-

ponía de más prendas, y que bajo el capote no se escondían pantalones ni cosa que se le pareciera.

Alguien había llegado a averiguar que la única prenda de vestir que allí se escondía era un pañuelo atado por cerca de la cintura.

El equipo del coloso se completaba con un gran zurrón de piel, del tamaño de un cofre, que llevaba a los útiles de la "Santísima Trinidad": un trabuco gigantesco cuya boca casi podía ser comparada con la de un cañón, una bolsa llena de pólvora y balas y un cinturón en el que estaban atravesados algunos cuchillos, un hacha y una navaja de grandes dimensiones.

Pasemos al otro individuo.

Era un hombre de cuerpo regular y nada se notaba en él que saliera del límite común.

Sólo en el rostro se percibía algo que llamaba la atención, y le hacía aparecer como uno que estaba fuera de la esfera vulgar.

Conocíase que aquel hombre era un dechado de astucia y sagacidad.

Era delgado y nervioso.

Su cuerpo, de vez en cuando se estremecía como a impulsos de un flúido potente que circulaba por su cuerpo.

Tenía el rostro bastante enjuto, y su piel, tostada por el sol hasta adquirir el color de ladrillo cocido, se pegaba a su cráneo marcando todas las sinuosidades.

Aquel hombre era un esqueleto cubierto de piel y animado por manojos entrelazados de nervios.

Sus piernas, rectas y firmes, denotaban que era un gran andarín, capaz de correr leguas y más leguas sin cansarse.

Los ojos de aquel hombre constituían el detalle más principal de su cuerpo.

Eran de un azul claro y tenían una fijeza que causaba molestia.

Sus pupilas estaban rodeadas de algunas pintas amarillentas, que les daban bastante semejanza con los ojos de un tigre.

Aquel hombre tenía la boca plegada por una eterna

sonrisa. A pesar de esto, conocíase en él al ser terrible y fuerte que en el combate podía sembrar el espanto.

Iba equipado menos grotescamente que su compañero.

Vestía un traje de campesino. A la cintura llevaba una canana, y cubría su cabeza con un gran chacó francés sucio de barro y con el águila imperial abollada.

El último personaje podía ser descrito diciendo que era el tipo del pillete clásico tantas veces pintado por célebres autores.

Un rostro fresco y ovalado, lleno de ingenuidad al par que de picardía; unos ojos vivos e inquietos y una nariz pequeña y arremangada; tales eran los principales detalles del pilluelo.

Vestía un conjunto informe de andrajos de diversos colores, entre los que se distinguía un pedazo de manta, unos calzones remendados y unas polainas, por cuyos agujeros se distinguía la carne sucia por el barro y curtida por las inclemencias del tiempo.

A esto hay que añadir unas colosales charreteras de estambre rojo que el muchacho ostentaba con orgullo sobre sus hombros y que hacían aparecer su cabeza como saliendo de entre las valvas de una ostra, y un tricornio galoneado, aunque algo roto, que él recogió en el campo de batalla removiendo un montón de cadáveres franceses.

Tanto él como el compañero antes descrito iban armados con fusiles de chispa y largas bayonetas.

Aquellos tres personajes, verdaderamente raros, que llevaban en su ser cierto sello grotesco, y en su vestido las prendas más diversas e inarmonizables, componían el pequeño grupo que en la guerrilla era designado con el nombre de la "Santísima Trinidad".

El gigante era el "Padre", el hombre el "Hijo" y el muchacho el "Espíritu Santo".

Y tanto se había generalizado esta costumbre, que en la guerrilla se olvidaban los nombres de los tres a fuerza de designarles por sus apodos casi sagrados.

El "Padre" había sido toda su vida un hombre dedicado a las grandes fuerzas y a trasladar las cosas

más pesadas; hasta que empezó la guerra estuvo empleado en un molino como máquina de gran potencia para producir fuerza.

El "Hijo" era labrador antes de ir a la guerrilla, y tenía sus campos y su casa.

Ahora los primeros estaban abandonados y yermos, la segunda desierta, y su familia iba por el mundo, sin que él pudiera saber su paradero a ciencia cierta. Antes era rico y feliz, y vivía rodeado de su mujer e hijos; ahora sentía muchas veces hambre, estaba en continuo desasosiego y no tenía más afectos que los de sus dos amigos. A pesar de esto se consideraba feliz haciendo aquella vida, y sólo sentía tristeza cuando transcurrían algunos días sin haber podido descargar el fusil sobre un francés.

El "Espíritu Santo" era acólito de una iglesia de la provincia. Un día pasó la guerrilla por su pueblo y el muchacho se sintió poseído de bélico entusiasmo.

—Eso de matar franceses—pensó sin duda—debe de ser una cosa hermosísima. Me iré con estos hombres.

Y aquella tarde, cuando el "Padre" y el "Hijo" marchaban a la cola de la guerrilla algo rezagados, notaron que les seguía un muchacho, el cual les miraba con admiración.

Aquellas tres almas, que se encerraban en cuerpos tan distintos, se comprendieron, y al momento el muchacho fué adoptado por los dos hombres.

La "Santísima Trinidad" constituía un verdadero ejército. Cada individuo tenía su misión especial.

Cuando se veían acometidos por los franceses, el gigante hacía fuego con su colosal trabuco; el hombre se batía a bayonetazos, y el muchacho, resguardándose tras los árboles o las piedras, en más de una ocasión con la agilidad del mono se arrojaba sobre la grupa de un caballo, daba de puñaladas al jinete francés y luego iba orgulloso a ofrecer el corcel al comandante de la guerrilla.

La "Santísima Trinidad", al entrar en la estancia en que estaban Roméu y Roca, se cuadraron llevándose la mano a la frente para hacer el saludo militar, y lue-

go descansaron las armas, produciendo con sus culatas al chocar contra el pavimento un estruendo que hizo retemblar la habitación.

—A la orden, mi comandante—exclamó el "Hijo".

Roméu los contempló con cierta atención no exenta de cariño, y volviéndose a Roca dijo así:

—Luis, aquí tienes los mejores hombres de la guerrilla.

El hombre y el muchacho se inclinaron un poco al escuchar tal elogio, y el gigante manifestó su satisfacción con algunos gruñidos y una sonrisa semejante a la del perro que se ve acariciado por su amo.

—Vais a partir inmediatamente—continuó diciendo Roméu.

—Iremos donde usted quiera—contestó el "Hijo", que siempre llevaba la voz por la "Trinidad" en masa.

—Os acompañará este amigo mío, que ya os habrán dicho que es mi segundo.

—Le obedeceremos con el mismo respeto que a usted.

—¿Cuánta distancia hay de aquí a Cofrentes?

—Para mí diez leguas.

—¿Y para los demás?

—Según el día, mi comandante.

—Hoy, por ejemplo.

—Es difícil contestar. Para marchar hoy de aquí a allá es necesario evitar muchas cosas y dar muchos rodeos. Por los caminos no podemos ir nosotros, pues allí nos encontraremos con los franceses. Y por las montañas hay que temer mucho en días como el de hoy, pues la senda está llena de nieve, en la que se da un resbalón y... se está rodando sin parar monte abajo hasta romperse la cabeza.

—Haz un cálculo aproximado.

El "Hijo" se quedó unos instantes pensativo y después dijo:

—En trece leguas se puede ir de aquí a Cofrentes.

—Pues allá iréis.

—Iremos.

—No es al pueblo adonde os envió. Tenéis que bus-

car a mi esposa, que anda errante por el término de Cofrentes.

—La encontraremos. Ella debe de estar en la "Muela de Oro".

—¿Cómo lo sabes?

—La vi allí no hace mucho tiempo, como ya os dije. Estaba en la cabaña de un carbonero que vive escondido entre los riscos de aquella gran montaña.

—¿De modo que de aquí os dirigiréis directamente a la "Muela de Oro"?

—Sí, mi comandante; eso será lo más acertado. El camino será muy difícil, pero, en cambio, más directo.

—Después, ya sabes lo que hay que hacer. Hay que llevar a mi familia a esa ermita que tú conoces.

—Es muy preciso. Hasta ahora la esposa de usted estaba segura en la "Muela de Oro"; pero así que cese la nevada, los franceses se extenderán por aquella sierra, y ella debe estar más segura.

—Iréis los tres y vuestro segundo jefe.

—¿Cuándo partiremos?

—Cuando gustéis.

—Entonces dentro de una hora. Después de comer.

—No me parece bien. La nevada no cesará tan pronto, y pasaréis una noche de perros caminando por esas sierras.

—Mi comandante: es preciso llegar a la "Muela de Oro" antes que termine la nevada. Además, esta primera parte del camino es la más difícil y no podemos correrla de noche.

—Partiremos dentro de una hora—dijo Luis, que hasta entonces había permanecido silencioso contemplando a aquellos tres hombres.

—Haced lo que queráis—contestó Roméu.

Y luego continuó, dirigiéndose a la "Santísima Trinidad":

—Id, pues, a comer, y preparaos para la marcha.

Los tres, por toda contestación, se cuadraron, volvieron a saludar militarmente, y con paso mesurado salieron de la estancia.

—¿Qué te parece esa "Trinidad"?—dijo Roméu a Luis cuando se encontraron solos.

—Voy a ir tan acompañado como al frente de un ejército.

—Son tres héroes. Déjate guiar por el "Hijo", que conoce el terreno palmo a palmo y te conducirá por los sitios más seguros. Es un geógrafo burdo que tiene dentro de la cabeza el mapa de la provincia.

—Espero que no darás a los franceses el golpe que me has anunciado antes de que volvamos nosotros.

—Descuida; tú tendrás ocasión de medir pronto tu sable sobre las cabezas francesas. Pero vamos a comer, que tu próxima marcha reclama un estómago lleno.

Los dos amigos, al decir esto, se levantaron y salieron de la estancia.

En la cocina comieron con los principales hombres de la guerrilla.

Una hora después, Luis, envuelto en un grueso capote azul, montaba a caballo en el portal de la masía.

La "Santísima Trinidad", embozada en sus mantas y asomando por bajo de éstas las bocas de sus armas, venían a colocarse a su lado.

—¿Es usted buen jinete?—le preguntó el "Hijo".

—Regular—contestó Luis.

—¿Tiene usted confianza en el caballo?

—Bastante. ¿Por qué hace usted esas preguntas?

—Porque no es a caballo el modo de realizar un viaje como el nuestro.

—¡Bah! Cuando no podamos pasar adelante, desmontaré; pero en tanto, bueno es ir con alguna comodidad.

El "Hijo", al escuchar esto, hizo un imperceptible movimiento de hombros y no dijo nada.

Roméu, desde la puerta de su habitación, se despedía de su amigo.

Después, Luis tiró de las riendas de su caballo y salió de la masía. La "Trinidad" le siguió.

La nieve seguía cayendo sin interrupción.

El caballo hundió sus pies en la blanca alfombra,

y los tres infantes sintieron que la nieve les llegaba al andar más arriba de los tobillos.

Cuando se alejaron algunos metros de la casa y estuvieron cerca del lugar que ocupaban los centinelas, vieron a uno de éstos hablando con un hombre que se apoyaba en un nudoso bastón.

A los pocos instantes el pequeño grupo se encontraba al lado del centinela.

—¿Qué quiere este hombre?—le preguntó Luis, designando al recién llegado.

—Señor—contestó éste—, vengo a incorporarme a la guerrilla.

—Entonces, vaya usted a la masía, que allí está el jefe.

—Muchas gracias, señor.

Después de esto, Luis y sus acompañantes pasaron adelante, y el hombre se dirigió a la masía.

Roca, hundiendo la cabeza en el cuello del capote, iba murmurando:

—Ese hombre no me es desconocido. ¿Dónde he oído yo esa voz?

VII

La "Senda del Diablo".

Más de dos leguas caminaron aquellos cuatro hombres sin que se cruzara entre ellos la menor palabra.

Luis llevaba hundido parte de su rostro dentro del cuello del capote, no dejando asomar más que la frente y los ojos.

Además, estaba muy preocupado.

La "Santísima Trinidad" caminaba un poco detrás de su caballo e iba con sus ojos registrando el paisaje.

El caballo de Luis llevaba un paso bastante rápido, y, a pesar de esto, los tres iban siempre junto a su grupa, sin extremar mucho sus condiciones de andarines.

El camino que seguían era muy quebrado.

Unas veces faldeaban una gran montaña; otras,

subían al pico de alguna más pequeña; después atravesaban un llano, y todos cuantos obstáculos se les presentaban los iban venciendo, sin dejar por esto de caminar con igual rapidez.

En ninguna parte, ni en la montaña, ni en el valle, ni en la cumbre, ni en el llano, se veía otra cosa que nieve.

El paisaje presentaba una monotonía fúnebre. Sólo alguna vez, de una como joroba de la nieve que se veía a un lado o a otro del camino, y que era alguna choza o cabaña, salía un humo azulado que se desvanecía inmediatamente en el espacio.

Seguía nevando sin cesar.

Las huellas que el pequeño grupo iba dejando sobre la nieve se borraban inmediatamente.

El horizonte desaparecía tras aquel velo de nieve que se agitaba continuamente en el espacio.

Un viento frío y huracanado, que soplaba con intermitencias, agitaba los copos, y formaba remolinos arrojándolos a la cara de los expedicionarios.

Estos cada vez se cubrían más con sus abrigos y avivaban el paso para entrar en calor.

Luis iba entregado a sus pensamientos. Siempre le sucedía igual al encontrarse solo.

Pensaba en Amalia, de la que hacía ya mucho tiempo que no tenía la menor noticia; esta incertidumbre le sumía en la mayor tristeza, por lo que determinó olvidar momentáneamente, empleando para ello el medio de hablar con sus acompañantes.

Volvió un poco su cabeza hacia la grupa del caballo, y fijando su mirada en el "Hijo", a quien ya tenía por el orador de la "Santísima Trinidad", le dijo así:

—¿Habremos ya andado mucho?

—Más de dos leguas, señor—contestó el preguntado adelantándose algunos pasos para colocarse junto a los estribos.

—¿No tropezaremos en nuestra marcha con ningún pueblo?

—No, señor. Yo creo más conveniente el no entrar

en ningún pueblo. De aquí a la "Muela de Oro" podemos ir en línea recta siempre por las montañas, lo que nos hará el camino más corto, evitándonos encuentros con los franceses.

—Si el tiempo sigue así, dudo que podamos hacer todo el camino en el tiempo que nos habíamos propuesto.

—Pues la nevada no cesará. Todas las señales son de que continuará y con bastante fuerza.

—Mala noche nos aguarda.

—De peores he pasado yo con mis dos compañeros.

Después de decir esto los dos callaron.

El "Hijo" volvió a incorporarse a sus amigos, que marchaban detrás del caballo, y Luis tornó a sus meditaciones, dejando sueltas las riendas a su cabalgadura.

Esta, guiada por su instinto, caminaba monte arriba o abajo, cuidando de poner los pies en los sitios más seguros.

Muchas veces resbalaba sobre la nieve y parecía que iba a caerse; pero inmediatamente volvía a recobrar su equilibrio y seguía adelantando valerosamente.

En tanto la tarde iba avanzando.

La luz amarillenta y turbia que transparentaba aquel cielo obscuro y monótono, semejante a una bóveda de plomo, se iba desvaneciendo por momentos.

Luis miró su reloj y vió que señalaba las cuatro de la tarde.

No tardaría mucho en anochecer.

Cada vez iba desapareciendo más el horizonte que se extendía frente a los expedicionarios.

La nieve y la sombra eran la esponja que iban borrando lentamente el paisaje en perspectiva.

La vecindad de la sombra traía un frío horroroso. Roca se estremecía bajo su capote.

Enfrente de los expedicionarios se levantaba una enorme montaña, cuya silueta estaba algo borrada por la nieve y que a causa de la naciente bruma, parecía muy lejana.

Luis volvió a llamar al "Hijo" con una seña y cuan-

lo lo tuvo a su lado, le preguntó señalando la montaña:

—¿Tenemos que subir por allí?

—Sí, señor.

—¿Es muy peligrosa la ascensión?

—En los días serenos, nosotros no podemos subir más que por sendas bastante malas; figúrese usted cómo estará con la nieve.

—Pero ¿podremos subir?

—Eso sí. Jamás, ni mis compañeros ni yo, nos hemos detenido en nuestro camino. Por donde no se puede subir como un hombre, se sube como una cabra.

El "Hijo", después de decir esto, miró el caballo de Roca y siguió diciendo:

—Usted será el que tendrá que luchar con más dificultades. Estos viajes no son para hacerlos a caballo.

El joven nada contestó, y pareció fijar toda su atención en las nubes de vapor que salían de las narices de su caballo.

La pequeña partida se encontraba sobre la meseta de una colina que parecía muy raquítica al lado de la colosal montaña.

La luz era absorbida rápidamente por la sombra, y la bóveda celeste cada vez se hacía más obscura. El suelo, cubierto de nieve, comenzaba a reverberar una extraña claridad.

Con la llegada de la noche la nevada aumentó, y los copos, agitados por el frío viento, azotaban los rostros de aquellos cuatro hombres.

A pesar de que éstos, de vez en cuando, procuraban agitar las prendas en que iban embozados, llevaban sobre éstas una capa de nieve que les daba un aspecto de fantasmas.

El cuadro que se presentaba a los ojos de los expedicionarios no podía ser más triste.

Por todas partes la soledad y el silencio, que daban al ambiente un algo fúnebre y sobrenatural.

Parecía que aquellos cuatro hombres eran seres evocados de la tumba que caminaban por un mundo muerto.

El descenso de la colina fué bastante penoso.

El caballo de Roca resbalaba con frecuencia y se detenía algunas veces, extendiendo mucho sus piernas traseras cada vez que tenía que salvar algún mal paso.

Otras se hundía en la nieve hasta la cincha.

Por fin, llegaron a la hondonada que separaba la colina de la montaña.

Allí se hizo completamente de noche, y la partida no vió más que los copos de nieve que caían junto a sus rostros. Más allá estaba la negra sombra.

Al llegar tal instante, en el pequeño grupo se operó una tranformación.

La "Santísima Trinidad" dejó de marchar detrás de Roca.

El "Padre" y el "Espíritu Santo" se colocaron junto a los estribos, casi pegados a las piernas de Luis, y el "Hijo", como más práctico en el terreno, se adelantó algunos pasos para servir de guía.

Al pasar por junto a Roca, le dijo:

—Deje usted libres las riendas al caballo, que su instinto será la mejor guía. Tenemos que caminar despacio, y así iremos mejor. La nevada arrecia demasiado; yo contaba que no tendríamos el tiempo tan malo.

Los expedicionarios emplearon un cuarto de hora en atravesar la hondonada.

Iban casi a tientas en aquella lobreguez que sólo disipaba un tanto el fugitivo resplandor de la nieve.

Hubo un instante en que el "Hijo" exclamó:

—Ya estamos al pie de la montaña. Mucha atención para ver dónde se ponen los pies.

Efectivamente; la pequeña partida comenzó a ascender por aquellas ásperas pendientes, todavía más infranqueables a causa de la nieve.

La "Santísima Trinidad" subía con bastante soltura, agarrándose algunas veces a los mezquinos árboles y a las puntas de las rocas que asomaban por entre la nieve.

A Luis le era más difícil la ascensión. Su caballo tropezaba a cada instante, se encabritaba, se hacía atrás, y muchos pasos los salvaba casi llevado en alto

por los robustos brazos del "Padre" y el "Hijo", que le empujaban.

Dos o tres veces cayó al suelo, y sólo se levantó después de una buena lluvia de golpes.

El "Hijo" dijo a Roca en una de estas ocasiones:

—Don Luis, ya se lo he dicho a usted, y no me cansaré de repetirlo. Para esta clase de viajes un caballo es un estorbo. Estamos atrasando camino, y además usted se ve expuesto a romperse la cabeza contra una peña.

—Es verdad. Pero ésta será tal vez la peor parte del camino.

—¡Quiá! Está usted muy equivocado. Nos falta pasar la "Senda del Diablo", y si de la tal senda salimos en bien, después tendremos una multitud de despeñaderos y barrancos tan peligrosos o más.

—¿Y qué es eso de la "Senda del Diablo"?

—Pues un paso que hay a la izquierda de esta montaña. Es una senda estrecha que está pegada a las rocas y que por bajo tiene una profunda sima que todos ignoran hasta dónde llega. La gente dice que en el fondo de la sima está el diablo y que éste tira de los pies a todos cuantos pasan por la senda para que caigan. No sé hasta qué punto será verdad esto, porque yo la he atravesado muchas veces con la mayor seguridad.

—Mal sitio para pasarlo a caballo.

—Y tan malo. Yo que usted desmontaría para llevar el caballo de las riendas. Aun así es muy posible que se quede usted infante del todo.

—¿Por qué?

—Porque perderá usted el caballo. Difícil será que no se lo trague la sima.

—¿Y tardaremos mucho en encontrarnos en la "Senda del Diablo"?

—Una media hora.

—Entonces desmontaré.

Entretanto la pequeña partida había adelantado bastante en la ascensión, gracias a los esfuerzos del "Padre", que ayudaba a andar al caballo.

La subida no la hacían en línea recta con dirección a la cumbre, sino torciendo un poco hacia la izquierda.

Por aquella parte estaba el punto franqueable de la montaña, o sea la "Senda del Diablo".

Al cabo de un espacio de tiempo, que podía calcularse en una media hora, llegaron a un lugar en que se paró el "Hijo".

—Desmonte usted—dijo a Luis.

—¿Estamos ya en la senda?—dijo éste.

—Aquí mismo empieza.

Luis bajó del caballo y cogió las riendas con la mano izquierda.

Los cuatro hombres se pusieron en fila.

Rompía marcha el "Hijo"; después seguían el "Padre" y Roca con su caballo, y últimamente iba el "Espíritu Santo".

La pequeña partida comenzó a andar por aquella senda, que apenas si tendría dos palmos y medio de anchura.

Era una estrecha cornisa suspendida sobre la tenebrosa inmensidad.

Los expedicionarios, al andar, rozaban con su costado derecho la montaña, que parecía cortada a pico, y a su izquierda tenían la sima, que se destacaba como una larga mancha negra sobre la nieve.

El borde de la sima estaba orlado de matorrales que se inclinaban sobre el abismo.

Los cuatro hombres andaban con mucha precaución.

Afortunadamente en la senda no había mucha nieve, lo que hacía más fácil el paso, aunque la convertía en más resbaladiza.

Todos iban silenciosos y fija su atención en los pies.

El caballo andaba con recelo y necesitaba muchas veces que Luis le tirase de las riendas para seguir adelante.

Caminaban tan despacio que al cabo de un cuarto de hora se encontraron a la mitad de la senda.

De pronto, el caballo resbaló, cayó al suelo y escu-

rrióse, quedando toda su mitad trasera suspendida en el espacio.

El animal dió un relincho de agonía, y con sus patas delanteras procuró infructuosamente ganar otra vez la senda.

Aquel accidente hizo perder el equilibrio a Luis.

Llevaba las riendas rodeadas a la mano izquierda, y los movimientos de la cabeza del caballo y los esfuerzos que hacía para no caer en el abismo, le empujaron con ímpetu a éste.

Roca, completamente sorprendido, siguió el impulso de aquel empujón y se vió suspendido sobre la sima. Había perdido el equilibrio e iba a caer indudablemente.

El miedo se apoderó de él, y un sudor frío bañó su frente.

Ya estaba inclinado sobre la sima lo suficiente para despeñarse, cuando sintió sobre su hombro derecho una cosa pesada que le agarraba con fuerza.

Aquello le detuvo y le hizo permanecer inmóvil. Después sintió que le arrancaban las riendas de la mano.

El caballo agitó sus pies intentando afirmarlos en el borde de la senda, pero resbaló por última vez, y escurriéndose por los matorrales cayó al fondo de la sima lanzando relinchos de dolor.

Nada se escuchó después. El caballo había sido devorado por aquella negra boca cuyo término era desconocido.

Luis sentía aún sobre su hombro aquel algo pesado que le había impedido caer.

Volvió la cabeza y se encontró con el "Padre", que le tenía agarrado con una de sus descomunales manazas.

El gigante se sonreía estúpidamente con la satisfacción del que ha prestado un buen servicio.

—Por poco va usted donde el caballo—dijo con su voz ronca y atronadora.

Y al hablar así, aquella bocaza se dilataba con la

más ingenua sonrisa, enseñando la blanca y fuerte dentadura.

Luis, por toda contestación, oprimió con efusión la otra mano del coloso que le quedaba libre.

—En marcha—dijo entonces el "Hijo"—. No nos conviene estar mucho aquí. No debe usted afligirse por la pérdida del caballo. Esto le hará más fácil el resto del viaje.

Los cuatro hombres emprendieron entonces la marcha.

De allí a un buen rato salieron de la "Senda del Diablo" y siguieron caminando, aunque cada vez con más dificultad

Aquella parte del camino no estaba, como la senda peligrosa, resguardada por la montaña, y sobre ella caía la nieve, amontonándose, hasta el punto de que los expedicionarios se hundieron en algunos sitios cerca de la cintura.

La pequeña partida adelantaba muy poco.

Al hundirse en la nieve sólo pensaban en librarse de aquella masa blanda y fría que amenazaba tragarlos.

Al mismo tiempo, el temporal arreciaba, los copos caían cada vez más espesos y soplaba un huracán deshecho y helado que daba de frente a los expedicionarios y les hería en los rostros.

La marcha era imposible, y más aún si se bajaba de la montaña, pues allá en lo hondo había ido depositándose la nieve hasta formar pequeñas colinas.

Así lo comprendió el "Hijo", por cuanto se paró y dijo a los demás:

—Es imposible seguir adelante. Cuando el tiempo no quiere una cosa, son ineficaces los esfuerzos de los hombres. Si damos un paso más quedamos enterrados en la nieve.

Luis y los otros dos hombres nada contestaron, y con su actitud parecían asentir a lo dicho por aquél.

—¿Qué hacemos, pues?—preguntó por fin Luis.

—Buscar un sitio donde pasar la noche. Mañana,

con la luz del día, podremos caminar con más facilidad.

—¿Adónde vamos ahora? — dijo Roca, después de un intervalo de silencio.

—Volvamos sobre nuestros pasos. Al final de la "Senda del Diablo" hay una cueva, en la que podremos pasar la noche. Es pequeña, pero no importa; mejor estaremos allí que a la intemperie.

Los cuatro hombres volvieron atrás, y al poco rato se encontraron a la orilla de la sima.

—Aquí es—exclamó el "Hijo".

Y buscó en la parte de la montaña, que parecía cortada a pico, la entrada de la cueva de que antes había hablado.

Está se abría en la roca a la altura de un hombre.

Fijando bien la vista, se la veía en la obscuridad semejante a la abierta boca de un monstruo.

El "Hijo", después de encontrar la entrada de la cueva, volvióse al "Padre", y con el laconismo propio del que habla con un ser inferior, le dijo:

—Ponte ahí y nos servirás de escalera.

El gigante se colocó al pie de la abertura, por la que podía asomar perfectamente la cabeza.

Entonces se le acercó el "Espíritu Santo", y cogiéndole con una mano lo levantó, introduciéndole después en la cueva.

Así que soltó al muchacho, el "Padre" hizo lo mismo con Luis, al que elevó del suelo sin la menor fatiga.

El "Hijo" entró en la cueva del mismo modo.

Ultimamente el coloso se agarró a los bordes de la abertura, y merced a su poderosa fuerza muscular, elevó la pesada mole de su cuerpo hasta penetrar, arrastrándose, en la cueva.

Esta era pequeña. Parecía un nicho abierto en la roca de la montaña por algún genio para reclinar su cabeza.

Los cuatro hombres se encontraron mejor dentro de aquel álveo de piedra, en el que el frío no era tan intenso como fuera.

—Ya que es necesario — dijo Luis — permanecer aquí hasta mañana, durmamos.

Y procurando envolverse todo lo posible en su capotón, se sentó en lo más hondo de la cueva.

La "Santísima Trinidad" le imitó, acostándose a la entrada de aquélla.

Momentos después el recinto de piedra se conmovía con un estruendo acompasado que le hacía retemblar.

Era el gigante que roncaba.

Sus dos compañeros también dormían con la misma facilidad que si estuvieran en mullidos lechos.

Luis, en tanto, no podía conciliar el sueño, pues le incomodaba el frío y la dureza de la roca.

En su obligada vigilia no podía menos de admirar a aquellos hombres que tan tranquilamente descansaban.

Entretanto la nevada continuaba, y el negro espacio que recortaba la entrada de la cueva estaba surcado continuamente en todas direcciones por puntos blancos, que revoloteaban semejantes a mariposas hijas de las tinieblas.

VIII

En "La Muela de Oro".

Cuando la luz del día comenzó a disipar las nocturnas sombras, Luis se levantó del suelo para acercarse a la entrada de la cueva.

Por encima de los cuerpos de sus tres compañeros asomó la cabeza y miró fuera.

La claridad era todavía muy mezquina. Apenas si se distinguía más allá de algunos metros de la cueva, pues el paisaje estaba envuelto en una densa bruma que lo borraba todo.

Seguía nevando, pero ya no era con aquella fuerza que a principios de la noche.

Alguno que otro copo caía revoloteando como avergonzado de su soledad.

El naciente día no prometía ser tan crudo como el anterior.

A pesar de esto reinaba el frío propio de la terminación de una nevada; ese frío punzante y pegajoso (valga la expresión) que exhala la tierra cubierta de nieve.

Luis se retiró inmediatamente de la entrada de la cueva.

Entonces fijó su atención en aquellos tres hombres que, revueltos, descansaban en el suelo, y vió que el "Hijo" abría los ojos y le miraba.

—¡Buenos días!—le dijo Luis en tono festivo—. ¿Ha pasado usted bien la noche?

—¡Oh, perfectamente!—contestó el "Hijo"—. De seguro que usted no la habrá pasado igual. Es algo difícil acostumbrarse a esta vida.

El guerrillero, diciendo esto, se levantó del suelo, y embozándose en su manta dijo, después de mirar fuera de la cueva:

—El mal tiempo continúa. Hace un frío regular, pero en cambio no nieva y podremos proseguir nuestro camino.

Y luego, volviéndose a sus dos compañeros, que dormían, les dió con el pie y gritó:

—¡Arriba, muchachos, que vamos a emprender la marcha!

Oyóse un bostezo tremendo del gigante, después se agitaron como las aspas de un molino de viento aquellos potentes brazos, y por fin se irguió la pesada mole del "Padre".

El "Espíritu Santo" se había ya levantado rápidamente al escuchar los gritos del "Hijo".

Cuando todos estuvieron en pie, Luis dijo:

—¿Partimos inmediatamente?

—Dentro de un poco será mejor — contestó el "Hijo"—. Además—continuó éste—, usted, lo mismo que nosotros, no ha comido nada desde ayer a mediodía, y bueno será que llenemos el estómago para andar por la nieve.

Luis asintió con un signo mudo a esta proposición.

—Presenta la despensa — dijo entonces el "Hijo" al "Padre".

Este se arrodilló y presentó la espalda, sobre la que llevaba el zurrón de piel, en el que iban todos los víveres de la "Santísima Trinidad".

El zurrón fué abierto y de sus entrañas salieron, empujados por las manos del "Espíritu Santo", dos panes tan grandes como negros, un pedazo de bacalao y una rastra de morcillas secas.

—Don Luis — dijo el "Hijo" —, tendrá usted que contentarse con esto, pues la partida no tiene otra cosa que darle.

—¡Bah! — contestó Roca —; los hombres deben amoldarse a la esfera en que viven.

Después de esto, los cuatro hombres se pusieron a comer con muy buen apetito.

Por mucho rato en el interior de la cueva no se escuchó más que el choque de los dientes y el crujir de la comida al ser triturada.

El "Padre" comió más que los otros tres juntos.

Cuando terminó aquel pobre almuerzo, el "Hijo" sacó de bajo de su manta una bota llena de vino que había cogido en la masía antes de emprender la marcha.

Los cuatro bebieron y después se dispusieron a partir.

La "Santísima Trinidad" recogió sus armas, que estaban por el suelo, y Luis se quitó las espuelas de sus altas botas, pensando que le incomodarían para marchar a pie.

Uno tras otro todos se fueron deslizando fuera de la cueva y volvieron a poner sus plantas sobre la nieve.

La noche había desaparecido por completo.

Una luz tibia y triste iluminaba el paisaje, que por todas partes parecía cubierto de nieve.

Los copos se hacían cada vez más raros. La atmósfera estaba limpia de brumas y no soplaba el más leve vientecillo.

—¿Qué hora será, don Luis?—preguntó el "Hijo".

Roca miró el reloj.

—Las seis y media—contestó.

—El camino está malo, pero si tenemos alma y no nos dejamos vencer por la fatiga, de nueve a diez de la noche estaremos en "La Muela de Oro".

—¡Buena jornada! — murmuró filosóficamente el gigante.

Después de esto, los cuatro emprendieron la marcha.

Cuando bajaron a la hondonada, o sea al mismo punto en que la noche anterior se habían atascado, el "Hijo", que iba al frente de los expedicionarios, buscó por distintos puntos el mejor medio de atravesarla.

Por fin encontró un lugar relativamente alto por el que pudieron pasar los cuatro sin hundirse en la nieve más allá de la rodilla.

Los picos de las rocas, que en aquel sitio estaban a poca distancia bajo la nieve, les servían de punto de apoyo para colocar los pies.

De este modo salvaron aquel lago de nieve que habían ido formando las laderas de las vecinas montañas.

Después, el camino se hizo más fácil.

La pequeña partida, saltando rocas y atravesando barrancos, subía y bajaba por las montañas con paso rápido.

La marcha era más fácil que en la noche anterior, pues conforme a lo dicho por el "Hijo", no tenían ya el estorbo del caballo.

Los expedicionarios caminaban horas y más horas sin cansarse.

Algunas veces pasaban por cerca de los pueblos.

Desde la cumbre de una montaña distinguían aglomeraciones de tejados alrededor de un alto campanario, pero seguían adelante sin detenerse.

Al mediodía la partida hizo alto en un pequeño valle bastante poblado de árboles, cuyas ramas estaban cargadas de nieve.

Allí descansaron una media hora, y el "Padre" volvió a sacar de su zurrón las provisiones para que comieran.

Después continuaron la marcha.

Luis estaba fatigado. Como tenía poca costumbre de hacer aquellas marchas, sentía un cansancio abrumador, y sus articulaciones parecía que comenzaban a negarse a funcionar.

Además, tenía los pies casi helados, a pesar de sus altas y fuertes botas.

Los tres guerrilleros no parecían sentir el menor cansancio.

Para aquellos hombres, acostumbrados a una vida tan azarosa y agitada, una marcha de trece leguas era una cosa vulgar.

Roca no podía menos de admirarlos, y esta misma admiración le hacía ser sufrido y callar sus fatigas.

Su prestigio de segundo jefe de la guerrilla de Roméu lo exigía así.

Los cuatro caminaban sin cesar, sin que entre ellos se cruzara la menor palabra.

Poco a poco fué expirando el día.

El cielo continuaba obscuro como en la noche anterior. A pesar de esto, allá en el horizonte se notaban algunas hendiduras en las pardas nubes.

Aquel sudario celeste amenazaba romperse de un momento a otro.

A la hora del crepúsculo, aquellas grietas fueron agrandándose, y por fin apareció un trozo de cielo en el que brillaban algunas estrellas.

Cuando vió aquello el "Hijo", exclamó:

—Vamos a tener mejor camino.

—¿Tendremos luna?—preguntó Luis.

—No tardará una hora en aparecer. Esto nos favorecerá mucho, particularmente para atravesar el río.

—¿Tenemos que atravesar un río?

—Sí, el Júcar. Dentro de dos horas estaremos en él, y de allí a otras dos, en "La Muela de Oro".

—Ahora son las seis de la tarde—dijo Luis mirando su reloj a la escasa luz del crepúsculo.

—No perdemos camino — contestó el "Hijo", con aire de satisfacción.

En tanto el cielo se iba despejando de nubes.

La noche prometía ser tranquila, y en el éter azulado y puro brillaban miles de estrellas.

Pasado mucho tiempo, allá por el Oriente, tras las blancas crestas de las montañas, se empapó el cielo de una suave claridad.

Era la luna, que aparecía.

Al poco rato ésta se remontaba por el espacio y empezaba a derramar su claridad sobre la tierra.

El paisaje comenzó a cobrar entonces un tinte fantástico.

Las montañas prolongaron de una manera extraña sus sombras sobre las llanuras cubiertas de nieve, y ésta comenzó a brillar de una manera fantástica.

Luis dirigió una mirada de gratitud a la luna, que con su luz le libraba de muchos tropezones y de meterse en sitios en que quedaba enterrado hasta la cintura.

La nieve se había cristalizado y crujía bajo los pies de los viajeros como si fuera arena.

—Debe de estar usted muy cansado, don Luis——dijo de repente el "Hijo".

—Bastante—contestó el interpelado—. Ya ve usted; yo no estoy acostumbrado a esta clase de marchas. Sin embargo, estaría caminando toda la noche si así fuera preciso.

—Dentro de tres horas estaremos en la "Muela de Oro". Así que lleguemos haremos alto en cualquier parte, y mañana nos dedicaremos a buscar a la esposa del comandante.

—Así lo haremos.

—Tan pronto como traspongamos esa montaña que hay enfrente, estaremos cerca del río, y desde allí ya se distingue la cumbre de la "Muela de Oro".

—¿Y cómo pasaremos el Júcar? ¿Hay puente por esa parte?

—Torciendo un poco a la derecha encontraremos la barca por donde pasan los que van de Millares a Dos Aguas. Yo creo que por allí podremos pasar.

Una hora después la partida se encontraba a la orilla del río.

El Júcar arrastraba silenciosamente su gran caudal de aguas.

Los expedicionarios siguieron la orilla del río hacia la derecha, y al cabo de algunos minutos encontraron el punto por donde podía atravesarse.

En la orilla opuesta se levantaba una cabaña de tablas, cuya puerta estaba cerrada, sin que se filtrara por sus rendijas el menor rayo de luz.

Junto a la casa se balanceaba una barcaza negra y pesada.

Aquella barca tenía en sus dos extremos dos gruesos maderos agujereados en la punta y por cuyos orificios corría una gruesa maroma que tenía sus cabos amarrados a ambas orillas.

El "Hijo" miró atentamente a la cabaña y después dijo a sus compañeros:

—Me parece que el barquero no está en la cabaña. Como en estos días los viajeros serán muy raros, de seguro que estará en Dos Aguas o en algún otro pueblo. Sin embargo, le avisaremos. "Padre", llama tú que tienes mejor voz.

El gigante colocó sus dos manos en forma de bocina a los lados de la boca, hinchó el pecho y después gritó:

—¡Ah de la barca!

La voz del "Padre" retumbó como un trueno en el espacio y fué repetida por el eco.

Nadie contestó desde la cabaña.

—Efectivamente—continuó el "Hijo"—. El barquero no está en su casa.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó Luis.

—No sé—dijo el guerrillero, quedándose pensativo.

Por algunos instantes el "Hijo" permaneció en silencio, y por fin dijo así, volviéndose a sus compañeros:

—Es preciso que aquella barca esté en esta orilla.

El gigante se quedó en la actitud propia del que reflexiona para encontrar una solución difícil.

Su mezquino cerebro se agitaba en vano, pues lo

mismo era pedirle una idea que agua a una roca del desierto.

Por fin murmuró rascándose la cabeza:

—No sé lo que debemos hacer. ¿Quieres que pase a nado a la otra orilla?

—Hay mucha agua—contestó el "Hijo"—y tú no sabes nadar. Te ahogarías si tal hicieras.

Después de decir esto, volvióse al "Espíritu Santo" y le dijo:

—Tú has de pasar la barca.

—No sé cómo—contestó el muchacho.

—Escoge entre pasar la barca o una buena paliza.

—Opto por lo primero.

—Pues manos a la obra.

El muchacho permaneció algunos instantes pensativo, pero por fin salió de su abstracción.

Tiró al suelo la manta y el fusil, y con la agilidad de un mono se subió sobre la cuerda que atravesaba el río y comenzó a andar sobre ella a horcajadas.

A pesar de que la cuerda estaba tirante, al sufrir el peso del muchacho comenzó a vaguear como si amenazara romperse.

Luis se estremeció. Le parecía que de un momento a otro iba a caer el muchacho, y lleno de zozobra miraba al río que, silencioso y amenazante, se arrastraba a poca distancia de los pies de aquél.

El "Espíritu Santo" continuaba impertérrito su marcha sobre la cuerda, silbando e imitando con voz gutural el sonido de las trompetas.

Aquel pequeño héroe tenía por costumbre el cantar siempre que se encontraba en algún peligro.

Los tres hombres, desde la ribera, le seguían con la vista.

Cuando llegó al centro de la cuerda, la flojedad de ésta se hizo más visible. Bajo aquel peso trepidaba, y a cada movimiento del "Espíritu Santo" se bajaba hasta el punto de que éste tocaba con los pies el agua.

Al poco rato el muchacho llegaba a la barcaza y se dejaba caer en el interior de ésta, imitando el canto del gallo para expresar su alegría por el triunfo.

Momentos después la barca, impulsada por el muchacho, que tiraba de la cuerda, se deslizaba sobre el río.

La operación de ida y vuelta fué rápida, y a los diez minutos los cuatro se encontraban a la otra parte del río.

El "Espíritu Santo" alcanzó una benévola mirada del "Hijo", en premio a su arriesgada empresa.

El "Padre", por toda felicitación, le dió al muchacho una palmada en la espalda que le hizo vacilar, diciéndole al mismo tiempo con su brutal ingenuidad:

—Me creí que te ahogabas.

Los cuatro, al llegar a la orilla opuesta, siguieron andando.

—Poco camino nos queda—dijo el "Hijo" a Luis—. ¿Ve usted aquel pico? Pues aquello es la "Muela de Oro". Dentro de dos horas estaremos allí.

El camino que entonces siguió la partida era bastante llano. Sólo alguna que otra colina, con su suave ondulación, rompía la monotonía del paisaje.

En aquella parte del camino la vegetación era más exuberante, y por todas partes se veían campos de algarrobos, viñedos y frondosos olivares.

Los expedicionarios pasaron por muy cerca de Dos Aguas.

El pueblo, sumido en el más profundo silencio, dormía bajo la capa de nieve que cubría sus tejados.

Sólo de vez en cuando se escuchaba el ladrido de algún perro.

La pequeña partida no se detuvo, y únicamente el "Hijo" acortó un tanto su paso para fijarse más en el pueblo y murmurar:

—¿Estarán ahí los franceses?

La "Muela de Oro" se agrandaba cada vez más a los ojos de los expedicionarios.

Aquella cumbre cubierta de nieve parecía remontarse por momentos hasta lo más recóndito del espacio.

La luna, que estaba en toda su plenitud, la envolvía con sus rayos, que hacían brillar la nieve en sus

picos y la daba el aspecto de una cabeza llena de cabellos blancos.

Todavía caminaron mucho tiempo.

El paisaje se trocó por completo. A los campos cultivados sucedieron los frondosos bosques, que, naciendo en el llano, escalaban la montaña como revueltos escuadrones, y por todas partes no se veían más que árboles gigantescos que entrelazaban sus ramas formando bóvedas que en primavera debían de ser tan sombrías como frondosas.

Los cuatro hombres llegaron al pie mismo de la montaña.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó el "Hijo" a Luis.

—Usted dirá—contestó éste—. Ahora son más de las diez y creo que lo más acertado sería descansar.

—Es verdad. Durmamos algunas horas y mañana, al amanecer, buscaremos a la esposa del comandante. La cabaña en donde debe de encontrarse está a la otra parte de la montaña, y el camino de aquí a allá es muy difícil. Mañana iremos.

—Vamos ahora en busca de un sitio donde descansar.

—No tardaremos en encontrarlo. Esta montaña tiene muchas cuevas en que se puede dormir al abrigo de la nieve.

—Vamos, pues, allá.

Y los cuatro hombres se internaron en el bosque.

IX

La sepultura de nieve.

Antes de que amaneciera, ya marchaban los cuatro hombres por la parte baja de la "Muela de Oro", con dirección a la otra parte, o sea la del valle en que, según las declaraciones del "Hijo", se encontraba la cabaña que debía de habitar la esposa de don José Roméu.

La pequeña partida, guiada por el instinto topo-

gráfico del "Hijo", andaba a través de los bosques sin seguir ningún camino marcado, rompiendo las ramas entrelazadas y hollando los matorrales que se oponían a su paso.

Mientras de este modo se iba andando, la luz del alba se extendió por el cielo.

El día prometía ser más hermoso que los anteriores.

El cielo estaba despejado, y allá, en lo último del horizonte, se veían algunas nubecillas rojas que parecían indicar la pronta salida del sol.

La tierra todavía estaba cubierta por tanta nieve como en los días anteriores.

—Hoy—dijo el "Hijo" a Luis—se liquidará toda la nieve, y los barrancos y los ríos correrán desbordados. Vamos a tener un sol hermosísimo.

—¿Está muy lejos esa cabaña?—preguntó Roca.

—Este bosque es tan intrincado que hace perder la cabeza al más experto; pero creo que dentro de poco rato llegaremos a la parte alta del valle de Cofrentes, o sea al otro lado de la "Muela de Oro". Allí encontraremos la cabaña.

En tanto, el día seguía avanzando. El cielo se cubrió por la parte de Oriente de celajes rojos y dorados, y, por fin, detrás de las desigualdades del terreno, fué asomando el sol.

Cuando esto sucedió, los cuatro hombres se encontraron en el valle de Cofrentes.

Un poco más abajo de la altura que ellos ocupaban se extendía el bosque como una gran mancha negra, sobre la montaña y el resto del paisaje cubierto de nieve.

—¡Alto!—exclamó, cuando llegaron allí, el "Hijo".

Los demás se agruparon a su alrededor, y entonces aquél continuó:

—Yo sólo he estado aquí una vez y de noche; así es que no recuerdo ciertamente el lugar que ocupa la cabaña. ¿No le parece a usted, don Luis, que nos separáramos para buscarla por distintos puntos de este lugar?

—Me parece bien.

—¡"Padre"!—exclamó entonces el "Hijo".

—¿Qué quieres?—contestó el gigante.

—Tú, con el "Espíritu Santo", busca la cabaña por la parte alta. Yo, en tanto, con don Luis, iré por donde empieza la falda de la montaña, y así la encontraremos al momento. Si dais con ella, avisadnos inmediatamente.

El "Padre" y el "Espíritu Santo" continuaron andando en línea recta, o sea por el primer tercio de la montaña.

El "Hijo" y Luis bajaron al valle, y fueron siguiendo paralelamente el mismo camino que los otros dos.

Desde allí se veía al "Padre" y al muchacho saltar de roca en roca y pararse algunos instantes para inspeccionar el terreno de su alrededor.

Pasó una media hora, y la cabaña en tanto no aparecía.

Por todas partes no se veía más que nieve o árboles.

—Esto es extraño—decía el "Hijo"—. La cabaña no está más allá, y tengo la seguridad de que hemos pasado el lugar en donde yo la conocí. Y, sin embargo, ni una pared, ni un techo, ni una chimenea por ninguna parte. ¿Qué le parece a usted esto?

—Se me ocurre la idea—contestó Luis—de que los franceses hayan visitado este sitio antes que nosotros y quemado la cabaña.

—No sé, pero es muy difícil. Además, no hay incendio que no deje restos, y desde aquí los veríamos.

El "Hijo" permaneció algunos instantes pensativo, y por fin exclamó:

—¡Arriba! ¡Vamos arriba! Me parece que la cabaña está en el espacio de montaña que está comprendido entre el lugar en que estamos nosotros y el camino por el que andan los otros dos.

Ambos guerrilleros empezaron a trepar por el monte arriba.

Estaban ya tan acostumbrados a andar por la nie-

ve, que sin la menor dificultad hacían la ascensión.

A pesar de esto, la subida era muy penosa, y como la "Muela de Oro" tenía en su falda muchos fosos y hondonadas, se hundían muchas veces en la nieve.

En tanto el gigante y el muchacho, al ver que subían, creyeron que iban en busca de ellos, y comenzaron a bajar.

El "Hijo" iba inspeccionando todo el terreno de su alrededor.

De pronto se hundió en la nieve hasta cerca de la cintura.

En un gran circuito la nieve estaba llana y no se veía asomar sobre ella la menor roca.

Aquello debía de ser una gran hondonada cubierta por la nieve que había ido desprendiéndose de la cumbre de la montaña.

El "Hijo" se fijó en un detalle que le hizo lanzar una exclamación de sorpresa.

En el centro de aquella sábana de nieve se veía una línea semejante a una gran espina dorsal.

Parando más la atención conocíase que aquello era la cresta de un pequeño tejado.

Un poco más abajo, aunque completamente rota, se veía el extremo de una chimenea.

—Ahí está la cabaña—exclamó el "Hijo", dirigiéndose a Luis y señalando al centro de la sábana de nieve.

Roca se tornó densamente pálido y no pudo menos de estremecerse.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Allá abajo! Deben de estar helados. ¡Pobre doña María!

—La nieve que ha caído estos días ha rodado a esta hondonada, y como ellos estarían encerrados en la cabaña no lo habrán notado hasta el momento en que hayan querido salir. Están enterrados.

—Sí, enterrados en la nieve. Nos hemos detenido mucho en el camino. Si hubiéramos venido hasta aquí sin descansar, ahora los tendríamos sanos y salvos. Nuestra tardanza es la culpable de su muerte. ¿Qué dirá ahora Roméu?

—No hay que precipitarse, don Luis—exclamó el "Hijo"—. La familia del comandante debe de encontrarse en la cabaña; pero esto no supone que haya perecido. Dentro de esa vivienda están al abrigo de la nieve, y si bien les es imposible salir, pueden resistir perfectamente el frío algunos días.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Aguardar a que lleguen los dos compañeros, que ya están cerca.

El "Padre" y el "Espíritu Santo" seguían bajando, y a los pocos instantes se encontraban en el mismo lugar que Luis y el "Hijo".

—¿Qué sucede?—preguntó el gigante.

—Mira—contestó el "Hijo", señalando a la hondonada llena de nieve—. Allí está la cabaña.

El "Padre" contempló con estúpida atención la única parte que se veía de aquella vivienda, y después se quedó mirando el "Hijo", como si aguardara sus órdenes.

Este le dijo a los pocos instantes:

—Tú, que tienes buena voz, da un grito.

—¿Qué es lo que he de decir?

—Llama a doña María.

—¿Quieres que llame fuerte?

—Todo lo que quieras. ¡Anda, grita!

—¡Doña María!

Y la voz del coloso fué repetida por los ecos de la montaña, hasta que se perdió en el espacio.

Así que esto sucedió, escucháronse allá abajo, como salidas de las entrañas de la tierra, algunas voces que llegaron, débiles y confusas, a los oídos de los cuatro.

Aquella era semejante a los gemidos de las almas en pena que en las antiguas tradiciones aparecen enterradas en el suelo de los bosques.

—¡No han muerto!—gritó con alegría Luis.

—No—contestó el "Hijo"—, y dentro de unos instantes estarán fuera de esa mortaja de nieve que los aprisiona.

—Tú—continuó el guerrillero dirigiéndose al gi-

gante—, deja en el suelo la manta y el trabuco, y ¡a ver cómo te metes en la hondonada y haces saltar a hachazos el techo de la cabaña!

El "Padre" obedeció inmediatamente estas órdenes.

Arrojó al suelo la manta, el trabuco y el zurrón y descolgó de su cintura el hacha.

Esta, por su tamaño, era digna del dueño.

Su mango consistía en una robusta rama de encina, y la cuchilla era de hierro, y tan pesada como gigantesca.

Aquella arma no podía ser manejada por otras manos que las del "Padre", el cual la usaba con la mayor facilidad.

Un golpe de hacha dado por aquellos potentes brazos debía de causar sobre un muro el efecto de un ariete.

El coloso se puso el arma entre los dientes y después se metió en la hondonada.

A los primeros pasos la nieve le llegó a la rodilla, luego a más de la mitad de las piernas y últimamente a la cintura.

Después ya no se hundió más.

El "Padre" avanzaba muy pausadamente.

Sólo a costa de grandes esfuerzos conseguía mover sus piernas en aquella laguna semisólida, y tenía que valerse de los brazos para adelantar un tanto.

El colosal guerrillero, visto de espaldas, parecía una fiera prehistórica nadando en la nieve del Polo.

Cuando llegó junto a la cabaña se subió sobre la parte del tejado que asomaba sobre la blanca planicie.

Después limpió de nieve una parte de la techumbre y comenzó a dar fieros golpes con el hacha.

La madera saltó en astillas y toda la cabaña parecía conmoverse.

El "Padre" practicó un ancho agujero.

Los tres hombres veían desde la orilla de la hondonada cómo trabajaba el gigante.

De pronto notaron que arrojaba el hacha, y que,

inclinándose sobre el agujero que acababa de practicar, hablaba con alguien; que después introducía los brazos en el interior de la cabaña, y últimamente sacaba dos niños.

—Aquí están—gritó el gigante levantándolos en alto—. Son los hijos del comandante.

Después se arrojó a la hondonada y, del mismo modo que antes, la atravesó, volviendo a la orilla.

Allí entregó los dos niños a Luis, y luego se lanzó otra vez en la nieve para volver al tejado.

Aquella vez salió por el orificio una mujer.

El gigante, con una delicadeza que parecía impropia de su carácter rudo y semisalvaje, la cogió entre sus brazos y la llevó al mismo sitio que los niños.

—¡Doña María!—dijo Roca cuando la tuvo a su lado.

—¡Don Luis!—exclamó la señora sorprendida.

Y luego continuó con acento de impaciencia:

—¿Ha visto usted a José? ¿Cómo está? ¿Qué le sucede?

—Ya le contestaré; pero, ¡por Dios! Aguarde usted un poco y serénese. No debe usted de encontrarse muy bien, pues el lugar donde la hemos hallado no es muy cómodo por cierto.

—¡Oh! Calle usted. Hace ya cerca de tres días que he creído morir con mis hijos enterrada en la nieve. Esa cabaña crujía y amenazaba derrumbarse de un momento a otro. ¡Y es tan horrible morir cuando se tienen los hijos al lado!

Nada tan conmovedor como el acento con que dijo estas palabras la esposa de Roméu.

Luis y el "Hijo" no pudieron menos de mirarla con esa simpatía que causa en las personas honradas una buena madre.

Doña María Correa, esposa de don José Roméu, era el verdadero tipo de la mujer honrada y de la cariñosa madre. Tenía en su persona aquella expresión que era propia de las matronas romanas, tan amantes y cuidadosas de su familia.

En su hermoso rostro se veían marcados la ex-

presión noble que delata una sencilla ingenuidad y un sello de pureza e inocencia.

Sus palabras de afecto denotaban un carácter cariñoso y un deseo de hacer bien y de dar la felicidad a los desgraciados.

Tres años antes, cuando los franceses no habían invadido todavía el reino de Valencia y ella vivía tranquila al lado de su esposo, gozando de su esplendida fortuna, era la providencia de todos los necesitados de Sagunto y sus inmediaciones.

Despues, con la constancia del alma resignada y la fe de un mártir, había sufrido una larga epoca de tribulaciones y penas.

Huyendo de los franceses (que, indudablemente, a encontrarla, la hubieran fusilado para vengarse de las derrotas que les hacía sufrir su esposo), abandonó Sagunto, y en unión de sus hijos y dos fieles criados, anduvo errante por los montes, procurando siempre alejarse de los puntos que pudieran ser visitados por los franceses.

¡Qué vida tan azarosa aquélla!

Caminaban de noche o de día, sufriendo las inclemencias del sol, o de la lluvia y del viento; un día dormían en una cueva, otro, en una masía, y la mayor parte de las veces, a campo raso y bajo las ramas de algún árbol.

Aquella señora, acostumbrada a vivir en las mejores comodidades, sufría mayores fatigas que la pastora más burda y montaraz.

A pesar de esto, nunca la menor queja se escapaba de sus labios. Dentro de aquel cuerpo delicado se albergaba un alma heroica, digna de la de Roméu.

Ella también, al ver la patria invadida por el extranjero, siguiendo la conducta de la mayor parte de las mujeres de aquella época, animó a su esposo para que corriera a la defensa de la nación, y las penalidades de su existencia errante las sufrió pacientemente, aceptándolas como un sacrificio que hacía en aras de la santa independencia española.

Después de una larga época de marchas y con-

tramarchas por diferentes puntos de la provincia, se albergó por fin en la cabaña de la "Muela de Oro", y allá gozó de una relativa tranquilidad, aunque siempre sufriendo la zozobra de que los enemigos de la patria se extendieran por aquella región.

Después que doña María se encontró al lado de sus salvadores y habló con Luis lo que más arriba hemos apuntado, abrazó a sus hijos en un arrebato de alegría.

Luego continuó, dirigiéndose a Roca:

—¡Qué tormentos tan horribles he pasado dentro de esa cabaña! Desde el principio de la nevada que estamos encerrados en ella. La nieve, poco a poco, llenó la hondonada, y cuando nosotros quisimos salir, nos fué imposible. La leña se nos acabó ayer por la mañana, y desde entonces hemos sufrido un frío horrible. El techo crujía, amenazando sepultarnos. Mis hijos lloraban de miedo y hambre... ¡Oh, no quiero acordarme! Ahora me parece que estoy en la gloria. ¡Cuán bueno es usted, don Luis! ¡Qué obra de caridad han hecho ustedes salvándonos! ¡Oh, gracias por mí y por mis hijos!

Y la buena señora, toda conmovida, lloraba abrazando estrechamente a sus hijos.

En tanto, el gigante había vuelto a situarse sobre el techo de la cabaña y ayudaba a salir por el agujero a los dos criados de doña María y al carbonero, dueño de la vivienda.

Momentos después todos estaban reunidos junto a la hondonada.

—Doña María—dijo entonces Luis—. José me ha encargado que la conduzca a usted a un sitio más seguro que éste.

—¿Adónde es?

—No lo sé—contestó Roca—. Pero este hombre, que es uno de los mejores de la guerrilla—y al decir esto señalaba al "Hijo"—, nos conducirá a él.

—Vamos, pues, allá—dijo doña María.

—¿Tiene usted muchas ganas de andar?

—Llevo mucho tiempo de sufrir fatigas para no

estar acostumbrada a ellas. Partamos cuando usted quiera.

Luis ofreció entonces su brazo a la señora.

El "Padre" recogió del suelo la manta, el trabuco y el zurrón, y los dos criados cogieron en brazos a los hijos de Roméu.

Estos eran un niño y una niña, hermosos como ángeles, y tenían esa gracia inocente propia de su edad.

La expedición, tan notablemente aumentada, emprendió la marcha.

Delante iba la "Santísima Trinidad"; luego Luis y doña María, y últimamente los criados con los niños.

El carbonero se quedó cerca de la cabaña, sin duda con la esperanza de volverla a reconstruir cuando terminara el deshielo.

La pequeña partida comenzó a alejarse de la "Muela de Oro".

Roca, mientras caminaba, entabló conversación con doña María.

La esposa de Roméu le relataba las mil penalidades que había sufrido andando errante por los montes, y su palabra tenía tal pasión, su acento tanto fuego, que el joven se conmovía con aquella relación de penas y desdichas.

Después le preguntaba por su esposo; hacía que Luis le contara todo lo que hacía Roméu, y matizaba con exclamaciones de júbilo el relato de las hazañas y victorias del valiente guerrillero.

—¡Cuán grande es mi José!—decía la buena señora con la voz trémula de entusiasmo—. La patria es su único sentimiento, y perdería mil veces la vida por salvarla. ¿Qué importa que yo ande errante por el mundo? El, en cambio, lucha por la nación, y no cesará de batallar hasta que España se vea libre de enemigos. Me siento orgullosa de ser la esposa de un héroe. ¡Si supiera usted cuánto le amo!

Luis se conmovía escuchando las palabras de aquella mujer que con tanto apasionamiento hablaba

de su esposo, y no podía menos que pensar en Amalia.

¡Cuándo podría él ser el esposo de ésta!

¡Cuán feliz era Roméu, que tenía una esposa tan amante y de alma tan grandiosa!

El joven, cumpliendo el encargo de su amigo Roméu, trató de dirigir a doña María algunas palabras de consuelo, para que sufriera con resignación las penalidades de aquella existencia nómada; pero su sorpresa fué grande cuando la señora le atajó en su discurso, diciéndole:

—Amigo Roca. No tiene usted por qué aconsejarme la resignación. Yo ya hace mucho tiempo que me he formado mi propósito, y ya que mi esposo sufre por la patria, yo también muy gustosa padezco por ella. ¿No soy acaso española? Ya que los hombres exponen la vida en el campo de batalla, las mujeres debemos también compartir tales fatigas.

Después de estas palabras, los dos quedaron silenciosos.

La pequeña partida continuaba marchando con bastante rapidez.

Luis notó al poco rato una cosa que le llamó bastante la atención.

Doña María caminaba con gran dificultad, y muchas veces suspiraba como el que siente una abrumadora fatiga.

La noble señora se apoyaba con fuerza muchas veces en el brazo de Luis.

A pesar de tal fatiga, procuraba sonreírse, como para ocultar su dolor.

—¿Qué le sucede a usted?—preguntó Luis bastante alarmado.

—No es nada.

—Pues parece que sufre usted al andar.

—No lo crea usted. Sólo tengo los pies algo molestos por las continuas marchas.

—¿Quiere usted que descansemos?

—¡Oh, no! Vamos sin parar adonde usted me ha dicho, que allí descansaré.

Luis miró los pies de doña María y vió que esta-

ban cubiertos por unas botas bastante deterioradas.

El caminar de aquel modo por la nieve debía de causar grandes molestias.

Por algún tiempo todos los individuos de la partida permanecieron silenciosos.

La "Muela de Oro" iba quedando cada vez más lejos.

El pequeño grupo se internaba en el valle de Cofrentes, y atravesaba sus bosques por algunas sendas que, a causa de la nieve y de alguno que otro árbol caído, casi estaban impracticables.

Doña María hacía a cada momento mayores esfuerzos para andar.

Siempre que adelantaba un pie, una expresión de punzante dolor se retrataba fugazmente en su rostro y ahogaba un gemido que asomaba a sus labios.

De vez en cuando volvía la cabeza para ver a sus hijos, que iban envueltos en mantas, en brazos de los criados, y aquella vista parecía darle nuevas fuerzas, pues continuaba caminando valerosamente.

Luis la instaba de continuo para que descansara; pero ella jamás quiso acceder, y seguía andando para sufrir agudos dolores cada vez que sus pies tropezaban con una piedra, una rama o un tronco caído.

Hubo un instante en que sus rodillas casi se doblaron y quedó pendiente del brazo de Roca.

—¡No puedo más! ¡Dios mío!—dijo con desesperación.

—Pero ¿qué es esto?—preguntó Luis—; ¿qué le sucede a usted?

—Serán los pies—dijo uno de los criados, que había llegado junto a doña María—. La señora los tiene muy malos.

En tanto, la esposa de Roméu parecía desvanecida por el dolor.

—¿Qué has dicho que tiene tu señora?—preguntó Luis al criado.

—Como no está habituada a estas marchas por la montaña, hace tiempo que tiene los pies llenos de llagas que le incomodan mucho al andar. Ahora, úl-

timamente, parecía que se le habían curado; pero sin duda el andar sobre la nieve ha vuelto a empeorárselos.

Luis se quedó algunos instantes pensativo.

La "Santísima Trinidad" había vuelto atrás, y toda la partida estaba agrupada en derredor de Roca.

Los dos niños, al ver a su madre desvanecida de dolor en los brazos del joven, lloraban desesperadamente, sin que pudieran acallarlos las caricias que les hacían los criados.

—Es preciso curar a doña María—murmuró Luis.

Y luego, en voz alta, dijo a la "Santísima Trinidad":

—La señora del comandante necesita reposo y medicamentos. ¿Qué pueblo es el más cercano?

—Cofrentes—contestó el "Hijo"—; pero allí están los franceses.

—Diga usted otro.

—Podemos dirigirnos a Jarafuel. Es un pueblo pequeño y allí es muy difícil que lleguen los enemigos.

—Vamos, pues, a Jarafuel.

Luis miró a doña María. Tenía los ojos abiertos y parecía haber salido un tanto de su desvanecimiento.

—Anímese usted—la dijo—. Pronto podrá usted descansar.

—Sufro mucho, don Luis—dijo con voz débil.

El "Hijo", en tanto, había dicho algunas palabras al oído del "Padre", que después sacó del cinturón el hacha y se internó en la arboleda.

Oyóse el chasquido de algunas ramas al ser cortadas, y a los pocos instantes el gigante volvía a aparecer, cargado con algunas estacas recién cortadas.

—Saca una cuerda—dijo entonces el "Hijo" al "Espíritu Santo".

El muchacho abrió el zurrón que el gigante llevaba a la espalda y de allí sacó un manojo de cuerda.

Entonces el "Hijo" arregló las estacas, las ató y al poco rato tenía fabricada una parihuela, que, aun-

que rústica y poco cómoda, podía ser de gran utilidad.

Después el guerrillero la cubrió con su manta y Luis hizo sentar en ella a la esposa de Roméu.

—Vengan los niños—ordenó el "Hijo" a los criados—y vosotros llevad la parihuela.

El "Espíritu Santo" tomó al niño en brazos, riéndose con infantil alegría, y Luis hizo otro tanto con la niña.

Los criados cogieron entonces aquella rústica litera y la pusieron en alto.

Después la partida emprendió la marcha.

—Vamos en línea recta a Jarafuel—dijo Luis al "Hijo"—y no nos importe nada el tropezar con los franceses. Curemos a la esposa de Roméu, que bien vale esto el exponerse al peligro de encontrar al enemigo.

Después se puso a andar detrás de la parihuela, dirigiendo de vez en cuando algunas palabras a doña María, o acariciando a la niña, que con sus manecitas le golpeaba cariñosamente la cara.

X

Una sorpresa.

A las dos de la tarde entró la pequeña expedición en Jarafuel.

La mayor soledad reinaba en sus calles.

Todas las puertas estaban cerradas y sólo en una que otra ventana entreabierta asomaba la cabeza de alguna mujer, que contemplaba con el mayor asombro la pequeña partida.

Las calles estaban, en parte, limpias de nieve, pues el sol la había liquidado con sus rayos.

A pesar del buen estado del tiempo, nadie abría las puertas de su casa.

El "Hijo", al ver esto, decíase a sí mismo:

—Aquí debe de haber pocos hombres. Sin duda estarán todos en las guerrillas.

Efectivamente, en las ventanas sólo aparecían rostros de mujeres o de algún viejo decrépito.

La pequeña partida llegó a la plaza del pueblo.

Allí los dos criados dejaron en el suelo la parihuela, sobre la que iba sentada doña María.

—Aguarden ustedes aquí—dijo el "Hijo" a Luis—. Voy a llamar a una casa que conozco, y dentro de unos instantes estaré de vuelta.

El guerrillero se alejó, desapareciendo en una calle cercana a la plaza.

Luis y el "Espíritu Santo" dejaron en el suelo a los hijos de Roméu, que corrieron al lado de su madre.

La buena señora sonreía al tenerlos en sus brazos, y les dirigía palabras de cariño.

A los pocos instantes el "Hijo" estaba de vuelta.

Con él venía un anciano labriego que se apoyaba en un grueso cayado.

—Vamos a casa de este hombre—dijo el guerrillero señalando a sus acompañantes—. Es una persona de confianza, un buen patriota. Tres de sus hijos están en nuestra guerrilla.

El viejo, sonriendo bondadosamente, saludó a doña María y a Luis, y dijo con sencillez:

—Pobre es mi casa, pero todo cuanto tengo en ella lo ofrezco a ustedes.

Luis le dió las gracias con un cordial apretón de manos.

Después de esto emprendieron la marcha con dirección a la vivienda del anciano.

Este vivía en uno de los extremos del pueblo, y su casa era tan pequeña como pobre.

A pesar de esto, todos se instalaron en ella, y doña María fué colocada en la única cama que había.

El anciano labriego tenía algunos conocimientos de botánica, sabía algunos remedios empíricos, lo cual le valía el ser considerado como médico por todos los vecinos del pueblo.

A falta de otro, él se encargó de curar a la esposa de Roméu, y después de reconocer las llagas que cubrían los delicados pies de doña María, se salió al

campo para recoger algunas hierbas, y luego hizo unas bizmas, con las cuales la infeliz señora sintió algún alivio.

El "Padre" y el "Espíritu Santo", como eran más previsores que el resto de la partida, preparaban en tanto una comida en la que entraba por más la cantidad que la finura de los manjares.

A Luis le pareció aquella comida un magnífico banquete después de los dos días en que no comió otras provisiones que las que el "Padre" llevaba en el zurrón.

Cuando se hizo de noche, Luis, que estaba sentado junto al hogar de la cocina, vió que el "Hijo", que había salido una hora antes, se situaba de pie al lado de él, y le decía:

—Don Luis, ¿cómo se encuentra la señora?

—Bastante bien. En este instante está durmiendo.

—En ese caso, ¿hasta cuándo permaneceremos aquí?

—Yo creo que hasta que doña María no esté completamente restablecida no debemos salir de aquí.

—Debemos guardarnos de los franceses.

—Ya lo creo. Pero ¿qué quiere usted decir con esto?

—Que no tardarán mucho en aparecer por aquí.

—¿Ha adquirido usted noticias?

—No; pero presiento que han de venir, que es lo mismo. En Cofrentes hay un acantonamiento de franceses que está compuesto de tres batallones. Estos días, por efecto de la nevada, no habrán recibido víveres, y lo más natural es que se desparramen por los pueblos más cercanos para encontrarlos.

—No creo infundadas las suposiciones de usted. En vista de ellas, ¿qué cree usted que podríamos hacer?

—No tenemos otro remedio que permanecer aquí; pero pensemos a todas horas que estamos en la boca del lobo, que de un momento a otro puede cerrarse y devorarnos. No debemos entregarnos a la confianza, debemos vigilar para que no nos sorprendan.

—Está muy bien.

—¿Me da usted permiso para que yo disponga la vigilancia?

—Haga usted lo que quiera, pues ya sabe que en usted descanso.

—Pues entonces, buenas noches, don Luis, y hasta mañana.

El "Hijo" salió de la cocina llamando con una seña al "Padre", que estaba sentado en el suelo a la puerta de aquélla.

—¿Qué quieres?—le preguntó con su voz atronadora.

—Duerme ahora y descansa. A las doce vendré a despertarte a ti y al "Espíritu Santo".

—¿Hay que hacer algún servicio?

—Sí. Tenemos que vigilar las afueras del pueblo. Yo voy a hacerlo ahora; desde las doce hasta la madrugada seréis vosotros los encargados.

—¿Están cerca los franceses?

—No lo sé; pero creo que no tardarán mucho en venir.

—¡Quiera Dios que no te equivoques! Hace ya muchos días que no he descargado mi trabuco, y tengo más ganas...

—Duerme, que tal vez logres tu deseo antes de lo que te figuras.

El gigante, obediente siempre a las órdenes del "Hijo", fué a acostarse en una cama de pieles de oveja que le habían preparado junto a la puerta de la calle.

El "Espíritu Santo" se tendió como un perro a sus pies.

Luis, que estaba rendido de tantas marchas y que en las dos noches anteriores había tenido que acostarse sobre la dura roca, no tardó mucho en tenderse sobre el jergón que el viejo le colocó en la cocina.

Los hijos de Roméu estaban en la cama de su madre hacía algunas horas, y los dos criados roncaban en el pajar.

Todos dormían en la casa. Sólo el viejo labriego

y una pequeña nieta que tenía estaban despiertos junto al hogar, rezando el rosario a la luz de un candil.

La noche pasó sin ningún incidente.

A las doce, el "Hijo", que ya estaba de vuelta, llamó a la puerta, y el anciano salió a abrirle.

Poco después salían hacia las afueras del pueblo el "Padre" y el "Espíritu Santo".

Todo el resto de la noche lo pasaron vigilando desde lo alto de una colina situada junto al camino que de Cofrentes conducía a Jarafuel.

El menor ruido de la noche bastaba para que los dos guerrilleros se tendieran en el suelo y pusieran el oído atento, con el temor de escuchar el rumor de la acompasada marcha de un gran destacamento.

Cuando el alba comenzó a clarear, los dos pensaron en si debían retirarse; pero como el "Hijo" nada de esto les había dicho, permanecieron quietos en su sitio esperando el relevo.

El día fué avanzando y la naturaleza pareció despertar de su sueño.

El paisaje ya no estaba tan cargado de nieve como en los días anteriores. Veíanse grandes extensiones de tierra rojiza o amarillenta, y sólo en las cumbres de las montañas o en algunos rincones sombríos se destacaban manchas blancas.

Por fin, el sol, y a su vista, a los dos guerrilleros se les ocurrió la misma idea de retirarse.

—¿No te parece que debíamos irnos al pueblo? —preguntó el gigante al muchacho.

—Lo que usted quiera—contestó el "Espíritu Santo", siempre dispuesto a la obediencia.

El "Padre" aguardó algunos instantes, y, por fin, dijo:

—Vámonos y ya veremos lo que en el pueblo nos dice el otro.

Los dos iban ya a bajar la colina, cuando sucedió algo que hizo detenerse al muchacho.

Inclinó su cabeza hacia adelante como para oír mejor, y después se acostó aplicando su oído al suelo.

—¿Qué sucede?—le preguntó el "Padre".

—Que ya vienen—dijo el muchacho levantándose.

—¿Quién viene? ¿Los franceses?

—Sí, señor. Se oyen pasos de mucha gente.

—¿Muy lejanos?

—No, señor. Me parece que no deben de encontrarse ni a diez minutos de aquí.

Entonces el gigante se acostó en el suelo, y a los pocos instantes volvió a levantarse diciendo:

—Es verdad; los tenemos ahí cerca. Muchacho, vámonos corriendo al pueblo.

Los dos guerrilleros echaron a correr por la colina abajo.

En aquel mismo instante vieron aparecer en una revuelta del camino que conducía desde Cofrentes a Jarafuel algunos hombres a caballo.

Eran jinetes franceses, y sus cascos y sables brillaban al sol. Detrás se veía un numeroso destacamento de infantería.

De allí a pocos minutos, el "Padre" y el "Espíritu Santo" estaban a la puerta de la casa que habitaban sus compañeros.

El "Hijo", al verlos llegar jadeantes y sudorosos, exclamó:

—¿Qué tenéis? ¿Qué ocurre?

—Los franceses están ya en las inmediaciones del pueblo—contestó el "Espíritu Santo".

El "Hijo", al escuchar esto, entró corriendo en la cocina, y en pocas palabras dijo lo que ocurría a Luis, el cual acababa de levantarse.

Después, los dos entraron en el cuarto que ocupaba doña María.

Esta, al verlos, se incorporó alarmada sobre la cama.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Tenemos los franceses a la vista—contestó Luis—. Déjenos usted hacer.

El "Padre" en tanto había entrado en la estancia seguido del muchacho.

—Tú, que tienes más fuerza—le ordenó el "Hijo"—, coge en brazos a doña María.

El gigante, como si se tratara de un juguete, levantó en alto con la mayor facilidad a la señora.

El "Espíritu Santo", sin esperar orden alguna, hizo lo mismo con el niño, que sonreía inocentemente.

Luis cogió en brazos a la niña.

Los dos criados, alarmados por el movimiento que notaban en la casa, habían salido del pajar y estaban a la puerta del cuarto.

El "Hijo" entregó a uno de éstos el fusil, y en cambio, se apoderó del trabuco del "Padre".

—¡En marcha!—gritó Luis.

Y todos salieron de la casa sin despedirse del anciano labriego, que los contemplaba con interés.

A todo correr atravesaron algunas calles del pueblo, y salieron de éste por la parte opuesta al camino de Cofrentes.

—Ganemos la montaña—gritaba el "Hijo" sin cesar de correr—y estamos salvados. Además, por ahí se va al sitio a que pensamos conducir a doña María.

Cuando la pequeña partida salía del pueblo entraban los franceses por la parte opuesta.

Los fugitivos atravesaron el espacio de llanura que separaba a Jarafuel de las montañas.

A los cinco minutos se encontraban al pie de éstas.

El "Hijo" volvió entonces la cabeza, y vió que los franceses estaban a la salida del pueblo y que les miraban cómo huían.

—Nos van a perseguir—gritó—. Corred más, que como subamos allá arriba, será difícil que nos alcancen.

Apenas acababa de decir esto, resonó un espantoso trueno y se oyeron algunos silbidos en el espacio.

Los franceses acababan de hacer una descarga.

Doña María se estremeció de miedo en los brazos del gigante.

A pocos pasos de distancia acababa de estrellarse una bala sobre una roca.

El "Espíritu Santo", que por ser más ligero corría delante de todos, se puso a cantar, como tenía costumbre siempre que oía el silbido de las balas, y a hacer muecas al niño que llevaba en brazos.

Este se reía, agitando sus manecitas; y con esa pronunciación confusa e imperfecta propia de la niñez, gritaba:

—¡Tiros! ¡Tiros! Yo no "tendo medo".

El "Hijo", al sentir la descarga, tornóse pálido y rugió:

—¡Cobardes! Hacen fuego porque no pueden alcanzarnos. Aguardaos.

Y se volvió mientras sus compañeros seguían corriendo.

Examinó el trabuco del "Padre", y viendo que estaba cargado, apuntó a los franceses.

Salió el tiro, y su estampido fué semejante al de un cañón.

Con la violencia del arma al dispararse, el "Hijo" se inclinó atrás y estuvo próximo a caerse.

Una nube de humo le envolvió; pero a pesar de esto, pudo ver cómo dos franceses caían al suelo.

Después echó a correr para alcanzar a sus compañeros.

El destacamento francés permaneció algunos minutos a la entrada del pueblo; pero después se internó en éste, convenciéndose sin duda de lo difícil que era dar alcance a los fugitivos.

Estos, en tanto, siguieron subiendo las montañas, y al poco rato desaparecieron en sus quebraduras.

XI

Otra vez en la guerrilla.

—¿Dónde nos encontramos ahora?

—Poco más o menos a una hora de Adzaneta.

—Andamos a ciegas y no sería extraño que tropezáramos con los franceses.

—Efectivamente, vaya usted a saber dónde se en-

contrará ahora la guerrilla. A pesar de todo, mi instinto me dice que no debe hallarse muy lejos de aquí. El comandante creo que tenía deseos de sorprender algunos de los puestos militares que los franceses tienen establecidos por cerca de Albaida.

—Es verdad. Nada tendría de extaño que lo encontráramos por aquí.

Los que así hablaban eran Luis y la "Santísima Trinidad", representada por el "Hijo".

Hacía dos días que habían dejado en una ermita, situada en lo más abrupto de las montañas de Cofrentes, a doña María, sus hijos y los dos criados.

El ermitaño, que era gran amigo del "Hijo", prometió velar por ésta e impedir a todo trance que los franceses lograran apoderarse de ella, e igualmente se concertó que el anciano de Jarafuel iría a la ermita una vez todas las semanas para la curación de la buena señora.

El infeliz anciano, el día en que la pequeña partida salió corriendo de Jarafuel, perseguida por los franceses, recibió de éstos una paliza más que regular. Los invasores estaban furiosos por las dos bajas que les había producido el trabuco del guerrillero.

Después que Luis y sus compañeros dejaron a doña María en la ermita emprendieron otra vez la marcha con dirección al valle de Albaida.

Aquella misma mañana habían llegado a la masía en que dejaron a la guerrilla.

El masovero les había dicho que Roméu salió de allí así que cesó la nevada, y que según sus cálculos y guiándose por ciertas palabras que oyó, debía de hallarse por la parte de Adzaneta.

Los cuatro hombres volvieron a emprender la marcha, con la única diferencia de que Luis iba ahora a caballo, pues el dueño de la masía le proporcionó un cuartago que, aunque no de buena estampa, tenía una regular andadura.

El pequeño grupo, como ya lo ha indicado la conversación habida entre Roca y el "Hijo", se encontraba a una hora de distancia de Adzaneta.

Eran las doce de la mañana, y el día, por lo tranquilo y hermoso, no parecía propio del invierno.

El cielo estaba azul, sin que la más ligera nubecilla viniera a empañarle; el éter parecía empapado por el polvo de oro de los rayos del sol, y el vientecillo era tibio y semejante al vapor que exhala el agua caliente.

A pesar de que la tierra estaba desnuda, el paisaje tenía la expresión alegre que se retrata en el rostro de un viejo un día de buen humor.

Los árboles estaban desprovistos de hojas; los prados no tenían hierba; la llanura y el monte no estaban matizados de verde, pero el sol se encargaba de alegrarlo todo, y aquí doraba los extremos de las escuetas ramas, allá se reflejaba en el árido peñón haciéndolo brillar como un gran bloque de metal, y más abajo centelleaba en las mil chispas del riachuelo que, engrosado su caudal de aguas por la nieve, saltaba de piedra en piedra para perderse en desconocidos parajes.

Los gorriones cantaban en las ramas, que se cimbreaban bajo su peso, y en los matorrales que orlaban el camino se veían pulular los insectos que parecían pavonearse orgullosos bajo el sol que hacía brillar sus corazas multicolores.

Luis, que tenía en su modo de ser un gran fondo de poeta, contemplaba con interés aquel magnífico paisaje y seguía con atención la marcha de algún insecto que pasaba por junto a los pies de su caballo.

Aquella primavera original, nacida al influjo del manto de nieve que días antes cubría la tierra, le encantaba.

La "Santísima Trinidad" caminaba a su lado sin cuidarse en lo más mínimo del espectáculo que pudiera ofrecer la contemplación del paisaje.

Los tres no se curaban más que de las ventajas prácticas, y el único interés que para ellos ofrecía el día era el poder caminar por terreno seco y no hundiéndose en la nieve como en los días anteriores.

A la media hora de marcha, el pequeño grupo distinguió el campanario de Adzaneta.

—Ya estamos cerca—exclamó el "Hijo"—. ¿Entramos en el pueblo?

—Sí—contestó Luis—, acerquémonos, que si en él están los franceses, y no nuestros amigos, como nos figuramos, tiempo tendremos para escaparnos.

Los cuatro hombres caminaban entonces por una meseta bastante elevada.

Allá abajo destacábase el pueblo con su aglomeración de casas y su elevada torre.

El "Hijo", empinándose sobre las puntas de sus pies, miraba a Adzaneta y decía:

—Me parece que veo gente a la entrada del pueblo.

—Serán avanzadas—contestó Luis.

—Creo que son los nuestros. De ser los franceses se destacaría la brillantez de sus uniformes.

—Sigamos adelante.

La pequeña partida empezó a descender por la suave pendiente de la meseta.

El pueblo se veía cada vez más cercano. Aquellos grupos de hombres que se veían en sus afueras se hicieron más visibles, y pronto pudieron los expedicionarios conocer que eran guerrilleros.

Cuando se hallaron como a unos cinco minutos de Adzaneta vieron surgir a un lado del camino algunos hombres que les daban la voz de ¡alto!

Era una avanzada de la guerrilla de Roméu, pues el "Hijo" reconoció en aquellos hombres a algunos de sus compañeros.

—¿Dónde está el comandante?—preguntó Luis.

—Creo que se halla comiendo en su alojamiento —contestó uno de aquellos hombres saludando militarmente a Roca.

—Vamos allá—dijo éste.

Y la pequeña partida, en unión de algunos individuos de la avanzada, siguió adelante, llegando a los pocos instantes a la entrada de Adzaneta.

Todos los grupos de guerrilleros miraban con in-

terés a los cuatro hombres y como preguntándose: "¿De dónde vendrán éstos?"

Luis, llevado de su instinto observador, notó muy pronto en el pueblo algunos detalles que denotaban un casi reciente combate.

En las paredes y ventanas de las casas veíanse huellas de numerosos balazos, y algunas puertas estaban destrozadas por los golpes de hacha.

—¿Ha sido buena la jornada?—preguntó Luis a uno de los guerrilleros que se le habían incorporado, al mismo tiempo que le señalaba los destrozos causados en las casas.

—¡Oh!—contestó aquél—. Sí, señor; ha sido notable. Los franceses se resistían y eran mayores en número que nosotros, pero no les valió su tenacidad y tuvieron que escapar los que no quedaron aquí. Mire usted—continuó después de una breve pausa—. En el cementerio se han hecho dos fosas profundas, y sólo apretándolos bien es como se han podido enterrar tantos cadáveres como había. Además, tenemos el corral de la posada, que es muy grande, todo lleno de prisioneros. Pocos golpes hemos dado como éste.

—Y nosotros—murmuró el "Padre" con ira al oír esto—caminando por los montes sin hacer nada. ¡Voto a...! ¡Y no hallarme yo aquí!

Y el gigante se mordía la diestra para desahogar su furor.

A los pocos instantes, Luis desmontaba junto al portón de la casa que habitaba Roméu y que era un edificio de piedra de regulares dimensiones con cierto aspecto señorial.

Aquella casa servía de posada a Adzaneta.

Luis atravesó el portal, en el que se hallaban algunos guerrilleros con el arma al brazo.

En último término se veía la puerta que daba al corral, y en éste una confusa aglomeración de hombres que vestían uniformes tan diversos como vistosos y en cuyos rostros se notaba la tristeza y la vergüenza. Eran los prisioneros franceses.

Roca, sin detenerse, subió la escalera de piedra de

la casa y entró en una habitación del primer piso.

En derredor de una gran mesa se encontraban sentados Roméu y cinco hombres más, que eran los principales de la guerrilla.

El heroico saguntino, apenas vió entrar a su amigo Luis, se levantó para abrazarle estrechamente. Después lo hizo sentar a su lado.

Inútil será que digamos que Roméu dirigió mil preguntas a su amigo sobre el estado de su errante familia.

Luis hizo una relación detallada de todo lo ocurrido en los días que él y la "Santísima Trinidad" habían estado ausentes de la guerrilla. Roméu, con el mayor interés, escuchaba las palabras de su amigo, y en su rostro se retrataban las encontradas impresiones que éstas le producían.

Cuando Roca le relató lo ocurrido en Jarafuel, el guerrillero no pudo menos de lanzar algunas exclamaciones de ira.

—¡Cobardes!—dijo cuando Luis terminó su relación—. Han hecho fuego sobre mi esposa y dos niños inocentes; eso no es caballeresco ni digno de guerreros civilizados. Pero Dios es justo, y mientras vosotros sufríais allá la cruel persecución de los franceses, yo aquí los derrotaba y los hacía huir dejando un buen número de cadáveres en las calles de Adzaneta.

—Has conseguido un triunfo glorioso.

—No puedes figurarte qué hombres son los nuestros. Estos hombres que aquí ves—dijo señalando a los guerrilleros que estaban a su lado—son héroes capaces de conquistar un mundo.

Aquellos cinco hombres, que eran toscos hijos del campo, se sonrieron como para expresar su agradecimiento por tales palabras.

—Cuando nos acercamos a Adzaneta—continuó Roméu—los franceses no habían advertido nuestra presencia. ¡Qué lucha tan corta y tan sangrienta! Las descargas de fusilería se sucedían sin interrupción. Los nuestros, navaja en mano o a la bayoneta, cargaron

sobre los franceses que estaban en las calles. Después, la batalla fué en el interior de las casas. De las ventanas caían cadáveres, y por bajo de algunas puertas salía la sangre hasta formar charcos. Pero todo concluyó: los franceses, derrotados, han tenido que escapar, y hoy tengo más de cien prisioneros que canjearles por algunos patriotas que los enemigos tienen en su poder.

Roméu dijo esto con el acento propio del que está satisfecho de su triunfo. Por algunos instantes permaneció silencioso, pero de pronto preguntó a uno de los guerrilleros:

—¿Qué se ha hecho del polaco?

—Estará en el corral con sus compañeros—contestó el preguntado—. Creo que se halla ya bastante repuesto de su caída.

—José, ¿quién es ese polaco?—dijo Luis.

—Un valiente—contestó Roméu—. Un héroe, al que hay que respetar aunque sea un enemigo. Es un teniente del regimiento de lanceros polaco que marcha con el ejército de Suchet. De seguro que si le hubieras visto durante el combate hendir con su caballo nuestras filas y dar sablazos a diestro y siniestro no hubieras podido menos de sentir por él una oculta simpatía. Es un brazo de hierro que siembra la muerte a su alrededor, un valiente digno de ser español.

—Quisiera conocerle.

—Luego lo verás. Yo deseo también hablar con él detenidamente. Le diremos que venga a comer con nosotros.

Después de decir estas palabras, Roméu se dirigió a sus subordinados y les dijo así:

—Es preciso que hoy mismo abandonemos Adzaneta. Las tropas de Albaida tendrán ya conocimiento de todo lo que ha sucedido aquí, y no tardará mucho en venir sobre nosotros una fuerte división, a la que no podemos resistir. Dad órdenes de que todos estén preparados a media tarde para la marcha.

—Está bien, don José—dijo el que antes había hablado.

—Que den de comer a los prisioneros, pues no es justo que sufran necesidades estando en poder de los españoles, que siempre han sido hidalgos y protectores con el vencido. No olvidéis tampoco de decirle al teniente polaco que suba a comer con nosotros.

Los cinco guerrilleros, después de esto, saludaron a los dos comandantes de la guerrilla y salieron de la estancia.

Cuando Roméu y Roca se encontraron solos, el primero dijo a su amigo:

—Esto va como nunca podía yo imaginarme. Mis planes se cumplen, y no parece sino que el ángel de la patria nos ayuda en nuestra empresa. Derrotamos a los franceses, y creo que así sucederá siempre hasta que logremos arrojarlos del territorio.

—Limpiaremos la nación de invasores.

—O moriremos en el campo de batalla, Luis.

* * *

Media hora después Roméu y Roca se hallaban comiendo en la misma habitación.

Entre los dos se encontraba sentado un hombre que, a juzgar por su uniforme, era el teniente de lanceros polaco del que antes había hablado el comandante de la guerrilla.

Era un joven de regular estatura y de aspecto fino y elegante, que no parecía propio de su bélica profesión.

Su rostro tenía impresa esa expresión de nobleza propia de las almas grandes, y en sus ojos tranquilos y azules se reflejaba un alma pura, al par que un carácter indomable.

Era rubio; llevaba el cabello cortado al rape, y su labio superior estaba cubierto por un poblado bigote, cuyas guías eran bastante largas.

Su cuerpo era ágil y nervioso, y conocíase que sus músculos no eran de aquellos que, como si fueran de hierro, empujaban sin conmoverse, sino de acero que se cimbrea al producir fuerza.

Aquel hombre, que tenía en sus ojos la expresión

triste del vencido, comía silencioso, y sólo de vez en cuando, en español incorrecto, contestaba a las preguntas que le dirigían los guerrilleros.

Roméu le contemplaba con interés, esforzándose para que encontrara agradable aquella entrevista.

Cuando terminaron la frugal comida, Luis, con el deseo de que el polaco rompiera aquel silencio en que se envolvía, le dijo así:

—Lo que no puedo comprender es cómo ustedes, que no son franceses, se baten y mueren defendiendo una bandera que no es suya y atacando un pueblo que nada les ha hecho.

—¡Oh!, señor—contestó el polaco después de algunos instantes de silencio—. Nosotros nos batimos por egoísmo; seguimos al grande hombre, al gigantesco emperador que algún día libertará a nuestra patria. Yo no odio a los españoles. Ellos luchan por la independencia de su territorio y nosotros también.

—¿Ama usted mucho a Polonia?—le preguntó Roméu.

El extranjero, por toda contestación, elevó los ojos con expresión mística, y luego añadió:

—Yo me he batido entre los guadañeros polacos a las órdenes del gran Kosciuszko y guardo en mi cuerpo las señales de las balas rusas.

—Ha hecho usted por su patria lo que nosotros por España.

—Sí, pero nosotros hemos sido vencidos por los moscovitas, y vosotros, ¡ah!, vosotros me convenzo cada vez más de que haréis trabajar mucho a los ejércitos del emperador.

—¿Y no se conmueve usted al ver en España a un invasor lo mismo que los rusos lo fueron en Polonia?

—¡Ah, señor! Yo amo a España, y no creáis que esto lo digo porque soy vuestro prisionero. El hijo del Norte, que pasa gran parte del año entre nieves y hielos y se ve siempre cubierto por un cielo obscuro y brumoso, no puede menos de amar a este país, todo luz y color, y donde la Naturaleza ha derramado pródiga sus más hermosas tintas sobre el cielo y la cam-

piña. Amo además a los españoles, porque son valientes...

—Y, sin embargo, os batís con ellos—interrumpió Roca.

—Es porque por encima de todo esto—contestó el polaco—amo a mi Polonia. Yo deseo que sea libre e independiente; que vuelva a recobrar su antiguo poderío. El emperador se encargará de esto.

—Tiene usted grandes esperanzas, a juzgar por la entonación con que lo dice.

—Tengo completa confianza en que Napoleón cumplirá su palabra. El nos ha prometido arrancarle a Rusia la Polonia para dárnosla, y no podrá menos de cumplir la promesa. Nosotros, en cambio, seguimos sus banderas y nos batimos como leones. Los mejores soldados del ejército francés somos nosotros los polacos, y polacos han sido también los que mayores proezas han llevado a cabo sitiando a Zaragoza.

—Sí, sois valientes—contestó Roméu—, pero estáis sirviendo de instrumento a un hombre que considera a todos los seres humanos como autómatas, y sabe excitar los sentimientos de unos y halagar las malas pasiones de otros para que le sirvan. Ese hombre lo que quiere es conquistar para él y sus amigos, y por lo tanto, mal os podrá dar esa independencia que anheláis.

—Permitidme que no os crea, señor. Muchas veces se tiene confianza en una persona sin saber por qué, y a mí y a todos nuestros compatriotas nos sucede esto con el emperador.

—Sois digno de respeto por vuestra fe.

—Lo mismo que vosotros os batís por un rey que adoráis, por Fernando VII, que desde Bayona, donde está prisionero, se os burla y se sonríe cada vez que Bonaparte le dice que vuestras guerrillas son partidas de bandidos.

Al escuchar esto, los dos guerrilleros quedaron silenciosos y como reflexionando sobre tales palabras.

—Que cada cual crea lo que quiera—dijo por fin Roméu—. Y si volvemos a tropezarnos en el cam-

po de batalla, luchemos, ya que lo ordena así nuestro destino. Somos patriotas de diversas procedencias, y por lo tanto, buenos hijos de nuestra nación. Usted combate a los españoles por libertar a Polonia, y nosotros estamos en el monte para morir antes que la bandera nacional sea arrollada y acabe para siempre la patria. Nosotros somos igualmente tres hombres honrados que sacrifican su vida por la patria. Teniente, ¡viva Polonia!

—¡Viva España!, señores—contestó el polaco a la ardiente exclamación de Roméu.

Y aquellos tres hombres que, a encontrarse solos antes de la sorpresa de Adzaneta, se hubieran dado de sablazos, se estrecharon ahora las manos con afecto, como si fueran hermanos.

XII

Plan de campaña.

Aquella misma tarde salió la guerrilla de Adzaneta.

Luis, al verla formada, notó que su número había aumentado bastante.

Constaba ya de más de ochocientos hombres, y entre éstos se contaban más de cien jinetes.

Nada tan irregular como la marcha de aquel pequeño ejército.

Allí no había formación. Los de caballería andaban mezclados con los infantes, y el que hacía las veces de oficial se tuteaba con sus subordinados, e iba junto a ellos dándoles cariñosas palmadas en la espalda.

Luis iba junto a Roméu casi al frente de la guerrilla.

Este, montado a caballo, con el tricornio echado sobre la frente y embozado en la gran capa con borlaje de seda, tenía ese aspecto majestuoso que los artistas dan siempre a las estatuas o retratos de los ilustres guerreros.

Aquella figura marcial y gallarda se destacaba de toda la guerrilla.

Los soldados de Roméu le contemplaban con cariño rayano en la veneración.

El valiente guerrillero estaba pensativo y llevaba inclinada la cabeza sobre el pecho, como si no pudiera resistir el peso de las mil ideas que dentro de ella se agitaban.

Iba pensando en su plan de organización de guerrillas que llenaran todo el territorio ocupado por los franceses.

Una parte de su plan le había salido ya perfectamente.

En Benigamin, Beniatjar, Castellón del Duque, Montichelvo, Terrateig, Ráfol de Salem, Puebla del Duque, Bélgida, Ollería y Benisoda se habían levantado numerosas guerrillas, a las órdenes de hombres valerosos y expertos en el conocimiento del terreno, que tenían en continuo jaque a las tropas francesas.

Toda la parte Sur de la provincia estaba ya levantada en armas contra los franceses, gracias a los esfuerzos de Roméu.

Este deseaba hacer otro tanto por distintas partes del reino de Valencia, para que los invasores se encontraran envueltos de guerrillas que, semejantes a una nube de avispas, les acosaran sin darles tiempo para la defensa.

Con este objeto dirigió su guerrilla hacia el Norte de la provincia.

Por la parte de Albaida y demás pueblos cercanos a la región alicantina ya no le quedaba nada que hacer.

En aquella parte la simiente patriótica estaba arrojada sobre el terreno, y ella iría fructificando poco a poco.

La marcha de Roméu y su guerrilla por la provincia fué una empresa llena de aventuras y peligros.

Los generales de las divisiones que tenían noticias de su marcha tomaron posiciones en diversos puntos para cortarle el paso; pero él logró burlarles y pasó adelante hasta llegar a la provincia de Cuenca.

Allí se situó en Alatoz, pueblo de la partida de San Clemente.

La guerrilla de Roméu se engrosó notablemente en aquel punto.

De varios pueblos de la provincia llegaron pelotones de labriegos para incorporarse a la partida, y además ingresaron en ésta algunos centenares de soldados dispersos en las acciones en que fueron derrotados nuestros generales de profesión.

Así que se encontró Roméu en Alatoz y vió el gran número de hombres que acudía a ponerse bajo sus órdenes, comenzó a practicar su idea.

Para exponer al lector cuál era ésta, transcribiremos lo que dice uno de los historiadores del eminente guerrillero al llegar a este punto:

"Así que se encontró Roméu en Alatoz, principió a dar un nuevo impulso a sus vastos planes.

"Estos, según se colige del copiador de los oficios, órdenes y demás que comunicaba, y de las disposiciones de los que le rodearon en aquel entonces, tenían por objeto la reunión, en primer lugar, de los dispersos, ya del ejército activo, ya de las milicias y también la de los solteros; dividirlos en pequeñas secciones al mando de jefes instruídos, de buena conducta y de conocido valor que los disciplinasen y enseñaran el arte de la guerra en la misma guerra de guerrillas que debían hacer a los franceses.

"Regimentar la mayor parte de ellas según fueran adquiriendo plazas, y formar una división que fuera el terror de los enemigos, era la segunda parte, o sea el fin principal de aquellos planes."

Tales eran los propósitos de Roméu, que pensaba poner en práctica cuanto antes.

No permaneció mucho tiempo inactivo en Alatoz.

El desarrollo rápido que adquiría la guerrilla de Roméu y los trabajos de éste conmovían aquella parte de territorio, hasta el punto de que llegara a apercibirse Suchet desde Valencia.

Esto suponía un inmediato ataque, y aquel pequeño ejército español, apercibido del movimiento de los franceses, se puso a la defensiva.

Los invasores no se hicieron esperar.

Suchet destacó al coronel Maupoint con una brigada compuesta del cuarto batallón de cazadores napolitanos, del regimiento 11.º de línea y de algunos escuadrones del 16.º de húsares.

El coronel francés marchaba hacia Alatoz con la tranquilidad y la indiferencia propias del que va en busca de un triunfo, por lo fácil, sin gloria.

Aquel veterano recién llegado a España y acostumbrado a las terribles batallas libradas contra los mejores ejércitos del mundo, creía empresa casi deshonrosa el derrotar a una aglomeración de hombres sin uniforme ni disciplina. De este modo calificaba a la guerrilla.

Cuando se halló en las cercanías de Alatoz, sus ideas cambiaron bastante.

Aquellos que él había creído hombres tan sin valor y serenidad como indisciplinados, eran verdaderos soldados que se batían como el más viejo granadero de la guardia imperial.

Roméu había colocado a la entrada de Alatoz, a la parte del camino por donde venían los franceses, una gran barricada formada con carros, piedras y muebles, y tras ella había puesto a los mejores tiradores de la guerrilla. Entre ellos se encontraba la "Santísima Trinidad".

A ambos lados del camino y a alguna distancia del pueblo, Roméu había emboscado el resto de la guerrilla, incluso la sección de jinetes que mandaba él mismo.

La brigada francesa fué acercándose a Alatoz con alguna lentitud.

Maupoint inspeccionaba el pueblo antes de entrar en él. Al ver la gran barricada, por encima de la cual asomaba la colosal cabeza del "Padre" y los extremos de los fusiles de sus compañeros, no pudo menos de sonreirse.

—Esto está deshecho en un momento—se dijo.

Y dió la orden de avanzar a sus tropas.

Todas cargaron sobre la barricada. Resonó una espantosa descarga que hicieron los españoles, y que

produjo a los franceses un buen número de bajas.

Los cazadores napolitanos llegaron al pie de la barricada y pretendieron trepar por ella; pero desde dentro les dirigían certeros tiros que hacían rodar por el suelo a los más avanzados.

En los intervalos de silencio entre descarga y descarga, se oía la voz de Maupoint que animaba a sus tropas; pero todo era en vano, y por más ataques y asaltos que intentaban, la barricada seguía siendo inexpugnable.

De pronto se notó en la brigada alguna confusión, y sonaron descargas a espaldas de aquélla. Era Roméu y los suyos, que salían de su emboscada.

El choque fué corto, pero decisivo.

Roméu, al frente de sus cien jinetes, cargó sobre los franceses, y fué tal el empuje y tales los sablazos que dieron, que los húsares empezaron a desbandarse.

La infantería de la guerrilla envolvió al 11.º de línea y a los cazadores napolitanos, cargando sobre ellos a la bayoneta; y los de la barricada, que aguardaban tal momento, saltaron fuera de ésta para caer también sobre los franceses.

Estos intentaron resistirse; vióse a Maupoint blandir furioso su espada, pero la defensa se hizo ya imposible, y tuvieron que declararse en completa derrota, dispersándose para huir por los campos los que no quedaron prisioneros de los españoles.

La victoria de Roméu fué completa. Sobre el campo de batalla quedaron un sinnúmero de fusiles y sables a más de bastantes cadáveres.

Luis Roca, que había atacado al frente de los infantes, estaba verdaderamente satisfecho del triunfo, pues aquélla era la primera ocasión en que se batía en la guerrilla contra los franceses.

Roméu parecía ya acostumbrado a estos triunfos, así es que después de la acción se dedicó tranquilamente a poner en práctica sus planes y a organizar la guerrilla.

La noticia de aquella victoria llegó hasta Valencia y puso fuera de sí al mariscal Suchet.

Lleno de furor mandó que arrestaran a Maupoint, y ordenó al general Paris que fuera en busca de aquella partida de "brigants" (que así calificaba él a los guerrilleros).

El general Paris marchó también sobre Alatoz con una brigada mucho más numerosa que la anterior.

Pero esto no impidió que sufriera la misma suerte que Maupoint.

La guerrilla cayó desde las alturas que rodean a Alatoz sobre la brigada francesa, y, semejante a la pesada maza que tritura, deshizo aquel pequeño ejército, obligando a los imperiales a retirarse a la desbandada, dejando sobre el campo de combate un buen número de muertos y heridos.

No permaneció mucho tiempo Roméu en Alatoz.

Todos los hombres de aquella región capaces de tomar las armas se habían ya alistado en su guerrilla, y por lo tanto necesitaba sentar sus reales en otro punto donde pudiera reclutar más gente.

Algunos días después de la derrota del general Paris, Roméu y su guerrilla salieron de Alatoz, emprendiendo la marcha hacia Cofrentes.

El invierno se encontraba ya próximo a terminar, y el caudillo deseaba acometer empresas más arriesgadas durante la cercana primavera que todas las que había llevado a cabo hasta entonces.

Cofrentes estaba guarnecido en aquella época solamente por un batallón de cazadores.

Al saber el comandante la proximidad de Roméu, no quiso aguardarle, y evacuó inmediatamente el pueblo.

La guerrilla se posesionó de Cofrentes, y allí estableció el caudillo saguntino su cuartel general.

Cuando revistó sus tropas, pudo ver que mandaba una guerrilla de más de dos mil hombres.

FIN DEL TOMO PRIMERO

LEA USTED

EL LIBRO POLITICO

que publica

HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

original del eximio escritor

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

obra magna en que aparecen descritos por la pluma mágica del gran novelista los episodios en que el pueblo español luchó el siglo pasado por la conquista de su libertad

EJMEPLAR: 1,50 PTAS.

PEDIDOS:

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERIA
FERRAZ, 21. - MADRID

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

¡POR LA PATRIA!

(ROMEU EL GUERRILLERO)

TOMO SEGUNDO

EDITORIAL COSMÓPOLIS

APARTADO 3.030

MADRID

Imp. Zoila Aseasíbar. Martín de los Heros, 65.—MADRID

XIII

Un mensaje.

A los pocos días de encontrarse Roméu en Cofrentes, una mañana montó a caballo, y seguido de la "Santísima Trinidad" salió del pueblo internándose en el valle y siguió caminando con dirección a las montañas.

Creemos que ya habrá adivinado el lector que Roméu se dirigía al oculto lugar donde estaban su mujer y sus hijos.

Gran parte del día estuvieron caminando por montañas y hondonadas, hasta que por fin llegaron a una mezquina ermita, en cuya puerta se veían sentados dos niños que jugaban con un perro.

—¡José! ¡José!—gritó desde dentro de la ermita una mujer.

Y al momento se vió salir de aquélla a la esposa de Roméu, que corrió para abrazar a su esposo.

—¡María mía!—dijo el guerrillero estrechando sobre su pecho a aquella mujer que le contemplaba con cariñosa atención.

Los niños, en tanto, habían corrido a abrazarse a las rodillas de su padre. Era hermoso el aspecto que presentaba aquel grupo unido por los lazos del amor.

La "Santísima Trinidad" se había reunido con el ermitaño y los dos criados de Roméu, que habían salido también del ermitorio al notar la llegada de éste.

El guerrillero llevó a su mujer hasta un banco que estaba junto a la puerta del pequeño edificio, y allí se sentaron ambos, teniendo los dos niños a sus pies.

Los esposos entablaron un apasionado diálogo, propio de dos seres que se adoran y que no han logrado verse en mucho tiempo.

Roméu se condolía de las penalidades que sufría su esposa al seguir una vida tan errante; pero ésta, como siempre, contestaba recordando las tristezas de la patria y lo necesario que era el que todos salieran a su defensa.

Verdadera mujer espartana, la esposa de Roméu no se doblegaba ante la debilidad propia del organismo de su sexo, ni desfallecía ante las contrariedades que la suerte le deparaba.

Si un punto el dolor físico la atormentaba y parecía querer acabar con sus fuerzas, su espíritu varonil se sobreponía al sufrimiento y lo soportaba con resignación, sin que jamás llegase a abatir sus fuerzas.

Si sus sentimientos de cariñosa madre y esposa apenaban su corazón hasta el punto de hacer asomar a sus ojos las lágrimas, pronto sabía desvanecer éstas y ahogar sus zozobras en el pensamiento de la misión de su querido esposo, en la independencia de la patria, sentimiento más poderoso entonces para ella que cualquiera otro, el cual prestábale alientos para mostrarse fuerte, valerosa y heroica ante toda suerte de contrariedades, aun las más dolorosas y terribles.

En este sentido se expresaba María, y tenía su lenguaje esa elocuencia que podríamos llamar salvaje, más convincente, más conmovedora que todas las elocuencias, por ser la más natural y, por tanto, la más verdadera.

El heroico guerrillero sentía enardecerse su ánimo y acrecentarse su patriotismo al escuchar aquellas palabras; que siempre la mujer es la fuerza que mejor puede impulsar al hombre a lanzarse en las circunstancias más azarosas.

Los dos esposos pasaron de los asuntos de la patria a forjar esperanzas para el porvenir, y Roméu hizo ver a su compañera que no tardaría en llegar la época feliz en que, libre ya España de invasores, podrían ellos retirarse a Sagunto y allí gozar de las delicias de una vida tranquila que endulzaría aún más el agradecimiento y la veneración que todos sentirían

por el hombre que había expuesto su vida en defensa de la nación.

Doña María escuchaba con arrobamiento aquellas palabras llenas de esperanza que le dirigía su esposo.

¡Cuán feliz se sentía en aquel momento!

Las fatigas y las penalidades, las marchas sobre la nieve, la persecución encarnizada de los enemigos, las noches pasadas a la intemperie, los peligros futuros, que no serían pocos, todo lo olvidaba en aquel momento mirando a su José, a su querido José, que hablando demostraba la grandeza de su alma y la energía de su carácter.

En aquellos instantes la buena señora recordaba el día en que conoció a Roméu, y se lo decía a éste.

¡Qué tiempo aquél! A pesar de que habían transcurrido pocos años, éstos habían sido tan azarosos que se deslizaron con la pesadez de siglos, por lo que doña María, al recordar tal época, se creía separada de ella por un inmenso intervalo de tiempo.

A pesar de esto, aún le parecía encontrarse en un domingo junto a la romana arcada de la iglesia de San Pedro, de Sagunto, a la salida de misa, y teniendo ante sí la gallarda figura de Roméu vestido con la mayor elegancia y dirigiéndole miradas de amor.

¡Cuán feliz había sido con aquel hombre en los pocos años anteriores al principio de la guerra!

Cada vez amaba más a su esposo; sentía por él una especie de veneración, y de aquí que estrechara con cariño aquella mano fina y aristocrática como la de una dama que, empuñando el sable, guiaba a la victoria a los españoles.

El guerrillero de vez en cuando acariciaba las sedosas cabelleras de sus hijos, que le contemplaban con el asombro y alegría propios de los niños que sólo de tarde en tarde ven a un individuo de su familia.

Los dos esposos siguieron por mucho tiempo entregados a su amorosa plática.

En tanto, el ermitaño y los dos criados habían preparado la comida.

Roméu experimentó una gran alegría al comer

con su familia, cosa que no había hecho en mucho tiempo.

Terminada aquélla, los dos esposos reanudaron su conversación.

Doña María expuso a su marido el propósito de vivir juntos en Cofrentes el tiempo que permaneciera la guerrilla en este pueblo, pero tuvo que desistir; pues Roméu le expuso lo incierta que era su permanencia en tal punto, pues de un momento a otro tendría que evacuarlo para hacer correrías por otras partes de la provincia.

La amante esposa se convenció de las dificultades que se oponían a la realización de su proyecto, pero sólo pudo acceder a la separación después que Roméu prometió el volver siempre que pudiera a la ermita.

Cuando el sol iba ya desapareciendo en Occidente entre rojos celajes, el guerrillero montó a caballo después de abrazar repetidas veces a su esposa y a los hijos.

La "Santísima Trinidad" rodeó a su comandante, e inmediatamente la pequeña partida emprendió la marcha.

Los que quedaban en la ermita siguieron con la vista a aquel grupo, que rápidamente se alejaba.

De vez en cuando Roméu volvía la cabeza para saludar a su esposa, que le contestaba agitando su pañuelo.

Al poco rato la partida se perdió en las quebraduras de las montañas.

El guerrillero espoleaba su caballo a cada momento, pues deseaba llegar a Cofrentes cuanto antes.

Jamás había dejado abandonada su guerrilla una hora, y por esto sentía en aquella ocasión impaciencia por incorporarse a ella.

La luz del día fué extinguiéndose en el horizonte, y las sombras comenzaron a invadir el espacio.

Media hora después había cerrado la noche, y la pequeña partida caminaba en la obscuridad.

El silencio era absoluto; ni el menor ruido venía a turbar la calma de la Naturaleza dormida.

Las pisadas del caballo resonaban en el suelo y se extendían con el eco. Los tres guerrilleros caminaban con el paso gimnástico de costumbre, y sus pies, al tocar el suelo, no producían el menor ruido.

La noche era obscura, pero a pesar de esto, en el espacio brillaban miriadas de estrellas.

El cielo parecía un gran lienzo negro y apolillado, por cuyos agujeros se transparentaba una remota luz.

De vez en cuando escuchábase el murmullo de un arroyo al despeñarse monte abajo, o los ladridos del perro de algún pastor que encerraba sus ganados en una cueva cercana.

Roméu, con la cabeza erguida, contemplaba distraído el titilar de las estrellas, mientras pensaba en sus numerosos asuntos.

Los tres guerrilleros llevaban la cabeza baja; ni la menor palabra se cruzaba entre ellos, y parecían fantasmas siguiendo a algún paladín mediévico para recordarle pasados sucesos.

La pequeña partida subió muchas pendientes, atravesó llanuras, vadeó algunos arroyos, y, por fin, a las nueve y media, llegó a Cofrentes.

Nada notó Roméu que le hiciera sospechar ninguna novedad.

Los centinelas avanzados de la guerrilla, envueltos en sus mantas y con el fusil bajo el brazo, vigilaban al pie de los árboles a alguna distancia del pueblo.

Roméu dióse a conocer y pasó adelante.

Cuando entraron en el pueblo, cuyas calles estaban obscuras y casi desiertas, Roméu, al entrar en una estrecha callejuela por la que se atajaba para llegar a la calle Mayor, vió surgir de la sombra un hombre, al que inmediatamente reconoció.

Era uno de los individuos más respetables de la guerrilla, y a quien Roméu había conferido el empleo de capitán.

—¡Buenas noches, mi comandante!—dijo con esa voz queda, tan propia en los labriegos siempre que hablan en la obscuridad.

—¡Hola, Andrés!—contestó Roméu—. ¿Qué ha ocurrido por aquí durante mi ausencia?

—Hemos recibido la visita de un capitán francés.

—¡Un francés! ¿Y qué es lo que quiere?

—Por más que hemos hecho, no lo ha dicho. En un español casi incomprensible nos ha manifestado que quería hablar con usted solo y que trae un mensaje de sus jefes, que únicamente usted puede leer.

—¿Dónde está ese capitán?

—En el alojamiento de usted. Le he tenido que encerrar allí, porque nuestra gente se alborotaba al verle el uniforme y oír sus palabras, y poco ha faltado para que alguno le ensartara con la bayoneta.

—¿Está solo en mi casa?

—No; hace media hora he visto a don Luis, que ha pasado casi todo el día cazando por los alrededores de Cofrentes, y al saber que en el alojamiento estaba el francés, se ha ido a verle.

—Vamos, pues, hacia allí.

Roméu, al decir esto, espoleó su caballo y siguió adelante, llegando al poco rato a la calle Mayor. Andrés marchaba a su lado.

—¿No sabes cómo se llama ese francés?—preguntó de pronto el primero a su subordinado.

—Me parece que su nombre es Jacomet.

El comandante quedóse pensativo y murmuró:

—¡Jacomet! ¡Jacomet! ¿Dónde he oído yo este nombre?

El pequeño grupo llegó por fin a la puerta de la casa que habitaba Roméu. Era la casa del cura.

Cuando hicieron sonar el pesado aldabón de la puerta, ésta se abrió inmediatamente y apareció el cura con un gran velón en la mano y seguido de su vieja ama de llaves.

Los dos ancianos tenían en sus rostros una expresión de terror.

El cura, apenas vió a Roméu corrió a él, y, mientras éste desmontaba, exclamó con voz trémula:

—¿Es usted, don José? ¡Cuánto me alegro!... Suba usted inmediatamente; se están matando allá arriba...;

aquello parece un infierno. ¡Qué de sablazos y juramentos!

—Pero ¿qué ocurre?—preguntó Roméu con extrañeza.

—Don Luis y el capitán francés, que riñen a sablazos en el piso de arriba.

Roméu, al escuchar esto, quedóse un breve instante como pensativo:

—¡Ya lo comprendo todo!—exclamó de pronto—. ¡Jacomet! ¡Aquel Jacomet de que tantas veces me ha hablado! Por eso el tal nombre me era conocido. ¡Arriba! Vamos arriba y evitemos el que se maten.

Y Roméu entró en la casa y comenzó a subir la escalera. Detrás iba el cura, todo tembloroso y alumbrando con el velón, y últimamente Andrés, la "Trinidad" y el ama de llaves.

Al llegar al primer piso, el comandante vió la puerta de la sala cerrada.

Dentro de ella sonaba el metálico chocar de los sables, y de vez en cuando algún juramento en español o en francés.

Roméu dió un tremendo puñetazo en la puerta y gritó:

—¡Abrid, o va la puerta abajo! ¡Basta de riña!

Por un momento cesó el chocar de los sables; pero después volvió a reproducirse y continuó la lucha.

—¡Vive Dios!—dijo Roméu—. Que son testarudos. Conozco a Roca y sé que será capaz de estarse batiendo hasta mañana si no le matan o hace caer a su adversario. No abrirán y habrá que tomar una resolución extrema.

El comandante todavía dudó algunos instantes; pero viendo que la lucha se prolongaba demasiado, volvióse a los que le seguían y, fijando la vista en el "Padre", le dijo:

—A ver, tú; acércate.

El gigante avanzó hasta colocarse junto a su jefe, y éste le dijo así:

—Derriba esa puerta, pero pronto.

El colosal guerrillero descolgó su trabuco del hom-

bro izquierdo, lo empuñó levantándolo en alto, y a guisa de ariete dió con él dos fuertes golpes sobre la puerta que estremecieron todo el edificio.

Las maderas crujieron, la pared se conmovió y la cerradura saltó en pedazos, al par que algunos de los goznes.

La puerta se abrió, quedando pendiente sólo del gozne superior.

Roméu inmediatamente se introdujo en la habitación.

Esta presentaba el aspecto propio de la escena que en ella se estaba desarrollando.

Las sillas aparecían tendidas en el suelo; las cortinas estaban rotas por las cuchilladas, y la mesa, volcada en el suelo, tenía sus patas hacia arriba.

Un gran tintero que sobre ella había se rompió al caer, y la tinta corría sobre el pavimento formando mil regueros y salpicando las paredes al sentir la presión de los pies de los combatientes.

Los libros que el cura tenía también sobre la mesa figuraban igualmente en el suelo, espanzurrados algunos de ellos por los azares de la lucha.

Toda la habitación presentaba, en fin, un desorden espantoso.

A pesar de que la puerta se abrió, los dos enemigos siguieron batiéndose.

Luis y Jacomet tenían los rostros lívidos, los ojos centelleantes y desencajados, la boca contraída por un gesto de rabia y la frente inundada de sudor.

Con incansable brazo manejaban sus sables, dando y parando golpes sin cesar, encogiéndose, saltando y haciendo uso de todos los ardides para alcanzarse. Tan pronto se batían en un rincón como en el centro de la estancia.

Una lamparilla que colgaba ante un crucifijo, en un ángulo de la habitación, alumbraba con su débil luz a los dos combatientes.

El velón, que mucho antes lucía en la habitación, había ido también a estrellarse contra el pavimento en unión del tintero.

Roméu, así que entró en la habitación, desenvainó su sable y se arrojó sobre los dos combatientes, teniendo que dar algunos golpes de plano para separarles.

Luis, al reconocer a su amigo y jefe, bajó el brazo y se retiró a un rincón. Jacomet, al recibir dos cintarazos que le propinó Roméu, volvióse furioso a éste y levantó el brazo para herirle; pero aquel hombre tenía una expresión tal de superioridad, que se sintió intimidado, y bajando igualmente el sable se retiró a otro extremo de la estancia.

El guerrillero los contempló algunos instantes con mirada fija, y por fin dijo así:

—No creía a nadie capaz de faltarme al respeto batiéndose durante mi ausencia en mi propia habitación.

Hubo unos instantes de pausa y ninguno de los dos contendientes dijo nada.

En vista de esto, el guerrillero miró a su amigo y preguntó:

—¿Qué ha sido esto, Luis?

Roca levantó la cabeza, fijó una mirada en el francés y luego con voz ronca dijo a su amigo:

—José, ¿no sabes quién es ese hombre?

—Sí, el capitán Jacomet.

—¿Y no recuerdas lo que mil veces te he dicho de él? Es el cobarde, es el infame de quien tantas cosas malas te he contado.

Jacomet, al oír ésto, levantó la cabeza y fijó sus extraños ojos en Luis.

—Mírame, canalla—continuó éste—, que siempre te daré tales epítetos en reciprocidad a tu villanía.

—Luis—gritó entonces Roméu—. Este hombre, según creo, es un parlamentario que nuestros enemigos nos envían.

—¡Es un cobarde!—dijo Luis, presa de su intemperancia.

—Es un hombre a quien debemos respetar por la misión que aquí le trae. ¿Qué hubieran dicho nuestros enemigos a haberle tú muerto en este lugar? Nos hubieran llamado asesinos.

—Habré obrado mal, Roméu; me habré conducido con sobrada ligereza; seré todo lo que tú quieras; pero yo no puedo ver a ese hombre sin sentir inmediatamente tentaciones de hundirle mi sable en el pecho. Y, ¡vive Cristo!, que así lo haré tan pronto como halle ocasión.

Después de decir esto Roca, reinó un largo intervalo de silencio.

Por fin Roméu se volvió al capitán Jacomet y le dijo:

—Caballero; según me han dicho, ¿tiene usted algo que decirme.

—Sí, señor—contestó el francés—; traigo un pliego para ¿vos, de parte de mis jefes.

—Aguardad.

Y al decir esto, el comandante ordenó a los que desde la puerta habían contemplado la escena que pusieran en orden los muebles de la sala.

Cuando la mesa fué puesta en su verdadera posición y las sillas estuvieron alineadas junto a la pared, el guerrillero dijo a los que estaban en la puerta:

—Retírense ustedes.

Luego continuó, dirigiéndose a su amigo:

—Luis, márchate tú también; estás muy excitado y no es ésa la mejor situación para tratar asuntos graves.

Roca salió igualmente de la habitación, y entonces Roméu dió una silla a Jacomet y se sentó junto a la mesa.

—¿Qué es lo que le trae a usted por aquí?—preguntó.

—Soy Gustavo Jacomet, capitán de Infantería de línea, caballero de la Legión de Honor y comandante del puesto militar de Buñol. Mis superiores me han entregado un pliego para ¿vos, que traigo aquí.

Y Jacomet, al decir esto, se desabrochó su casaca y sacó del pecho un pequeño pliego lacrado.

—Además—añadió—me trae otra misión también.

—Dígala usted y dejemos el pliego para después.

—En vuestro poder tenéis un buen número de franceses, y como yo tengo en mi puesto de Buñol bastan-

tes prisioneros españoles, vengo a proponeros un canje.

—No me parece mala la proposición de usted. ¿Cuántos españoles tiene usted en su poder?

—Unos doscientos.

—Poco más o menos igual número que yo de franceses. Mañana se hará el canje, si usted quiere.

—¿En dónde?

—A la caída de la tarde llevaremos nuestros prisioneros a Dos Aguas, y allí efectuaremos el cambio.

—Aceptado por mi parte. ¿Tiene usted entre los franceses algunos oficiales?

—Muy pocos. Casi todos son soldados procedentes de las acciones de Adzaneta y Alatoz. Pero... pasemos a la lectura del mensaje.

Y diciendo esto, Roméu cogió el pliego que había quedado sobre la mesa. Cuando lo desdobló vió que tenía el sello de la Comandancia general de Valencia.

El guerrillero púsose a leerlo, y conforme sus ojos se iban paseando por aquellas líneas escritas en mal castellano, se marcaba en su rostro, ora un gesto de indignación, ora una sonrisa de desprecio.

"Al comandante de guerrillas españolas don José Roméu.

La mayor parte de la nobleza de España y de sus grandes ha abrazado ya los intereses de Francia; no es, pues, de esperar que vos, persona de tanto valimiento, sigáis confundiéndoos con cuatro fanáticos, a quienes muy pronto dispersarán las bayonetas francesas.

No seáis, pues, sencillo; abandonad el mando de esa gavilla de vándalos y presentaos al mariscal Suchet, en quien encontraréis asilo y buena recompensa.

Debéis persuadiros de que la nación española no tiene ya otro remedio que servir a su emperador.

En nombre, pues, del mariscal del Imperio os ofrezco todas las consideraciones de vuestro rango y toda la protección que necesitéis si regresáis a vuestro hogar.

Valencia, 2 de abril de 1812.—El general Mazzuchelli, Barón del Imperio."

Cuando Roméu terminó la lectura, arrugó el pliego entre las manos, que se agitaban con nervioso estremecimiento, y fijando su mirada en Jacomet, le dijo:

—Caballero, ¿sabe usted lo que dice el pliego?

—No he podido leerlo—contestó el francés—. Pero perfectamente me imagino todo cuanto en él se dice. Indudablemente, el barón Mazzuchelli os da buenos consejos y os dice que reconozcáis al rey José I.

—Ha acertado usted. ¿Y qué haría usted si le presentaran tales proposiciones?

—Aceptaría, y creo que vos debéis hacer lo mismo. La causa de los españoles está perdida, y no tardará mucho el día en que no quede ni un solo patriota con las armas en la mano.

—Basta, capitán. Es usted tan miserable como todos sus compatriotas.

Jacomet, al oír estas palabras, que fueron dichas con voz enérgica, bajó la cabeza como intimidado.

La mirada avasalladora y fija de Roméu le causaba mucha impresión.

—Usted querrá una respuesta para sus jefes—continuó diciendo el comandante.

—Sí, señor. El barón Mazzuchelli la espera con impaciencia para saber vuestro modo de pensar.

—Vais a tenerla al momento.

Y el comandante, diciendo esto, se levantó y salió de la estancia.

Jacomet no estuvo solo mucho rato, pues a los pocos instantes volvió Roméu con un tintero y una cartera de badana, de la que sacó un pliego sellado, de los que usaba para dar cuenta de sus operaciones a los generales españoles.

Roméu se sentó, cogió una pluma de encima de la mesa y se puso a escribir.

El ruido de la pluma al correr sobre el papel era lo único que interrumpía el silencio que reinaba en la habitación.

El rostro de Roméu estaba tranquilo, y por más

esfuerzos que hacía Jacomet, no podía adivinar el estado de ánimo del guerrillero.

Cuando el comandante terminó de escribir, dejó la pluma sobre la mesa, pasóse la mano por la frente y dijo así:

—No quiero cerrar la carta sin que se entere usted de ella antes, y oyendo su contenido se convenza de lo difícil que será el volver a visitarme en clase de embajador. Oiga usted.

Y Roméu, con voz tranquila, leyó lo siguiente:

"Cofrentes, 8 de abril de 1812.

Al general Mazzuchelli, barón del Imperio.

Jamas daré oídos a las palabras de los enemigos de la Patria.

Mucho me complaceréis no enviándome más mensajeros, pues podía sentir deseos de fusilarlos al escuchar sus viles proposiciones.

Sabed para siempre que mientras quede un palmo de terreno libre en España, lo defenderé como buen patriota y fiel súbdito de mi augusto monarca el señor don Fernando VII, y la suerte de mi Patria será siempre la mía.

José Roméu."

Jacomet no supo qué decir al oír la contestación, y solamente dirigió a Roméu una de aquellas miradas insolentes e irónicas que reservaba para las grandes ocasiones.

El guerrillero no pudo verla, ocupado como estaba en doblar el pliego y cerrarlo.

Cuando lo tuvo cerrado lo entregó a Jacomet, que lo guardó en el pecho como el anterior.

—¿Es ésta vuestra resolución?—preguntó.

—Yo jamás titubeo ni deshago lo que he dicho.

—Entonces partiré ahora mismo para que vuestra contestación llegue cuanto antes a Valencia. Tengo mi caballo en una casa de las afueras.

—Haga usted lo que guste.

—En cuanto al canje de que antes hemos hablado...

—Mañana, a la hora convenida, enviaré los prisioneros a Dos Aguas con uno de mis jefes.

—Está muy bien. Yo haré lo mismo.

Jacomet, después de esto, se levantó, recogiendo su chacó, que con la lucha de antes había ido a rodar hasta un rincón de la estancia.

Luego saludó al comandante y abandonó la habitación.

Cuando bajaba la escalera se encontró con Luis y la "Trinidad".

Los dos enemigos cruzaron una mirada de odio.

—Hasta la vista—dijo Luis—, y da gracias a que Roméu está arriba.

—En Buñol estoy—contestó Jacomet—. Ven a buscarme cuando quieras.

El francés pasó adelante, comprendiendo que no se hallaba muy seguro entre aquellos hombres.

Especialmente el "Padre" le dirigía unas miradas feroces y acariciaba con cariño su trabuco.

Cuando Jacomet salió de la casa, Luis murmuraba:

—¡Ha dicho que está en Buñol! Sin duda lo habrán destinado para comandante de aquel puesto. Esto me tranquiliza, pues Amalia se verá libre de la proximidad de ese miserable.

Y luego se decía con voz trémula:

—¿Qué será de Amalia?

* * *

Al día siguiente se verificó en Dos Aguas, como se había convenido, el canje de los prisioneros.

El teniente polaco, que había sido hecho prisionero en Adzaneta, volvió a los suyos en compañía de unos doscientos franceses.

En cambio entraron a formar parte de la guerrilla de Roméu otros tantos españoles, todos ellos gente decidida, que ardían en deseos de pelear por la Patria y vengarse de los malos tratos que les habían inferido los franceses.

XIV

La tela de Penélope

Roméu comprendía que después de su contestación a la carta del barón de Mazzuchelli no tardarían en caer sobre él todas las fuerzas francesas.

El ejército regular español, a las órdenes de los generales O'Donnell y Bessacourt, estaba operando en la provincia de Alicante, así es que la gran guerrilla de Roméu y las demás partidas auxiliares eran las únicas fuerzas que osaban resistir a los franceses en el centro de la provincia.

La posición que ocupaba el guerrillero saguntino en Cofrentes era muy expuesta. Por todas partes estaba rodeado de acantonamientos enemigos, que por un movimiento combinado podían caer sobre él al mismo tiempo.

Su situación era semejante a la del cabo que avanza en un mar tormentoso. La guerrilla era una prolongación del ejército español que se internaba en un territorio cuajado de enemigos.

A causa de esta mala situación, Roméu se dispuso a salir cuanto antes de Cofrentes para ocupar otro punto mejor.

Al día siguiente del en que se verificó el canje de prisioneros, marchó a la ermita en que se hallaba alojada su familia.

Después que dió un beso a sus hijos, abrazó a su esposa y la prometió volver a verla cuanto antes, volvió a Cofrentes e inmediatamente dió orden de partir.

Roméu dirigió la marcha hacia Alatoz, pueblo que por su situación topográfica le ofrecía más ventajas que ninguno.

Su plan era aguardar allí a los franceses, obligándoles a que se alejaran mucho de sus acantonamientos y se encontraran en un terreno que no les fuera tan conocido como el centro de la provincia de Valencia, y una vez allí derrotarlos y perseguirlos por aquel

país que, por lo quebrado, ofrecía más ventajas a su guerrilla.

Las otras pequeñas partidas que él había organizado y que estaban bajo el mando de hombres valientes y conocedores del país, entre los cuales se encontraba su gran amigo don Isidro Galcerá, siguieron pululando por el interior de la provincia, emboscándose unas veces, refugiándose otras en las más abruptas montañas, y apareciendo de vez en cuando para apoderarse de los convoyes o picar la retaguardia a las columnas en marcha.

Así que la guerrilla se estableció en Alatoz, Roméu se dedicó a instruir a sus tropas y a hacer de aquella turba de labriegos soldados tan expertos y aguerridos como los franceses.

Además de esto hizo algunas correrías por las inmediaciones, y en todas ellas fué formando guerrillas que quedaron ocupando diferentes puntos de la provincia.

Las fuerzas de Roméu eran cada vez más numerosas.

Sin contar las muchas partidas sueltas, el núcleo de la guerrilla estaba compuesto de dos escuadrones de Caballería de sobrado número de plazas, y de un grueso de Infantería, cuyos individuos tenían una uniformidad relativa en armamento y completa en cuanto a instrucción.

La guerrilla estaba compuesta ahora en su mayor parte de viejos soldados, pues en derredor de Roméu habían venido a agruparse todos los dispersos de las derrotadas divisiones españolas, desde oficiales de alguna graduación hasta simples soldados.

Las antiguas fuerzas de Roméu, aquellos sencillos y valientes labriegos, que, pocos en número, acudieron algunos meses antes a formar la guerrilla, se confundían ahora y casi desaparecían entre aquellos soldados que vestían uniforme y usaban un armamento superior.

Roméu, cuando contemplaba su pequeño ejército en los días de marcha, se sentía lleno de satisfacción.

Aquello era lo que él había soñado tiempo antes, cuando andaba de Valencia a Sagunto y de Sagunto a Alicante, buscando patriotas que le ayudaran a poner en práctica sus nobles proyectos.

Ahora, al verse jefe de aquella división, compuesta de hombres que por su valor y su fe valían más que los más aguerridos soldados, se sentía con fuerza para acometer las empresas más arriesgadas y soñaba en que, pasado algún tiempo, podría entrar por el reino de Valencia hasta llegar a la capital y arrojar de ella a los franceses.

A los pocos días de hallarse en Alatoz, una mañana le avisaron en su alojamiento que acababa de llegar al pueblo un capitán de caballería española que era portador de un pliego del general don Luis de Bessacourt.

Roméu operaba bajo las órdenes de este valiente general, y su guerrilla estaba como adherida al ejército que aquél mandaba.

Por esto mismo nada le extrañó la orden, y mandó que inmediatamente llevasen a su presencia al capitán.

Cuando éste se halló frente a Roméu, le entregó un gran pliego sellado que el guerrillero leyó rápidamente.

Luis, que estaba a su lado, notó que su amigo palidecía y que su rostro tomaba una marcada expresión de desaliento.

—¿Qué te sucede?—le preguntó.

—Toma y lee.

Roca leyó el pliego. Era una orden que Bessacourt daba a Roméu para que, sin pérdida de tiempo, le enviara todos los dispersos que tenía en su guerrilla, a fin de que se incorporaran al ejército.

Los dos guerrilleros habían quedado mudos de sorpresa al conocer el contenido de la orden.

La conducta de Bessacourt era incalificable. Iba a arrancar a Roméu las fuerzas que tenía, justamente cuando más ocupado estaba en prepararlas para empresas de gran renombre.

Actos como aquellos eran muy comunes en la guerra de la Independencia. El espíritu militar cortaba frecuentemente el impulso salvador de los patriotas, y los generales de profesión, que se encargaban de perder las batallas, sacrificaban a los caudillos de la montaña, a los héroes jamás vencidos.

Roméu, desde que leyó la orden, había quedado silencioso y con la cabeza baja.

Luis, que sentía igual desaliento, le dijo por fin:

—¿Qué es lo que piensas hacer?

—¿Qué quieres que haga?—contestó el héroe—. Don Luis de Bessacourt es mi general, y yo, como militar, le debo la más estricta obediencia.

Luego continuó, dirigiéndose al capitán que había sido portador del pliego:

—¿Es usted el encargado de llevarse las fuerzas?

—Sí, mi comandante. El general me ha dicho que cuanto antes las incorpore al ejército.

—Está bien. Hoy mismo saldrá usted con ellas de Alatoz. Diga usted de mi parte a mis ayudantes que ordenen la marcha a todos los dispersos.

El capitán, al oír esta orden, saludó, saliendo después de la habitación.

Cuando Roméu y Roca quedaron solos, se miraron con tristes ojos.

—La fatalidad empieza a perseguirnos, José—dijo el segundo—. Ahora que necesitamos más que nunca las tropas, y que van a caer sobre nosotros las divisiones francesas, nos vamos a ver casi solos. ¡Esto es inaguantable!

—No hay más que conformarse, Luis—contestó Roméu—. Lo que a nosotros nos parece desaciertos de los generales, son tal vez medidas salvadoras llevadas a cabo en bien de la patria. ¿Quién sabe si esos mismos soldados que ahora nos quitan los necesitará Bessacourt para alguna expedición en que castigará grandemente a los franceses?

—No te forjes ilusiones para alegrar un tanto tu desalentado espíritu. Bessacourt, al darnos tal orden, sólo ha tenido la mira de impedir nuestro crecimien-

to. A esos generales de uniforme dorado les estorban mucho los triunfos que alcance un paisano como tú.

—Basta, Luis; no permito que en mi presencia pronuncies palabras tan ofensivas para nuestro general. Es mi jefe, y como a tal le respeto y le amo, además de que todo cuando soy se lo debo a él.

—¡A él!—exclamó Luis con ironía.

Y después dijo en voz baja:

—Siempre el mismo. Este hombre tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

Después de esto no se cruzaron más palabras entre los dos amigos, que permanecieron dos horas sentados frente a frente y entregados a sus pensamientos.

En tanto, en las calles del pueblo se notaba un gran movimiento.

Las cornetas tocaban llamadas en las esquinas y se veía a los infantes que salían de las casas arreglándose el capote y el chacó y echándose el fusil al hombro; a los jinetes, llevando de las bridas a los caballos, que andaban perezosamente como si presintieran una próxima jornada.

Todos se dirigían a la plaza del pueblo, en la que se alzaba la casa que servía de alojamiento a Roméu.

Los que acudían a la llamada eran los milicianos dispersos que reclamaba Bessacourt.

Los paisanos pertenecientes a la guerrilla, sentados en los guardacantones o formando corrillos en las calles, contemplaban con interés a los que hasta entonces habían sido sus compañeros, y a los cuales tal vez no volverían a ver jamás.

Los soldados fueron formando lentamente en la plaza, y por un buen rato no escucharon más que las voces de mando de los oficiales.

Los jinetes, erguidos junto a la cabeza de sus caballos, sólo aguardaban la orden para montar.

En aquellos rostros tostados y curtidos por las inclemencias de la naturaleza se notaba la misma expresión de dolor. Todos sentían alejarse de aquellos compañeros y de aquel jefe que tantas veces les había conducido a la victoria.

Además, la vida de la guerrilla, con su libertad y su existencia errante, les era más grata que la regularizada y monótona de un gran ejército.

Cuando aquella pequeña división estuvo ya formada en la plaza del pueblo, el capitán que debía encargarse de conducirla al ejército de Bessacourt subió a la habitación que ocupaba Roméu.

Este y su amigo Luis se encontraban todavía en la misma situación en que antes los hemos visto.

—Mi comandante—dijo el capitán así que entró en la habitación—. Las fuerzas están listas para partir.

—¿Están en la plaza?

—Sí, mi comandante.

—Voy a verlas por última vez.

Y Roméu, diciendo esto, se levantó de su asiento y fué a asomarse al único balcón que tenía la estancia.

Cuando Roméu, después de abrir las pesadas vidrieras, se asomó, escuchóse en la plaza un confuso pero insistente rumor.

Los soldados saludaban con murmullos de tristeza al comandante que veían por última vez.

El heroico guerrillero estaba conmovido.

Su rostro tenía cada vez un tinte más pálido; sus ojos tenían la brillantez propia del que siente opresión en el pecho y no puede llorar, y de vez en cuando su cuerpo se agitaba con un ligero estremecimiento.

Detrás de él se habían asomado Luis y el capitán, que contemplaban con enternecimiento aquella escena.

Roméu se pasó la mano por la sudorosa frente, y con voz trémula al principio, pero después fuerte y atronadora, dijo así:

—Amigos míos, poco tiempo hemos estado juntos; pero a pesar de esto, nos hemos cubierto de gloria derrotando a los franceses en tantas ocasiones como han estado al alcance de nuestras bayonetas.

El comandante se detuvo un momento. En este intervalo los soldados hacían gestos afirmativos, como si quisieran convencer a algún ser invisible de las palabras de su jefe.

—Ahora—continuó Roméu—vamos a separarnos. Vais a servir bajo las órdenes de un militar ilustre, de un valiente general que seguramente os conducirá a la victoria con más facilidad y frecuencia que yo.

Los de la plaza nada dijeron; pero en sus rostros se notó que dudaban de las últimas palabras.

—Allí, como aquí, lucharéis por la misma causa, por la santa independencia de la patria. Antes de partir, el que ha sido vuestro amigo o vuestro hermano antes que vuestro jefe, sólo os pide una cosa. Sed siempre valientes, portaos como buenos españoles que prefieren morir antes que ser siervos de un invasor, y de vez en cuando acordaos de este guerrillero que jamás os dejará en olvido.

Al llegar a este punto no fué posible continuar. Mocetones robustos que empuñaban el pesado fusil como una paja, lloraban como muchachos, y los oficiales volvían la cabeza para que no se vieran las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Roméu se sintió también conmovido. Su voz se enronqueció, sus piernas flaquearon y tuvo que apoyarse en el brazo de Luis, a quien también le faltaba poco para llorar.

A pesar de esto, el comandante volvió a incorporarse, y como aquel que resume en una frase todo lo que pensaba hacer materia de una larga arenga, gritó:

—¡Soldados de la patria! ¡Viva España!

En la plaza estalló un viva extraño. Un viva compuesto de voces temblorosas por la emoción y roncas por el dolor.

Parecía, más que una exclamación, un quejido.

El capitán, que hacía esfuerzos por conservarse sereno, saludó a Roméu, y después salió corriendo de la habitación para bajar a la plaza.

Las cornetas dieron la señal para la marcha, y las tropas se formaron en columna.

Momentos después la cabeza de la pequeña división salía de la plaza.

Todos los soldados, al pasar por bajo del balcón que ocupaba Roméu, le dirigían una tierna mirada de

despedida, y muchos le saludaban agitando sus manos.

Era brillante el espectáculo que presentaba aquella columna compuesta de más de mil quinientos hombres.

Es verdad que iban destrozados y haraposos, que sus capotes estaban sucios y remendados, que tenían los chacós abollados y los zapatos llenos de agujeros; pero, a pesar de esto, aquellos hombres tenían el talante propio de los valientes y audaces, y mirándolos se sentía confianza suficiente para acometer las más arriesgadas empresas.

Roméu y Roca, al verles marchar, consideraban todo esto, y su pena era cada vez mayor.

—¡Qué gran pérdida sufrimos!—decía Luis a su amigo con amarga entonación.

—Es un golpe terrible—contestaba éste—, del que tardaremos mucho en reponernos.

—Nos hemos quedado casi solos. ¿Cuánta gente nos queda?

—Algunos centenares de hombres.

—Es muy triste esto. Educar soldados al gusto propio, para que sigan fielmente las órdenes de uno, y ahora que se los lleve otro.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Empezar otra vez el reclutamiento por los pueblos de la provincia.

—Trabajaremos otra vez para otro. La tela de Penélope: tejer y destejer.

—¿Y qué quieres que hagamos?

En tanto, la columna salía de Alatoz y se alejaba por los montes.

XV

Un encuentro inesperado

Roméu, que a su heroico valor reunía una voluntad de hierro y una constancia a toda prueba, no experimentó por mucho tiempo el desaliento que le produjo la considerable merma que sufrió su guerrilla, y

lleno de fe emprendió inmediatamente la reconstitución de ésta.

Escribió cartas a los alcaldes y curas párrocos de todos los pueblos, rogándoles que hicieran propaganda patriótica y le enviaran a su guerrilla todos los hombres que pudieran, y él al mismo tiempo hizo correrías por todos los puntos de la provincia de Valencia, sembrando siempre el germen de la rebelión contra los invasores.

El valiente saguntino ya no marchaba como otras veces al frente de una aguerrida columna por los caminos reales, sin inquietarse de la proximidad de numerosas divisiones francesas, y buscándolas más bien para derrotarlas.

Después de la separación de las tropas de Alatoz, Roméu hizo el recuento de las fuerzas que le quedaban y encontró que la guerrilla no alcanzaba al número de cuatrocientos hombres.

Como el guerrillero tenía que hacer una expedición arriesgada, al momento formó su plan de campaña.

Ahora tenía que marchar ocultándose en las montañas; tenía que esquivar los encuentros con los franceses, y muchas veces deslizarse entre los acantonamientos sin que lo notaran las fuerzas imperiales.

Una expedición de tal clase no podía hacerse con mucha gente.

Roméu comprendía que una correría por un país tan infestado de enemigos sólo podía hacerse de dos modos: mandando una división numerosa que permitiera el presentar una batalla todos los días, o seguido de una pequeña partida, que, en caso de necesidad, pudiera esconderse en el interior de una cueva o en los riscos de una cumbre.

Hacer una expedición de tal clase con trescientos o cuatrocientos hombres, era buscar la derrota o la muerte.

Conociendo todo esto Roméu, dividió el resto de su guerrilla en pequeñas partidas, al frente de las cuales puso a los cinco o seis patriotas que le servían de ayudantes y que eran los hombres de su confianza.

El guerrillero se reservó el mando de un destacamento de ochenta hombres, que eran sin duda los más aguerridos y valientes. De los ochenta, veinte eran jinetes.

En Alatoz se verificó la separación de las partidas.

Roméu marcó a los jefes de cada una de éstas las zonas en donde podían operar y el punto de reunión, caso de que recibieran aviso para ello.

Después entró en la provincia de Valencia y comenzó una serie de marchas y contramarchas para evitar el encuentro con los franceses o visitar los pueblos en que sabía que podía causar efecto su propaganda patriótica.

En algunos puntos se avistó con las pequeñas partidas, que desde el principio de la campaña operaban solas, aunque dependientes siempre de sus órdenes.

Muchos esfuerzos tuvo que hacer Roméu, y entre ellos grandes alardes de elocuencia, para atajar un mal que había comenzado a desarrollarse entre los heroicos guerrilleros.

Los comandantes de las partidas, por cuestiones mezquinas y miras personales, se encontraban bastante enemistados, y preferían más atacar a los franceses solos y exponiéndose a una derrota, que llevar a cabo movimientos de combinación.

Roméu procuraba deshacer aquellas enemistades y lo logró por el momento.

El intrépido guerrrillero siguió adelante sin desanimarse, pues los resultados de su expedición no podían ser mejores.

En todas las comarcas que visitaba se formaban pequeñas guerrillas que él reuniría en una sola al menor aviso.

A los once días de vagar por la provincia, Roméu se encontró en las cercanías de Buñol y combinó un plan que rápidamente puso en ejecución.

El capitán Jacomet, que, como ya sabemos, estaba de jefe del puesto militar de dicha población, era el terror de los pueblos cercanos, por los brutales y san-

grientos atropellos que había llevado a cabo en el camino de Requena algunos días antes.

Roméu, cuando escuchó el relato de tan salvajes actos, se estremeció de rabia y juró que algún día castigaría a aquel miserable.

Cuando se encontró cerca de Buñol se propuso aprovechar la ocasión y atacar las tropas de su enemigo.

Por una confidencia supo que en las Ventas de Buñol había alojados unos doscientos hombres y que tal vez se encontraba en aquel punto Jacomet, que acostumbraba a quedarse muchas noches en aquel lugar avanzado para evitar una sorpresa.

A la caída de la tarde, Roméu, acompañado de Roca y seguido de sus ochenta hombres, se encaminó hacia las Ventas.

La noche no tardó mucho en cerrar. Era muy obscura; los nubarrones monstruosos y negros, que empujados por un fuerte viento corrían velozmente por el cielo, anunciaban una próxima tempestad.

De vez en cuando, allá en el último límite del horizonte, se empapaba el negro espacio con la fugitiva y rojiza luz de los relámpagos.

A los pocos momentos comenzaron a caer del cielo gruesas gotas, que por fin se transformaron en continuos raudales de agua.

La tempestad fué cada vez en aumento.

Los árboles agitaban sus cabelleras de hojas, gimiendo como si se quejaran del viento que pretendía arrancárselas, y los truenos se sucedían sin interrupción.

Los guerrilleros, arrebujados en sus mantas, caminaban sin cesar, como desafiando a la tempestad que, con el furor del viento y de la lluvia, les azotaba las espaldas.

Los caballos bajaban la cabeza como para esquivar la ira del temporal, y parecían caminar con la resignación del que ya está acostumbrado a tal clase de jornadas.

La "Santísima Trinidad" iba delante de la guerrilla. El "Hijo" servía de guía.

La partida no marchaba por caminos frecuentados, sino que subía y bajaba las desigualdades de los atajos y las veredas, que siempre eran las vías que empleaban aquel puñado de valientes.

Los guerrilleros apenas si distinguían más allá de dos o tres metros del punto que ocupaban.

A pesar de esto, el "Hijo" cumplía su misión de guía con la mayor seguridad.

Luis contemplaba a aquel hombre extraño y le decía a Roméu:

—A ése lo mismo le da que sea de día que de noche. Si estuviera ciego caminaría con la misma seguridad. Yo creo que no le hacen falta los ojos mientras tenga buen olfato.

A los pocos instantes el "Hijo" volvióse hacia el comandante y dijo así:

—Ya estamos cerca de las Ventas.

—¿Cuánto nos falta para llegar?

—Ni cinco minutos. Cuando estemos en la cumbre de esa montaña, tendremos las Ventas a nuestros pies.

—Entonces bueno será que ésos se preparen.

—Voy, pues, a avisarlos, mi comandante.

El "Hijo" se quedó atrás y fué advirtiendo a todos los guerrilleros que no tardarían a entrar en combate.

La partida siguió adelante. Cuando estuvo en la cumbre de la montaña, Roméu miró abajo y nada vió. En la hondonada reinaba la obscuridad más absoluta.

—Allí abajo están—exclamó el "Hijo" señalando un punto en la obscuridad.

La guerrilla siguió adelante y empezó a descender por la pendiente.

La tempestad iba cada vez en aumento.

Aquella larga hilera de hombres silenciosos, unos a pie, otros a caballo, que bajaba serpenteando por una tortuosa senda, parecía una larga procesión de seres fantásticos y sobrenaturales, nacidos al influjo del brutal beso que la tempestad daba a la tierra, y que debían desvanecerse con la primera luz del día.

Cuando la guerilla bajó toda la montaña y se encontró en el hondo, Roméu percibió en la obscuridad, aunque bastante indefinidos, el camino, que parecía en la sombra una blanca cinta, y algunos caserones, cuyas siluetas casi se perdían en aquel horizonte negro.

—Todos estarán dormidos menos los centinelas —dijo el "Hijo", que marchaba junto a Roméu.

—Es muy pronto—contestó éste.

—¡Bah!, a las nueve de la noche, con tempestad, todo el mundo está acostado en las Ventas. El baile va a empezar; preparemos el arma.

El guerrillero descolgó su fusil del hombro.

Casi todos sus compañeros le habían imitado. Los infantes llevaban ya el dedo en el gatillo de sus carabinas y trabucos, y los jinetes tenían desnudos sus sables.

Roméu y Roca desenvainaron sus espadas, y después, clavando las espuelas en los ijares de sus caballos, se lanzaron al galope con dirección a las ventas.

Toda la guerrilla les siguió.

Oyéronse voces de alto dadas en francés y un horroroso estampido.

Era el "Padre" que acababa de descargar su trabuco sobre dos centinelas franceses.

Tras aquello vino una escena imposible de describir.

Se abrieron las puertas de las casas y salieron a la carretera algunos franceses que hicieron fuego con sus fusiles.

Los guerrilleros les contestaron con una terrible descarga. A la luz de los fogonazos veíase a los imperiales despavoridos y con las ropas en desorden, como el que ha sido sorprendido en el lecho.

Los centinelas franceses y los que habían salido de las casas se defendían amparándose en los quicios de las puertas.

Aquellas ventanas se habían abierto, y desde ellas se hacía fuego a ciegas, sin reconocer amigos ni enemigos.

La lucha se entablaba ya cuerpo a cuerpo. Los ji-

netes de la guerrilla cargaban sobre los franceses que estaban en la carretera, y en la obscuridad se veían brillar los sables, cuyos movimientos eran siempre acompañados de un grito de dolor, de un juramento o de una maldición.

Muchos franceses saltaban por las ventanas de la parte posterior de las casas, y a través de los campos corrían despavoridos hacia Buñol.

La sorpresa había sido completa, y los españoles, cuyo número no podía conocerse en la obscuridad, hacían una carnicería espantosa en su senemigos. Cada vez era mayor el número de los que rodaban por el suelo.

A pesar de esto aumentaban los franceses en la carretera, pues eran bastantes los valientes que, buscando una muerte cierta, salían a luchar con aquel enemigo desconocido.

Roméu, unas veces seguido de sus jinetes y otras separado de ellos, cargaba sobre los enemigos, y su sable se agitaba de continuo en el espacio sembrando la muerte.

El héroe no dirigía su caballo hacia ningún francés sin que éste cayera a los pocos instantes bajo el impulso de su brazo.

Dos o tres disparos le hicieron a quemarropa, pero éstos tan solo chamuscaron su uniforme y enardecieron más su ánimo.

Luis, en tanto, combatía también como un héroe.

Por algún tiempo estuvo al lado de Roméu, y cargó sobre los grupos contra los cuales se dirigía éste; pero de pronto oyó algo que le hizo detenerse y poner el oído atento.

En el intervalo de una a otra descarga llegó hasta él una voz que le era conocida, la cual daba órdenes en francés.

Aquélla era la voz de Jacomet.

Conocerla Luis y lanzarse al punto donde había sonado, fué todo obra de un instante.

A la luz de los fogonazos vió al frente de un grupo de franceses, a los que animaba, a Jacomet con la ca-

beza descubierta, el uniforme en desorden y agitando furiosamente su espada.

Luis lanzó su caballo hacia el grupo y cayó sobre éste con la violencia de una tempestad.

De unos cuantos sablazos dispersó el grupo, y después se encontró frente a Jacomet.

El joven tiró una fuerte cuchillada al francés, pero éste la paró rápidamente, y contestó a Luis con otra que fué a dar sobre la cabeza del caballo.

En la lucha, Jacomet se esquivaba de los ataques del español con mucha facilidad, por ir éste a caballo.

Roca lo comprendió así, y haciendo atrás su corcel, desmontó de un salto.

Inmediatamente marchó sobre su enemigo, y la lucha volvió a entablarse.

Los sables de los dos volteaban sin cesar y chocaban produciendo un estridente sonido, o dejando en la obscuridad estelas de blanco resplandor.

La escena que presentaban las Ventas de Buñol era verdaderamente terrible.

Abajo descargas, sangre, gritos de muerte, chocar de sables y espantosas maldiciones; arriba nubes, relámpagos y truenos y completa obscuridad.

La lucha entre Jacomet y Roca se iba haciendo cada vez más encarnizada.

Los dos estaban casi solos en aquella parte de las Ventas, pues los franceses, cejando ante el empuje de los españoles, se iban ya retirando hacia Buñol.

Hubo un momento en que el capitán francés hizo atrás y lanzó un ligero grito de dolor.

Roca acababa de herirle en el brazo derecho. Conociendo la ventaja que llevaba sobre su contrario, redobló sus ataques, e hizo caer sobre éste una verdadera lluvia de cuchilladas que Jacomet apenas si podía parar con su sable, que empezaba a manejar muy torpemente el brazo herido.

El capitán se veía ya perdido, y esperaba de un momento a otro recibir el golpe de gracia.

Miraba con desesperación a su alrededor, y con una serenidad impropia del momento, pensaba cuál

sería el mejor medio para salvarse. No tardó en dar con él.

Muy cerca tenía la puerta de la casa de donde había salido algún tiempo antes. Aquélla estaba abierta.

Luis vió que de pronto el capitán le volvía la espalda, y de un salto entraba en la casa y empujaba la puerta para cerrar.

Instintivamente y sin darse cuenta de lo que hacía, Luis se arrojó sobre la puerta, y entonces se entabló esa lucha que tiene lugar siempre que uno pugna por cerrar y otro por abrir.

Jacomet hacía grandes esfuerzos empujando por dentro; pero, por fin, Roca pudo más, y consiguió abrir la puerta lo suficiente para introducir su cuerpo dentro de la casa.

Entonces el francés abandonó aquel sitio, y Luis oyó el ruido que producían sus botas al subir por la escalera.

El guerrillero buscó en la obscuridad, y encontrando el arranque de la escalera, comenzó a ascender por ésta con gran temeridad.

No conocía la casa, ni sabía adónde le conducirían aquellos peldaños; pero él seguía adelante, envuelto en la más profunda obscuridad.

Por fin, llegó a un rellano y encontró una puerta que atravesó, entrando en un largo corredor.

—¿Dónde estás, miserable?—gritó entonces—. ¡Sal, canalla, que aquí te aguardo!

El eco de las desiertas habitaciones respondió a Roca con un confuso murmullo, pero nada más.

De pronto, Roca vió marcarse en el suelo una gran raya de luz, y escuchó el rumor de pasos que se acercaban.

El guerrillero empuñó con más fuerza el sable, y además, sacó del cinto una pistola que amartilló.

Abrióse una puerta del corredor y en ella aparecieron dos mujeres y un hombre.

Eran un viejo, una vieja y una hermosísima joven.

El hombre al ver a Roca casi se arrodilló, y dijo con suplicante voz:

—Señor; nosotros somos españoles, salvadnos la vida.

Roca se acercó más al grupo, porque dudaba de lo que veían sus ojos.

Aquellas tres personas eran don Lesmes, el escribano; Rita y su adorada Amalia.

XVI

La muerte del polaco.

Si grande fué la sorpresa de Roca al reconocer a aquellas tres personas, no fué menos la de éstas al verle.

Don Lesmes púsose a temblar, pues creyó que el joven iba "in continenti" a vengarse de la oposición que siempre le había hecho.

Y tanto lo creía así, que se quedó muy sorprendido cuando Luis se acercó a él, y dándole la mano, le preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Ustedes aquí?

—Sí; íbamos de viaje y esta noche nos hemos visto obligados a quedarnos en este sitio. ¡Qué rato tan malo hemos pasado! ¿Qué hacían ahí abajo? Parecía que el cielo se derrumbaba, o que se acababa el mundo. ¡Qué de tiros y de gritos! ¡Oh! ¡La guerra! ¡La guerra!...

Y el escribano se puso a hacer consideraciones sobre los horrores de la guerra. El miedo hacía filosofar a aquel gólilla desalmado.

Roca no le atendía y únicamente sabía mirar a Amalia, que también le contemplaba con amorosos ojos.

Luis estaba abstraído contemplando a aquella mujer que a todas horas llenaba su pensamiento, y a la que tan de repente veía después de largos meses de ausencia.

Pero de pronto recordó una cosa que le hizo salir de su abstracción.

—Y ese miserable, ¿dónde está?—preguntó.

—¿Quién? ¿El capitán Jacomet?—contestó el escribano—. Sin duda huyendo de ti se ha arrojado al corral por una de las ventanas.

—Voy a verlo.

Y Luis tomó la luz que Rita llevaba en la mano y registró todas las habitaciones, sin que encontrara a nadie en ellas.

Una de las ventanas que daban al corral estaba abierta, por lo que Roca creyó que indudablemente el francés se había escapado por aquel sitio.

El guerrillero volvió a reunirse con Amalia y su padre.

El rumor del combate se había ya amortiguado, y conocíase que sólo alguno que otro francés se defendía de los guerrilleros.

Roca deseaba hablar con su amada, saber el porqué de hallarse en aquel sitio y qué le había sucedido durante su ausencia; pero pensó que el deber le llamaba abajo, y que tal vez Roméu, terminado ya el combate, habría notado su ausencia y estaría inquieto por ella.

—Aguárdense ustedes aquí—dijo a don Lesmes—. Yo subo dentro de un instante. Voy a ver qué ha sido de mis compañeros.

Y sin aguardar contestación volvió a bajar por aquella obscura escalera. Cuando salió al camino notó que la lluvia había arreciado.

Sus pies tropezaron con cuerpos inanimados, y a sus oídos llegaron los lamentos de algunos heridos que se revolcaban en los charcos de sangre y de agua formados junto a la puertas.

Los guerrilleros volvían hacia las Ventas, después de perseguir a los franceses hasta cerca de Buñol.

Roca se dirigió hacia ellos, y a los pocos momentos estuvo al lado de Roméu, que le estrechaba la mano diciéndole:

—¡Victoria completa! Los franceses han sufrido una buena derrota.

—Y tan buena; casi todos los que están en el suelo son franceses muertos o heridos.

—¿Qué has hecho tú en el combate?

—Me he batido con Jacomet.

—¿Estaba aquí Jacomet?

—Sí, apenas le he visto me he olvidado de todo para arrojarme sobre él.

—¿Y cuál ha sido el resultado de vuestra lucha?

—He herido a Jacomet en un brazo, pero ha logrado escaparse entrando en una casa y saltando por una ventana que da al campo.

—Ese tuno tiene muy buena suerte.

—Pues aún no sabes lo mejor del suceso. Cuando he entrado en la casa buscando al francés, he encontrado..., ¿a que no adivinas a quién?

—¡Qué sé yo!

—A Amalia y su padre.

—A tu novia, ¿no es eso?

—Sí; ya podrás, por la sorpresa que has experimentado, imaginarte la mía.

—Pero, ¿qué hacen aquí?

—No he podido hablar con ellos más que algunas palabras; mas, según lo que me ha dicho don Lesmes, iban de viaje y han tenido que pernoctar en las Ventas.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—¡Oh! Yo quiero que Amalia no vaya por esos mundos expuesta a mil peligros. En la ciudad yo no podía mandar en ella, y tenía que amoldarme a las exigencias y prohibiciones de su padre; pero aquí que estamos en el campo, aquí que nosotros somos los amos, yo quiero que ellos nos sigan y que mi amada no esté cerca de un francés que la persiga con perversas intenciones.

—Pero, desgraciado, ¿estás loco? ¿Quieres tú que Amalia y su padre sigan a la guerrilla en sus penosas marchas?

—No, no es eso lo que yo quiero proponerte. Tú tienes a tu esposa y tus hijos en aquella ermita del valle de Cofrentes; pues bien, allí podrá estar Amalia y los suyos.

—No tengo inconveniente alguno.

—¿Cuándo salimos de aquí?

—Ahora mismo. En Buñol hay muchas fuerzas francesas, y como a estas horas ya tendrán noticias de lo que ha ocurrido, no tardarán en caer sobre nosotros.

—Pues entonces voy a decirles que se dispongan para la marcha.

Luis se separó de Roméu, y en la obscuridad buscó la casa de donde había salido momentos antes.

Subió la escalera y entró en la habitación donde estaban Amalia, don Lesmes y Rita.

El joven les expuso en pocas palabras su pensamiento de llevarlos a un lugar seguro donde pudieran estar alejados de la guerra y sus azares.

El escribano lo aceptó con gozo, pues justamente él al marcharse de Valencia tenía formado el mismo propósito.

Don Lesmes, que al verse apresado por la guerrilla y bajo el poder en cierto modo de Luis, había cobrado gran afectuosidad a éste, le relató con plañidero acento las causas que le habían obligado a salir de la ciudad.

Cuando tuvo alojado en su casa al capitán Jacomet, éste le pidió algunas sumas prestadas, las que el escribano le concedió inmediatamente, aunque exigiendo un crecido interés; pues ya sabemos que el buen curial era muy aficionado a hacer favores de tal especie.

Como Jacomet divulgó la noticia entre sus compañeros, fueron muchos los que, acosados por las pérdidas en el juego, buscaron a don Lesmes para pedirle iguales favores; y éste, al poco tiempo quedó convertido en el prestamista de los oficiales franceses; los cuales, cuando no podían exprimir su bolsillo buenamenete, le atemorizaban con amenazas, si es que no llevaban éstas a vías de hecho.

A todo esto el tiempo pasaba, y ni préstamos ni réditos podía cobrar el avaro escribano, a más de que algunas veces los demandados por el acreedor le contestaban de mal modo, si es que no se portaban con él brutalmente en pago de los pasados favores.

Como la situación iba haciéndose cada vez más difícil para don Lesmes, y algunos, a pesar de las muchas deudas, todavía le apremiaban con nuevas exigencias, el escribano tomó una determinación enérgica; un día salió en una galera con su hija y su criada para sentar sus reales en cualquier punto lejos de Valencia en donde pudiera verse libre.

La primera noche pernoctaron en las Ventas de Buñol, y allí se encontraron a Jacomet, que al ver a Amalia, de la que se vió separado con harto pesar por las órdenes de sus jefes, volvió a sus pretensiones amorosas, aunque con más insistencia y con carácter más alarmante, pues en aquel lugar él era el señor y dueño absoluto.

Cuando toda la familia se había ya retirado a descansar, ocurrió la sorpresa hecha por la guerrilla de Roméu. Lo demás que sucedió ya lo sabemos.

Amalia manifestaba en sus ojos la alegría que sentía ante la noticia de marchar a un punto en que podría ver con más facilidad a Luis.

Este había vuelto a contemplar con arrobamiento aquel rostro tan hermoso como inocente que le sonreía.

Rita estaba llena de gozo al ver la dicha que sentían aquellos dos seres al encontrarse.

En cuanto a don Lesmes, debía de sentir mucho miedo y no menor impaciencia por salir de las Ventas.

—¿Cuándo partimos?—preguntó a Luis.

—Dentro de poco.

—Debemos irnos cuanto antes. ¡Dios sabe si volverán esos malditos franceses y se armará otra de tiros ahí abajo! Tengo mucho miedo.

—¡Bah! Los franceses saben cómo las gastamos nosotros y no es fácil que vuelvan tan pronto.

—¡Oh! La guerra... El diablo sois los jóvenes de ahora, pues no tenéis miedo de mediros con esos franceses hijos del diablo.

Luis miró compasivamente a aquel español que hablaba de tal modo, y después dijo:

—Si quiere que salgamos pronto, disponga lo ne-

cesario para la marcha. ¿Han venido ustedes hasta aquí en galera?

—Sí, querido Luis. Está abajo en la cuadra; el carretero se habrá escondido al oír los tiros.

—Baje usted, pues, y dígale que enganche; la guerrilla antes de media hora saldrá de aquí.

Amalia y Rita se quedaron en la habitación y don Lesmes y Luis bajaron a la cuadra.

Conforme había dicho el escribano, el carretero estaba escondido entre unas gavillas de paja.

Luis tranquilizó a aquel hombrecillo, que estaba pálido y tembloroso, y le mandó que dispusiera la galera para la marcha.

Mientras el carretero enganchaba, Roca salió al camino.

La lluvia casi había cesado. Sólo de vez en cuando caían algunas gotas.

Algunos guerrilleros provistos de linternas buscaban entre los muertos y los heridos, por ver si algunos de éstos eran españoles.

Roméu, montado a caballo, estaba en la mitad de las Ventas, completamente solo.

Roca se acercó a él y le dijo:

—Ya he propuesto aquello a don Lesmes y Amalia y lo han aceptado muy contentos. ¿Cuándo partiremos?

—Dentro de poco rato. Ahora están mirando entre los muertos y heridos para ver si alguno de éstos es español.

—¿Hemos tenido algunas bajas?

—Yo creo que ninguna. Heridos solamente lo han sido el "Padre", que tiene un sablazo en un hombro, y algunos que sólo han sacado de la lucha unos cuantos rasguños.

Cuando Roméu decía esto, a poca distancia del lugar que ocuban los dos amigos sonó un agudo quejido.

—¡Es un herido!—dijo Luis.

—Vamos a verlo.

Y Roméu, al decir esto, bajó del caballo. Los dos

se encaminaron al lugar de donde procedía el quejido.

Con la cabeza apoyada sobre el umbral de la puerta vieron tendido a un hombre, cuyo contorno apenas si se destacaba en la obscuridad.

Aquel hombre tenía a su lado un sable que brillaba en la sombra y a sus pies un caballo muerto.

Roméu y Roca se inclinaron sobre él, y el primero le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Un vencido—contestó el que estaba en tierra con débil voz y acento extranjero.

—¿Pertenece usted al ejército francés?

—Soy teniente de lanceros polacos.

Los dos guerrilleros se miraron entonces. Acababan de reconocer al polaco que hicieron prisionero en la sorpresa de Adzaneta.

Este también pareció reconocerles.

—¿Es usted don José Roméu?—preguntó con su desfallecida voz—. ¡Cuánto me alegro de verles! Muchas veces les he recordado a usted y a su amigo.

El herido hizo una corta pausa y después continuó:

—Ya ve usted lo que me sucede. Voy a morir por una bandera que no es la mía y por la cual me he batido. ¡Pobre Polonia! Sus hijos mueren por otra nación, mientras ella está esclava. Esto va a terminar. ¡Me muero, señores!

—Valor—dijo Luis—. No debe usted desesperarse. ¿Qué herida tiene usted?

—He recibido un balazo en el pecho, y siento que la sangre me ahoga.

—Aguarde usted un momento—dijo Roméu.

Y luego, volviéndose a Roca, le dijo así:

—El "Hijo" es bastante entendido en esto de curar heridas. Vamos a buscarle.

—No se incomoden ustedes—dijo el polaco cada vez con voz más débil—. Esto no tiene remedio; me muero. ¡Adiós, amigos míos; acuérdense ustedes de Alejandro Sonowski, que los ha querido siempre como se quieren los amantes de la patria!

Los dos amigos, sin hacer caso de las palabras del

polaco, echaron a correr hacia el lugar donde brillaban las linternas de los guerrilleros.

—¡El "Hijo"! ¿Dónde está el "Hijo"?—preguntó Roca cuando llegaron junto al grupo de los guerrilleros.

—¡Presente!—dijo el aludido apareciendo ante sus jefes.

—Síguenos—le ordenó Roméu.

—¿Qué hay que hacer?

—Un herido espera tus servicios de cirujano.

—Vamos allá.

Y los tres hombres se dirigieron al otro extremo de las Ventas, que era donde estaba el polaco.

—¿Quién es el herido?—preguntó el "Hijo".

—Un teniente de lanceros polacos al que hicimos prisionero en Adzaneta.

—Lo recuerdo perfectamente.

Los tres hombres llegaron al punto en donde habían dejado a Alejandro, y por más que buscaron, no pudieron encontrarle.

El caballo y el sable estaban allí, pero en el lugar que antes ocupaba el herido, sólo se veía una gran mancha de sangre.

—¿Qué es esto?—dijo Roméu con extrañeza.

—Verdaderamente—exclamó Roca—esto es muy original. Dejamos a un herido agonizando, y ahora no podemos encontrarlo. ¿Qué te parece, "Hijo"?

—¡Oh!—contestó el aludido—. Yo he visto cosas más grandes en otros combates. Hay aves de rapiña sin alas que verifican hazañas como ésta. Busquemos, que no tardará mucho en presentarse la verdad.

La casa sobre cuya puerta había caído herido el polaco era la primera de las Ventas, y doblando su esquina, se estaba en pleno campo raso.

Los tres hombres doblaron la esquina y siguieron a lo largo del muro.

A los pocos pasos oyeron un gemido de esos que sólo sabe producir la muerte.

—Allí está—gritó Roméu, y avivó el paso.

No necesitaron andar mucho, pues pronto tropezaron con el cuerpo inerte del polaco.

Junto a éste se destacaba en la obscuridad un hombre apoyado en un fusil que tenía la bayoneta armada.

Aquel hombre, al notar la presencia de los tres que se acercaban, intentó huir, pero se detuvo al escuchar el chasquido que produjo la llave del fusil del "Hijo" al ser levantada y la voz de éste, que le gritó con energía:

—¡Alto!

Roméu se inclinó sobre el cuerpo del polaco, y después de reconocerlo, volvió a Luis y dijo:

—Está muerto.

Luego continuó, dirigiéndose a aquel hombre desconocido:

—¿Quién es usted?

—Mi comandante—contestó con voz ronca—, soy un individuo de la guerrilla.

—¿Qué hace usted aquí?

—He venido a hacer un favor a este francés. El pobre estaba padeciendo, y yo de un bayonetazo le he dejado tranquilo.

Estas palabras las dijo aquel hombre con un acento tan indiferente y una expresión tan brutal, que Roméu se estremeció de rabia, y en poco estuvo que no tirara del sable y le dejara tendido a sus pies.

Pero, a pesar de todo, no pudo contenerse, y asiéndolo por las solapas de su chaquetón, lo zarandeó, diciéndole con tono amenazador:

—Eres un canalla cobarde. Los valientes matan al enemigo cuando es fuerte y puede defenderse, no cuando está agonizante en el suelo. Ven conmigo.

Y Roméu casi arrastró a aquel hombre en pos de él. Luis le siguió.

Volvieron a entrar en aquella especie de calle que formaban las Ventas a un lado y otro del camino, y no pararon hasta llegar al punto en que estaban agrupados los guerrilleros.

A la luz de las linternas, Roméu y Roca miraron el rostro de aquel hombre. Era verdaderamente inno-

ble, pues tenía la expresión feroz, al par que sagaz, de los criminales que ocupan en la escala del mal un peldaño más alto que los vulgares asesinos.

Roméu, después de mirarlo le soltó, y luego dijo a su amigo:

—Este hombre es un infame a quien conviene vigilar de cerca. No quiero que nadie deshonre mi partida.

—¿Le conoces?

—No, y por cierto que desde hace mucho tiempo me sucede una cosa extraña. Yo he visto su cara hace algunos años en otra parte, y por más que hago no puedo recordar. Sin duda habrá cambiado mucho desde entonces.

—Lo mismo me sucede a mí con respecto a él. Su voz no me es desconocida.

—¿Sabes cuándo se incorporó a nosotros?

—Sí, fué el mismo día que yo marché a la "Muela de Oro" en busca de tu esposa.

—Debe de ser un pájaro de cuenta. Ninguno en la guerrilla quiere tratarse con él, y todos le miran con prevención. Me parece que no tardará mucho en darnos ocasión para que lo fusilemos.

—Hablando de otra cosa. ¿Cuándo partimos?

—Inmediatamente. Dile a Amalia y a su padre que salgan.

—Y del cadáver de Alejandro, ¿qué hacemos?

—Los franceses no tardarán mucho en llegar, y ellos se encargarán de darle sepultura.

—Ojalá les hubiera yo dado ocasión para que hicieran otro tanto con Jacomet.

—¿Y el "Hijo"? ¿En dónde está?

—No sé; creo que se ha quedado junto al polaco. Dejémoslo estar; él sabrá lo que se hace.

Los dos amigos se separaron. Roméu, para ordenar la marcha de la partida, y Roca, para dar aviso a don Lesmes.

A los pocos instantes, la guerrilla salía de las Ventas. En medio de ella marchaba la galera, dentro de la cual iban el escribano, su hija y la criada.

Luis iba junto al carromato, montado en su caballo, que de vez en cuando relinchaba con el dolor que le producía la herida que le hizo en la cabeza el sable de Jacomet.

XVII

En Millares.

La partida de Roméu no se detuvo en su marcha hasta llegar a Millares.

Entró en el pueblo al romper el día, e inmediatamente los guerrilleros se alojaron en las casas, ocupando, muchos de ellos, las camas, todavía calientes.

Roméu se proponía acompañar desde allí a don Lesmes y su familia a la ermita, en donde se hallaba alojada su esposa.

El guerrillero pensaba detenerse todo aquel día en Millares.

Desde algunos días antes había convenido con uno de sus subalternos, que recorría la provincia al frente de pequeñas partidas, el reunirse en dicho pueblo para emprender juntos una pequeña expedición contra el acantonamiento francés de Requena.

Mientras llegaba la partida, Roméu se encerró en una de las habitaciones de su alojamiento, con un individuo de la suya, que le servía de secretario, y pasó algunas horas ocupado en dictar comunicaciones para Bessacourt y la Junta militar de Alicante, dando cuenta de sus operaciones militares, y para los Ayuntamientos de algunos pueblos, excitándoles a que reclutaran hombres con destino a la guerrilla.

Luis, en tanto, conversaba con Amalia en el patio de la misma casa.

Don Lesmes y Rita, sentados sobre los fardos y cofres que constituían su equipaje, hablaban de sus negocios y hacían votos para que pronto terminara la guerra.

El joven guerrillero y su amada hablaban de sus amores y se decían mil ternezas.

Amalia, con su expresión candorosa e inocente, relataba a Luis las mil inquietudes que había experimentado al encontrarse lejos de él, y teniendo que sufrir las repugnantes galanterías de Jacomet.

Con vehemencia le hacía la pintura de las noches de insomnio y lágrimas que había pasado al no saber nada de él, y le relataba los peligros horrendos de que a cada momento le rodeaba su imaginación.

Roca la escuchaba extasiado. Sobre todo, cuando ella le dijo, bajando los ojos y con las mejillas llenas de rubor, que le quería cada vez más, el joven hubiera besado aquella boca que tan dulces palabras sabía decir.

Para el guerrillero, aquel día fué el más feliz de su vida. En ninguna ocasión había estado tanto tiempo al lado de Amalia ni había podido hablar con igual intimidad.

Cuando llegó la hora de comer, Roca apenas si probó bocado, ocupado solamente en contemplar a Amalia y enterarse de esos mil detalles de la vida que tan grato es conocer a los enamorados.

A la mitad de la tarde entró en el patio el "Hijo", jadeante y sudoroso, como si acabara de hacer una larga jornada.

—¿Qué sucede?—le preguntó alarmado Luis.

—Los franceses vienen a buscarnos.

—¿Se hallan muy lejos?

—A una legua de aquí. Yo he tenido que correr mucho para dar el aviso.

—¿Vienen muchas fuerzas?

—Se han reunido tres columnas que mandan Jacomet y los comandantes Cabrera y Villart-Laguerrie.

—¿A cuánto podrán ascender esas tres columnas?

—A unos mil quinientos hombres.

—Hay que dar aviso inmediatamente al comandante. Sígame usted.

Y los dos subieron la escalera y entraron en la habitación de Roméu.

Este, al saber la noticia de que era portador el "Hijo", se desconcertó un poco, y exclamó:

—En mala ocasión llegan para nosotros. No tenemos más que ochenta hombres.

—Tenemos más, mi comandante—dijo el "Hijo"—. En este instante está entrando en el pueblo la partida que manda el señor Andrés, y que, como usted ya sabe, consta de doscientos infantes.

—¿Sabes de cierto la llegada de la partida?

—Desde las afueras del pueblo he visto yo cómo venían hacia aquí.

—Entonces—dijo Roméu con acento alegre—no tenemos necesidad de volver las espaldas a los franceses. Con los nuestros y los que trae Andrés basta para derrotar a esas columnas francesas.

En aquel instante oyóse en la calle un confuso rumor de pisadas, y después el chocar de las culatas sobre el suelo.

—Ya están aquí—dijo Roca—. No tardaremos en ver a Andrés.

Efectivamente, a los pocos instantes la puerta de la habitación se abrió y entró en ésta el guerrillero nombrado, con el rostro cubierto de sudor y las ropas llenas de polvo.

Se cuadró ante Roméu y dijo así:

—Mi comandante: conforme a lo que prometí, acabo de llegar para ponerme a sus órdenes.

—Llegas con mucha oportunidad—le contestó Roméu—. ¿Traes la gente muy cansada?

—Pesadilla ha sido la jornada, pues desde el amanecer estamos caminando. Pero esto nada importa; ya sabe usted que nuestros hombres no están cansados siempre que se trata de hacer alguna mala jugada a los franceses.

—Pues entonces baja inmediatamente para impedir que se dispersen buscando alojamiento. Vamos a salir dentro de unos instantes para batirnos con tres columnas francesas.

—¡Buena noticia!—dijo con alegría Andrés—. Los muchachos van a ponerse contentos, pues ya hace algunos días que no han disparado un tiro. Voy a dar las órdenes de usted.

Y el guerrillero, después de decir esto, salió de la habitación.

Romeu volvióse entonces a Luis y el "Hijo", y ordenó a este último:

—Tú sal también inmediatamente y di que toquen llamada, a la carrera.

El aludido salió prontamente de la estancia.

—Vamos a enseñar a esos franceses—dijo Roméu a Roca, cuando se quedaron solos—que sabemos batirnos uno contra seis, cuando es necesario, y derrotarles también. Tú, Luis, te encargarás de mandar la caballería. Pocos jinetes tenemos, pero a ver si con ellos haces prodigios de valor. Vamos abajo, que los franceses están cerca y no hay que perder tiempo.

Roméu, mientras decía esto, se ciñó su espada de montar y se puso en el cinto las pistolas.

Después, los dos bajaron a la calle.

Al pasar por el patio vieron a don Lesmes y su hija que les miraban con asombro.

—¿Va a haber combate?—preguntó el escribano con voz angustiosa.

—Y bueno—contestó Roméu sonriéndose al ver el pavor que demostraba el curial—. Escóndase usted bien, no le alcance alguna bala.

—¡Santa Bárbara!—exclamó el escribano con espanto—. Está visto que los sustos no acabarán nunca para mí.

Y sin cuidarse de su hija y de la criada, corrió a esconderse en la cuadra, cercana al patio.

En tanto, Amalia dirigió una triste mirada a Luis, quien, para tranquilizarla, le dijo:

—No tengas miedo; esto terminará muy pronto.

—Creo que no te sucederá nada—contestó la niña.

Y luego, bajando la voz, dijo con expresión sincera:

—Mientras te bates, Rita y yo rezaremos a la Virgen, y ella velará por ti.

Después de esto, Roca tuvo que marcharse, pues Roméu ya había salido a la calle.

Los dos jóvenes, antes de despedirse, se dirigieron

una mirada que equivalía a un adiós lleno de tristeza.

En el pueblo reinaba el movimiento propio de una marcha militar.

La corneta sonaba, y en la calle donde estaba situado el alojamiento de Roméu se reunía precipitadamente la guerrilla de éste a la partida que había traído Andrés.

A los pocos minutos ya estaban listos para partir.

El comandante había enviado en descubierta a la "Trinidad", ordenándole que se detuviera en un punto que él le marcó.

Aquellos doscientos ochenta hombres caminaban apresuradamente por el camino que de Millares conducía a Buñol.

Roméu marchaba a caballo al frente de los infantes, y Luis cerraba la marcha mandando el pequeño pelotón de jinetes.

La tarde comenzaba a declinar. Los rayos del sol herían a los guerrilleros casi horizontalmente, prolongando sus sombras de una manera gigantesca.

El horizonte empezaba a cubrirse con esas nubes rojas y de polvo de oro que anuncian la puesta del sol.

El paisaje se bañaba en la luz de color anaranjado que llenaba el espacio, y las moscas y los insectos que revoloteaban en él brillaban envueltos en aquélla, como si fueran moléculas de oro.

Era una tarde hermosísima, más propia para ser admirada por poetas y artistas que por guerreros que dentro de poco rato iban a derramar su sangre o a sembrar la muerte.

A pesar de esto, Roca se extasiaba en la contemplación del paisaje, y sentía esa oculta emoción que todos los artistas experimentan ante los hermosos espectáculos de la Naturaleza.

Un fresco vientecillo agitaba los matorrales y los árboles, y hacía despertar esos ecos y susurros que duermen en los días de calma bajo las hojas.

El camino era quebrado, como lo son todos los

de tal región de la provincia de Valencia.

Muchas veces, cansado de atravesar planicies y pequellos valles, intentaba encaramarse a la altas montañas y se extendía por la mitad de las faldas de éstas, rodeándolas como en estrecho abrazo.

A media legua de Millares, Roméu, que, como hemos dicho, iba al frente de la columna, vió a la "Trinidad" que estaba vigilando el resto del camino que se distinguía.

A los pocos instantes la guerrilla llegó al punto que ocupaban los tres hombres.

Aquel lugar había sido el designado con anterioridad por Roméu.

Las vertientes de dos altas montañas bajaban hasta junto al camino, sin encontrarse, y en el hueco u hondonada que dejaba, se levantaba un viejo y frondoso pinar que se prolongaba como una gran mancha obscura hasta un punto que no alcanzaba la vista.

El valiente guerrillero, tantas veces como pasó por el camino no pudo menos de fijarse en aquel punto tan útil para una emboscada, y por esto, desde Millares pensó en él y dirigió hacia este sitio su guerrilla.

Desde allí sorprendería fácilmente a los franceses.

Inmediatamente dió la orden para que la columna entrara en el pinar, y uno tras otro fueron por varias partes internándose los guerrilleros en aquel silencioso bosque.

Roméu ordenó, además, a los guerrilleros que más fama gozaban de buenos tiradores, el subir por las vertientes y parapetarse detrás de las altas rocas.

A los pocos minutos, aquel tropel de hombres había desaparecido, y sólo quedaban en el camino Roméu y el "Hijo".

El bosque no presentaba indicio alguno que demostrara que en su seno se albergaban tantos hombres, y seguía agitando mansamente las copas de sus árboles, produciendo esa melodía monótona que es el eterno canto de la soledad.

En las vertientes no se veía a nadie, y era difícil el creer que tras aquellas rocas había algunas docenas

de hombres agachados y con los fusiles o los trabucos prontos para hacer fuego.

Roméu miró al límite del camino, y dijo:

—Mucho tardan los franceses.

—Pues no se hallan muy lejos de aquí—contestó el "Hijo"—; pero indudablemente se han detenido para hacer tiempo.

—Querrían sorprendernos en Millares, al anochecer.

—Eso creo yo. De todos modos no tardaremos mucho en vernos con ellos.

Transcurrió como una media hora. La tarde iba muriendo por momentos, y faltaba ya muy poco para que el sol desapareciera tras las montañas.

Roméu y su acompañante se habían retirado a un lado del camino, y desde allí vigilaban, esperando ver cómo aparecían de un momento a otro los franceses allá lejos.

De vez en cuando algún guerrillero asomaba su cabeza por detrás de las peñas, para ver si su jefe se retiraba dentro del bosque, lo que considerarían como señal de la proximidad de los franceses.

Por fin, allá lejos se destacó una gran nube de polvo, en cuyo frente se veía brillar algo.

—Ya están ahí—dijo Roméu.

—Es una avanzada de caballería—exclamó el guerrillero.

—Vamos adentro.

Y Roméu se internó a caballo por entre los pinos, mientras el "Hijo" subía por una de las laderas buscando el lugar donde estaban escondidos sus dos compañeros.

Pasó un buen rato sin que nada se oyera.

Durante ese espacio de tiempo, los guerrilleros, aunque inmóviles en los diferentes lugares que ocupaban, sentían esa emoción propia del que va a entrar en batalla y que experimentan hasta los más valientes.

Por fin se escuchó, aunque lejano, el galopar de muchos caballos.

Era la avanzada de caballería que iba acercándose.

Los guerrilleros, desde su emboscada vieron pasar a un grupo de veinte dragones, mandado por un oficial.

Aquellos soldados iban refrenando sus caballos, y por fin detuvieron su marcha a corta distancia del pinar.

Sin duda habían recibido órdenes para aguardar en aquel punto a la triple columna que les seguía.

Por algunos instantes reinó la calma más completa. La guerrilla continuaba oculta en el pinar, y era tan grande el silencio, que sólo se escuchaba, a más del murmullo de los pinos, el relinchar de los caballos de los dragones y las palabras de algunos de éstos.

Pero no pasó mucho tiempo sin que volviera a oírse un lejano rumor, que procedía de la marcha de la columna.

Esta iba acercándose rápidamente.

Comenzaron a pasar por frente al pinar soldados con el uniforme lleno de polvo, el chacó sobre el cogote, el fusil al hombro con marcada displicencia y revelando en su tardo paso la fatiga que les producía la marcha.

Aquellos grupos fueron pasando y tras ellos siguieron algunos pelotones de caballería.

Comenzaba a obscurecer, pero a pesar de esto, Roméu, que escondido en la parte del pinar más cercana del camino veía los que pasaban por éste, distinguió a tres oficiales a caballo.

Eran Jacomet, Villart-Laguerrie y Cabrera.

El guerrillero no esperó más. Los oficiales marchaban, sin duda, a la mitad de la columna, pues todavía les seguía bastante tropa, y por lo tanto ningún instante mejor para atacarlos que aquél.

Sacó del cinto una de sus pistolas e hizo fuego al aire. Aquella era la señal de ataque para la guerrilla.

La escena cambió por completo. Al silencio y la calma siguieron la confusión y un infernal estrépito.

Se oyó una espantosa descarga. Detrás de pinos y de peñascos salieron los rojos fogonazos.

Bastantes franceses mordieron el suelo con aquella descarga.

Después vino lo verdaderamente horrible.

El bosque de pinos y los peñascos de las laderas vomitaron los hombres que tenían escondidos, y vióse salir o descolgarse monte abajo, con el ímpetu de la tromba y la rapidez del rayo, a aquella confusa nube de hombres, unos a pie y otros a caballo, que en la penumbra del crepúsculo semejaban una mesnada de demonios de las que suponen las tradiciones en los seculares bosques de Alemania.

Aquellos hombres gritaban hasta dar casi aullidos, proferían enérgicos juramentos y agitaban en el espacio sus sables y fusiles armados de bayonetas.

El empuje con que atacaron a los franceses fué terrible.

Todo lo anteriormente descrito desde que Roméu descargó su pistola había transcurrido en un corto instante; así es que los franceses, antes de que pudieran reponerse de su sorpresa, sintieron sobre sí el peso de la guerrilla.

¡Qué espantosa confusión se originó en el camino!

Los españoles eran uno contra seis; pero su misma inferioridad les servía de ventaja, pues los franceses apenas si podían revolverse en el camino, que estaba encajonado entre montañas.

Los dragones no podían maniobrar y cubrir con una carga a la infantería, que, sorprendida por el ataque, estaba desbandada y sólo pensaba en huir; antes bien, se sentían completamente impotentes, pues los infantes al huir se metían por entre ellos, separándoles y sembrando la confusión.

Algunos soldados viejos de la infantería, repuestos un tanto de la sorpresa, se habían reunido en pelotones y hacían fuego, aunque con tal precipitación y desacierto, que muchas veces los heridos eran sus mismos compatriotas.

La derrota de los franceses era ya segura.

A cada momento aumentaba el número de los que rodaban por el suelo o huían a la desbandada con dirección a Buñol.

Los tres comandantes de la columna hacían esfuerzos para que la dispersión no fuera completa.

Daban sablazos a un lado y a otro, o atravesaban sus caballos en el camino para impedir que huyeran los soldados; pero a pesar de esto, la deserción aumentaba.

Por fin sólo quedó en la carretera un número de franceses casi igual al de los guerrilleros. Aquel fué el momento decisivo.

Luis, que hasta entonces al frente de los jinetes sólo había podido hacer fuego y adelantar algunos pasos, acuchillando a sus enemigos, juzgó aquel momento el más oportuno para deshacer a sus contrarios y dió la orden de cargar.

Momento espantoso fué aquél. Un pequeño grupo de jinetes como el que mandaba Luis produjo tanto estrépito como una legión de centauros, y cayó sobre los enemigos con la pesadez aplastante de un enorme peñasco.

¡Qué terrible carnicería! Los sables subían y bajaban con rapidez pasmosa; los caballos se encabritaban; con sus pies hundían los pechos de los heridos que se revolcaban por el suelo, y no se oían más que gemidos de agonía y blasfemias de esas que arranca el dolor.

Los restos de la columna francesa intentaron resistirse, pero no les fué posible; y como si no tuvieran bastante con tan furioso ataque, cayó sobre ellos toda la guerrilla a la bayoneta.

Entonces se consumó la derrota y dió principio una huída de esas en que hasta los más valientes se rebajan al nivel de los tímidos; huída en que los caballos se encabritan y arrojan al suelo a los jinetes, y en que el infante corre, tropieza, cae sobre un montón de muertos, se levanta lleno de sangre y sigue su fuga, teniendo siempre a su espalda el sable o la bayoneta enemiga que amenazan su vida.

La guerrilla siguió por el camino adelante persiguiendo a los franceses.

La partida de infantes que había traído Andrés rivalizaba con los jinetes de Luis, y todos corrían tras aquella turba de franceses que arrojaban las armas al suelo para huir mejor.

Como la noche cerró y la obscuridad se hizo cada vez más completa, los guerrilleros hicieron alto.

Era ya inútil el acosar a los franceses, pues éstos, para evitar la persecución de los españoles, se habían arrojado a un lado del camino y corrían a través de los campos.

Roméu dió orden a la guerrilla para que volviera a Millares.

Las cornetas dieron el toque de alto, los guerrilleros se reunieron y todos tomaron la vuelta hacia Millares.

—¡Una victoria más!—dijo Roméu con acento de alegría a Luis, que marchaba a su lado.

—Buena paliza les hemos dado hoy a los franceses—contestó éste, con igual entonación.

El comandante volvió la cabeza y vió que tras su caballo marchaba la "Trinidad" y Andrés.

—¿Hemos tenido muchas bajas?—preguntó a este último.

—Mi comandante, en el combate frente al pinar he visto caer muertos a dos de los nuestros. Creo que después de esto y de las heridas leves que han recibido algunos, nada más ha ocurrido.

—Además—interrumpió el "Hijo"—ha desaparecido un individuo de nuestra partida. Lo acabo de notar.

—¿Y quién es él?—preguntó Roméu.

—El que nosotros llamábamos el "Receloso"; aquel malvado que asesinó en las Ventas de Buñol al teniente polaco.

—Le habrán muerto, y casi me alegro de ello, pues a la corta o a la larga lo hubiéramos tenido nosotros que fusilar. Era un malvado.

Después de esto, nadie tornó a hablar.

La guerrilla seguía marchando con dirección a Mi-

llares, y alguno de los vencedores entonaba coplas patrióticas, sin duda para aminorar el cansancio o celebrar el reciente triunfo.

Cuando pasaron por frente al pinar, los pies de los guerrilleros tropezaban de vez en cuando con los cadáveres que yacían en el suelo.

Las dos partidas siguieron adelante, y ya bien entrada la noche penetraron en Millares.

Cuando llegaron a la calle donde estaba situado el alojamiento de Roméu, la guerrilla hizo alto y éste dijo así, dirigiéndose a Andrés:

—Que se retiren a los alojamientos, y tú quédate nada más con unos cuantos para montar el servicio de vigilancia.

La orden del comandante fué inmediatamente ejecutada y los grupos de guerrilleros se deshicieron, marchando éstos en diversas direcciones.

Cuando quedaron solos en la calle Roméu, Roca y algunos más, el primero dijo al segundo:

—Voy a escribir a Bessacourt dando cuenta de mi triunfo. ¿Vienes conmigo?

—Sí; tengo grandes deseos de ver a Amalia.

Roméu y Luis entraron en el caserón. Cuando atravesaron el portal y el patio para subir la ancha escalera, oyeron gemidos, lloros e imprecacioens en el interior de la cuadra.

—¿Qué es esto? — dijo con extrañeza el comandante.

—¡Dios mío! — exclamó alarmado Luis —. Esa es la voz de Amalia. ¿Qué les sucederá?

Y diciendo esto entró en la cuadra corriendo. Roméu le siguió.

La cuadra estaba alumbrada por un gran candil, y a su luz se veía junto a la galera un grupo formado por Amalia, Rita, el carretero y los dueños de la casa. Tendido sobre los varales del carro y gimiendo y revolcándose como un niño enfurecido, se veía a don Lesmes.

Amalia y Rita lloraban al verle en aquel estado.

—¡Ladrón! — gritaba el escribano con voz enron-

quecida—, ¡ladrón!, ¡malvado! ¡Cuán desgraciado soy! Me ha robado lo que tantos trabajos y fatigas me costó reunir. Yo bien quise resistirme, pero él... él... ¡No habrá nadie que me vengue! ¡No habrá un poco de justicia para ese malvado!

En aquel momento se incorporaban al grupo los dos guerrilleros. Los que estaban en pie volvieron la cabeza para mirarles.

Al notar este movimiento, don Lesmes levantó un poco la cabeza, y al ver a Roméu se puso en pie de un salto y se abrazó a él, llorando como un niño.

—¡Señor Roméu!—gimió—. ¡Don José! Mi ángel bueno le ha traído a usted tan pronto por aquí. ¡Justicia, mi comandante, justicia! ¡Que prendan pronto a ese malvado!

Y al decir esto señalaba en el espacio un punto, como si allí estuviera el ser contra quien iban dirigidos tales dicterios.

—¿Qué ocurre aquí?—preguntó Roméu con su tranquila voz—. ¿Qué le sucede a usted, don Lesmes?

—Me han robado todo cuanto tenía.

—¿Robado? ¿Y quién ha sido el ladrón?

—Uno de la guerrilla de usted.

Al escuchar esto, Roméu tornóse pálido, perdió la calma y agarrando de un brazo al escribano, dijo así:

—Cuidado, don Lesmes; piense usted lo que dice. En mi guerrilla no hay ladrones.

—Será lo que usted quiera, pero lo cierto es que aun no hace una hora ha venido aquí uno de su guerrilla, un hombre malcarado y repulsivo, que me amenazó de muerte y hasta llegó a maltratarme para acabar llevándose todo cuanto dinero tenía. Haga usted justicia, señor Roméu! ¡Vengue usted a este desgraciado!

Roméu se quedó confuso por un corto instante; pero de pronto sintió que Luis le tocaba en un hombro y le decía:

—Sé quién es ese miserable.

—No comprendo quién pueda ser.

—Acaba de describirme Amalia su tipo, y creo que debe de ser el que llaman "Receloso".

—Ahora comprendo su desaparición. Nos ha abandonado en el pinar para venir aquí a robar a don Lesmes.

—Eso debe de haber sucedido.

Los dos guerrilleros quedaron silenciosos por algunos instantes.

El escribano seguía en tanto abrazado a Roméu, y le gritaba con acento suplicante:

—¡Justicia, don José!

—Luis—dijo de pronto Roméu—. Llama a los que están ahí fuera.

Roca salió al patio y llamó con un fuerte grito.

Apenas transcurrido un minuto, entraron en la cuadra la "Trinidad", Andrés y algunos guerrilleros más.

Todos se agruparon silenciosamente en derredor del comandante, y en la gravedad de sus rostros se conocía que presentían la seriedad de la escena.

Roméu dijo con voz imperiosa:

—El que vosotros llamáis el "Receloso" no ha desaparecido en el combate, pues acaba de estar aquí y ha cometido un robo. Por nuestro honor es preciso que encontremos a ese hombre y que devuelva lo que tan criminalmente ha adquirido. Salid, pues; registrad todos los alrededores del pueblo y no volváis sin traer prisionero a ese malvado.

El guerrillero, diciendo esto, señaló con imperio la puerta y todos sus subordinados salieron apresuradamente.

—Descanse usted — continuó dirigiéndose a don Lesmes—; ese malvado aparecerá y le será devuelto lo que tan injustamente le han arrebatado.

—Así sea, don José—dijo el escribano con apagada voz.

El comandante se desprendió de los brazos de él, y dijo a Luis:

—Yo voy arriba a escribir. ¿Tú qué haces?

—Me quedo aquí. Amalia está todavía muy asustada.

—Si vuelven ésos y traen el prisionero, avísame inmediatamente, que te juro que hemos de escarmentarle sin pérdida de tiempo.

Roméu salió, y don Lesmes sentóse en el estribo de la galera, hundiendo su cabeza entre las manos.

Luis y Amalia empezaron entonces a hablar en voz muy queda, mientras Rita, sentada en un rincón, contemplaba la luz del candil con una fijeza estúpida.

XVIII

Quién era aquel hombre.

A las doce de la mañana Roméu oyó que llamaban a la puerta de su cuarto.

Después de escribir más de una hora se tendió vestido en la cama, y al poco rato dormía profundamente.

Al oír los golpes dados en la puerta, se levantó de un salto y fué a abrirla.

Luis entró en la habitación.

—¿Qué ocurre?—prekuntó Roméu.

—Ya lo traen—contestó Roca.

—¿A quién? ¿A ese malvado?

—Sí; lo ha detenido la "Trinidad" y Andrés.

—¿En dónde está?

—Ahora mismo lo verás. Voy a decir que lo suban.

Luis abandonó el quicio de la puerta y bajó la escalera.

Al poco rato oyóse un fuerte ruido producido por gritos, imprecaciones y chocar de culatas contra los peldaños.

El grupo que entró a los pocos instantes en la habitación era muy digno de ser descrito.

El "Receloso" iba rodeado de los tres individuos de la "Trinidad" y de Andrés, que lo empujaron dentro de la estancia dándole golpes con sus armas.

Aquel hombre tenía un aspecto verdaderamente

deplorable. Sus ropas estaban en desorden y rasgadas por muchas partes. No llevaba nada en la cabeza; su cabello caía sobre la frente, bañada de sudor y de sangre, y en el rostro presentaba señales de golpes y alguna que otra pequeña herida.

Los guerrilleros, al detenerlo a alguna distancia del pueblo, le habían golpeado furiosamente, y como se negara a volver a Millares, le ataron los brazos con una cuerda, de la que tiraban bárbaramente.

El "Receloso", al verse frente a Roméu, bajó la cabeza con desaliento y se puso a temblar.

El aspecto que presentaba el comandante era propio para infundir terror aun al más osado.

No tenía el rostro contraído por la cólera; antes al contrario, todo su ser revelaba la tranquilidad más completa; pero en la rigidez de sus facciones y la expresión de su mirada, tan fija como fría, demostraba la firmeza inquebrantable del que acaba de tomar una resolución.

—¿Habéis ya registrado a ese hombre?—dijo a los cuatro guerrilleros, que tenían en aquel instante una expresión verdaderamente feroz.

—Sí, mi comandante—contestó Andrés—. Le hemos encontrado en la faja este bolsón, que contiene doscientas cincuenta onzas.

El guerrillero, al decir esto, dejó sobre la mesa el pesado bolsón, que al chocar sobre la madera produjo el agradable sonido del oro.

—Son cuatro mil duros — dijo Roméu a Luis —; cógelos para devolvérselos a don Lesmes.

—Es mayor la cantidad robada — dijo Roca —. A juzgar de lo dicho por don Lesmes, ese pillo se ha llevado más dinero.

—No hagas caso de lo que diga el escribano. Es un avaro que indudablemente habrá exagerado la importancia del robo por ver si esto le servía aún de especulación.

Luis calló, comprendiendo la verdad que encerraban las palabras dichas por su amigo.

—Algo más hemos encontrado a este miserable —continuó diciendo Andrés.

Y sacó de uno de sus bolsillos una magnífica sortija de brillantes que centelleó a la luz, produciendo chispas de mil colores.

Roméu la tomó, examinándola detenidamente.

Roca pudo notar que su amigo sufría una emoción que inmediatamente acalló y que después contemplaba con fijeza al "Receloso".

Este continuaba temblando y con la cabeza baja.

El comandante se sonrió amargamente, y después dijo a los cuatro guerrilleros:

—Salid y aguardaos en la escalera. Yo voy a hablar con este hombre.

Los cuatro obedecieron aquella orden, saliendo inmediatamente de la estancia.

Entonces Roméu fuése sobre el "Receloso", lo agarró, y levantándolo con hercúleo esfuerzo lo arrojó a un rincón del cuarto.

Luis contemplaba con extrañeza aquella escena.

Cuando aquel miserable quedó de rodillas en el rincón, el comandante dijo así, mirándole fijamente:

—Ya tenía muchas ganas de verte, Juan. Nuestra amistad se había enfriado con el tiempo. ¿No tienes nada que decirle al que tan buenos favores te prestó en Madrid?

El "Receloso" seguía con la cabeza baja y la vista fija en el suelo.

—¡Cómo!—continuó Roméu—. ¿No contestas, miserable? Mírame bien y reconóceme, aunque nada más sea por última vez, que yo juro que he de fusilarte al rayar el día.

Aquel hombre se estremeció al escuchar tales palabras y no supo más que decir:

—¡Perdón, señor Roméu! ¡Perdóneme usted!

—¿Que te perdone?—rugió el comandante—. Has hecho demasiadas villanías para que yo acceda a ello. Has deshonrado no hace mucho tiempo a tus compañeros y a mí cometiendo un robo; tú, que perteneces al número de los soldados de la Patria y que figuras

en las filas de los hombres honrados que luchan por la independencia de España. Eso merece mil veces la muerte.

Roméu calló algunos instantes y luego continuó diciendo:

—Además, tú, antes de cometer este robo, has realizado actos que merecen un severo castigo. No contento con ser ladrón has sido asesino, y anoche asesinaste, casi a nuestra presencia, a un teniente polaco.

—Era un enemigo—arguyó con humildad el "Receloso"—, y por lo tanto no hice tan mal en darle muerte.

—¡Calla, miserable!—gritó entonces Luis—. Sé todo lo que sucedió anoche. Tú mataste al polaco porque, herido como estaba, se defendía para que no le robaras cuanto llevaba en los bolsillos.

El "Receloso" fué a hablar, pero Roca se lo impidió, diciendo:

—Es inútil que te justifiques. El "Hijo", después que te separamos del cadáver del polaco, registró los bolsillos del uniforme, e inmediatamente notó que le habían robado todo cuanto llevaba.

—Es costumbre de este miserable—dijo Roméu—, y ya hace mucho tiempo que se está valiendo de las mismas tretas. ¿Tú no sabes quién es este hombre vil y cuál es su verdadero nombre?

Roméu preguntó esto a Luis, y al ver que éste hacía un signo negativo, continuó:

—Pues escucha y sabrás lo que me hizo hace mucho tiempo en Madrid. Yo, como ya te dije, siempre que le veía intentaba reconocerle, y mi memoria sufría esa agitación que produce un recuerdo que no llega a formarse por completo. Este hombre le conozco yo de Madrid. Ya sabes que durante el período que medió entre la huída de los franceses y el rey intruso al tener noticia de la batalla de Bailén y su vuelta acompañados del mismo Napoleón, estuve en la capital para ciertos asuntos particulares, cuya resolución pendía de una oficina del Estado.

—Lo recuerdo — interrumpió Luis —, pues me es-

cribiste una larga carta describiéndome el espectáculo que presentaba Madrid.

—Pues bien — continuó Roméu —. Allí conocí a este miserable. Se presentó un día en mi posada, estropeado por una larga marcha, y me dijo que venía de su pueblo huyendo de los franceses, que habían fusilado a su madre y ahora querían matarlo a él; y a más de estas mentiras me ensartó otras que no recuerdo. Yo que, como sabes, soy feliz amparando a un desgraciado, mandé que le dieran habitación al lado de la mía y que le trataran los posaderos como si fuera yo mismo. Aquel hombre me parecía muy patriota, listo y honrado, y esto me aficionaba más a él. Como yo había llegado a tener con él completa confianza, le llevaba a todas partes conmigo; insensiblemente le iba enterando de todos mis negocios, y él sabía tan bien como yo lo que guardaban mis cofres. ¡Fuí muy inocente en aquella ocasión! ¡Cómo se reiría después este hombre de mí! ¿No es verdad, miserable?

Y Roméu, que se iba enardeciendo con los recuerdos que ovacaban sus mismas palabras, dijo esto con voz de trueno, acercándose al "Receloso"; pero éste seguía arrodillado en el rincón y sin querer levantarse del suelo.

Reinó un pequeño intervalo de silencio.

—No contestes — dijo por fin Roméu —. Mejor, mucho mejor; después hablarás. Voy a seguir mi historia. Llegó un día en que se dijo que Napoleón estaba muy cerca de Madrid. Los bravos vecinos de la capital se prepararon para la defensa, y yo, que ya me había batido con los franceses en Valencia y que sólo deseaba ocasión para defender a mi Patria otra vez, me presenté a la Junta de Defensa como voluntario y ocupé un puesto en la batería de la puerta de San Martín. Este miserable, a quien yo conocía por el nombre de Juan, se fingió enfermo y apesarado por no poder acudir a la defensa de la Patria. Yo me batí como buen español en el sitio que me habían designado, y cuando la ciudad se rindió, temiendo que los franceses me cogieran y me deportaran a Francia, corrí in-

mediatamente a la posada con la idea de coger todos mis cofres y mi carruaje y partir inmediatamente para Valencia. Cuando entré en mi habitación, quedé sorprendido.

—¿Te habían robado?—preguntó Luis.

—Sí; mis cofres ya no estaban en aquel lugar. Llamé al posadero, y el pobre hombre, al saber el suceso, palideció y se deshizo en mil excusas, protestando al mismo tiempo de que él no sabía nada, pues preocupado con la entrada de los franceses, no había fijado su atención en mi cuarto. Aquel hombre era inocente, y en la misma confusión que mostraba conocíase que decía la verdad. Por fin, un muchacho de la posada nos hizo saber quién era el autor de aquel cobarde robo. Algunas horas antes había visto cómo Juan y algunos hombres de mala catadura sacaban los cofres de mi cuarto. Ese miserable fué quien me robó cuanto yo tenía en Madrid. Papeles de gran importancia, pues de ellos dependía el pago de respetables cantidades que me adeudaba el Estado; una fuerte suma y algunas joyas de bastante valor, fué lo que perdí con el robo. Tuve que volverme a Valencia casi sin dinero y con una parte de mi fortuna perdida. Entre las joyas que me robaron se encontraba esta sortija, que es un recuerdo de mi madre, y por ella he reconocido a este miserable, que tan vilmente se portó conmigo. Después de esto, amigo Luis, ¿qué te parece este hombre?

—Es un ente miserable con quien debemos tomar una resolución—dijo Luis.

—Ha deshonrado nuestra partida, y el que tal hace ya sabemos qué castigo le reserva nuestro código.

Reinó un corto intervalo de silencio, al final del cual dijo Roméu, dirigiéndose al "Receloso":

—Dentro de tres horas serás pasado por las armas.

Aquel hombre inclinó su cabeza hacia adelante, como si no oyera bien, o quisiera comprender mejor el sentido de tales palabras; después se irguió, llevando en su rostro la más sincera expresión de terror, y arrastrándose fué a abrazarse a las rodillas de Roméu, gimiendo y gritando:

—¡Perdón, don José! ¡Perdóneme usted! Eso es demasiado. Usted es bueno y no mandará que me quiten la vida.

—Serás fusilado al amanecer — contestó Roméu, que, erguido en medio de la estancia, contemplaba con desprecio al "Receloso", que se arrastraba a sus pies diciendo:

—Perdóneme usted, mi comandante, que yo prometo enmendarme. Yo seré hombre honrado, se lo juro a usted. Las riquezas de ese viejo escribano me tentaron... ¡Era tan fácil robarle! Además, él también es un avaro que roba a los pobres, y por lo tanto es muy merecedor de que le quiten ese dinero que ha reunido exprimiendo a los pobres hasta hacer caer de su bolsillo el último ochavo. Mi delito, pues, no ha sido tan grande. Perdóneme usted, don José.

—Asesinaste anoche a un hombre para robarle—siguió diciendo Roméu con acento que demostraba una firmeza inexorable.

—¡Perdón, perdón!

—El que tal hace siendo militar, merece la muerte.

—¡Oh, señor! ¿No habrá perdón para mí?

—No esperes ninguno—dijo entonces Luis—. Los delitos que has cometido te valdrán el ser pasado por las armas.

—¡Ah! ¿Usted también, don Luis? ¿Usted también se muestra inexorable conmigo? ¿También quiere que me quiten la vida?

—Veré con gusto cómo te fusilan. Los hombres honrados siempre desean que desaparezca la canalla.

—Y, sin embargo—dijo el "Receloso" dando a sus palabras cierto doble sentido—, los canallas muchas veces corresponden a los hombres honrados salvándoles de mil peligros.

—¿Qué quieres decir con esto? — preguntó Luis con extrañeza.

—Acordaos de la noche del mes de enero, que andabais errante por las calles de Valencia perseguido por nuestros enemigos. Un hombre, un miserable a quien no visteis el rostro, os salvó.

Luis se estremeció.

La revelación del "Receloso" hacía la luz en su memoria.

El había estado reflexionando muchas veces dónde escuchó aquella voz desagradable, y por más esfuerzos que hizo jamás pudo recordarlo.

Ahora lo comprendía todo. El "Receloso" era el polizonte francés que le sacó de Valencia.

Al conocer al miserable pareció que le miraba con más benevolencia, y volviéndose a Roméu dijo así:

—Este hombre me salvó en Valencia.

—Es verdaderamente extraño que tal hiciera—contestó Roméu.

—Me sacó de la ciudad cuando el maldito de Jacomet venía buscándome, y me indicó el mejor medio para reunirme contigo.

—¿Y te salvó por hacerte un favor?

—No; yo le di una gratificación.

—Gratificación que ascendería a una regular suma, pues este hombre vil no hace nada si no le ha de proporcionar dinero.

—Yo quisiera de ti una cosa.

—Habla, que ya me figuro lo que vas a decir.

—Perdónale la vida a este hombre.

—Nunca.

—No seas tan absoluto en tus determinaciones. Este hombre merece perdón.

—Ese hombre lo que merece es la horca, pues el ser pasado por las armas es demasiado honroso para él.

—Vamos, José, sé indulgente con este hombre, y al mismo tiempo haz un favor a tu mejor amigo.

—No puede ser lo que pides.

—¡Te pido la vida del que salvó a tu amigo!

—Te engañas, Luis; no debes la salvación a ese hombre, pues tú se la compraste; ahora estáis en paz.

Hubo una corta pausa, y después Roméu dijo así:

—Además, ¿quién era este hombre en Valencia que pudo salvarte de la persecución de los franceses? ¿Qué profesión tenía?

Luis se detuvo un instante, pues vacilaba antes de descubrir la verdad a Roméu.

Por fin se decidió y dijo:

—Era polizonte de los franceses.

—¡Bonita profesión!—dijo con ironía Roméu—. ¿Y quieres tú que yo perdone a este hombre, que tal vez ha venido a la guerrilla para ser espía y dar cuenta de todo a los franceses?

El "Receloso", que hasta entonces había escuchado en silencio, se abrazó con más fuerza a las rodillas de Roméu, y dijo lloriqueando:

—No, señor comandante; yo no soy espía de nadie. Soy un español que lucha por su Patria, y nada más; si algún tiempo estuve en la Policía fué porque a ello me obligó la necesidad. El general francés me quería hacer fusilar y por eso, huyendo de él, me vine a la guerrilla.

—Algo malo les harías a los franceses cuando ellos también te querían dar muerte.

El "Receloso" nada contestó.

—Perdónale, José—volvió a insistir Luis.

—Considera bien lo que pides—le contestó Roméu—. Piensa que este hombre te ha ofendido a ti principalmente, pues ha robado e insultado a los tuyos.

—Perdónale, que esto nada importa.

—Ha abofeteado a don Lesmes.

—Pero antes me salvó a mí la vida.

—Asesinó a aquel teniente polaco amigo nuestro.

—Y ahora no lo resucitaremos dando muerte a su asesino.

—Me robó a mí.

—Hace mucho tiempo ya; además yo te indemnizaré con mi fortuna de todo cuanto te quitaron en aquella ocasión.

—Tú estás loco, Luis.

—No lo sé, pero salva a este hombre.

—Eres terco y testarudo como pocos.

—Dime lo que quieras, pero perdona a este hombre. Es mi deber el procurarle la vida, pues así le pago

el servicio que me hizo. Sería el hombre más ingrato del mundo si no hiciera tal.

—Accedo, pues, a tu petición. Perdono a este miserable, pero que se marche cuanto antes.

—¡Ah!, señor Roméu. ¡Cuán bueno es usted!

Y el "Receloso", al decir esto, casi se enroscó a las piernas del comandante.

—Aparta, miserable—exclamó éste.

Y como si temiera su contacto, dió un puntapié al ladrón, que le obligó a retirarse a alguna distancia.

—Ya está perdonado este hombre—dijo Roméu—. Ahora lo necesario es que abandone el pueblo cuanto antes.

—Márchate—dijo Luis señalándole la puerta.

El "Receloso" se levantó del suelo en que hasta entonces había permanecido, y con aire de humildad, la espalda encorvada y la cabeza baja, pasó por frente a los dos jefes.

Cuando llegó a la puerta se detuvo y dijo así:

—¡Don José! ¡Don Luis! Adiós para siempre. Les agradezco con toda el alma el favor que acaban de hacerme perdonándome la vida. Hasta hoy he sido un miserable, digno de recibir una muerte vil; pero desde ahora voy a ser hombre honrado, voy a trabajar para poder llevar alta la frente, como la llevan los seres que tienen limpia la conciencia.

—Así sea—dijo irónicamente Roméu—. Te conozco mucho y sé hasta dónde puede llegar tu arrepentimiento. Por lo que pueda suceder en lo futuro, te advierto que procures no encontrarte otra vez con mi guerrilla, pues lo que no te ha pasado ahora es fácil que te sucediera entonces.

El "Receloso" salió de la habitación; Roméu y Luis se asomaron al remate de la escalera para decir a Andrés y a la "Trinidad" que no detuvieran a aquel hombre, y que uno de ellos le acompañara hasta las afueras del pueblo para impedir que alguien le hiciera daño.

Los cuatro guerrilleros acogieron aquella orden con extrañeza, pero la cumplieron inmediatamente.

El "Hijo" acompañó al "Receloso" hasta las afueras de Millares, y allí le abandonó.

El miserable anduvo algunos pasos; pero de pronto volvió la vista hacia el pueblo, que apenas si se distinguía en la obscuridad.

—¡Ladrones! ¡Canallas!—dijo en voz baja y con rabia—. ¡Me han robado lo que podía haber sido la base de mi fortuna! Estos que se llaman hombres honrados son unos miserables. Con su honor y sus miramientos le impiden a uno que prospere. ¡Y aún me querían fusilar! ¡Cobardes! Juro a Dios, guerrillero de los infiernos, que tan duro te mostrabas para concederme la vida, que no he de parar hasta que consiga perderte.

XIX

Continúa la campaña.

La guerrilla salió al día siguiente de Millares y se encaminó al valle de Cofrentes.

Por fin don Lesmes se consideró tranquilo, pues Roméu le instaló con su hija y criada en la ermita donde vivía su familia.

Aquel día fué de alegrías para el escribano.

Por la mañana el comandante y Luis le entregaron el bolsón que le había robado el "Receloso", y por la noche le alojaron en aquella ermita, que por su soledad le parecía el lugar más hermoso del mundo.

Como ya había dicho Luis la noche anterior, el curial reparó un tanto en recibir los cuatro mil duros, diciendo que la cantidad robada ascendía a más, pero al ver que Roméu adivinaba su perversa intención, le pareció prudente no insistir más y se reembolsó su dinero.

El intrépido guerrillero pasó algunas horas al lado de sus hijos y de aquella esposa que le adoraba, y después dió orden de partida.

Roméu quería permanecer poco tiempo con la guerrilla en aquel lugar, pues comprendía que de lo con-

trario hubiera podido excitar la atención de los franceses hacia aquel punto.

Cuando salió del valle de Cofrentes recorrió varios pueblos inmediatos, y por fin fué a situarse en Dos Aguas.

Apenas alojadas sus fuerzas en dicho punto, recibió una noticia que no pudo menos de indignarle.

El comandante Villart-Laguerrie, al retirarse con su columna a Requena después de la derrota sufrida en Millares, tropezó en la "Muela de Oro" con un amigo de Roméu, don Isidro Galcerá, que mandaba una de las partidas auxiliares de éste; pero que en aquella ocasión sólo estaba al frente de una docena de labriegos que había reclutado en uno de los pueblos cercanos.

El triunfo del francés era de esperar, pues todavía se hallaba al frente de unos doscientos hombres entre infantes y de caballería.

Aquel puñado de patriotas fué exterminado en su mayor parte, y don Isidro Galcerá cayó en poder del comandante francés.

Villart-Laguerrie era muy conocido en el Ejército imperial por sus bárbaras hazañas, y en aquella ocasión demostró una vez más hasta qué punto llegaba su crueldad.

El mismo, llevado de sus salvajes instintos, abofeteó al valeroso patriota, y después mandó que algunos soldados le mataran con las bayonetas.

La bárbara orden se cumplió, y Galcerá murió con el pecho atravesado a bayonetazos y revolcándose en un mar de sangre.

Al saber la noticia Roméu, rugió de coraje.

Aquel hecho bárbaro le hizo perder la frialdad que era en él habitual, y para vengar a su amigo, tan vilmente asesinado, y desalojar el furor que se abrigó en su pecho, tomó una resolución tan radical como justa en aquellas circunstancias.

Dirigió a Suchet y a los comandantes de todos los destacamentos franceses de la provincia una comunicación en la que les decía que el asesinato de Galcerá reclamaba una reparación sangrienta que él estaba di-

puesto tomar, y que mandaría fusilar a los seis oficiles franceses que más pronto cayeran en sus manos.

Cuando el mariscal Suchet recibió el oficio en su despacho, no pudo menos de enfurecerse.

La audacia de aquel comandante de guerrillas que tan serenamente desafiaba su poder y que siempre lograba escapar de las persecuciones de los franceses y derrotarlos cuando presentaba la batalla, exasperaba al mariscal del Imperio.

Juró que aquel reto desigual, y por lo mismo deshonroso para él, acabaría muy pronto, pues Roméu no seguiría mucho tiempo en la provincia.

Remitió órdenes amenazadoras a todos los comandantes de los destacamentos para que cuanto antes, y por los medios que creyeran más oportunos, derrotaran a Roméu y le hicieran prisionero; y al mismo tiempo expidió un edicto ofreciendo una buena recompensa para aquel que presentara al jefe de guerrillas vivo o muerto.

Todos los comandantes franceses del sudoeste de la provincia comprendieron que el derrotar a Roméu era empresa de gran honor y que podía aumentarles la graduación, y por lo tanto, se dispusieron a marchar otra vez sobre él, aunque algo inseguros de alcanzar el triunfo.

Jacomet, que, como ya sabe el lector, era el prototipo de la osadía, fué el primero en marchar sobre Dos Aguas.

Roméu no ignoraba lo que estaba sucediendo.

Por sus espías había tenido noticia de la orden de Suchet y del edicto publicado. Como tenía la convicción de que los enemigos no tardarían mucho en buscarle, permaneció en Dos Aguas, aunque tomó mayores preauciones que antes.

Una mañana, el "Hijo", que era siempre el que desempeñaba el cargo de vigía avanzado, dijo a Roméu que Jacomet con quinientos hombres iba acercándose al pueblo, y que sólo se hallaba de éste a unas dos leguas de distancia.

El guerrillero saguntino, que era siempre muy

pronto en combinar su plan de campaña, mandó tocar llamada, y después de reunidas sus fuerzas, salió del pueblo.

Solamente tenía a sus órdenes los trescientos hombres escasos que habían tomado parte en la emboscada de Millares.

Con ellos se situó a una media hora de Dos Aguas, en un punto que el camino se extendía entre dos montañas haciendo un pronunciado recodo.

Roméu dispuso que ciento cincuenta infantes coronasen las alturas.

Aquellos guerreros de manta y trabuco obedecieron inmediatamente, y todos vieron cómo subían monte arriba en línea recta y venciendo cuantas dificultades encontraban al paso.

Al lado de Roméu quedó poco más o menos igual número de hombres que el que había subido a tomar posiciones a lo alto de la montaña.

El comandante espoleó su caballo y se adelantó solo hasta donde empezaba el recodo para examinar el resto del camino.

Nada se veía en él; ni la menor mancha ensuciaba allá en el horizonte el puro azul del cielo.

Después volvió otra vez a la partida y se colocó al lado de Luis, que ya tenía el sable desenvainado y estaba al frente de la Caballería.

—A ver si hoy tienes más suerte—dijo Roméu a Roca.

—¿Qué quieres decir, José?—contestó Luis.

—Que pronto veremos a Jacomet. Vamos a ver si hoy no escapa tan felizmente como en otras ocasiones.

—En eso estaba yo pensando. Cuando carguemos sobre los franceses voy a caer únicamente en la parte donde a él le vea. No quiero hoy retirarme del campo del combate sin que uno de los dos haya sentido el peso del sable del otro.

—Es osado el tal Jacomet. Debe de tener mucha confianza en sí mismo, cuando después de la derrota de Millares todavía viene a buscarnos.

—Aquí encontrará el premio de su osadía.

Después de esto los dos callaron.

Transcurrió mucho tiempo sin que nada sucediera.

El silencio era completo. Sólo de vez en cuando se alteraba con el relincho de algún caballo, el retintín de las espuelas de los jinetes y las palabras sueltas de algún guerrillero que hablaba sin dirigirse a nadie.

Allá arriba agitaron un pañuelo. Roméu comprendió la señal.

Los tiradores que ocupaban las alturas le avisaban la proximidad de los franceses.

Efectivamente, la columna que mandaba Jacomet iba acercándose lentamente.

El comandante francés, escarmentado por la sorpresa de las Ventas de Buñol y la emboscada de Millares, avanzaba con mucha precaución, temiendo a cada instante ser víctima de alguna astucia de los guerrilleros.

A alguna distancia de la columna marchaban como exploradores unos treinta granaderos al mando de un oficial.

Cuando este grupo llegó cerca del recodo del camino, pareció presentir que allí se hallaban los españoles, y se detuvo.

Miraron a las alturas y vieron a los guerrilleros que estaban prontos para hacer fuego.

Los granaderos volvieron la espalda para ir a incorporarse a la columna.

Esta seguía avanzando. Cuando llegó al mismo lugar que había ocupado la avanzada, Jacomet mandó hacer alto.

Aquella actitud de la guerrilla le sorprendía.

Hasta entonces Roméu siempre le había derrotado como guerrillero; por sorpresa y aprovechando sus conocimientos del país.

Ahora le presentaba franca batalla sin emboscarse.

El francés se dispuso a pasar aquel desfiladero tortuoso que formaban las montañas oprimiendo al camino entre sus vertientes.

Ordenó a la Caballería que se detuviera, y forman-

do a la Infantería en columna de ataque, mandó calar la bayoneta y avanzó por el camino.

Reinaba un silencio en aquel instante verdaderamente sepulcral, interrumpido solamente por el rumor acompasado que producían los pasos de los franceses en el camino.

Aquellas líneas de bayonetas inclinadas hacia adelante brillaban al sol, y parecían, vistas desde arriba, un lago de metal fundido y centelleante.

De pronto todo cambió, y al silencio siguió un estruendo y confusión espantosos.

Los guerrilleros que ocupaban las alturas hicieron una descarga cerrada que resonó en el espacio como un trueno, y que los ecos de los montes repitieron a larga distancia.

Los franceses no contestaron a ella. Algunos de los suyos rodaron por el suelo; pero, a pesar de esto, la columna siguió avanzando hacia el recodo del camino.

Después de la descarga, los tiradores comenzaron un fuego graneado y certero, que hacía muchas víctimas en los franceses.

Estos llegaron, por fin, a la entrada del recodo.

Entonces ocurrió una cosa que dió un carácter más tumultuoso a aquel combate.

La entrada del desfiladero vomitó una masa que se agitaba, corría y brillaba al sol, y que, vista de lejos, semejaba un espantoso monstruo.

La componían infantes y jinetes, y las armas de unos y otros reflejaban los rayos del sol.

El suelo temblaba bajo los pies de hombres y caballos.

Aquella masa chocó muy pronto con las ordenadas filas francesas.

Los combatientes de una y otra parte no eran muy numerosos comparados con los grandes ejércitos cuyas batallas son el asunto de inmortales epopeyas; pero aquella lucha, por el empuje de unos y la resistencia de otros, era muy digna de una descripción homérica.

El suelo parecía temblar; el eco repetía allá lejos el estruendo de las descargas y la gritería, y entre las

nubes de polvo se veían manchas negras que se agitaban furiosamente como sombras diabólicas y ráfagas de luz que producían los sables y las bayonetas al moverse.

Aquel espectáculo terrible, al par que sublime, duró como unos diez minutos.

Los tiradores que ocupaban las alturas abandonaron sus posiciones, y casi rodando, bajaron hasta el camino. Vistos de lejos, parecían una legión de saltamontes.

Aquella gente que entraba de refresco en la pelea pareció decidir el éxito de ésta.

Los franceses comenzaron a cejar ante aquellos hombres mal armados.

Sin embargo, Jacomet consiguió detenerlos y que resistieran por más tiempo el empuje de los españoles.

El combate, a pesar de su corta duración, había ya llegado a ese punto verdaderamente bestial que convierte a los hombres en fieras, y en el cual se cometen los actos más horribles y espeluznantes.

Las huestes contrarias estaban confundidas; no existían límites entre ambas fuerzas, y los hombres, juzgando inútil cargar el fusil, se batían con arma blanca.

Aquel que perdía la bayoneta o la rompía en un pecho enemigo, se valía del fusil como de una maza, y a culatazos deshacía el cráneo al que tenía más cerca.

Algunos guerrilleros sentían desprecio hacia las armas, y prefiriendo batirse a brazo partido, se abrazaban al francés que tenían más cerca y con él rodaban por el suelo, llenando de furiosos mordiscos el rostro de su contrario y haciendo crujir sus costillas entre sus nervudos brazos.

Roméu, que era de los que más se habían internado en la columna francesa, había perdido su caballo, que cayó traspasado por las bayonetas, y apoyando un pie en el cadáver de éste, con la cabeza descubierta y el traje en desorden, se batía a sablazos con algunos granaderos que le acosaban. A su lado estaba el "Espíritu Santo", que había arrojado el fusil, y armado

solamente de una descomunal navaja, saltaba con la agilidad del mono sobre el francés que tenía más cerca y le hundía el arma en el pecho.

Luis, seguido de algunos jinetes, pugnaba por romper el grupo de franceses que rodeaban a Jacomet, y aunque no lo conseguía, hacía muchos estragos en sus enemigos.

El "Hijo" cargaba a la bayoneta allí en donde veía más de tres franceses agrupados; y en cuanto al "Padre", semejante a un guerrero antediluviano, blandía su colosal hacha y hendía cráneos o cortaba brazos. A su alrededor se había formado un círculo en el que nadie se atrevía a entrar. Los franceses habían cobrado un terror casi supersticioso a aquel gigante que, ennegrecido por el humo de la pólvora y dando furiosos gritos, parecía en aquel instante un monstruoso aborto del infierno.

La resistencia de los franceses comenzaba a desaparecer.

Eran muchos los que escapaban a través de los campos, o se retiraban para unirse al escuadrón de Caballería francesa que estaba a retaguardia.

Jacomet, viéndolo todo perdido, dió orden de avanzar a la Caballería.

Pero la orden no pudo efectuarse.

La Infantería francesa estaba completamente desbandada; así es que en el mismo instante en que la Caballería se disponía a cargar, vió venir sobre sí a toda la guerrilla.

El resultado fué inmediato. El miedo cundió entre la Caballería, y volviendo grupas, los jinetes escaparon sin atender a las destempladas voces de Jacomet.

El campo quedó por los españoles.

Ningún francés intentó ya resistirse, y todos buscaron en la ligereza de las piernas la salvación de su vida.

Jacomet, al comprender que iba a quedarse solo, picó espuelas a su corcel, que salió escapado por el camino arriba.

—¡Aguárdate, miserable!—le gritó Luis, que le ha-

bía visto huir y le seguía a todo galope de su caballo—. ¡Aguárdate, o te mato como un perro por la espalda! De ésta no te escapas.

El capitán francés seguía haciendo correr su caballo y se encogía de hombros como si despreciara las palabras de Roca.

Este obraba siempre en todos sus actos con nobleza, pero al ver aquella demostración del francés y que seguía corriendo, sintió que la rabia le cegaba, y sacando una pistola del cinto, apuntó e hizo fuego.

Jacomet se tambaleó en la silla, mas después se tendió sobre el cuello y se agarró a las crines.

El francés estaba herido, pero la detonación de la pistola parecía haber animado más a su caballo, y el noble bruto corría cada vez con más velocidad.

La distancia entre Jacomet y Luis se hacía por momentos mayor.

Roca comprendió que le era imposible alcanzar a su enemigo, y que alejándose tanto de la guerrilla, corría el peligro de caer prisionero de los mismos fugitivos. Por esto se detuvo y volvió hacia atrás.

Roméu le aguardaba ya montado en un caballo que los franceses habían dejado abandonado.

El comandante estaba alegre.

—Nuestra estrella no se nubla—dijo a Luis—. Está visto que los franceses jamás lograrán derrotarnos.

—Buena paliza les hemos dado hoy—contestó Roca.

—¿Y tú has logrado encontrar a Jacomet?

—Sí; ahora vengo de perseguirle.

—¿Se ha escapado?

—Sí, por mi desgracia.

—No se puede negar que ese truhán es afortunado.

—Pues hoy no lo ha sido tanto. Lleva en su cuerpo un recuerdo de una de mis pistolas.

—¿Lo has muerto?

—No lo sé con certeza.

Y Luis relató a su amigo todo cuanto había sucedido.

—Pronto sabremos—dijo Roméu cuando Roca terminó su relación—si Jacomet ha muerto. Ahora vol-

vámonos a Dos Aguas y descansemos, que pronto iremos a buscar a los franceses, si es que ellos no vienen a visitarnos antes.

La guerrilla emprendió la vuelta hacia Dos Aguas.

El entusiasmo de la partida era grande, y todos sus individuos estaban deseosos de llevar a cabo una nueva expedición contra los franceses.

Conforme había prometido Roméu a su amigo, no se detuvieron mucho en Dos Aguas.

Al día siguiente la partida salió de este punto, proponiéndose hacer una correría por toda la provincia.

Roméu recorrió al frente de los suyos muchos pueblos.

Subió al norte de la provincia y sorprendió algunos puestos militares y no pocos convoyes; después bajó hasta cerca de Liria y derrotó una pequeña columna francesa que encontró a su paso.

Los comandantes de varios destacamentos se unieron para perseguir a la guerrilla; pero por más esfuerzos que hacían para envolverla, ésta se escapaba siempre, se desvanecía casi a sus ojos; y cuando menos lo esperaban, sentían que les atacaba por la espalda.

Las tropas francesas de Buñol no formaban parte de aquellas columnas que perseguían a Roméu.

Este había sabido por conducto de uno de sus espías que el capitán Jacomet sólo tenía una herida de relativa gravedad.

Esta noticia desesperó a Luis, que creía haber dado muerte a su enemigo.

A pesar de todo, Jacomet guardaba cama, y como no podía salir al campo de expedición, tuvo que encomendar sus tropas al coronel Meuche, comandante del puesto de Requena.

Este militar, que jamás se había medido en el campo de batalla con Roméu, deseaba tropezar con el guerrillero, creyendo que de él saldría vencedor.

Los comandantes franceses sólo tenían deseo de vencer a aquel valeroso y afortunado guerrillero, pues derrotar a éste equivalía a una victoria muy digna de proporcionar al vencedor la banda de general.

La guerrilla se había corrido a Siete Aguas, y se encontraba, por tanto, entre Buñol y Requena, o sea entre dos fuertes destacamentos franceses que de un momento a otro podrían caer sobre ella y destrozarla.

A pesar de esto, Roméu permanecía confiadamente en su posición.

El guerrillero tenía la audacia del que aparentemente está descuidado y en realidad vigila y está siempre pronto para moverse.

Aquella actitud engañó al coronel Meuche.

Confiadamente marchó sobre él al mando de una columna compuesta de seiscientos infantes y cien caballos en la mañana del 30 de mayo.

Roméu había dado órdenes la mañana anterior para que se unieran a él algunas partidas que pululaban por las cercanías.

Con este aumento, la guerrilla de Roméu llegó a constar de cuatrocientos hombres.

El encuentro se verificó entre Siete Aguas y Requena.

Inútil será el describirlo, pues fué tan corto como decisivo.

Roméu, al avistar a los enemigos, cargó con furia sobre ellos sin darles tiempo para ponerse a la defensiva.

Ya sabemos quiénes eran los guerrilleros cuando se trataba de desbaratar las filas enemigas.

El coronel Meuche hizo grandes esfuerzos para que sus tropas no se desbandaran; pero, por fin, la derrota se consumó y los franceses huyeron, dejando los más de ellos sobre el campo de batalla sus armas y sus caballos.

Después de conseguir la victoria, Roméu volvió a dividir sus fuerzas.

Le parecían mucho cuatrocientos hombres, e hizo que otra vez emprendiesen sus correrías por la provincia en pequeñas partidas.

Andrés se retiró con su partida de infantes; las demás también se separaron, y últimamente sólo que-

daron con Roméu unos cuarenta jinetes y la "Santísimama Trinidad" como destacamento explorador.

Antes de salir de Siete Aguas, Roméu supo por un labriego que entre los jefes de las partidas dependientes de su guerrilla, y que operaban en los pueblos cercanos a Liria, reinaban algunas discordias que dificultaban el éxito de su misión.

Ya hacía tiempo que las partidas españolas sufrían ese grave mal.

Apenas se separaban de la guerrilla de Roméu para operar independientemente, surgían entre sus jefes un cúmulo de cuestiones y competencias que se agigantaban hasta el punto de convertir en enemigos a los guerrilleros.

Muchas veces las partidas evitaban el encontrarse, porque sabían que de reunirse en algún pueblo acabarían a tiros y a bayonetazos.

Roméu, comprendiendo la importancia que revestían aquellas desavenencias, acordó cortarlas cuanto antes.

Mandó órdenes terminantes a los jefes de guerrillas más revoltosos para que, sin pérdida de tiempo, comparecieran ante él, y designó el pueblo de Sot de Chera para punto de reunión.

El comandante dió orden a su partida para salir con dirección a dicho pueblo.

La "Trinidad" salió una hora antes para marchar de avanzada.

XX

Camino de Sot de Chera.

Para aquellos hombres acostumbrados a interminables marchas que duraban dos o tres días, aquella jornada de Siete Aguas a Sot de Chera era casi un paseo de recreo.

La "Trinidad" salió del primer pueblo a paso rápido, pero cuando estuvo en el camino amenguó la marcha notablemente.

Acababa de salir el sol; un sol de junio rojo y des-

lumbrador, cuyos rayos llenaban el espacio de un calor sofocante.

La "Trinidad" no hacía gran caso del calor, pues estaba acostumbrada a todos los rigores y variaciones de la atmósfera.

No creo que debemos correr mucho—dijo el "Hijo"—, pues la partida aún tardará en emprender la marcha.

—¿Sabes a qué vamos a Sot de Chera?—preguntó el "Padre".

—No lo sé.

—Yo sí—dijo el "Espíritu Santo"—. Anoche, cuando estaba acostado en un portal de la plaza de Dos Aguas, vi cómo pasaban por mi lado el comandante y don Luis y escuché lo que decían.

—¿Qué decían?—preguntó con indiferencia el "Hijo".

—Que vamos a Sot de Chera—contestó el muchacho—para que comparezcan algunos jefes de partida que, a lo que parece, son enemigos.

—Ya sé quiénes serán los llamados: el "Chato", el "Fraile" y "Patas". Merecen que el comandante les dé una buena reprimenda.

—Lo que yo haría—dijo el "Padre"—es quitarles el mando y enviarlos a casa. Los hombres ambiciosos y poco obedientes no sirven para nada.

—¡Gracias a Dios que has hablado una vez bien! —exclamó el "Hijo"—. Esas palabras no deben de ser tuyas.

—Es verdad; se las oí un día al comandante.

—Ya decía yo...—murmuró el "Hijo".

Después de esto reinó un largo intervalo de silencio.

El rumor que producían las pisadas de los tres hombres era lo único que se oía.

El "Espíritu Santo", que nunca se resignaba a permanecer mucho rato silencioso, se puso a canturrear algunas coplas patrióticas, que en aquella época siempre estaban en boca de los españoles.

De vez en cuando, para aumentar su distracción,

cogía una piedra del camino y la arrojaba a gran distancia.

De este modo caminaron cerca de una hora, siempre entre montañas, que ora eran escuetas y pedregosas, ora estaban cubiertas en sus laderas por frondosas plantaciones de algarrobos y olivos.

El "Espíritu Santo" miraba a todas partes, más que por interés, por esa costumbre ya instintiva en los que ejercen una continua vigilancia.

De pronto el muchacho creyó ver a alguna distancia un hombre que iba a salir al camino, pero que al distinguirles, se había escondido detrás del tronco de un algarrobo.

El pequeño guerrillero lo hizo notar inmediatamente a sus compañeros.

—El que nos ve y se esconde—dijo el "Hijo"—será porque nos teme.

—Bueno sería—dijo el muchacho—que diéramos una corrida y lo alcanzáramos.

—No está mal pensado; vamos allá.

Y los tres, al decir esto, empezaron a correr con dirección al punto donde se había escondido aquel hombre.

Este debió de verlos, por cuanto salió inmediatamente del escondrijo y se dió a correr a través de los campos.

Los dos hombres siguieron corriendo como antes, pero el muchacho siguió una línea oblicua para atajar el paso a aquel desconocido.

Mas todo fué inútil. El fugitivo, que no iba embarazado con el peso de las armas, corría más que los guerrilleros, y cada vez la distancia que les separaba era mayor.

El "Espíritu Santo" era el que más corría de los tres, y, por tanto, el que iba más cerca de aquel hombre. Por esto mismo lo reconoció inmediatamente.

—Ya lo he conocido—gritó a sus compañeros, sin cesar de correr—. En el "Receloso".

—¿El "Receloso"?—contestó el "Padre"—. Pues hazle fuego.

El bandido trepaba monte arriba, y al oír que aquellos hombres le habían reconocido aumentó todavía más su marcha.

Corrían en línea recta, y el temor de ser alcanzado por los guerrilleros le hacía marchar por sitios de pendientes que únicamente podían servir de camino para una cabra.

De lejos parecía una lagartija trepando por una pared ruinosa.

El "Espíritu Santo" se detuvo, descolgó su fusil del hombro, apoyó la culata contra la cara, afirmó los pies y oprimió con el índice el gatillo.

Pero no hizo fuego, porque el "Receloso" desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

El muchacho se quedó apuntando como sorprendido por aquella desaparición.

Durante aquellos instantes de incertidumbre se reunieron con él los dos compañeros.

—¡Adelante!—gritó el "Hijo"—. Subamos allá arriba. Ese miserable se habrá escondido en algún hoyo.

Los tres continuaron corriendo.

A los cinco minutos llegaron al lugar donde había desaparecido el "Receloso".

Los guerrilleros tuvieron que detenerse.

Bajo sus pies el terreno sufría una depresión de algunos metros.

Sin duda, el bandido se había arrojado al fondo de la hondonada y, una vez en ella, se escapó.

El "Hijo" permaneció algunos instantes pensativo, y por fin dijo:

—Es inútil que continuemos la persecución. Ese canalla se ha escapado. Cumplamos nuestra obligación de exploradores, y olvidémonos del "Receloso". Ese miserable se ha burlado de nosotros.

Los tres guerrilleros, bastante mohinos, bajaron la pendiente de la montaña y volvieron a entrar otra vez en el camino.

Entre ellos no se cruzaba la menor palabra, y co-

nocíase, por la contracción de sus rostros, que estaban malhumorados.

El pequeño grupo continuó caminando.

El "Espíritu Santo", para desahogar su rabia, cantaba como antes.

En cuanto al "Padre", en aquellos instantes, con las cejas fruncidas y el rostro hosco, parecía la imagen de la venganza.

El sol iba avanzando en su carrera.

Cuando llegó a su cenit y dejó caer sus rayos verticalmente, el calor se hizo insoportable.

A pesar de esto, los tres guerrilleros continuaban caminando con la misma rapidez.

La naturaleza estaba en calma. No soplaba la menor ráfaga de aire, y los insectos zumbaban en el espacio, como para recordar que el mundo no estaba muerto bajo aquella capa de flúido fuego que le envolvía.

No se divisaba en lontananza más que árboles y peñascos.

Ni un solo ser viviente venía a alterar la monotonía de aquel paisaje.

Sólo allá, en el último límite del camino que en aquel paraje se extendía, en línea recta, más de una legua, distinguíase una pequeña mancha blanca, que lo mismo podía ser una nube de polvo que un jirón de vapor de los muchos que flotaban en el azulado éter.

Aquello excitó la atención del muchacho, pues al poco rato hizo que se fijaran en él sus dos compañeros.

—Debemos aguardar a ver qué es eso—dijo el pequeño guerrillero.

—Creo—contestó el "Hijo"—que no tiene duda que aquello es polvo. Alguien viene hacia aquí.

—¿Serán franceses?

—No lo creo. Por esta parte sólo pueden estar las columnas francesas de Requena, y éstas, después de la paliza que las dimos, no ha muchos días, no tendrán ganas de salir al campo.

—¿Qué crees tú que puede ser?—preguntó el "Padre".

—¡Qué se yo! Pero no tardaremos mucho en saberlo.

Los tres guerrilleros siguieron avanzando, aunque no con tanta rapidez como antes, y teniendo siempre fija la vista en aquel punto.

Hubo un instante en que ésta comenzó a verse más amplificada.

Era una nube de polvo, en el centro de la cual se veían muchos puntos obscuros.

—Es una partida de Caballería francesa—exclamó el "Hijo".

—Lo mismo puede ser eso que un convoy—arguyó el muchacho.

—¿Qué hacemos?—preguntó el "Padre".

—Yo creo que debemos atacarles.

—Cállate, muchacho. Esperemos a que estén más cerca, para ver ciertamente quiénes son.

—¿Y si fuera una columna enemiga? Debemos volver atrás inmediatamente, para avisar al comandante.

Después de esto, los tres callaron.

La mancha de polvo fué creciendo y acercándose.

Ya no se destacaba sobre el cielo que se extendía sobre el remate del camino, sino sobre la superficie de éste.

El "Hijo", que tenía una vista de águila, reconoció en aquella mancha negras siluetas de carros, mulos cargados y hombres a caballo.

—Es un convoy—dijo.

—Pues a un convoy se le sorprende—contestó el muchacho.

—No sé si seremos suficientes nosotros.

—Piense usted en que, si no lo hacemos, nuestro honor irá por los suelos y padecerá nuestro prestigio.

—Se hará lo que se pueda. Ahora, a un lado del camino.

Los tres guerrilleros se emboscaron en un olivar cercano al camino.

—Aquí estamos bien—dijo en voz baja el "Hijo"—. Tú, muchacho—continuó, dirigiéndose al "Espíritu Santo"—, cuando estén cerca, te subes a uno de estos árboles y miras si con el convoy viene mucha gente para defenderlo.

—Está bien. No tardarán mucho en llegar. Ya oigo el ruido.

Efectivamente, aunque lejano, se escuchaba un confuso rumor producido por el rechinar de las ruedas y las pisadas de los caballos.

A los oídos de los guerrilleros también llegaron, aunque bastante amortiguados, los cantos de los bagajeros del convoy.

—Anda arriba—ordenó el "Hijo" al muchacho.

Este obedeció inmediatamente, y, agarrándose al tronco de un olivo, subió por él con la agilidad de un mono, escondiéndose después entre el ramaje.

Transcurrieron algunos instantes sin que se oyera otra cosa que el ruido, cada vez mayor, del convoy que se acercaba.

—¿Ves bien?—preguntó el "Hijo" desde abajo.

—Sí—contestó el muchacho.

—¿Viene mucha gente?

—Hasta unos seis gendarmes a caballo custodian el convoy.

—Mira bien; me parece que no debe de ir tan mal guardado.

—No me engaña la vista; por más que miro, sólo veo seis gorras de gendarme.

—Baja, pues.

El muchacho se deslizó por el tronco, y apenas tocó el suelo con los pies, dijo:

—¿Qué hacemos ahora?

—Sorprender el convoy.

—De eso me encargaré yo.

—¿Tú?

—Yo: sí, señor. Parece que usted me conozca de ayer, cuando tanto se extraña de una cosa tan natural para mí.

—Lo que has de hacer es estarte escondido du-

rante la sorpresa. Yo sé muy bien cómo se hacen estas cosas. Sale uno al camino, da orden para que el convoy se detenga y, en el entretanto, los compañeros están emboscados a los lados del camino.

—Este era mi plan, sólo que yo deseo ser el que dé la voz de alto.

—Eso no puede ser. El que salga a la carretera es preciso que intimide a los del convoy, y tú eres un muchacho cuya figura sólo puede excitar risa.

El "Espíritu Santo" se puso serio y calló. Aquellas palabras habían herido profundamente su amor propio de hombre terrible.

—Tú—continuó el "Hijo", dirigiéndose al "Padre"—, tú debes encargarte de salir al camino.

—Haré lo que tú quieras.

—Sales y apuntas con el trabuco a los que vengan delante. Allá veremos lo que pasa luego.

Después de esto, aquellos audaces guerrilleros esperaron.

El convoy estaba ya a poca distancia de ellos. Se oían claramente las voces y las canciones de los que en él iban.

A los pocos momentos, el "Hijo" vió, a través de los árboles, la cabeza del convoy, que avanzaba e iba a estar junto a ellos.

—¡Ahora!—dijo, empujando al "Padre" hacia el camino.

El gigante, con un dedo puesto en el gatillo de su trabuco, y pronto a hacer fuego, se situó en el centro del camino, a pocos pasos del convoy.

Su aparición causó un efecto inmediato.

Los dos gendarmes que marchaban delante detuvieron sus caballos, y lo mismo hicieron con sus carros y bestias de carga algunos bagajeros.

Aquel movimiento de retroceso se operó en todo el convoy.

Los anillos de la colosal serpiente que se arrastraba por la carretera, se estremecieron, y aquélla cesó de avanzar.

Reinó un corto instante de confusión, que se au-

mentó con la voz del "Padre", que dijo imperiosamente:

—¡Alto! Todo el mundo pie a tierra.

Los dos gendarmes parecieron dispuestos a obedecer, pero indudablemente reflexionaron, y, conociendo la debilidad de su enemigo, se arrojaron sobre él.

El coloso no esperó más al ver aquello; echándose el trabuco a la cara, apuntó e hizo fuego.

Uno de los caballos se encabritó, lanzando relinchos de dolor, y después cayó al suelo con su jinete.

Al mismo tiempo que sonó la espantosa detonación, comenzaron a aparecer nuevos gendarmes, abriéndose paso por entre el convoy.

El "Hijo", recordando lo que momentos antes había dicho el muchacho, esperaba que salieran cuatro más, pero su sorpresa fué grande cuando vió aparecer, uno tras otro, cerca de veinte jinetes enemigos.

Aquellos gendarmes irían a la cola del convoy, y por esto no los había visto el "Espíritu Santo", o tal vez el buen deseo de éste le había hecho cometer una enorme inexactitud al contarlos.

De todos modos, la "Trinidad" se encontraba en una situación peligrosísima.

El "Hijo" comprendía que era imposible luchar por mucho rato con tan considerable número de enemigos, y por esto se arrojó también al camino, gritando al "Padre":

—Retírate. Acabas de descargar tu trabuco y estás desarmado. Huye, que yo protegeré tu retirada.

El "Padre", que consideraba a su compañero como a un ser superior, fué a obedecerle; pero en aquel instante cayeron sobre ellos los veinte gendarmes.

El "Hijo" hizo fuego; pero apenas salió el tiro sintió un fuerte golpe en la cabeza, sus ojos se anublaron, tambaleóse y notó que por su rostro comenzaba a chorrear la sangre.

Acababan de darle un tremendo sablazo en la cabeza.

El guerrillero iba a caer al suelo, cuando el "Pa-

dre" lo cogió con uno de sus robustos brazos y lo levantó en alto.

Después empuñó su tremenda hacha de combate, y dando algunos golpes y parando no pocos sablazos con ella, rompió el cerco de caballos y, saliendo del camino, echó a correr a través del olivar.

Los gendarmes fueron a perseguirlos, pero en el mismo instante se sintieron detenidos por un nuevo accidente.

A sus espaldas había sonado otro tiro, y uno de sus compañeros cayó del caballo, bañado en sangre.

Todos se volvieron y pudieron ver a un muchacho que tenía en sus manos un fusil todavía humeante, al que estaba poniendo la bayoneta.

El "Espíritu Santo" hacía muecas a los gendarmes y les dirigía palabras de desprecio.

Todos los franceses, llenos de furor, cargaron sobre el muchacho.

Aquel átomo iba a desaparecer bajo el peso de aquella tromba de caballos, hombres rabiosos y sables levantados.

Pero cuando los jinetes cayeron sobre el punto que ocupaba el pequeño guerrillero, éste ya, de un salto, se había arrojado fuera del camino y corría en dirección opuesta a la que habían tomado sus dos compañeros.

El plan del muchacho era salvar a éstos atrayendo toda la atención de los franceses sobre él.

Los gendarmes se lanzaron en su seguimiento.

El muchacho se guareció tras el tronco de un árbol, y allí cargó el fusil.

Los franceses le dirigieron una verdadera lluvia de sablazos; pero éstos dieron en la culata de su fusil o en el tronco del árbol, alrededor del cual giraba el muchacho para servirse de él como de un escudo.

La tierra de aquellos campos estaba recién labrada; así es que los caballos no podían andar sin dificultad sobre ella, pues sus piernas se hundían bastante.

El "Espíritu Santo", cuando comprendió que en

aquel lugar no podía defenderse más, se separó de él y fué a ampararse de otro árbol.

Pero apenas esto hizo, vió venir sobre sí a uno de los gendarmes que llevaba mejor cabalgadura.

El muchacho se vió perdido. Le faltaban aún bastantes pasos para llegar a otro árbol que le ofreciera defensa, y ya sentía a su espalda el resuello del fatigoso caballo.

Comprendía que sólo un instante podía tardar el sablazo en caer sobre él, y por esto se arrojó al suelo.

El caballo pasó sobre el "Espíritu Santo", sin que le hiciera daño alguno, y entonces éste se levantó del suelo.

Pero en el mismo momento, otro gendarme cayó sobre él.

El muchacho, como antes ya hemos dicho, había cargado su fusil; así es que apuntó e hizo fuego casi a quemarropa sobre el francés.

Este cayó del caballo con el pecho atravesado.

Aquello excitó el furor de los gendarmes, que atacaban con más rabia al muchacho que si se encontraran frente a una guerrilla.

El "Espíritu Santo" se libraba de ellos e iba retirándose, valido de su astucia y agilidad.

Aquel combate original parecía la lucha entre una hormiga y varios elefantes.

Los franceses intentaban aplastar a aquel muchacho; pero éste se escapaba por entre los pies de los caballos, y tan pronto saltaba como se arrastraba por el suelo.

El "Espíritu Santo", retirándose y huyendo del ataque de los franceses, iba subiendo monte arriba por la parte que éste estaba cultivado.

Pero llegó a un punto en que terminaban los árboles y donde no se veía más que peñascos y malezas.

El muchacho comprendió que aquel terreno era el más a propósito para salvarse o recibir la muerte.

Todo consistía en encontrar pronto un lugar inaccesible para la caballería, y en el que pudiera estar a cubierto de alguna descarga.

Los franceses, comprendiendo que por allí podía escaparse, le cerraban el paso; pero el muchacho se dispuso a jugar el todo por el todo, y arrojándose como una fiera sobre el gendarme que tenía más cerca, dió un bayonetazo al caballo; éste se encabritó; después cayó de rodillas, y mientras tanto el pequeño guerrillero, dando saltos, salía del campo y entraba en aquella cima de la montaña calva de árboles y pedregosa.

Por allí les era muy difícil el marchar a los franceses, pues se exponían a que sus caballos resbalaran y cayeran al dar cada paso.

Los gendarmes permanecieron como indecisos por algunos instantes, viendo cómo el muchacho se alejaba a todo correr y cantando por aquellas escabrosidades; mas al fin uno de ellos sacó una pistola de los arzones y apuntando hizo fuego.

Los demás compañeros le imitaron, y durante algunos instantes se oyó un vivo fuego graneado.

El muchacho se detuvo algunos momentos y vaciló, por lo que los franceses creyeron que le habían muerto y que iba a caer al suelo; pero su sorpresa fué grande cuando vieron que seguía corriendo.

El muchacho había sido herido en un hombro, y por entre su haraposa chaqueta comenzaba a correr la sangre.

El "Espíritu Santo" sintió desfallecimiento, pero continuó corriendo, y por fin fué a esconderse detrás de una gran peña, desapareciendo de la vista de los franceses.

Estos permanecieron aún algunos instantes inmóviles, pero por fin emprendieron el descenso de la montaña.

El muchacho asomó su cabeza por encima del peñón y vió cómo se alejaban los gendarmes.

Desde aquel lugar se veía claramente el camino y el convoy, que estaba detenido en el centro de él.

Los franceses recogieron el cadáver del compañero que les había muerto el "Espíritu Santo", y después bajaron al camino.

El muchacho, desde su escondrijo, vió cómo surgía de un campo inmediato al camino un hombre que él reconoció inmediatamente.

Era el "Receloso".

Este se puso a hablar en francés con el sargento que mandaba los gendarmes.

El bandido le enteró rápidamente de quiénes eran aquellos tres osados que habían intentado detener convoy y de la proximidad de la guerrilla de Roméu, a la que la "Trinidad" servía de avanzada.

Asimismo le aseguró que momentos antes había visto desde una cumbre cercana algo brillante allá muy lejos, que debía de ser la partida del terrible guerrillero.

Según los cálculos del "Receloso", la partida de Roméu debía de encontrarse a una media legua de distancia.

El sargento, al saber la proximidad de Roméu, quedóse perplejo, no sabiendo qué partido tomar; pero por fin el "Receloso" le sacó de su indecisión diciéndole que a toda prisa volviera atrás con el convoy, y que al llegar a cierto punto del camino tomara la dirección de Liria para evitar el ser alcanzado.

El sargento dió inmediatamente orden para verificar tal proposición.

Todo el convoy volvió sobre sus pasos, y poco a poco se fué alejando.

El "Receloso" también se alejó con ellos.

Al poco rato aquella confusión de hombres, caballos y vehículos desaparecía dentro de una nube de polvo que al alejarse se iba haciendo cada vez más pequeña.

Los franceses apresuraban la marcha para evitar el ser alcanzados por la partida de Roméu.

El "Espíritu Santo" abandonó al poco rato su escondrijo y comenzó a descender hacia el camino.

El muchacho perdía mucha sangre por su herida del hombro y sus piernas flaqueaban; pero a pesar de esto seguía andando animosamente.

De vez en cuando algunos gotas de sangre se escurrían por bajo de la chaqueta y venían a caer sobre alguna piedra.

Aquella era la primera vez que le herían.

El pequeño guerrillero sentía que las fuerzas le abandonaban y que el fusil se le hacía por momentos más pesado.

A pesar de todo esto no quería arrojar el arma y seguía adelante.

Cuando llegó al camino no vió a nadie.

—¿Dónde estarán ésos?—dijo en voz baja el muchacho—. ¡Dios mío, que vengan pronto, si no creo que voy a morir! A ver si acuden.

Y después de decir esto hizo un esfuerzo y silbó de una manera especial.

Aquel silbido era la señal que se hacían los tres camaradas cuando deseaban encontrarse.

No tardó en responderle otro silbido, aunque lejano.

El muchacho, juzgando por la dirección del agudo sonido, comprendió que sus compañeros venían por detrás del olivar, en el que antes se habían emboscado.

El "Espíritu Santo" se sentó en el suelo y allí esperó.

No tardaron mucho en aparecer el "Padre" y el "Hijo". Este llevaba vendada con un gran pañuelo la herida de la cabeza y su rostro estaba limpio de sangre.

El gigante daba el brazo a su compañero, que se apoyaba con fuerza para andar.

Los dos guerrilleros, sonriéndose, se acercaron al sitio donde el muchacho estaba sentado, pero al notar que su chaqueta estaba empapada de sangre, palidecieron, pues le profesaban un cariño verdaderamente paternal.

—¿Qué tienes?—le preguntó el "Hijo" soltándose del brazo de su compañero e inclinándose sobre el pequeño—. ¿Te han herido?

—Sí; tengo un balazo en un hombro que he salido con tan poco de tan mal paso.

El "Hijo" se volvió entonces al gigante y le dijo:

—Haz con éste lo que has hecho conmigo. Véndale la herida.

El "Padre", sin decir nada, cogió al muchacho en brazos y atravesó el camino, internándose en el olivar. El otro herido le siguió.

Atravesaron varios campos, y por fin se detuvieron junto a una pequeña fuentecilla que nacía al pie de una montaña.

El "Padre" dejó al joven en el suelo y le quitó el chaquetón. Apareció entonces la camisa roja por la sangre de que estaba empapada.

El improvisado cirujano separó la camisa y apareció el hombre lleno de sangre coagulada. Le lavó la herida, y cuando aquella parte del cuerpo quedó limpia, él y el "Hijo" la examinaron detenidamente.

—Tienes el hombro atravesado, chiquillo—dijo este último—. Eres afortunado, pues te evitas el que te extraigan la bala, operación siempre dolorosa.

Por los orificios de la herida manaba sangre sin cesar.

—Pierdes mucha sangre — continuó diciendo — y por eso estás tan débil. Tú, véndale cuanto antes.

El "Padre" obedeció la orden. Se quitó el zurrón de la espalda y sacó de él un lienzo sucio, que rasgó, improvisando vendajes.

Cuando éstos quedaron sobre la herida atados por las forzudas manos del gigante, la hemorragia cesó.

El muchacho se sintió algo mejor y quiso levantarse, pero el "Padre" le dijo:

—No te incomodes; yo te llevaré en brazos, pues estás muy débil.

Y uniendo la acción a la palabra lo tomó entre sus brazos. Además, el "Hijo" se apoyó como antes. El gigante se sonrió bondadosamente y dijo:

—Voy a ser el sostén de vosotros dos. Por fortuna, he salido ileso. Si llegan a herirme a mí, nos lucimos.

Los tres salieron otra vez al camino y allí se sentaron.

—Aguardemos aquí a la partida—dijo el "Padre"—. Vosotros no podéis continuar a pie hasta Sot de Chera, y en la partida iréis montados a la grupa con cualquier compañero.

Transcurrió más de media hora sin que se notara la proximidad de la guerrilla.

Por fin apareció allá en el último límite del camino, marchando muy despacio.

Cuando la partida estuvo cerca del lugar que ocupaba la "Trinidad", Roméu, que marchaba al frente, no pudo menos de extrañarse al verlos.

—¿Qué hacéis aquí?—les preguntó.

Los tres guerrilleros se levantaron entonces del suelo, la partida se detuvo y el "Hijo" explicó al comandante todo cuanto había ocurrido.

Cuando Roméu supo que delante de ellos marchaba un convoy que fácilmente podía apresar, sintió deseos de alcanzarlo y apoderarse de él; pero luego pareció reflexionar y se dijo en voz baja:

—¿Para qué?... He sorprendido ya tantos convoyes, que esto no me dará nueva gloria. Vamos a Sot de Chera, que allí me llama el deber.

El comandante dió orden de continuar la marcha.

Los dos heridos montaron a la grupa con dos compañeros, y el "Padre" se puso junto al caballo de Roméu.

Después la partida rompió la marcha.

* * *

A la caída de la tarde la guerrilla entró en Sot de Chera.

Desde una altura inmediata al pueblo un hombre contemplaba cómo aquel grupo de hombres y caballos iba siendo absorbido por la pequeña aglomeración de casas.

El tan hombre, de monte en monte y siempre flanqueando el camino, había ido siguiendo paralelamente la partida desde un poco más allá del lugar en

que la "Trinidad" intentó sorprender el convoy, hasta Sot de Chera.

Cuando vió que el último guerrillero entraba en el pueblo, abandonó el altozano y se alejó diciendo con alegría:

—¡Quedaos en Sot de Chera! Descansa, comandante infame, que no dejas a los hombres ganarse una fortuna. Dormid todos, que yo me encargo de despertaros esta noche.

Aquel hombre era el "Receloso".

XXI

Prisioneros

A las doce de la noche el coronel Saint-Georges, comandante del puesto militar de Liria, se paseaba por su habitación fumando en una pipa de regulares dimensiones que llenaba de humo el ambiente.

Era un militar de carácter rudo y de temperamento atlético que había pasado la mejor parte de su vida sobre el caballo cargando sobre alemanes, ingleses, rusos, italianos o españoles.

Saint-Georges estaba a aquellas horas verdaderamente irritado.

Una hora antes había llegado al pueblo el convoy que intentó detener la "Trinidad", y el coronel no pudo menos de indignarse al escuchar la relación del sargento de gendarmes que mandaba aquella conducción.

El jefe francés estaba furioso. ¿Tan poco valían los guerreros del Imperio, que tres españoles se atrevían a sorprender un convoy custodiado por un destacamento de viejos gendarmes?

Además, el que el convoy hubiera tenido que volver a su primitivo punto de salida por temor a encontrarse con la partida de Roméu, le causaba bastante desesperación.

Bajo la presión de tales noticias estaba Saint-Georges cuando se paseaba fumando por la habitación.

Aquello no podía seguir así, y él juraba y perju-

raba por su sable, que había estado en las más célebres batallas, que limpiaría el país de "brigants".

Cuando sonaron las doce de la noche en un reloj de pared que había en la estancia, Saint-Georges fué a ceñirse su sable para salir a visitar las avanzadas y convencerse por sus propios ojos de que el pueblo estaba bien vigilado; pero antes de que tal hiciera, la puerta se abrió para dejar paso a un coracero.

Este se cuadró saludando militarmente al jefe, y dijo en francés:

—Mi coronel, acaba de llegar de Liria un hombre que desea veros.

—¿Quién es?

—No lo sabemos. Va con un traje roto y polvoriento, y tiene todo el aspecto miserable del que vive hace algún tiempo en la montaña.

—Será español...

—No lo sabemos de cierto. Habla bien el español y el dialecto del país; pero también posee el francés como cualquiera de nosotros.

—Será un aventurero.

—Eso será.

—¿En dónde le tenéis?

—En el cuerpo de guardia.

Decidle que suba.

El coracero se retiró, saludando otra vez.

Al poco rato Saint-Georges oyó pasos que se acercaban, y vió por fin entrar en la habitación un hombre que parecía un mendigo a causa de su aspecto desarrapado.

Saludó con humildad al coronel y se quedó erguido junto a la puerta, dando vueltas a su gorra entre las manos.

—¿Qué es lo que quieres?—le preguntó el francés en su idioma y con acento imperativo.

—Señor—contestó aquel hombre, también en francés y con entonación humilde—. Vengo a haceros una importante revelación.

—¿Quién eres tú?

—Ni yo mismo lo sé, mi coronel.

—¿Cómo te llamas?

—Jamás he tenido un mismo nombre por mucho tiempo; últimamente mis compañeros me llamaban el "Receloso".

—¿Quiénes eran tus compañeros?

—Los guerrilleros. Yo he servido hasta hace poco a las órdenes de D. José Roméu.

—¡Eres guerrillero y vienes aquí! ¿Qué es lo que quieres?

—Ya os he dicho que haceros una confidencia.

—Habla, pues, y dilo pronto todo.

—Mi coronel, yo vengo de Sot de Chera y he visto que en este pueblo se prepara a pasar la noche la partida de Roméu con su jefe.

—¡Por Cristo! ¿Es verdad eso que dices?

—No he añadido ni una sola falsedad. He visto yo mismo cómo Roméu, con su partida, entraba en Sot de Chera.

—¿Lleva mucha gente?

—Un escuadroncillo de cuarenta caballos.

—Poca resistencia puede ofrecer con tales fuerzas.

—Ninguna, si es que sabemos sorprenderla. Además, la partida parecía muy cansada.

Durante unos instantes los dos permanecieron silenciosos, hasta que por fin dijo Saint-Georges:

—Pero yo estoy hablando contigo sin conocerte por otra cosa que por lo que me has dicho. Tú debes de ser pájaro de cuenta, pues tienes cara de pícaro.

—No lo niego. Tengo una historia larga y no muy limpia.

—¿Y cómo voy yo a fiarme de ti? Así como dices que quieres vender a Roméu, podía ser que estuvieras convenido con éste y quisieras llevarme a mí y a los míos a Sot de Chera, donde los españoles estarían emboscados y nos derrotarían.

—Mi coronel, tengo motivos para desear la muerte de Roméu, y a vos no os conozco más que desde este momento, y, por lo tanto, no os puedo odiar.

—¿Te ha hecho a ti algo Roméu?

—Me quiso fusilar no hace muchos días, y después me arrojó de la partida.

—Y por esto le odias. Ya parece que tengo más confianza en ti.

—Y si la queréis tener mayor, llamad al sargento de gendarmes que mandaba el convoy que hoy ha tenido que volverse a Liria desde mitad del camino, y preguntadle quién le ha avisado de la proximidad de la partida de Roméu.

—¿Has sido tú?

—Sí, yo. Ya comprenderéis que ha sido un buen servicio. Si el convoy adelanta media legua más, cae en manos de Roméu.

—Me convenzo de que eres un buen muchacho. Vamos a tratar de la sorpresa. ¿Conoces el camino más corto para ir de aquí a Sot de Chera?

—Sí, mi coronel; yo conozco todas las veredas y senderos de la montaña.

—¿En cuánto tiempo pueden mis soldados trasladarse allí?

—En seis horas. Ahora son las doce; si partimos inmediatamente, al romper el día podemos estar dentro de Sot de Chera. Es la mejor hora, pues los encontraremos a todos durmiendo.

—Voy, pues, a dar órdenes para que se dispongan las tropas a marchar.

El coronel fué a salir de la habitación, pero el "Receloso" lo detuvo, diciendo:

—Perdonad, mi coronel, pero yo tenía algo más que deciros.

—Habla pronto, y no perdamos tiempo.

—La Comandancia general de Valencia ha ofrecido una recompensa para el que entregue a Roméu, vivo o muerto.

—Descuida, que serás recompensado.

—No es eso. Es que yo quisiera algo más.

—¿Más aún?—dijo Saint-Georges con extrañeza—. Mira que la recompensa no bajará de cinco o seis mil francos.

—Yo quiero algo más que el dinero. Antes forma-

ba parte de la Policía francesa, y tuve que marcharme de Valencia a causa de algunas calumnias que me levantaron y por las cuales el barón de Mazzuchelli me quería fusilar.

—Comprendo; harías alguna jugada de las tuyas y el barón del Imperio querría deshacerse de un pícaro como tú. ¿Y qué es lo que ahora quieres?

—Deseo volver otra vez a ingresar en la Policía.

—Expondré tu pretensión al general cuando tengamos en nuestro poder a Roméu, y yo creo que accederá.

—Haced lo que podáis por mí, coronel.

—Descuida. Ahora vamos a lo más interesante; a preparar la sorpresa. Aguárdame tú aquí.

—Si vais a preparar la gente para marchar a Sot de Chera, no os olvidéis de un detalle que contribuirá a que la sorpresa sea completa. Mandad que un destacamento de gendarmes se vista con trajes del país. Esto contribuirá mucho a la sorpresa, pues podremos entrar en el pueblo diciendo que somos una guerrilla del país, y sin que se extrañen los centinelas.

Saintg-Georges asintió con un movimiento de cabeza a esta idea y salió de la habitación ordenando al "Receloso" que se sentara.

Al poco rato reinaba en las calles de Liria el movimiento que producen las fuerzas armadas al reconcentrarse.

Hasta la habitación que ocupaba el "Receloso" llegaban, en completa confusión, las voces de mando, los toques de corneta y el rumor de pisadas junto con el chocar de culatas contra el suelo.

A la media hora ya estaba de vuelta el coronel. Cuando entró volvióse al "Receloso" y le dijo:

—Baja a la calle, que está ya todo dispuesto.

—Tened la seguridad de que mañana estará Roméu en vuestro poder.

—Tú vas a servir de guía. Voy a presentarte a Turlot, el jefe del batallón del 14.° de infantería de línea, quien irá al mando de las fuerzas.

El coronel y el bandido salieron de la habitación, y al poco rato llegaban a la plaza Mayor de Liria.

Allí estaban formados en cuatro columnas mil ochocientos setenta hombres.

Saint-Georges todavía no juzgaba suficiente tal número para sorprender a cuarenta y dos españoles.

El jefe francés presentó al "Receloso" al comandante Turlot.

Inmediatamente las cornetas dieron la señal de partir, y aquellas cuatro columnas, una tras otra, fueron saliendo de la plaza.

El "Receloso" marchaba al lado del comandante.

Cuando las cuatro columnas anduvieron por la carretera como media hora, retorcieron a la izquierda y comenzaron a caminar por las montañas, siguiendo torcidos senderos o veredas casi invisibles.

Dejemos que las cuatro columnas se dirijan a Sot de Chera, y vamos nosotros a este pueblo en alas del pensamiento, vehículo el más rápido de todos los conocidos.

En el pueblo reinaba la tranquilidad más completa.

Los guerrilleros, que estaban muy cansados por las marchas y el combate de los últimos días, se acostaron apenas llegaron a Sot de Chera.

Roméu estableció algunas avanzadas en los alrededores del pueblo, y además un cuerpo de guardia en la plaza.

El comandante ocupó la mejor casa del pueblo.

En la cocina de dicha casa se acostaron el "Hijo" y el "Espíritu Santo", que sufrían una fuerte calentura a causa de sus heridas.

Luis quedó encargado de velar para que la vigilancia fuera completa, y se estableció en el cuerpo de guardia de la plaza.

El "Padre" le acompañaba siempre que de hora en hora salía a las afueras para vigilar las avanzadas.

En los ratos que permanecía en el cuerpo de guardia, Luis hablaba con el "Padre".

Al joven le alegraban las ingenuidades inocentes

de aquel gigante, que encerraba dentro de su cuerpo un alma de niño.

Cuando las sombras de la noche comenzaron a desvanecerse, Roca, que estaba sentado a la puerta del cuerpo de guardia, se quedó dormido.

El "Padre" lo contemplaba con aquel respeto que siempre le inspiraban todos los seres superiores.

Las sombras de la noche se iban desvaneciendo, y en el espacio comenzaba a difundirse una tenue claridad.

Las fachadas de las casas, hasta entonces borradas por la obscuridad, comenzaban a destacarse empapadas de una luz algo confusa y fría.

La luz que brillaba dentro del cuerpo de guardia era cada vez más débil.

A aquella hora un hombre entró en la plaza y se dirigió directamente a Luis.

—¿Qué ocurre?—le preguntó el "Padre".

—Vengo en busca de D. Luis. Está a la vista del pueblo una partida que parece de españoles y que al vernos a los que formamos la avanzada se han detenido.

El gigante, conociendo la importancia de aquello, despertó a Luis.

Este, apenas se enteró de lo que sucedía, levantóse prontamente del asiento y se dirigió, seguido del "Padre", a la salida del pueblo.

En tanto, en el punto que ocupaba la avanzada de la guerrilla ocurría una cosa importante.

Aquella partida que parecía de españoles avanzó, rodeando a los seis hombres que formaban la avanzada.

Estos no se extrañaron mucho, porque creían que aquellos hombres eran pertenecientes a alguna guerrilla que venía a reunirse con la de Roméu; pero su sorpresa fué grande cuando vieron que se arrojaban sobre ellos y los desarmaban haciéndolos prisioneros.

En aquel instante viéronse las alturas que rodeaban el pueblo coronadas de tropas francesas que encerraban como en un anillo a Sot de Chera.

Aquella partida que parecía compuesta de españoles y que, como ya habrá comprendido el lector, eran gendarmes franceses disfrazados en unión de una compañía de soldados del 14.º de línea, penetró en el pueblo sin que nadie lo notara.

Luis y el "Padre", que, como ya hemos dicho, se dirigieron a las afueras, no tardaron en encontrarse con los franceses.

Los dos guerrilleros quedaron sorprendidos a la vista de aquello.

Luis tiró del sable y el "Padre" empuñó su hacha, pues llevaba descargado el trabuco.

Un sinnúmero de fusiles apuntaron a los dos hombres.

Entonces se oyó una voz que gritó:

—¡No tiréis, si no despertaremos a la guerrilla! ¡A la bayoneta sobre ellos!

Aquella voz era la del "Receloso".

El grupo de franceses corrió hacia el lugar que ocupaban los dos patriotas.

Estos estaban perdidos si intentaban resistirse.

Sus enemigos pasaban de cien, e indudablemente los coserían a bayonetazos contra las paredes antes de que pudieran defenderse.

Luis, comprendiendo esto, gritó a su compañero:

—¡Todo está perdido! ¡Huyamos!

Y diciendo esto echó a correr, seguido de su compañero.

Sólo algunos franceses los siguieron. Los demás se dividieron en pequeños grupos y llamaron a las puertas de las casas en que suponían que podía haber guerrilleros.

Cuando Luis y el "Padre" llegaron a la plaza, perseguidos siempre por los franceses, vieron que del cuerpo de guardia se había apoderado otro grupo de éstos que, sin duda, se deslizó hasta allí por otra calle.

Aquello acabó de descorazonar a Roca.

Estaban perdidos, y no había más salvación que huir del pueblo.

Los dos guerrilleros experimentaban entonces esa

impresión que sufren aún los más valientes ante una sorpresa o una traición consumada.

El pánico se apoderó de ellos; de su pensamiento se borró el recuerdo de sus amigos, y sólo pensaron en correr y salvar su vida cuanto antes.

Luis entró en una callejuela, por la que se salía del pueblo; el gigante le siguió.

Por fin, después de correr algunos segundos que les parecieron siglos, salieron al campo.

Como las columnas francesas cercaban el pueblo, los dos fugitivos se encontraron con un grupo de coraceros que, al verlos, lanzaron sobre ellos sus caballos.

Con la velocidad que da la desesperación, siguieron corriendo, amenazados por los sables que esgrimían aquellos centauros, cuyas corazas brillaban a la naciente luz del día.

Las desigualdades de los campos por donde se efectuaba aquella furiosa carrera favorecía a los fugitivos, pues el pelotón de caballería avanzaba con bastante dificultad.

Luis y el "Padre" corrían hacia un barranco que estaba cerca del pueblo, confiando en que por aquel lugar les sería fácil el evadirse.

A los pocos minutos llegaron al borde del barranco.

Los fugitivos no vacilaron en arrojarse a él, y cayeron rodando por la sinuosa ladera hasta llegar al fondo pedregoso.

Inmediatamente se levantaron como si no hubieran sufrido con la caída, y siguieron corriendo para trepar por el lado opuesto del barranco.

Los coraceros se detuvieron al ver cómo los guerrilleros se escapaban por el otro lado del precipicio.

En tanto que Luis y el "Padre" se alejaban corriendo, dentro de Sot de Chera se iba desarrollando aquel suceso que empezaba por una sorpresa y debía acabar por una hecatombe.

Los franceses abrían las puertas de algunas casas o rompían a culatazos las de otras para sacar a los guerrilleros que en ellas estaban alojados.

La mayor parte de los españoles fueron sorpren-

didos en la cama y durmiendo profundamente.

El "Receloso", seguido de unos treinta hombres, gendarmes disfrazados y soldados de línea, entró en la casa que habitaba Roméu.

La puerta de la calle estaba entornada, pues el jefe de la guerrilla lo disponía siempre así, por si tenían que ir a comunicarle algo a altas horas de la noche.

El grupo de franceses penetró primero en la cocina, y allí encontró, acostados en el suelo sobre algunas pieles, al "Hijo" y al "Espíritu Santo", que tenían al descubierto los vendajes de sus respectivas heridas.

El oficial que mandaba el pelotón, conociendo que aquellos hombres por su estado no podían ofrecer gran resistencia, mandó que se quedaran junto a ellos dos soldados.

Los heridos se despertaron al escuchar las órdenes del oficial, y al ver a la luz tibia del crepúsculo que se filtraba por la puerta, la cocina llena de franceses, fueron a levantarse, a pesar de la debilidad que sentían, y a defenderse; pero algunas bayonetas, cuyas puntas se apoyaban sobre sus pechos, les obligaron a permanecer inmóviles sobre las pieles, como estatuas yacentes.

El destacamento francés siguió adelante y subió la estrecha escalera que conducía al piso superior.

Aquellos hombres andaban con tanta precaución que apenas si se oía el ruido de sus pasos.

Llegaron al piso superior. Los que marchaban a la cabeza de aquella larga fila de hombres y bayonetas, sintieron al llegar a aquel punto una extraña emoción.

Iban a encontrarse con Roméu, con aquel guerrillero invencible que contaba los combates por victorias y que era la pesadilla de todos los comandantes franceses de la provincia.

Aquel valiente guererro iba a ser vencido de una manera traidora, sólo propia de bandidos. Para hacerle prisionero subían más de treinta y él estaba solo.

El oficial que mandaba el grupo, joven, de rostro franco y simpático, debía de pensar esto, por cuanto se ruborizaba y parecía tener reparo en avanzar.

En una gran sala encontraron los franceses, acostados también en tierra, dos hombres con traje de labriegos.

Eran dos criados que acompañaban a Roméu desde pocos días antes.

A aquellos hombres los hicieron prisioneros y después se dirigieron a una puerta cubierta por una pobre cortina de sarga.

Aquella era la alcoba en que indudablemente dormía el comandante de la guerrilla.

El "Receloso" fué el primero que entró en ella, y después el oficial y algunos soldados.

Roméu estaba tendido sobre una pobre cama, completamente vestido y con botas y espuelas. Sin duda era tanto el sueño y la necesidad de descanso que sentía la noche anterior, que se arrojó sobre la cama, quitándose únicamente el sombrero.

De la cabecera de la cama pendía su sable, y sobre una silla se veían las dos pistolas.

El guerrillero dormía tranquilamente, y en su rostro estaba visible el sello de tranquilidad propio de los hombres nobles, que, juzgando a todos por sí mismo, viven sin recelo y creen que la humanidad es una inmensa reunión de hermanos.

Aquel grupo de hombres se detuvo junto a la cama y todos inclinaron la cabeza para verle mejor.

Roméu seguía durmiendo, y durante algunos instantes no se escuchó otra cosa que el ruido de su respiración.

El "Receloso" fué el primero que rompió aquella calma. De la faja sacó una gruesa cuerda, y con ella se puso a atar las manos del guerrillero.

Este entonces se despertó. Todo lo que sucedió después tuvo la velocidad del relámpago.

Roméu, al abrir los ojos, quedóse sorprendido; pero no tardó en recuperar su serenidad.

Con un esfuerzo hercúleo se arrancó de las manos la cuerda con que intentaba atarle el "Receloso", y a éste de un empellón lo arrojó a algunos pasos de la cama.

Después se incorporó y fué a coger el sable que pendía de la cabecera del lecho; pero antes de que tal hiciera se sintió cogido por muchos brazos, y tuvo que resignarse a permanecer inmóvil.

El valiente guerrillero se sintió anonadado, vencido; y comprendiendo que nada podía ya contra sus enemigos y que era su prisionero, bajó la cabeza con resignación.

Los franceses lo sacaron de la cama, le ataron las manos y, sin cubrirle la cabeza con el tricornio, lo bajaron a la cocina.

Allí el comandante de guerrillas vió de pie, y atados también, al "Hijo" y al "Espíritu Santo".

Los dos sufrían una fuerte calentura, y obligados a permanecer de pie entre los soldados, que de vez en cuando les dirigían groseros insultos o les daban golpes, tiritaban los infelices.

Roméu los miró con lástima. Los dos guerrilleros, al ver que su jefe también había sido hecho prisionero, bajaron la cabeza con desaliento.

Aquello era un golpe para ellos más terrible que todos los dolores físicos que sufrían en aquel momento.

El "Espíritu Santo" era el que más había sufrido al ser hecho prisionero.

Uno de los gendarmes difrazados que el día anterior marchaba con el convoy lo había reconocido, y para vengarse le abofeteó bárbaramente, dándole además algunos culatazos en el pecho.

El infeliz muchacho apenas si podía tenerse en pie, pues las piernas se le doblaban a cada instante.

A no haber estado el "Hijo" a su lado se hubiera arrojado al suelo; pero la presencia de aquel hombre, a quien tenía un respeto casi supersticioso, le hacía detenerse y permanecer firme.

El "Hijo" tenía el rostro impasible y la mirada incierta... Parecía un idiota.

Aquel terrible guerrero de la montaña, siempre vencedor, no podía salir de la sorpresa que le causaba el verse prisionero de aquellos a quienes él despreciaba

por lo mismo que siempre los había visto correr ante su bayoneta.

Apenas entró Roméu en la cocina, penetraron también en ésta el comandante Turlot y otros jefes de las cuatro columnas.

Todos los oficiales contemplaron a Roméu con curiosidad y respeto, aunque reprimido.

El oficial que mandaba el grupo que sorprendió a Roméu en la cama se acercó a Turlot, y saludándole con el sable, le dijo:

—Mi comandante, lo hemos cogido sin resistencia.

—¿Había alguien más en esta casa?—preguntó Turlot.

—Sí; aquí en la cocina esos dos heridos que, según lo que he oído a un gendarme, fueron los que ayer, acompañados de otro, intentaron detener nuestro convoy, y allá arriba hemos detenido otros dos que están sanos, aunque no llevan arma alguna.

Turlot permaneció unos instantes pensativo, y por fin, volviéndose a los oficiales, dijo así:

—La sorpresa ha terminado. Toda la guerrilla está ya en nuestro poder, excepto dos individuos que se han escapado no sé por dónde. ¿Cuántos hay prisioneros en la plaza?

—Cuarenta—contestó el oficial.

—Eso es; los cuarenta jinetes de la partida. Un guerrillero de la avanzada y el segundo jefe de la partida que, según creo, se llama Luis Roca, se han escapado.

Los oficiales hablaban en francés, y Roméu no conocía gran cosa este idioma; pero al oír el nombre de su amigo y ver cierto ademán que hizo Turlot, comprendió que Roca había logrado escaparse, de lo que se alegró bastante.

El comandante francés continuaba diciendo en tanto:

—Yo traigo órdenes precisas del coronel Saint-Georges que ejecutaremos inmediatamente. Aquí únicamente debemos respetar la vida de don José Roméu,

que será conducido a Valencia; los demás han de ser fusilados en seguida.

Los oficiales nada dijeron; pero en sus actitudes conocíase que estaban dispuestos a cumplir la orden al momento.

Turlot se volvió a Roméu y en español chapurrado le dijo:

—Va usted a salir ahora mismo para Valencia.

El guerrillero nada contestó, y el francés, en vista de esto, siguió diciendo con expresión brutal:

—Puede usted despedirse de sus compañeros, pues van a ser fusilados inmediatamente.

Roméu permaneció silencioso, y Turlot, ofendido por esto, volvióse a los gendarmes y dijo señalando a los dos guerrilleros heridos y a los dos criados de Roméu:

—Llevaos a éstos a la plaza para que los fusilen junto con los otros.

El comandante de guerrillas, al escuchar esto, rompió el silencio en que hasta entonces había permanecido, y mirando fijamente a Turlot, dijo así:

—Señor comandante, eso que ordena usted es indigno.

Turlot, que ya había vuelto las espaldas y se disponía a salir de la cocina, al oír aquellas palabras se detuvo, y fijando la mirada en Roméu, dijo:

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Estos hombres están heridos—gritó Roméu con energía—y los que se encuentran en tal estado son sagrados. Sólo un bandido mata a los heridos; un guerrero jamás comete tal alevosía.

El oficial francés permaneció algunos instantes indeciso, y por fin, contestó:

—Es verdad, don José. Los heridos deben respetarse. Mis superiores me han dado órdenes para que fusile a todos los guerrilleros a excepción de usted; pero como no han previsto el caso de que yo hiciera prisioneros a heridos, accedo a lo que me pide. Esos dos hombres irán con usted a Valencia, y ya dispondrán mis jefes lo que quieran.

Roméu hizo una ligera inclinación de cabeza como dando las gracias, y dijo:

—Algo más tengo que pedir a usted. Estos hombres tampoco deben ir a la plaza para ser fusilados.

Y al decir esto señaló a los dos criados, infelices y tímidos labriegos que temblaban de miedo al pensar la suerte que les esperaba.

—Son unos hombres—continuó diciendo el comandante—que no deben considerarles ustedes como enemigos. Jamás han empuñado un arma y han venido en la guerrilla como criados míos.

—Accedo también—contestó Turlot—. Que se vayan con usted a Valencia y allá se entenderán los jefes con todos.

Y luego añadió en voz baja:

—En último resultado sólo ganan algunos días de vida, pues de todos modos, nadie dejará de ser fusilado.

Después de esto el comandante francés dió algunas órdenes a sus oficiales.

Dos de éstos salieron de la cocina.

Transcurrió un buen espacio de tiempo sin que nada viniera a turbar el silencio que reinaba en aquella parte de la casa.

Vencedores y vencidos estaban inmóviles como estatuas. La luz del día había ya arrojado del cielo el último jirón de sombra y uno de los rojizos rayos del sol naciente penetraba hasta la cocina, haciendo brillar las bayonetas y los correajes de los franceses.

De pronto se oyó el galopar de muchos caballos en la calle, y por fin, se detuvo cerca de la puerta medio escuadrón de coraceros.

Al escuchar las pisadas de la caballería, Turlot dijo a Roméu:

—Estos soldados van a conduciros a Liria. Cuando gustéis será la partida.

—Vamos allá.

Todos salieron a la calle. El oficial que mandaba aquel destacamento sostenía las riendas de un caballo sin jinete.

Como Roméu llevaba las manos atadas, Turlot ordenó a dos gendarmes que subieran al guerrillero a caballo.

Cuando el comandante español estuvo montado, el destacamento emprendió la marcha.

Detrás del caballo de Roméu marchaban atados codo con codo los dos individuos de la "Trinidad", prisioneros, y los dos criados.

El "Hijo" y el "Espíritu Santo" caminaban resignados.

El comandante les dirigía miradas de lástima.

Antes de partir le habían rogado a Turlot que concediera un caballo a aquellos infelices que estaban heridos, pero el francés contestó diciendo que no había más cabalgaduras; y antes de que Roméu pudiera protestar de aquella inhumanidad, dió orden al jefe del destacamento para que emprendiera la marcha.

Aquel pelotón de jinetes, rodeando a los cinco prisioneros, atravesó la plaza del pueblo para salir de éste.

En aquel punto estaban reunidas dos de las cuatro columnas francesas. Aquellas agrupaciones de soldados ocupaban un lado de la plaza, y en el otro se veían atados con fuertes cuerdas y casi amontonándose sobre un ángulo, los cuarenta individuos de la partida.

Aquellos hombres estaban pálidos, pero serenos; y se conocía en todos que no temían a la muerte, pues estaban harto familiarizados con ella. Unos rezaban en voz baja, otros proferían juramentos y dirigían miradas de odio a los franceses, y un viejo con el rostro desfigurado por dos hondas cicatrices, cantaba a gritos canciones patrióticas y guiñaba el ojo alegremente a los que tenía a su lado.

En el centro de la plaza se había colocado una compañía de Infantería.

Los soldados preparaban sus fusiles para hacer fuego.

Roméu abarcó de una mirada aquel montón de héroes a quienes adoraba, y se conmovió hasta el punto de que las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¡Adiós, hijos míos!—gritó.

Los prisioneros, al oír la voz del comandante, se agitaron. De aquel montón de carne, que pronto iba a ser destrozado por el plomo, salió un confuso murmullo.

—¡Viva el comandante!—gritó uno de los guerrilleros.

—¡Viva!—contestaron todos.

Aquella aclamación no fué vibrante y gozosa, sino que tuvo mucho de fúnebre.

El pelotón de coraceros no se detuvo ni un instante en la plaza, así es que Roméu perdió de vista a los individuos de su guerrilla a los pocos instantes.

Cuando el destacamento salía al campo por la última calle del pueblo, sonó un espantoso trueno que conmovió las puertas y ventanas de las casas.

Era una descarga. En la plaza había comenzado el sacrificio.

Roméu tuvo que bajar la cabeza para que los franceses no vieran las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

En aquel instante se revolvían ensangrentados por el suelo aquellos valientes cuyo crimen consistía en amar mucho a su patria.

A los pocos momentos el trueno volvió a repetirse.

Roméu oyó hasta cinco descargas.

Cuando el destacamento se encontraba ya algo lejos de Sot de Chera, sólo se oyeron algunos tiros sueltos.

Los franceses remataban a los heridos.

Después ya no se oyó nada.

XXII

Entre cuatro paredes.

Muros de negruzca y áspera piedra; una bóveda en la que perpetuamente anidaba la obscuridad; una ventana, por lo profunda, semejante a un tragaluz y cubierta por triple reja, en cuyos barrotes las arañas lucían sus primores artísticos, tejiendo sutiles telas;

una puerta baja, chapada y robusta, llena de clavos; un cántaro, una mesilla sucia y desigual, dos sillas y un jergón de paja componían la estancia en la que Roméu se encontraba encerrado más de dos días.

El guerrillero de Sot de Chera había sido conducido a Liria.

Allí lo recibió Saint-Georges con las mayores consideraciones, y procuró por todos los medios el convencerle de que debía declararse en favor de los franceses.

Roméu no se dignó contestar a la sarta de necedades que le dirigió el coronel de coraceros.

Este se hallaba radiante de gozo al pensar que él había logrado hacer prisionero a Roméu, y cuando lo veía desarmado y abatido, aunque siempre firme ante su presencia, casi no daba crédito a sus ojos.

A las pocas horas de permanecer en Liria, el guerrillero y sus cuatro compañeros de infortunio fueron conducidos a Valencia.

Cuando el barón de Mazzuchelli tuvo noticia de que Roméu había sido hecho prisionero, se frotó las manos alegremente, y dijo a uno de sus ayudantes:

—¡Buen golpe! Desde hoy podemos enviar convoyes a todas partes, y los puestos militares no tendrán que vigilar tanto. El reino de Valencia queda ya libre de "brigants". Allá veremos cómo piensa ese Roméu cuando se halle aquí. Es un valiente a quien yo quisiera ver a nuestro lado.

Así que el guerrillero llegó a Valencia, lo encerraron en las cárceles de San Narciso en el calabozo que antes hemos descrito.

El "Hijo", el "Espíritu Santo" y los dos criados fueron conducidos a los departamentos en que se solía encerrar a los condenados por delitos comunes.

El primer día que Roméu pasó en aquella tenebrosa estancia, nadie fué a visitarle.

El guerrillero, acostumbrado a la vida nómada y llena de impresiones que hasta entonces había llevado, no podía conformarse a permanecer quieto entre aquellas cuatro paredes, que en algunos momentos le pa-

recían una mortaja de piedra que pesaba sobre sus carnes.

Semejante al león que sintiendo la nostalgia del desierto se agita y revuelve en la jaula, el héroe atravesaba a grandes pasos aquel reducido espacio, y en algunos instantes llegaba a golpear las paredes, como si con sus robustos brazos pudiera derribarlas.

Roméu se había despojado de su casaca, y llevaba al descubierto la camisa de fina batista bordada. Esta, los pantalones de ante y las altas botas de montar, constituían todo su traje.

Como antes hemos dicho, nadie había visitado totovía al desgraciado guerrillero, para el que transcurrían las horas lentamente.

El comandante sufría al encontrarse en tal situación. Aquel aislamiento le martirizaba, y deseaba más el ser fusilado que permanecer tanto tiempo abandonado entre cuatro muros.

En algunos instantes el infeliz pensaba en su esposa y sus pequeños hijos, que a aquellas horas estarían tranquilos ignorando la suerte del que tanto amaban.

Pero estos pensamientos se paseaban poco rato por su cerebro, pues inmediatamente surgían otros que les obligaban a desalojarlo.

Roméu pensaba en su patria, que se veía privada del brazo de un defensor que tanto había hecho por su independencia.

Cuando en su imaginación nacía la idea de que él podía estar encerrado mucho tiempo en aquel sitio, se enfurecía y aun llegaba a desesperarse por no poder echar abajo aquellas paredes y huir a la montaña, en donde otra vez renovaría su gloriosa carrera de triunfos y heroicidades.

Sin duda, los franceses querían tenerle aislado en aquel sitio por mucho tiempo con la idea de hacerle ambicionar la libertad, y de este modo, que la admitiera a cualquier precio el día en que le fuera ofrecida.

Al segundo día de permanecer en aquel calabozo, a la hora en que el sol todavía lucía en el espacio y

en aquel antro comenzaban a condensarse las sombras, Roméu oyó el chirrido que producían los cerrojos de la puerta al ser corridos. Poco después ésta quedó abierta y una luz rojiza se esparció en el calabozo, delineando en el muro frontero de la puerta, de una manera gigantesca y fantástica, las sombras de dos hombres.

Entraron en el calabozo, primero un viejo carcelero que llevaba en la mano un gran farol, y después un joven de rostro simpático, que vestía el uniforme del Estado Mayor francés.

El carcelero dejó el farol en el suelo, y después de saludar con un gruñido al oficial, salió del calabozo.

Roméu contempló fijamente al francés como para ver si en su rostro se traslucía el motivo que le llevaba allí.

El oficial estuvo algunos instantes inmóvil, como si aguardara que el guerrillero le dirigiera la palabra.

Comprendiéndolo así Roméu, resolvió salir de su silencio, y con la caballerosidad propia de su carácter, cogió una de las dos sillas que tenía en el calabozo e invitó al francés a que la tomara, diciéndole:

—Hágame usted el favor de sentarse.

El oficial se sentó, y Roméu hizo otro tanto.

—¿Puedo saber—continuó diciendo éste—a quién tengo el honor de hablar?

—Soy—contestó el francés—M. Gavilán, teniente adicto al Estado Mayor que manda el barón de Mazzuchelli.

—¿Y qué le trae a usted por aquí?—dijo Roméu, que deseaba que aquel hombre hablara con franqueza.

—Ante todo, vengo en nombre de mis jefes para pedirle a usted que les dispense el que le hayan dejado aislado tanto tiempo.

—No tengo de qué dispensarles, y me extraña esta petición, viniendo dirigida a un vencido. Yo no soy ya nadie para los jefes de usted. Cuando estaba libre en la montaña, era otra cosa; pero ahora..., ahora...

—Se engaña usted, señor. Mis jefes le aprecian a usted en todo lo que vale, y buena prueba de ello es

la satisfacción que han experimentado con su captura. El mariscal Suchet se hace lenguas a todas horas alabando los talentos militares y el valor de usted. Y no digamos nada del barón Mazzuchelli y del general Saint-Cyr; ésos le adoran y sienten en el alma el que dedique sus sobresalientes facultades a una causa tan desacreditada y agonizante como la que usted ha venido defendiendo hasta ahora.

Al escuchar esto, Roméu experimentó la misma sensación que un devoto al oír una frase sacrílega.

Tornóse pálido y fué a contestar algo que interpretara su indignación; pero se contuvo y únicamente se limitó a decir:

—Pues por esa causa lucharé mientras tenga un átomo de vida.

—Hará usted mal—contestó el francés—. Con su obstinación no logrará más que atraerse la muerte y por cierto bien infructuosamente. Si usted en su vida errante por montañas y pueblos no se ha limitado a cuidar únicamente de su guerrilla y ha podido enterarse de lo que sucede en la nación española, tendrá un claro conocimiento del estado de ésta. España es toda del rey José I.

—No lo sabía—dijo irónicamente Roméu.

—Se burla usted y no veo razón para ello. ¿Quién osa en estos instantes resistir a los Bonapartes?

—Todos los españoles.

—¡Bah! Usted entiende por todos los españoles algunas guerrillas exiguas que se pasean por las montañas y que exterminaremos cuando queramos; unos cuantos ilusos que se defienden tras las murallas de Cádiz, y ese ridículo ejército anglolusitanoespañol que manda Wéllington y que también destrozaremos cualquier día. He ahí todos los que defienden esa causa a la que usted ha dedicado la existencia. ¿No es lastimoso que un hombre de sus facultades las malgaste de tan censurable modo?

Roméu escuchó sonriendo lo que decía el teniente, y después de permanecer algunos instantes silencioso, dijo por fin:

—Veo que usted lleva muy bien aprendida la lección que le han enseñado sus jefes. Indudablemente Suchet y Mazzuchelli le han encargado la comisión de disuadirme, y siento decirle que yo soy hombre que jamás he retrocedido ante nada, que soy un buen ejemplar de la tenacidad española, y que, por lo tanto, pierde usted lastimosamente el tiempo.

—No puedo contestar nada a eso de mi comisión, pero lo que puedo asegurar a usted es que mis jefes lo quieren y que verían con mucho gusto el que usted fuera de los españoles que reconocen la legitimidad de José I.

—Yo soy un hombre honrado, y tal proposición me ofende.

—Piense usted bien que ese cambio no es ningún crimen, y que, por lo tanto, en nada podría empañar su honra. Otros españoles más ilustres que usted lo han hecho.

—Esos españoles podrán ser más ilustres, pero jamás consentiré que me comparen con ellos, pues no tienen lo que yo, amor a la patria, honradez y vergüenza.

—Exagera usted mucho, don José.

Roméu, al escuchar esto, se levantó de la silla, y con el rostro severo y acento reposado y digno, dijo:

—Señor oficial, usted, que indudablemente será hombre de honor y que habrá jurado fidelidad a las banderas de Francia, se sentiría ofendido si alguien le propusiera abandonarlas para servir a una causa enemiga; pues en el mismo caso me hallo yo. Yo soy un militar, soy un soldado de la patria. Cuando a mi pueblo natal llegó la noticia de lo que en Madrid había ocurrido el 2 de mayo de 1808, sentí en mí una impresión que todavía creo experimentar. Salí a la calle, arengué al pueblo, le armé, salí al campo, y desde entonces no he vuelto a tener descanso. Juré guerra a muerte a los franceses, y guerra a muerte les he hecho. Yo, el pacífico ciudadano que pasé tranquilo los primeros años de mi juventud enamorando a una mujer que hoy es mi esposa; yo, el cariñoso padre que palidecía de mie-

do cada vez que un hijo mío lloraba, y que me sentía próximo a desmayarme si veía un pequeño arañazo en alguno de sus tiernos miembros; yo, que era todo ternura y cariño, deseé ver correr la sangre, oír el estampido del cañonazo y hollar una alfombra de cadáveres; mi brazo necesitaba sembrar el exterminio, y todo este cambio fué porque vi a mi pobre patria sufrir bajo el peso de los ejércitos imperiales. Figúrese usted lo que sentiría si ofendieran a su madre; pues eso mismo experimento yo. La familia, los afectos, todo, todo terminó para mí. Me lancé al campo, y al mismo tiempo que batallaba, dejé oír mi voz en todas partes donde vi españoles, y fuí elocuente porque hablé inspirado por mi corazón, y el espíritu nacional estaba dentro de él. Levanté partidas, guié miles de hombres a la victoria o a la muerte y fuí para unos trompeta que les hizo despertar de su sueño, y para otros bálsamo de consuelo que cerró las heridas abiertas en el alma por la pérdida de algún ser amado. Al joven le grité: "Sal de tu indiferencia; la patria pide mártires"; y a la desconsolada viuda le dije: "¡Mujer!, ¿por qué lloras? Tu esposo ha muerto tan noblemente como moriría tu hijo defendiéndote a ti". Yo he llevado el movimiento a todas partes; de cada paso mío ha brotado una chispa que ha encendido el entusiasmo en los hombres aletargados, y no me enorgullezco de esto, porque no era yo quien lo hacía, no era Roméu, sino la santa patria la que daba fuerza a mi brazo, vigor a mi cuerpo y elocuencia a mi palabra. Por la patria he abandonado familia, fortuna y bienestar; he llevado a muchos hombres a la muerte; he obligado a mi mujer, a mis hijos a que anduvieran meses enteros errantes por las montañas, exponiendo su vida a cada instante, y el que tanto ha hecho por la causa española, el que tantos sacrificios ha llevado a cabo por la independencia nacional, ¿quieren ustedes que ahora se rinda y que falte a sus juramentos y que sea traidor a los valientes que duermen el sueño eterno después de alcanzar una muerte gloriosa en el campo de batalla? ¿Qué pueden ustedes ofrecerme en pago a mi traición?, la vida nada

más, y mi vida la he expuesto muchas veces para que yo pueda tenerle mucho aprecio. Comprenda usted, señor oficial, que las pretensiones de sus jefes son altamente ridículas.

Roméu, conforme iba diciendo esto, se había enardecido; su voz era vibrante, sus ojos brillaban con el fuego del entusiasmo, y en ciertos momentos las palabras salieron de su boca con tales inflexiones, que parecía que entonaba un canto heroico en honor de la patria.

El teniente le escuchó con la cabeza baja, y en las contracciones de su rostro conocíase que comprendía la verdad que encerraban aquellas palabras.

Cuando Roméu terminó de hablar, Gavilán se levantó e hizo ademán de retirarse.

—Me convenzo—dijo—de que la resolución de usted es inquebrantable y, por lo mismo, me retiro.

—Le doy a usted las gracias—dijo Roméu—porque me martiriza el que me propongan traiciones a mi patria.

—Adiós, señor Roméu. ¿Qué quiere usted que diga a mis jefes?

—Puede usted decirles que jamás accederé a sus pretensiones.

—Lo sentirán mucho.

—En pocas palabras puede usted pintar a Suchet el estado de mi ánimo. Diga usted al general que Roméu es un español, y un español que nació en Sagunto (1).

El teniente saludó con una inclinación de cabeza, y salió del calabozo.

El carcelero se llevó el farol.

Los cerrojos del pesado portón volvieron a cerrarse, y Roméu quedó solo y envuelto en la más profunda obscuridad.

Durante aquella noche y la mañana del día siguiente nadie fué a visitar al guerrillero.

Este se encontraba solo y se creía olvidado de todo el mundo.

---

(1) Estas palabras son rigurosamente históricas.

A pesar de esto había en Valencia quien trabajaba sin descanso por lograr su salvación y se interesaba por su suerte.

Roméu tenía dos amigos en Valencia, ancianos señores que le conocían desde que era niño.

Llamábanse don Manuel Domingo Morales y don Juan Alvarez Padilla, y eran oidor y fiscal de la Audiencia de Valencia, respectivamente.

Los dos señores, alarmados por los rumores que circulaban por Valencia sobre la suerte de Roméu, determinaron gestionar su perdón, y fueron a ver al mariscal Suchet.

Este, que estaba dispuesto a hacer grandes concesiones y a emplear mil medios para atraerse al guerrillero, al ver que unos amigos de Roméu le pedían que salvara a éste, cambió por completo, y tomó la actitud del que se digna por compasión otorgar una gracia.

Después de escuchar a los dos magistrados les dijo con tonillo irritante:

—Yo estoy dispuesto a acceder a lo que ustedes me piden si don José Roméu declara públicamente que ha sido seducido para tomar las armas contra los franceses, y que está dispuesto a prestar juramento de fidelidad al rey José I.

Y después añadió con voz amenazadora:

—De lo contrario, irá a morir en un patíbulo afrentoso. Esto lo tengo ya resuelto de una manera irrevocable.

Los amigos de Roméu arguyeron que éste era militar, y que, por lo tanto, se le debía considerar como prisionero de guerra, como se hacía con todos los oficiales españoles que caían en poder de los franceses; pero Suchet permaneció impasible ante tal argumento, y únicamente contestó, al mismo tiempo que se levantaba de su sillón, para dar a entender que la conferencia había terminado:

—Ya saben ustedes mi resolución: o reconoce a José I, o va a morir a la horca.

Los magistrados salieron del palacio del mariscal tristes y cabizbajos.

Conocían muy bien el carácter de Roméu; sabían lo inquebrantable que era en sus resoluciones, y, por lo mismo, veían próxima su muerte.

Los dos acordaron escribirle una larga carta, para convencerle, ya que no se les permitía el avistarse con él, pues Suchet quería que Roméu estuviera en la más absoluta incomunicación.

En la tal carta amontonaron todos los argumentos que la imaginación les sugirió para convencer al guerrillero, y después de escrita la entregaron a M. Gavilán, el oficial de Estado Mayor, que se comprometió a llevarla a su destino.

El teniente francés entró en el calabozo la tarde siguiente a aquella en que fué por primera vez.

Roméu leyó la carta de sus amigos con detención, y después, en un pedazo de papel que le entregó Gavilán, escribió con lápiz lo siguiente:

"Amigos míos: Jamás seré traidor a mi patria; yo prefiero morir antes que reconocer a otro rey que a mi legítimo e idolatrado Fernando VII.

José Roméu."

Los magistrados se entristecieron más al leer tal contestación. La muerte de su amigo era ya segura.

Aquellas líneas escritas por Roméu llegaron el mismo día a ser conocidas por el mariscal del Imperio.

—Testarudo es el tal español—dijo Suchet—, pero yo juro por mi honor que le obligaré a deponer su altivez.

Y como primera medida dispuso que al día siguiente, 11 de julio, se celebrara un Consejo de guerra ante el que compareciera Roméu.

El Consejo se celebró por la tarde.

El guerrillero fué conducido al Parque, donde se había instalado la comisión militar que estaba presidida por el barón de Mazzuchelli.

En la mañana de aquel mismo día Roméu había ya prestado declaración en su calabozo de las cárceles de San Narciso, ante un coronel de Infantería de línea.

En esta declaración, hecha con la franqueza propia

de un noble carácter, dijo que había tomado las armas en defensa de la justa causa que sostenía su nación y peleado lealmente con las tropas francesas con este fin; y afirmó, probando su aserto con muchos hechos, que él no era un paisano que había guerreado a su capricho e independientemente, sino un militar que estaba bajo las órdenes del general Bessacourt.

Al mismo tiempo, en la declaración se esforzó para probar la poca culpabilidad de los dos individuos de la "Trinidad" que habían sido hechos prisioneros con él.

Cuando Roméu penetró en la sala donde estaba reunido el Consejo de guerra, sonó un rumor que siempre anuncia la curiosidad.

El guerrillero llevaba su casaca abrochada hasta la barba; andaba con mesurado paso, y toda su persona respiraba aquella distinción ingénita en él.

Roméu avanzó rodeado de cuatro gendarmes, y fué a sentarse en un banquillo colocado frente a la presidencia.

A pesar de la gravedad del acto, Mazzuchelli saludó con una amable sonrisa al guerrillero.

El barón del Imperio pensaba atraerse a Roméu en aquella sesión y obligarle a que reformase sus ideas.

El Consejo comenzó a funcionar.

Un capitán, que hacía las funciones de secretario, se levantó y dió lectura a la declaración que Roméu había prestado aquella mañana.

Cuando terminó la lectura, Mazzuchelli, sonriéndose como antes, dijo a Roméu:

—Creo que el comandante de guerrillas don José Roméu habrá prestado esa declaración que acaban de leer en instantes en que se encontraría obcecado, y ahora se mostrará muy contrario a todo cuanto en ella dice; espero que se servirá declarar cuál es la conducta que piensa seguir.

Roméu se levantó entonces de su asiento, y con voz reposada contestó:

—Me afirmo en mi declaración de esta mañana. Cuando la he prestado me encontraba tan sereno y con

la imaginación tan clara como ahora. Yo jamás haré declaraciones que ofendan mi dignidad de patriota.

Apenas sonaron estas palabras, estalló un confuso rumor en el Consejo. Los individuos de éste se indignaron ante aquella declaración.

Pero Mazzuchelli, que no perdía la esperanza de convencer a Roméu, hizo una señal a sus compañeros para que callasen, y siempre con su eterna sonrisa comenzó a hablar.

El barón del Imperio pronunció un largo discurso, en el que aconsejó a Roméu que se tranquilizase, pues aquel ardor, expresado con tanta firmeza, era efecto del ciego fanatismo con que apoyaba a un rey a quien nadie quería.

Además dijo que su corazón debía, sin duda, preferir al rey que legítimamente estaba ya sentado en el trono de las Españas; que era ya inútil todo sacrificio por don Fernando de Borbón, pues ya no volvería a reinar; que toda la nación se iba gustosamente sometiendo a un rey todo paz y todo amor para los españoles; que el bienestar de su esposa y de sus hijos era la verdadera Patria para un hombre de su sensatez y de su rango, pues todo lo demás que se dice de la Patria son imágenes poéticas; y, en fin, que por amor a sí mismo y a su desgraciada familia, y libre de las ofuscaciones del entusiasmo, se retractara de su declaración, pues de hacerlo así se acreditaría su noble modo de pensar y se haría acreedor a todas las gracias que el mariscal Suchet estaba dispuesto a concederle.

Y acabó aconsejándole que confesara que fué seducido para tomar las armas contra los defensores del legítimo rey José I, y que abjurase en el acto de sus pasados errores y se sometiera solemnemente al paternal Gobierno de los Bonapartes.

Con esto acabó Mazzuchelli de hablar, y entonces dos vocales del Consejo, los coroneles Totti y Poulin, pronunciaron discursos, en los que dijeron poco más o menos lo mismo que el presidente.

Cuando terminaron de hablar, Mazzuchelli volvió a usar de la palabra y resumió todo lo dicho en los

siguientes términos:

—Espero que don José Roméu se habrá convencido del buen interés que anima al Consejo y se retractará de su anterior declaración.

Roméu entonces se levantó de su asiento, y con aquella firmeza propia de su carácter, dijo:

—No, señor; no me retracto. Yo he tomado las armas voluntariamente en defensa de mi nación y mi rey, y...

El guerrillero no pudo continuar, pues Mazzuchelli, con el rostro contraído por el furor, y con voz tonante, le interrumpió, diciéndole:

—Está muy bien. Fernando séptimo le librará a usted de la horca.

—Bueno—contestó Roméu—; y perdería mil vidas, si las tuviese, en defensa de la justísima causa que he seguido.

—Pues nombre usted defensor—gritó Mazzuchelli—, porque el Consejo de guerra va a juzgarle.

—Cualquiera es bueno—contestó el guerrillero con sencillez.

El presidente designó a un joven coronel para que defendiera a Roméu.

El improvisado defensor, manifestando bastante contrariedad, se levantó, y atropelladamente estuvo hablando en francés algunos minutos.

Los demás individuos del Consejo escuchaban con aire distraído o hablando entre sí.

Todos deseaban que aquel simulacro de defensa terminara cuanto antes, y aun el mismo orador debía de encontrarse en tal estado, por cuanto calló a los pocos instantes.

Entonces Roméu comenzó su defensa, que duró más de un cuarto de hora.

El guerrillero, como siempre, hablaba bajo la inspiración de sus nobles sentimientos; era un orador consumado para ciertas ocasiones.

El discurso que pronunció estaba impregnado de una elocuencia sencilla y conmovedora.

Probó que se le debía tratar como prisionero de

guerra, por ser un militar que servía bajo las órdenes del general Bessacourt, y que su conducta la había ajustado en un todo a las leyes militares siempre que habían caído en sus manos jefes y soldados del ejército francés; pero si en el caso de una inconcebible ojeriza, indigna de militares que quisieran parecer generosos, se le condenaba a morir, al menos se le dispensara de la horca y se le concediera la honra de morir fusilado.

Después, con una elocuencia casi salvaje por lo sublime, expresó la dulzura que le producía morir por la Patria, si es que a ello le condenaba la sentencia del Consejo; pero que en este caso de suma gloria para él, la Comisión militar atraería sobre sí una maldición eterna si, obcecada por las pasiones, despreciaba las leyes de la guerra, siempre veneradas aun por las naciones más bárbaras, y enlutába una esposa y unos hijos abismándolos en la desventura, sólo porque él estaba dotado de valor y honradez para morir primero que someterse a peticiones odiosas e indignas de encontrar acogida en su pecho.

Las palabras de Roméu produjeron bastante impresión en el auditorio, que, con su silencio, parecía indicar lo que aquéllas les hacían experimentar.

Pero Mazzuchelli, para evitar otra explosión del noble sentimiento patrio de Roméu, ordenó a los gendarmes que le condujeran otra vez a la cárcel.

El guerrillero salió, con la cabeza erguida, de aquella estancia.

Un cuarto de hora después estaba encerrado en su calabozo y aislado del mundo por los cuatro paredones de piedra.

XXIII

En la capilla.

El Consejo de guerra no se atrevió a sentenciar a Roméu, a pesar de lo mucho que se esforzó por lograrlo el barón de Mazzuchelli.

El guerrillero, por la firmeza de su carácter y su noble y sencilla elocuencia, se había granjeado las

simpatías de todos los individuos de la Comisión militar.

Además, éstos no encontraban en Roméu un delito suficiente para sentenciarle a muerte.

Todos por unanimidad acordaron, después de una corta deliberación, manifestar al mariscal Suchet las causas que impedían el sentenciar a muerte al guerrillero saguntino, pues después de examinar detenidamente todos los hechos de su vida, sólo veían a un hombre fuera del círculo criminal y verdadero militar, a quien debía declararse, por lo mismo, prisionero de guerra.

Después de acordar esto, algunos individuos del Consejo fueron, en nombre de sus compañeros, a manifestárselo así a Suchet.

Durante la deliberación había cerrado la noche,; así es que cuando los comisionados llegaron al palacio que en la plaza de Santo Domingo habitaba Suchet, eran ya cerca de las nueve.

El mariscal estaba cenando con los oficiales de su Estado Mayor más allegados a él.

Los de la Comisión militar llevaban escrito su dictamen sobre el proceso de Roméu; así es que lo entregaron a un ayudante para que lo pasase al mariscal.

A los pocos instantes, el ayudante volvió a entrar en el salón que ocupaban los del Consejo para rogarles que pasasen al comedor.

Allí estaba Suchet frente a una lujosa mesa cubierta de flores y de los restos del banquete.

En el semblante del mariscal, tintado de un rojo subido, conocíase que las libaciones habían pasado del límite de la templanza propia en un hombre de su categoría.

Así que entraron los comisionados, fijó en ellos sus ojos, inyectados y saltones, y con lengua torpe dijo:

—No he querido leer este papel, pues vosotros me explicaréis lo que en él se dice.

Uno de los individuos del Consejo tomó la palabra por sus compañeros.

—Mi general — dijo —. Nosotros no encontramos suficiente culpabilidad en don José Roméu para...

—Ahorremos palabras — interrumpió Suchet —. ¿Qué ha dicho Roméu en el Consejo? ¿Se ha retractado de su primera declaración? ¿Se ha sometido al Gobierno de Su Majestad?

—No, mi general—contestó el mismo que antes había hablado—. No ha querido retractarse.

Al oír aquello, Suchet se enfureció; su rostro se puso más rojo y gritó:

—Pues si Roméu no se retracta, tampoco se retracta un mariscal del Imperio.

Y diciendo esto, cogió con mano febril el cuaderno que le habían entregado los del Consejo. Pidió una pluma a un ayudante, y con letra desigual escribió al pie de la consulta lo siguiente:

"Don José Roméu morirá, precisamente ahorcado, dentro de doce horas, y sus bienes serán prontamente confiscados."

Los del Consejo quedaron aterrados ante aquella resolución.

El mariscal, que estaba furioso por la firmeza de carácter de Roméu, ordenó que inmediatamente se preparara todo para la ejecución del día siguiente.

A las diez de la noche, Roméu, que estaba tendido en la cama, aunque sin poder conciliar el sueño, oyó cómo descorrían los cerrojos de la puerta del calabozo.

Entraron en éste primeramente un granadero con un hachón de viento en la mano, y después un oficial de Estado Mayor, algunos soldados y un fraile capuchino.

El guerrillero, al ver que el oficial llevaba un papel en la mano, comprendió inmediatamente lo que aquello significaba.

El oficial leyó a Roméu su sentencia de muerte.

El héroe de las montañas la escuchó sin inmutarse, y al terminar la lectura levantó los hombros en señal de indiferencia.

—Venid, hijo mío — dijo el capuchino, dando la mano al guerrillero.

Después todos salieron del calabozo y atravesaron largos y desiertos corredores.

La antorcha del granadero, con su rojiza llama, proyectaba sobre el muro las sombras de los que formaban aquella comitiva, y los pasos retumbaban de una manera fúnebre en las bóvedas.

Detrás del granadero marchaban Roméu y el fraile, y después un oficial y los soldados, que casi se perdían en la sombra.

Por fin llegaron a la capilla de la cárcel. En un extremo de aquella pieza, vasta y desmantelada, se destacaba, sobre negras colgaduras, un crucifijo de colosal tamaño, alumbrado por dos cirios verdes.

Cuando llegaron a aquel sitio, el oficial y su escolta se retiraron, y sólo quedó un soldado junto a la puerta.

—Sentaos aquí, hijo mío—dijo el fraile conduciendo a Roméu hasta un banco.

Ambos tomaron asiento y comenzaron a conversar.

El guerrillero, que era muy amante de las prácticas religiosas, se confesó inmediatamente con el capuchino.

El silencio que reinaba en la estancia era profundo.

Sólo de vez en cuando se oía el chisporroteo de los cirios del altar y el susurro que producía la voz de Roméu hablando quedamente al oído del religioso.

La calma que reinaba en aquella capilla era semejante a la de un sepulcro.

Parecía que aquellas gruesas paredes, al no dejar pasar ningún ruido del mundo exterior, presentían que el hombre a quien guardaban iba pronto a perecer.

La confesión terminó antes de media hora.

Entonces el guerrillero y el capuchino comenzaron a conversar en voz alta.

El religioso hablaba a Roméu del cielo, de la misericordia de Dios y de las miserias de la vida.

El héroe escuchaba con atención, y cuando la grave voz del fraile cesaba de sonar, él hablaba a su vez de su familia, que a aquellas horas estaría en la ermita de las montañas de Cofrentes o andaría errante hu-

yendo de los franceses, durmiendo a cielo descubierto o en el interior de alguna cueva.

Los dos hombres permanecieron hablando de este modo hasta las doce de la noche.

A esta hora se oyeron muchos pasos en el largo corredor que conducía a la capilla.

El soldado que guardaba la puerta de ésta se hizo a un lado como para dejar pasar a los que venían.

Los pasos fueron sonando cada vez más cercanos, y por fin apareció en la puerta un grupo de soldados.

Dos hombres entraron en la capilla, empujados por los de fuera.

Iban andrajosos y sucios, y uno de ellos llevaba la cabeza vendada.

Eran el "Hijo" y el "Espíritu Santo".

Roméu, al verlos, se levantó de su asiento y fué a abrazarlos.

—¿Qué venís a hacer aquí?—les preguntó.

—Mi comandante—contestó el "Hijo"—, venimos aquí a lo mismo que vos: a que ese buen padre nos confiese.

—No os entiendo. ¿Acaso...?

—Acaban de leernos la sentencia de muerte, y mañana seremos ejecutados en compañía de usted, lo que constituye para mí el mayor honor a que podía aspirar.

Aquellas palabras causaron tal asombro en Roméu, que se quedó algunos instantes sin saber qué decir.

—Pero, ¿cómo es eso? — dijo, por fin —. ¿Cómo habéis podido ser condenados a muerte? No habéis comparecido ante ningún Consejo de guerra, ni nadie ha juzgado ni discutido vuestra culpabilidad.

—Será como usted dice, mi comandante; pero lo cierto es que aún no hará un cuarto de hora ha entrado en el calabozo que ocupamos desde ayer un oficial del Estado Mayor, y nos ha leído un papelote en el que decía que José Antón — que soy yo — y Antonio Calpena—que es el "Espíritu Santo"—, estamos condenados a morir en la horca en compañía de usted, y

que inmediatamente debíamos ser puestos en capilla. Aquí lo tiene usted todo.

Roméu, al oír esto, se convenció de la certeza de aquella sentencia, y lleno de indignación, gritó:

—Pero eso es un asesinato infame. Vosotros estáis heridos, no se os ha juzgado todavía, y por lo tanto el condenaros a morir es una arbitrariedad.

—Indudablemente es una mala acción—contestó el "Hijo"—. Pero ellos quieren vengarse, y hacen bien; así como así, yo jamás he perdonado a ningún francés cuando lo he encontrado a campo raso.

—Puesto que vamos a morir—dijo Roméu—, cumplid vuestros deberes religiosos, y una vez con la conciencia limpia y tranquila, portémonos en el suplicio como héroes.

El comandante púsose a pasear por la habitación con la cabeza baja y los brazos a la espalda.

En tanto, los dos guerrilleros se habían arrodillado junto al fraile, y uno tras otro le relataban sus culpas y pecados.

Cuando terminó aquella doble confesión, los cuatro se reunieron y entablaron una conversación general.

Los tres sentenciados demostraban una tranquilidad absoluta.

El "Espíritu Santo", o sea Antonio Calpena, que se sentía algo incomodado por el dolor que le producía la herida, contemplaba con curiosidad la capilla.

A juzgar por su rostro, podía creerse que estaba igual que cuando caminaba delante de sus compañeros corriendo por montes y barrancos y entonando coplas patrióticas.

Roméu hablaba de la Patria y de su familia; el "Hijo" preguntaba en dónde se hallaría el "Padre" en aquel instante y cuál sería su suerte, y Antonio contaba que era huérfano, que jamás había conocido a sus padres y que sólo tenía en el mundo a su abuela, una viejecita octogenaria, seca y arrugada, que iba por los caminos pidiendo limosna y tambaleándose bajo el

peso de un saco roto lleno de mendrugos de pan y de trapos.

A las dos de la mañana los dos guerrilleros se quedaron dormidos.

Roméu siguió hablando con el capuchino, hasta que por fin, rendido por la fatiga, inclinó la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos.

El fraile, entonces, se levantó del banco, y, postrándose ante el crucifijo, se puso a rezar.

* * *

Los señores Morales y Posadilla supieron aquella misma noche, por un oficial francés, la determinación que había adoptado el mariscal Suchet.

Los dos magistrados, con el ánimo contristado, intentaron hacer una última prueba y escribieron a Roméu una carta en la que le recordaban que se debía a su familia, y por lo mismo debía conservar, por cualquier medio, su vida.

En dicha carta proponían a su amigo un medio, que consistía en prestar una aparente adhesión a José I, y una vez en libertad volver, si quería, a hacer la guerra a los franceses, pues como esto era para bien de la Patria y su familia, no podía ser en mengua de su honor.

Después de escrita la carta, buscaron el medio de que aquélla llegara a poder de Roméu.

El oficial que mandaba la guardia de la cárcel se comprometió a entregarla, y así lo hizo a las siete de la mañana.

Roméu, que ya había despertado de su ligero sueño, se paseaba por la estancia.

Cuando le dieron la carta la leyó detenidamente, y por fin llamó al mismo oficial que se la había entregado para pedirle que le concediera el contestarla.

Mazzuchelli había dado orden para que se impidiera al guerrillero el escribir a su familia, pero no se había hecho extensiva para los amigos que éste tenía en la ciudad, pues comprendía que ellos eran los que

mejor podían inducirle a que se retractara de sus primeras declaraciones.

Por esta causa se le concedió a Roméu lo que pedía, y los dos soldados colocaron en la capilla una mesa con su recado de escribir.

El guerrillero se sentó y púsose a escribir lo siguiente:

"Señores Posadilla y Morales.

Mis queridos amigos: Con toda mi alma siento que ustedes y los demás amigos hayan atribuído mi carta de ayer a un acaloramiento. Cuando tomé las armas en 1808, juré muy tranquilo, pero muy decidido, vencer o morir en la defensa de la justa causa, y este pensamiento lo cumpliré muy gustoso; porque yo no soy español sólo en el nombre, sino un español que desprecia la vida, siempre que mis deberes lo exigen, como en el caso presente. Yo no quiero ser perjuro, ni aun en la apariencia, ni tampoco quiero vivir para ver tantas calamidades como afligen a mi Patria, sin poderla yo aliviar. Venga esa muerte con que me amenaza el caballero Suchet, que puede estar bien seguro de que yo no reconoceré sino a mi legítimo rey Fernando, y mucho menos condescenderé jamás con los fines inicuos que ya han tenido la desvergüenza de proponerme sus emisarios; y vivan como gusten los que no piensen como yo. Todas las razones en que se funda mi resolución de morir primero que jurar a ese usurpador, las tengo muy bien reflexionadas a sangre fría, y están claras en mi carta de ayer. Son justas y convincentes; y sobre todo, mi conciencia y mi honor me dicen que obro como debo. Sin embargo, la pintura que hoy me hacen ustedes de la suerte de mi idolatrada esposa y adorados niños, luego que yo muera, ha arrancado lágrimas a mi corazón, y, lo confieso francamente, porque los amo con toda mi alma; pero se consolarán en su terrible pena cuando sepan las causas justísimas por que prefiero morir; y el rey y la Patria serán muy pronto su padre y todo su amparo. Ningún miedo me causa ese cadalso que dice Suchet tenerme preparado si no juro a su José I; pero

no lo reconocerá Roméu, y mil vidas que tuviera las perdería gustosísimo por mi religión, rey y patria, a quien están asesinando unos cobardes sin piedad."

Al llegar a este punto de la carta, Roméu se detuvo.

Reflexionó un momento, como para recordar si tenía algo más que decir a sus amigos, y después, llevado de aquella galantería caballeresca que manifestaba en todos sus actos, terminó la carta de este modo:

"Mis respetos y mi cariño a mis señoras doña Antoñita y doña Vicentita. Ustedes no se aflijan por mí, pues yo moriré contento. Adiós, amigos míos. Hasta la Eternidad...—José Roméu." (1)

Doña Antoñita y doña Vicentita eran las esposas de los señores Morales y Posadilla.

El heroico guerrillero tenía una serenidad y sangre fría tan a prueba, que ni aun en aquel instante en que se veía tan próximo a la muerte se olvidaba de las prácticas sociales.

Después de escrita la carta la plegó, entregándola al oficial de la guardia.

Los dos guerrilleros se habían despertado y hablaban con el capuchino en un rincón de la capilla.

Hasta ésta llegaba un confuso rumor nacido en los patios de la cárcel, donde se agitaban los presos. La noticia de la ejecución de Roméu había conmovido bastante a los reclusos.

En la ciudad reinaba también una agitación desusada.

En las esquinas aparecían pegados grandes carteles, en los que estaba escrito el decreto del mariscal condenando a Roméu a la última pena.

Aquella noticia produjo mucha indignación.

Los pocos españoles que transitaban por las calles

---

(1) Esta carta, que fué la última que escribió Roméu, la posee el ilustre historiador de Sagunto don Antonio Chabret, y ha sido publicada por primera vez en la importante obra "Valencia", que escribe don Teodoro Llorente.

tenían el rostro ceñudo, y daban a entender la comprimida rabia que se encerraba en su pecho.

En la plaza del Mercado, frente a la Lonja, algunos soldados franceses pertenecientes al cuerpo de Ingenieros estaban construyendo, desde por la mañana, una gran horca, de cuyo travesaño pendían tres fuertes dogales.

Las vendedoras, al ver aquel siniestro armatoste que surgía poco a poco sobre el suelo de la plaza, fueron recogiendo sus frutas y sus verduras, y se alejaron por no presenciar la tragedia que iba a verificarse en aquel sitio.

Los amigos que Roméu tenía en Valencia estaban tristes y cabizbajos, y sus familias, encerradas en casa, rezaban sin cesar por el heroico y desgraciado guerrillero.

Este se hallaba lejos de imaginarse que su próxima muerte causaba tal conmoción en la ciudad.

Permanecía, en unión de sus compañeros, en el mayor aislamiento, pues nadie venía a turbar la fúnebre calma que reinaba en la capilla.

Así transcurrieron las primeras horas de la mañana.

A las once, el centinela que guardaba la puerta se cuadró y presentó las armas, mirando al extremo del corredor, en donde sonaban pasos.

Sin duda venía algún oficial de alta graduación.

A los pocos instantes entró un coronel en la capilla.

Era M. Poulin, que, como ya recordará el lector, pertenecía a la Comisión militar que juzgó a Roméu, y fué uno de los que intentaron disuadirle de que permaneciera afirmándose en su primera declaración.

El coronel saludó afectuosamente al guerrillero, que le obligó a sentarse en el banco.

Roméu hizo lo propio a su lado, y los otros dos guerrilleros y el fraile se retiraron discretamente a un extremo de la capilla.

—¿Cuándo va a ser la ejecución?—preguntó tranquilamente Roméu al coronel Poulin.

—A hablarle a usted de ello vengo, señor Roméu

—contestó el francés—. No hay necesidad de que usted sacrifique su vida.

—¿Acaso el mariscal va a derogar la sentencia?

—El mariscal está dispuesto a volver de sus acuerdos, siempre que usted le corresponda retractándose también.

—Amigo mío, no sé cómo hablarles a ustedes para que se convenzan de que eso que me exigen es imposible. Roméu jamás hará traición a lo que juró solemnemente un día.

—Don José, veo con tristeza que usted continúa ofuscado, y lo siento, porque ahora los instantes son preciosos y usted tiene muy cerca la muerte.

—Ya he dicho que ésta no me intimida, y creo haberlo probado en muchas ocasiones.

—Pero piense usted cómo deja a su familia. Su mujer y sus hijos quedarán abandonados.

—La Patria velará por ellos.

—¡La Patria! ¡La Patria!... Esas son palabras sin sentido. La Patria dejará que esos seres que usted ama tanto y que ahora quedarán pobres para siempre, perezcan de hambre.

—Tendrán el auxilio de Dios.

—Muy alta busca usted la protección. En cambio, si usted accediera a las proposiciones del mariscal, su familia alcanzaría una suerte muy diversa.

Roméu encogió los hombros en señal de desprecio.

—Hace usted mal, don José — continuó diciendo Poulin—. Usted no sabe lo dispuesto que se halla el mariscal a protegerle en el caso de que usted accediera a sus pretensiones. No es la vida solamente lo que concede: es algo más. El general se halla dispuesto a colmarle de distinciones y honores, y aun si usted quiere, a concederle una alta graduación en el ejército francés. Usted debe sentir ambición, pues esto es propio de los hombres que valen mucho; ¿y no se entusiasma usted al considerar la alta posición que puede alcanzar si quiere? ¿Y qué le cuesta a usted conseguirla? Nada; decir sencillamente una palabra. Lo que exige de usted el mariscal puede usted hacerlo aun

cuando en su interior sienta lo contrario. Diga usted que acepta a José I, y allá en su interior búrlese de él si quiere. Pero, sobre todo, salve usted la vida y alcance usted honores, ya que tiene facultades para ello.

Roméu, mientras escuchaba las palabras de Poulin, había ido palideciendo y su cuerpo estaba agitado por aquel temblor nervioso que siempre le acometía al sentirse indignado.

Cuando terminó de hablar el coronel francés, el guerrillero se levantó de un salto, e irguiéndose frente a aquél, comenzó a gritar, al mismo tiempo que accionaba con ademanes descompuestos:

—¡Cómo, miserable! ¿Qué es lo que usted me propone? ¿Por quién me ha tomado usted? ¿Quiere usted que mienta y que venda a mi Patria por una miserable pompa? Roméu no mentirá jamás; Roméu no sabe fingir. Mil veces moriré antes que ser traidor a mi Patria.

El guerrillero estaba fuera de sí, y su indignación era tal, que acercándose al coronel le agarró por los hombros y le zarandeaba al mismo tiempo que le dirigía insultos y recriminaciones.

La furia de Roméu llegó a inspirar cuidado al capuchino, quien temiendo que el sentenciado llegara a maltratar al coronel se interpuso entre los dos, rogando a Poulin que abandonara la capilla para no provocar un nuevo conflicto.

El francés salió confuso y avergonzado, aunque, como después confesó, le había causado admiración el carácter y el temple del alma de aquel hombre.

Los dos guerrilleros, desde un rincón de la capilla, habían contemplado la escena, y no pudieron menos que sonreírse de gozo cuando su comandante contestó de tal modo a las denigrantes proposiciones del coronel Poulin.

Este, apenas salió de la cárcel, contó todo lo sucedido a los señores Morales y Posadilla, que le aguardaban a la puerta, y después se dirigió al palacio del mariscal.

Suchet le recibió acompañado de Mazzuchelli, y así

que lo vió entrar preguntóle qué le había dicho Roméu.

—Mi general — contestó Poulin —. Don José Roméu persiste en sus declaraciones.

—Pues que muera prontamente—gritó el mariscal enfurecido.

E inmediatamente dió órdenes a sus ayudantes para que la guarnición se pusiera sobre las armas y fuese crecido el número de tropas que condujeran a Roméu al cadalso.

A las doce llegó hasta la capilla el estruendo del redoble de los tambores.

El héroe comprendió lo que aquello significaba.

Sus dos compañeros se agruparon junto a él.

El capuchino no pudo contener las lágrimas, y hundiendo el rostro entre las manos púsose a llorar.

Roméu, que cada vez se mostraba más erguido, contempló con mirada amorosa a sus dos compañeros, y pasando su diestra por la cabeza del muchacho Antonio Calpena, le dijo:

—¡Valor, muchacho! Ya vienen por nosotros.

Se oyeron muchas pisadas y chocar de culatas contra el suelo, y entró en la estancia un oficial con la espada desenvainada seguido de un numeroso grupo de gendarmes.

El oficial se detuvo a los pocos pasos y quedó entrecortado, no sabiendo qué decir.

Roméu extendió entonces con autoridad la diestra, y dijo con voz que resonó solemnemente en aquel silencio absoluto:

—¡Vamos!

XXIV

La muerte del héroe.

En el portal de la cárcel dos carceleros vistieron a Roméu una hopa negra.

Como el guerrillero tenía una estatura bastante elevada, los extremos inferiores de aquella fúnebre vestidura no pasaban más abajo de las rodillas, dejando al descubierto las botas y las espuelas.

Los otros guerrilleros fueron vestidos de igual modo.

Además, se les ataron las manos con gruesas cuerdas.

El portal estaba lleno de soldados, y en la calle estaban formados dos batallones, cuyos tambores redoblaban fúnebremente.

A la puerta de la cárcel, y rodeado de gendarmes a caballo, se veía un pequeño carrito sucio y desvencijado del que tiraba un pequeño jumento.

Los carceleros ayudaron a subir a él a Roméu y sus dos compañeros, que se sentaron sobre algunos haces de paja.

El religioso capuchino también tomó asiento en el carro, al lado de Roméu.

Reinaba un completo silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por el redoble de los tambores.

De pronto los jefes de los dos batallones dieron la voz de marcha.

Primeramente salió de la calle, con paso tardo, un batallón; después le siguió el carrito, rodeado de gendarmes, y últimamente el otro batallón.

Atravesaron muchas calles y plazas completamente solitarias.

Roméu miraba a todos lados, sin ver otros seres vivientes que los franceses.

Los balcones y las ventanas estaban cerrados como en señal de duelo. Conocíase que dentro de aquellas casas se rezaba o derramaban lágrimas por el patriota que iba a expirar.

El guerrillero no veía más que el mar de bayonetas que se extendía delante y detrás de él, y que ondulaba con la agitación de la marcha.

Los gendarmes que cabalgaban junto al carro bajaban la cabeza como para ocultar la impresión que les producía aquel espectáculo.

Todos los franceses se mostraban conmovidos al contemplar a aquel heroico español que dentro de breves instantes iba a perecer en el patíbulo.

Roméu estaba cada vez más sereno, y con mirada

curiosa iba contemplando las silenciosas y cerradas casas, ante las cuales iba desfilando la comitiva.

Por fin ésta llegó a la plaza del Mercado.

Aquel vasto espacio estaba lleno de tropas de todas las armas.

Los artilleros estaban junto a los cañones con las mechas encendidas, y todo aquel ejército tenía el aspecto propio de los instantes en que el campo de batalla se prepara a resistir un ataque.

Aquellos preparativos injustificados eran tales, que no parecía sino que todos los ejércitos españoles iban a caer sobre la plaza del Mercado para libertar a Roméu.

Este, apenas entró en la plaza, vió la gran horca, cuyos dogales mecía el cálido viento del Mediodía.

El guerrillero, contemplando aquel patíbulo, dijo en alta voz:

—¡Oh, patíbulo ignominioso!... Hoy va Roméu a honrarte con su sangre.

El día era hermoso, como lo son en Valencia todos los del mes de junio.

El puro azul del cielo no estaba empañado con la menor nubecilla, y un sol esplendente llenaba el espacio de luz y de color.

En algunos balcones cerrados se veían tiestos llenos de hermosas flores.

El héroe las contemplaba con el cariño y enternecimiento propios de quien va muy pronto a dejar las bellezas de la vida.

El "Hijo" estaba cabizbajo y sus ojos lanzaban miradas a los franceses, en las que se leían el odio y la rabia.

El muchacho Calpena estaba indiferente, y como en otras ocasiones difíciles, canturreaba entre dientes.

El capuchino exhortaba a los tres en nombre de Dios a que tuvieran resignación y perdonasen a los enemigos.

La comitiva fué abriéndose paso entre los batallones que ocupaban la plaza, y por fin el carro llegó junto a la horca.

Roméu y sus dos compañeros bajaron del vehículo con ayuda de los gendarmes.

Cuando el heroico guerrillero puso los pies en el suelo, se vió rodeado por algunos oficiales, entre los cuales estaba el coronel Poulin.

—Aún está usted a tiempo—dijo éste al oído de Roméu.

El guerrillero le contestó con una mirada despreciativa, y abandonó el grupo de oficiales para dirigirse adonde estaba el capuchino.

—Desatadme—ordenó con imperioso acento a los gendarmes—. Quiero abrazarle antes de morir.

Los gendarmes, impresionados por aquella orden breve e imperiosa, obedecieron, y sin consultar a sus jefes quitaron la cuerda de las manos de Roméu.

Entonces abrazó estrechamente al capuchino, que lloraba enternecido, y dijo con tierno acento:

—Este es el último cariño que envía mi corazón a mi esposa y a mis hijos. No olvide usted, padre, el darles este abrazo mío a cada uno de ellos.

Como en la plaza reinaba un silencio tan profundo, estas palabras fueron oídas por muchos, contribuyendo a que su enternecimiento se hiciera mayor.

Algunos veteranos sintiéronse próximos a llorar, y se mordían el cano bigote para conservar la seriedad propia de la situación.

Sobre el travesaño de la horca se apoyaban tres escaleras de mano.

Por las dos de los extremos habían subido ya a Antón y a Calpena, que tenían el dogal puesto al cuello.

Roméu comenzó a ascender por la de en medio, y cuando llegó a sus últimos travesaños se detuvo.

Arriba de la horca y encogidos como tres enormes monos, se veía el verdugo y a sus dos ayudantes. El héroe cogió la cuerda del centro y se ciñó al cuello el nudo corredizo.

Después tendió su mirada avasalladora por toda la plaza.

Las armas centelleaban bajo los rayos del sol, dan-

do a aquella extensión el aspecto de un lago de metal fundido.

Roméu, al pasear su vista por la plaza, tropezó con la casa en que estaba establecida la botillería de los patriotas, y no pudo menos de acordarse de Nicolás y de aquella noche tempestuosa en que entró en ella solicitando ayuda para su empresa.

A pesar del considerable número de hombres que llenaba la plaza, el silencio había llegado al último límite de lo absoluto.

Aquellas cuatro o cinco mil almas parecía que hasta suspendían la respiración.

Aquel silencio fué deshecho de pronto por la sonora voz de Roméu. Este dijo así:

—¡Valencianos! No veo a ninguno de vosotros en este lugar, pero de seguro que, encerrados dentro de vuestras casas, estaréis escuchando mi voz. Acordaos siempre de lo que os digo en este instante. Amad a la Patria tanto como yo, y estad siempre dispuestos a sacrificaros por ella como yo me sacrifico. Pensad siempre en vuestra madre, que es España. ¡Viva España! ¡Viva la Patria!

Y Roméu, al decir esto, se precipitó desde la escalera y quedó pendiente del dogal.

Su cuerpo se agitó con violentas convulsiones.

En el mismo instante los otros dos guerrilleros se lanzaron también al espacio.

Entonces sucedió una cosa bárbara y repugnante.

El verdugo y sus dos criados se escurrieron a lo largo de las cuerdas hasta descansar sus piernas en los hombros de los tres ajusticiados.

Los ejecutores se agitaron como energúmenos sobre los cuerpos de los guerrilleros para que la ejecución fuera más pronta.

Todos los franceses bajaban la cabeza para no presenciar aquel repugnante acto.

El cuerpo de Roméu se agitó con la última convulsión bajo el peso del verdugo, y por fin quedó inmóvil.

.....

.....

Algunas horas después sólo un destacamento de gendarmes custodiaba la horca.

Un exiguo grupo de valencianos contemplaba con curiosidad aquellos tres cadáveres rígidos y envueltos en hopas que se balanceaban al extremo de las cuerdas.

XXV

Venganza completa.

A un lado del camino que de Dos Aguas conduce a Cofrentes levantábase a principios de siglo una enorme y destartalada casucha que, en sus paredes llenas de desconchaduras y su tejado agrietado por muchas partes, demostraba su larga existencia.

Aquella casa servía de refugio para los caminantes y se llamaba la "Venta del Gallo".

Cuatro días después de aquel en que murió Roméu, o sea el 16 de junio, a la hora en que el sol comenzaba a descender por el espacio, salían de dicha venta dos hombres, el uno a caballo y el otro a pie.

El primero era el capitán Jacomet, y el segundo el "Receloso".

De seguro extrañará el lector que aquellos dos hombres se conocieran.

La relación entre ambos era debida a que el "Receloso" buscó el medio de llevar a cabo uno de aquellos negocios que le eran propios.

Este, ayudado por su sagacidad, conocía la enemistad que reinaba entre Jacomet y Roca, y tampoco ignoraba el motivo de aquélla.

Sabiendo esto, pensó en que el capitán francés querría saber dónde estaba Amalia y aun daría una buena gratificación al que se lo revelara, y con este último fin marchó a Buñol y allí se avistó con Jacomet.

Aquel miserable sabía el lugar donde se escondía Amalia; pues, como recordará el lector, pertenecía a la partida que acompañó a don Lesmes el escribano y su familia a la ermita que habitaba la esposa de Roméu.

El "Receloso" no se juzgaba rico con la respetable cantidad que le había entregado la Comandancia de

Valencia por su delación de Sot de Chera, y deseaba poseer más dinero.

Jacomet acogió con júbilo la promesa que le hizo aquel hombre, para él desconocido, e inmediatamente se dispuso a marchar al sitio donde le indicó que se encontraba Amalia.

El francés no había olvidado por completo a la hija de don Lesmes, y esto, junto a la ocasión que se le presentaba de verla otra vez, hizo renacer en su pecho la antigua pasión.

El y el "Receloso" se encaminaron al valle de Cofrentes con dirección a la ermita, donde se refugiaba la familia de Roméu y la de don Lesmes.

A mediodía, hostigados por los ardores propios del sol en verano, entraron a descansar en la "Venta del Gallo", y cuando la caída de la tarde comenzó a iniciarse, salieron de aquélla con intención de seguir la marcha.

El capitán y el bandido caminaron algún tiempo sin que la menor palabra se cruzara entre los dos.

El camino atravesaba por entre las montañas, y a un lado y otro se veían enormes peñascos coronados de tupidos matorrales.

—¿Sabéis, mi capitán—dijo de pronto el "Receloso" en francés—, que no hemos obrado con prudencia al emprender esta marcha completamente solos?

—¡Bah!—contestó con indiferencia Jacomet—. ¿Qué peligro puede amenazarnos?

—No lo sé; pero este camino es muy bueno para aguardar a un enemigo. Mirad a ambos lados y veréis qué lugares tan buenos para emboscarse y hacer fuego sobre nosotros.

—Nadie puede atreverse a tanto. Los franceses somos los dueños de esta comarca, y los guerrilleros han quedado destrozados para siempre.

—Todavía deben de andar por ahí los restos de las muchas partidas que mandaba Roméu.

—Esas guerrillas habrán hecho bastante con marcharse a otra provincia. Aquí no hubieran tardado mucho en ser exterminadas.

—¡Quién sabe si andarán por cerca de estas regiones! Parece, mi capitán, que no conocéis la audacia de los españoles.

—De todos modos, que estén cerca o lejos, nada nos importa, pues tú llevas la carabina y yo el sable y las pistolas.

Después de esto los dos callaron y siguieron caminando. El sol declinaba en el horizonte hasta el punto de haber escondido parte de su disco tras las cumbres de las montañas.

Cuando hacía próximamente una hora que los dos hombres salieron de la venta y se encontraban muy cerca de Cofrentes, torcieron a la derecha del camino y siguieron su marcha por una vereda que se perdía entre montañas.

A los pocos instantes de andar por aquel camino, el "Receloso" contrajo el rostro con una expresión de inquietud, agitó la cabeza como si husmease al espacio, y dijo:

—Alguien viene con dirección a nosotros.

—¿En qué lo conoces?—contestó Jacomet.

—Aguardad a que me cerciore por completo.

Y el "Receloso" se arrojó al suelo, y aplicando el oído escuchó algunos instantes.

Después se levantó y dijo:

—Son pocos los que vienen. A lo más tres o cuatro hombres. Sólo se oyen algunas pisadas.

—Pues adelante.

Los dos hombres siguieron caminando sin ver a nadie.

En el sitio en que estaban, la vereda hacía una revuelta.

El francés y el bandido comprendieron que al terminar aquélla se encontrarían con los que se acercaban.

Los dos escuchaban los pasos de los ocultos caminantes, y éstos debían también de haber oído los del "Receloso" y Jacomet, por cuanto se detuvieron unos momentos.

Por fin terminó la revuelta y el camino se extendió en línea recta.

Entonces pudieron verse los que venían en distintas direcciones.

Jacomet y su compañero vieron que los que estaban frente a ellos no eran más que dos hombres.

Al encontrarse frente a frente los dos grupos sonó un grito de sorpresa.

Los cuatro hombres acababan de reconocerse.

El capitán francés y el bandido tenían ante sí a Luis Roca y al "Padre".

Estos volvían de la ermita donde se albergaba la familia de Roméu, y de aquí la razón puramente casual de aquel encuentro.

Durante algunos instantes los cuatro permanecieron inmóviles y como asombrados de aquel encuentro.

Pero pronto cesó la sorpresa.

Jacomet tiró del sable, y espoleando su caballo se lanzó sobre los dos guerrilleros. El "Receloso" le siguió, preparando su carabina para hacer fuego.

Roca y el "Padre" no permanecieron inactivos en vista de tal ataque.

El primero amartilló sus dos pistolas y el gigante descolgó del hombro su trabuco.

El choque de los dos grupos se verificó.

Luis vió brillar cerca de su cabeza el sable del francés e hizo fuego con las pistolas.

El caballo cayó al suelo, arrastrando en su caída a Jacomet.

Este, cual los héroes de las antiguas epopeyas, apenas tocó el suelo se levantó con más furor.

Rechinando los dientes y dando rugidos de rabia se arrojó sobre Roca, que en aquella ocasión estaba poseído de una serenidad a toda prueba.

Los sables se cruzaron y después empezaron a chocar, produciendo un continuo y estridente martilleo.

Ninguno de los dos enemigos lograba aventajarse al otro.

Saltaban, se replegaban, hacían llamadas falsas; pero siempre al ir a dar un golpe, bien fuera de punta o de corte, se encontraban con el sable del contrario

que estorbaba los movimientos y obligaba a ponerse prontamente a la defensiva.

En tanto que los dos rivales luchaban tan encarnizadamente, el "Padre" y el "Receloso" entablaban otro combate verdaderamente singular.

El bandido apuntó con la carabina e hizo fuego sobre su enemigo. La bala rozó en un hombro al gigante.

Esto enfureció más al "Padre", que echándose el trabuco a la cara, hizo una de aquellas descargas cuya detonación era semejante a la de una pequeña pieza de artillería.

El puñado de postas salió del cañón para atravesar rugiendo el espacio, pero no dió en el blanco.

El "Receloso", al ver apuntar al "Padre", se arrojó prontamente al suelo, y las balas pasaron silbando por cerca de su cuerpo.

El bandido se levantó y se puso a la defensiva, desenvainando un cuchillo; pero inmediatamente sintió miedo.

El "Padre" venía hacia él blandiendo su enorme trabuco, cuya culata, como ya sabemos, servía muchas veces de rompecabezas.

Sintió miedo y no pudo menos de pensar que su muerte era cierta. Aquel gigante iba a rematarle de un solo golpe, y bajo esta medrosa impresión únicamente pensó en salvarse.

Arrojó la carabina al suelo, y con la agilidad de un mono saltó a un lado de la vereda y comenzó a correr brincando de peña en peña.

El "Padre", conociendo que aquel hombre iba a escaparse, pensó en el mejor medio de evitar su fuga.

Su trabuco estaba descargado; no tenía otras armas que el hacha y el cuchillo, y por lo tanto le era imposible detener al fugitivo.

Instintivamente echó a correr detrás del "Receloso"; pero a los pocos pasos se detuvo.

Acababa de tropezar con un pedrusco de gran tamaño. Inmediatamente lo recogió del suelo con una mano, como si fuera una manzana, y después de im-

primir a su brazo un ligero balanceo lo arrojó al "Receloso", que huyendo se encontraba a unos cuarenta pasos de él.

El informe pedrusco rompió silbando las capas de aire, y fué a dar en la espalda del fugitivo, quien cayó desplomado al suelo.

Sólo le bastaron al "Padre" algunas zancadas para llegar al sitio donde se revolcaba el "Receloso" sufriendo un intenso dolor.

El golpe del pedrusco le había producido la rotura de la espina dorsal. Los dolores que sufría le arrancaban espantosos juramentos que decía con voz muy débil.

El "Padre", al verle en aquel estado, sonrióse ferozmente, enseñando sus dientes enormes y agudos.

—¡Hola, miserable!—le dijo con voz ronca—. Este es el premio que yo te reservaba por la traición que nos hiciste. ¡Muere, perro miserable!

—Yo muero—contestó con voz débil el "Receloso"—, pero antes que yo ha perecido tu comandante.

—¿Y aún me recuerdas tu crimen?—gritó enfurecido el gigante—. Eres un reptil miserable al que es preciso exterminar cuanto antes. Toma.

Y el "Padre", al decir esto, recogió otra vez el pedrusco que antes había arrojado, y lo dejó caer con fuerza sobre la cabeza del "Receloso".

Se oyó un ruido semejante al que produce una olla al ser rota, y hasta el rostro del "Padre" llegaron las salpicaduras y piltrafas que saltaron con el golpe.

El cuerpo del bandido se estremeció con la última convulsión.

Inmediatamente el guerrillero se separó de aquel lugar y volvió corriendo a la vereda.

Cuando llegó a ella vió a Roca y a Jacomet batiéndose todavía.

La prolongación de la lucha había debilitado y descompuesto al francés, que se agitaba furiosamente y daba golpes a un lado y a otro, quedándose en algunos instantes totalmente al descubierto.

Luis estaba sereno como antes, y le acosaba contra las rocas de junto al camino.

Varias veces tuvo ocasión de hundirle el sable en el vientre; pero el guerrillero deseaba atravesarle el pecho para que el golpe fuera más certero y la muerte más pronta.

Por fin llegó el momento en que Luis logró su deseo.

Jacomet, siempre acosado por el acero de Roca, tuvo que apoyar su espalda en las rocas. Allí conoció que estaba totalmente perdido.

Intentó un recurso supremo y se lanzó hacia adelante con el acero levantado; pero al instante Roca le introdujo todo su sable en el lado izquierdo del pecho.

El efecto fué inmediato. Jacomet cayó al suelo, y por su herida salió un chorro de sangre que corrió a lo largo de su cuerpo, manchando el uniforme.

El capitán no pudo pronunciar la menor palabra.

Exhaló algunos quejidos de agonía, sufrió algunas convulsiones, y después quedó completamente inmóvil.

Los dos guerrilleros contemplaron silenciosos aquel cadáver durante algunos instantes.

—Es un buen golpe—dijo por fin el "Padre" con aire de maestro, contemplando la herida de Jacomet.

—¿Has despachado tú al otro?—preguntó Roca.

—Allí está con la cabeza aplastada como una víbora.

—Estos dos traidores han encontrado por fin el castigo que merecían.

—Usted, don Luis, ha logrado su deseo de matar a Jacomet.

—Buena jornada ha sido la de hoy.

—Muy buena. Aún no hace cuatro horas hemos sabido la muerte del comandante y de mis dos compañeros, y la fortuna nos ha puesto a los traidores y miserables en nuestro camino para que nos vengáramos.

—Ha sido una feliz casualidad.

—Hemos castigado al traidor que vendió a nuestro comandante, y usted ha dado muerte al que tanto odio le profesaba.

—Amigo mío, ha sido una venganza completa.

Epílogo.

La muerte del heroico Roméu produjo una gran consternación en todo el reino de Valencia.

Los patriotas juraron vengarle y las mujeres lloraron a aquel hombre cuyas hazañas escuchaban siempre con ese deleite que produce la relación de los hechos de los héroes.

La Junta Superior Provincial del reino de Valencia, al saber la muerte del heroico guerrillero, expresó su profundo sentimiento en los términos que contiene la siguiente acta, que reproducimos para dar más firmeza a la verdad de la narración.

Dicho documento dice así:

> "Acta de la sesión celebrada por la Comisión de gobierno del reino de Valencia en la noche del 16 de junio de 1812.

Proposición hecha por el señor Ganga: La muerte infame de horca que acaban de dar los franceses al comandante de guerrillas don José Roméu excita el odio de los patriotas, clama la venganza y pone a esta Comisión en la necesidad de tomarla de un modo ruidoso, que, imponiendo al sanguinario Suchet, embote el filo de los puñales de los asesinos de que se compone su ejército. Así es que propongo a la Comisión: lo primero, que el nombre de Roméu sea inscripto en el gran libro de los defensores de la Patria, remitiendo, si se pudiese, a su viuda, certificación del acta; segundo, que se debe recomendar a S. M. esta honrada y distinguida familia para que le dispense todas las gracias a que se hace acreedora por el heroísmo de su padre; tercero, que el nombre de Roméu se escriba con letras de oro en el salón de juntas; cuarto, que se pidan dos oficiales de graduación de los prisioneros franceses de Cabrera, los cuales sean ahorcados, haciéndolos pasar antes por la angustia de si han de ser ahorcados o fusilados, en represalia de la pena que hicieron sufrir a Roméu sobre la suerte de su muerte, y quinto, que se escriba a Suchet que éste es un ensayo de lo que estamos resueltos a ejecutar si no demora sus decretos de desolación, en-

señándole a su costa cuán caramente se vierte la sangre de los españoles que saben defender su religión y sus derechos. Si el presidente de esta Comisión se muestra pasivo en estas circunstancias, no corresponde a los deseos de los ciudadanos ni a las intenciones del Gobierno.—El señor Tuper añadió a la proposición: Que reconquistada Valencia se ponga un monumento en el mismo paraje del patíbulo para honrar la memoria de este mártir de la Patria, y destruir la impresión odiosa que haya hecho contra su familia.—El señor Romero Alpuente accedió a la proposición, añadiendo: Que se pidan dos prisioneros de los de mayor graduación al señor comandante general del reino, y que se imprima y publique este acuerdo, menos en la parte que se trata de pasar oficio al general en jefe; y en cuanto a ahorcar a uno o dos oficiales, que se esté a lo acordado.—Los demás señores fueron de esta misma opinión, y el señor Roca añadió que en la parte de represalias se contase con los jefes militares, pues a ellos les pertenece el defendernos y el vengarnos, y que en lo demás quedaban expedidas las facultades.—El señor Bornuda: Que se pida al señor comandante general que cuantos prisioneros hagan las guerrillas se ahorquen inmediatamente. — **Mateo Valdemoros,** presidente; **Antonio Buch,** secretario."

El 5 de julio de 1813 abandonaron los franceses la ciudad de Valencia, obedeciendo a las órdenes del emperador.

Algunos días después ya no quedaba en España ni un solo individuo del Ejército imperial.

La Independencia española quedaba triunfante.

Apenas los franceses evacuaron Valencia, afluyeron a ésta de todos los puntos de la provincia las personas que por tomar parte en la defensa de la Patria estaban lejos de sus hogares.

Los que se albergaban en la ermita del valle de Cofrantes fueron de los primeros que volvieron a Valencia.

Roca, que había vivido cerca de un año en la ermita, excepción hecha de las épocas en que se

"Padre" y algunos otros valientes salía a hacer una expedición, logró hacerse simpático a don Lesmes; así es que cuando volvieron a la ciudad dispuso el escribano inmediatamente el casamiento de Luis con su hija.

La boda se verificó, y a ella asistieron la viuda y los hijos de Roméu.

Poco tiempo después de celebrado el casamiento, don Lesmes, que sufría las consecuencias de las agitaciones y sustos que había experimentado durante la guerra, abandonó esta vida rápidamente; lo que, según la opinión de Rita la criada, significaba que el escribano era avaro hasta los últimos instantes, pues moría cuanto antes para evitar gastos de médico y boticario.

Luis Roca, cuyas ideas políticas ya conocemos, tomó parte muy activa en las luchas que desde el año 1814 se entablaron en defensa de la libertad, y murió el año 1824 en Francia, adonde tuvo que emigrar huyendo de las persecuciones y del odio de los absolutistas.

El "Padre" no llegó a ver a su Patria libre de la dominación francesa, pues murió en el mes de enero de 1813.

La muerte fué heroica, como los hechos de su vida.

Una mañana, Luis, el gigante y unos doce hombres más se apostaron en las cercanías de Macastre aguardando el paso de un convoy francés que pensaban detener.

El convoy, contra lo que esperaban los guerrilleros, iba custodiado por una compañía de Infantería de línea.

Apenas se verificó el encuentro y sonaron los primeros tiros, Roca, comprendiendo la desigualdad de fuerzas, ordenó a los suyos la retirada.

Todos obedecieron menos el "Padre".

El gigante estaba furioso y deseaba matar franceses para vengar a sus dos infelices compañeros, cuyo recuerdo tenía constantemente en la memoria.

Los guerrilleros se declararon en retirada sin acordarse de él, y el coloso se vió rodeado por más de cien hombres.

Aquel héroe no se intimidó, y haciendo frente a sus enemigos dió principio a un combate tan sublime como terrible.

El "Padre" descargó dos veces su trabuco sobre aquel tropel de soldados que caía sobre él, haciendo rodar a muchos por el suelo.

Aquel sin número de bayonetas que continuamente apuntaban a su pecho no le daban tiempo a cargar, así es que esgrimió, como otras veces, su trabuco, haciéndole servir de maza.

Sucedió una cosa horrible.

La pesada arma caía con fuerza y se oían ruidos secos y gritos de agonía que denunciaban otros tantos golpes de muerte.

En tanto el cuerpo de aquel hombre se llenaba de heridas.

Unos le daban bayonetazos, y otros, los más cobardes, se retiraban a alguna distancia y desde allí disparaban sobre él.

El guerrillero chorreaba sangre por cien partes; pero, a pesar de esto, seguía firme, destacándose su elevada figura sobre el tropel que le asediaba.

Llegó un instante en que el "Padre" quedó desarmado. Su trabuco se rompió por el cañón al dar un golpe.

Entonces descolgó de su cinturón el hacha y fué a continuar el combate.

El gigante tenía un aspecto horroroso; parecía una estatua de sangre coagulada, pues hasta el rostro lo tenía cubierto por una máscara roja y brillante.

A cada herida que recibía daba un rugido de dolor y redoblaba los golpes.

Los brazos nervudos y vellosos, parecían dos aspas de molino.

De pronto el gigante vaciló, soltó el hacha y, por fin, vino al suelo, dando un fuerte grito semejante a un aullido.

Acababa de recibir un balazo en la sien.

Aquel cuerpo, al estar en el suelo, se agitó convulsivamente. Con los brazos y los pies procuró defenderse de los que le acosaban, pero los franceses redo-

blaron su furia, y un sinnúmero de bayonetas se clavaron en aquel enorme torso que se conmovía con los estertores de la agonía.

Los imperiales descargaron su furia ensañándose con el caído, hasta el punto de que el cadáver de éste, a los pocos instantes, no era más que un enorme y repugnante amasijo de trapos, carne despedazada, entrañas desgarradas y sangre negruzca.

Así terminó aquel héroe, que con sus hechos resucitaba, sin saberlo, la memoria de los paladines legendarios de la Edad Media.

Hablemos ahora de la familia del ínclito Roméu.

Apenas los franceses abandonaron Valencia, doña María Correa y sus hijos volvieron a Sagunto. La viuda sufrió un nuevo dolor a la vista de su fortuna, que estaba totalmente perdida.

La familia quedó en el estado más precario.

El Gobierno de Fernando VII prometió a la infortunada señora el resarcirla de las pérdidas que había sufrido por la Patria, pero aquel rey, que tan mal concepto merece de la Historia, no se acordó en toda su vida de hacer nada en bien de la viuda de aquel héroe que en su defensa había perdido la existencia.

El abandono en que quedó la familia de Roméu fué tal, que en 27 de febrero de 1861 "La Correspondencia de España" publicó un remitido suscrito por doña María Correa, en el que se recordaba los grandes servicios del nobilísimo Roméu y las angustias, las privaciones y los trabajos a que se habían visto condenados sus hijos sin padre, sin patrimonio y sin otra protección que la del cielo.

Aquella voz dolorida que con sus quejidos echaba en cara a la nación su ingratitud, no halló eco en parte alguna.

El Gobierno creyó mejor ocuparse de los escarceos políticos que de remediar tan criminal olvido.

Por fin, en nuestros días ha comenzado a brillar la luz de la justicia.

El Gobierno que preside el señor Sagasta acaba de conceder a la familia de Roméu el título de conde de

Sagunto, en recompensa a los hechos gloriosos de aquel héroe.

El título ha recaído en don José Roméu, nieto del protagonista de nuestra narración e ilustre militar residente en Cuba, el cual, valeroso y amante de su Patria como su abuelo, ha derramado su sangre en la última campaña en defensa de la integridad del territorio español.

Además, el Ayuntamiento de Sagunto ha levantado en el paseo de dicha ciudad una estatua al heroico Roméu, que se inaugurará dentro de pocos días.

¡Lástima grande que el Ayuntamiento de Valencia no haya cumplimentado el decreto que expidió la Junta de defensa del reino en 16 de junio de 1812, erigiendo un monumento a la memoria de Roméu en el mismo sitio donde éste tan ignominiosamente recibió la muerte!

En la actualidad a muchos hombres que sólo gozaron en su época de un nombre relativo, y cuyos sacrificios por la Patria, a pesar de cacareados, son nulos, se les levanta estatuas; mientras que el célebre guerrillero saguntino no tiene en Valencia ni una miserable lápida que recuerde a las generaciones venideras el martirio de un héroe tan insigne.

Afortunadamente la generación actual comienza a hacer justicia al eminente patriota, y todos reconocen la grandeza de aquella alma que, desprovista de todo egoísmo, murió por sus compatriotas.

La sombra y el olvido, que hasta hoy habían envuelto la grandiosa figura del guerrillero saguntino, comienzan a desvanecerse; la opinión pública siente ya interés por aquel grande hombre que no vaciló en sacrificarse por la Patria, y muy pronto, siempre que se recuerde la gloriosa epopeya de nuestra independencia, el nombre de Roméu se colocará al lado de los de Daoíz, Velarde, el "Empecinado" y todos aquellos ilustres varones que tanto hicieron para honor y eterna gloria de España.

FIN

Author Blasco Ibáñez, Vicente
298682
Title Por la patria! 2 vol. in 1.
LS
B6445po
DATE.
NAME OF BORROWER.

University of Toront
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU